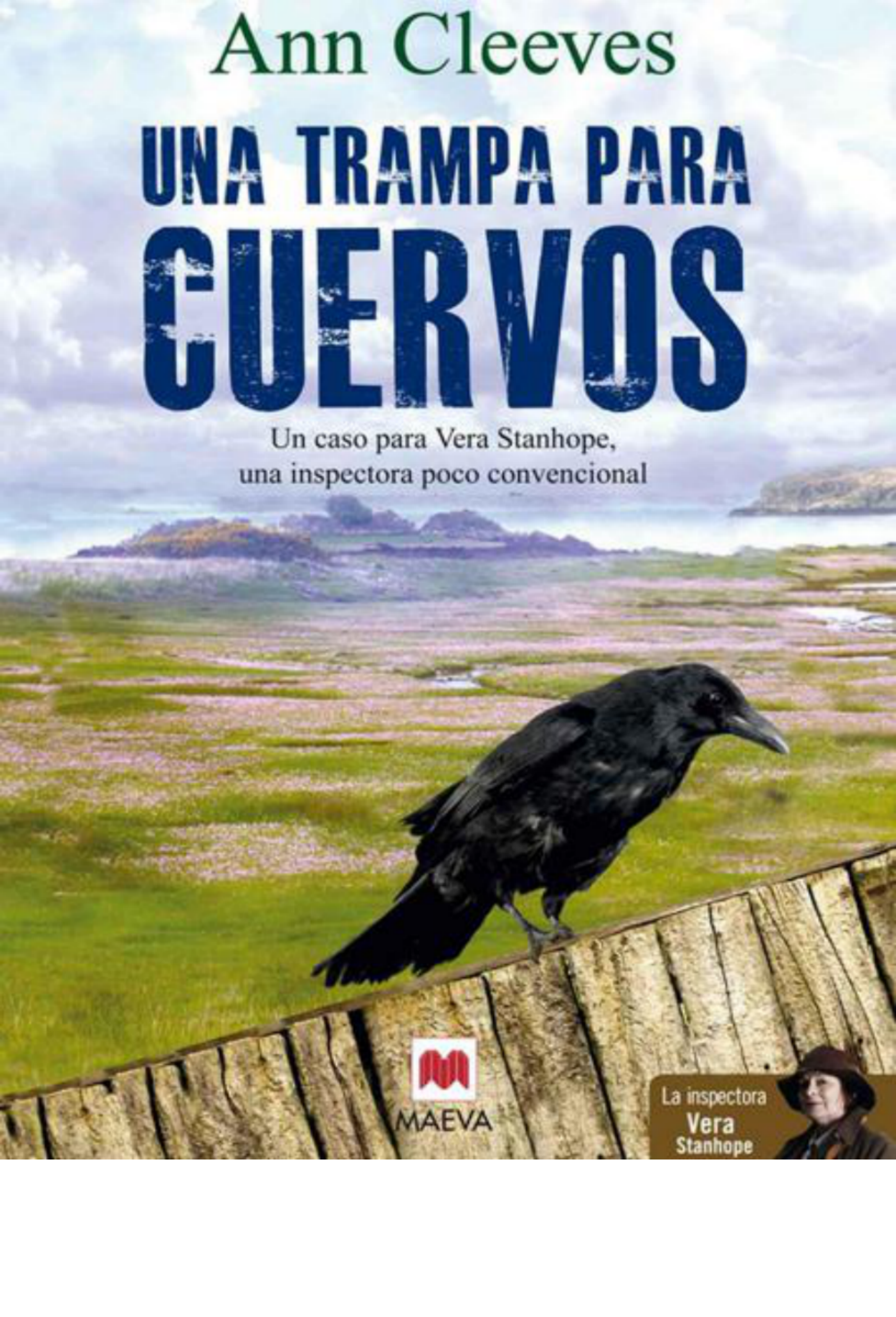

Ann Cleeves
UNA TRAMPA PARA
CUERVOS
Un caso para Vera Stanhope,
una inspectora poco convencional
MAEVA
La inspectora
Vera
Stanhope

Ann Cleeves

UNA TRAMPA PARA CUERVOS

Un caso para Vera Stanhope,
una inspectora poco convencional

Traducción:
Esther Roig



MAEVA

Índice

PRÓLOGO

Si por casualidad buscaras la granja Baikie's en un mapa del Servicio Estatal de Cartografía, no figuraría por su nombre y, en cambio, la granja Black Law, sí. Está resaltada con un cuadrado abierto y referenciada en letra pequeña en el mapa n.º 80: PENINOS DEL NORTE, KIMMERSTON Y ÁREAS CIRCUNDANTES. No es fácil localizarla porque está justo en el pliegue del papel. La pista que sale de la carretera está representada con una línea de puntos, como un camino público. En el mapa, la granja está rodeada en tres de sus lados por áreas de color verde claro. Sobrepuestos a estas áreas hay unos arbolitos de Navidad dibujados con ordenador que indican un bosque. En el cuarto lado la página está en blanco, salvo por unas curvas de nivel marrones, hasta que se llega al arroyo. En ese punto el arroyo es ancho, resaltado por dos líneas azul oscuro y coloreado con un azul más claro. Las líneas son sinuosas; el dibujo de un río que haría un niño. Este arroyo es el Skirl. Más allá, las curvas de nivel están muy juntas, dando a entender que las pendientes son pronunciadas. Las cimas están señaladas con unos símbolos que parecen nubecillas. Son peñas rocosas y tienen nombre: Fairburn, Black Law, Hope. Entre el arroyo y Hope hay otro punto marcado con letras marrones, que dice: MINA DE PLOMO (ABANDONADA).

Desde el dormitorio de la granja Black Law, Bella miraba hacia Fairburn. Todavía quedaba nieve en las cimas. Bella veía la sombra oscura del bosque, los edificios de piedra gris al fondo de la era. Se volvió y fue al tocador. Con mano firme se pintó los labios; después, los frotó uno contra el otro y acabó apretándolos contra un pañuelo de papel. En el espejo veía a Dougie en la cama. Se miraron a los ojos. El párpado de él tembló y ella se hizo la ilusión de que intentaba guiñarle un ojo y decir: «Qué guapa estás hoy, cariño». Después de la embolia les habían dicho que era muy posible que recuperara el habla, pero no fue así.

–Solo bajo un rato a Baikie's –informó–. Si aparece Rachael, dile que igual me retraso un poco. ¿Estarás bien, verdad, mi amor?

Dougie asintió, sonrió con la boca torcida y le acarició el brazo con su mano sana.

–¿Quieres que ponga la tele?

Él asintió otra vez. Ella se inclinó para besarlo.

–Adiós –le dijo.

En la cocina se puso las botas de agua y guardó los zapatos negros de piel en una bolsa de la compra. Fuera, un viento del este que creaba remolinos de briznas de paja en la era la dejó sin aliento.

Primera Parte

Rachael

1

Rachael salió de la carretera asfaltada y frenó de golpe. Había una inesperada verja de acero y casi choca con ella. Algún inquilino nuevo de Holme Park con ganas de impresionar. Una oveja con la lana raída y las ancas sucias la empujó con el hocico cuando bajó del coche para abrir la verja. La oveja estaba gorda. Allí las ovejas no parían hasta finales de abril. El acero del pestillo estaba tan frío que Rachael tuvo la sensación de que le helaba los dedos.

La pista estaba peor de lo que la recordaba, llena de baches provocados por el hielo. Condujo tan despacio que tardó tanto como si hubiera ido a pie, y avanzó con dos ruedas casi en el filo. Aun así el tubo de escape golpeó contra una piedra.

Al cabo de kilómetro y medio se dio cuenta de que se había equivocado y aquella no era la pista que cruzaba el bosque. Debería haber salido de la arboleda a campo abierto, ya debería haber llegado al vado. En lugar de eso se hallaba en un sendero arenoso, bastante uniforme pero muy estrecho. A cada lado los pinos impedían el paso de la luz de la tarde. Siguió conduciendo con la esperanza de encontrar un lugar donde poder dar la vuelta, pero la pista se convirtió en un sendero más estrecho donde los árboles se tocaban sobre su cabeza.

Tuvo que volver marcha atrás hasta la bifurcación. Las ramas arañaron la pintura del coche con un ruido de tiza sobre una pizarra mojada. El parachoques golpeó un muro de piedra oculto por la maleza. Metió primera y dio un salto hacia adelante antes de volver a retroceder. Cuando llegó a la pista principal era casi de noche y estaba temblando.

Al llegar al vado paró el coche y bajó a comprobar la profundidad. Cinco años atrás un estudiante que volvía a Baikie's tras una noche en el pub se ahogó porque su coche volcó con la fuerza de la crecida. Los faros del coche se reflejaban en la superficie, lo que impedía calcular la profundidad. La primavera había sido seca y Rachael decidió arriesgarse. El agua levantó vapor y siseó al contacto con el calor del motor, pero no le costó mucho esfuerzo salir al otro lado.

La pista estaba de nuevo obstruida por una verja, esta vez de madera. Estaba demasiado oscuro para leerlo pero sabía que había un rótulo. Acceso único a las granjas Black Law y Baikie's. Dejó el motor en marcha mientras abría la verja. El coche estaba parado en una subida, de modo que los faros iluminaban en vertical la falda de la colina. Un movimiento debió de llamarle la atención, porque levantó la cabeza y vio, atrapada en el haz de luz, la silueta de una figura vestida con ropa de abrigo, en la que destacaba un anorak de Gore-tex con capucha. Un destello de luz la iluminó y le hizo pensar a Rachael que la persona llevaba prismáticos o una cámara. Estaba segura de que era un hombre aunque estuviera demasiado lejos para saberlo con certeza. La figura se volvió y desapareció en la penumbra.

Rachael tuvo la desagradable sensación de que la habían estado observando durante un cierto tiempo. Mientras conducía el último kilómetro hasta la casa se preguntó quién estaría tan loco como para pasearse por la colina a esas horas.

Decidió no pasar por la granja. A Dougie le inquietaban las visitas que se presentaban sin avisar. Bella oiría el coche y, si podía, bajaría a la casa cuando Dougie estuviera dormido. Había luz en la cocina de la granja, pero las cortinas estaban corridas. Los perros ladraban con fuerza y se agitaban en un granero del patio. El ruido parecía resonar en las colinas y Rachael pensó: Bien. Así se dará cuenta de que he llegado. Entonces vio luz arriba y pensó que probablemente Bella estuviera preparando a su marido para pasar la noche.

Cruzó la era, que estaba barrida y limpia, con el coche. La granja Baikie's se encontraba al final de la pista, tenía vistas al valle, y estaba rodeada de árboles que habían ido plantando con los años para protegerla del viento.

La llave estaba donde siempre, bajo una maceta ornamental alargada, cerca de la puerta de atrás. Una vez dentro, palpó la pared buscando el interruptor de la luz. La casa olía a moho, pero Rachael sabía que estaba limpia. Había ido en noviembre, después de que se marcharan los últimos estudiantes, para hacer limpieza. Bella apareció entonces con un par de botellas de vino casero y dieron buena cuenta de ellas. Acabaron en la granja bebiéndose el whisky de Dougie. Rachael durmió en el cuarto de invitados –la habitación de Neville, como la llamaba

Bella, aunque Rachael supiera que Neville hacía años que no la utilizaba– y se despertó con la peor resaca de su vida. Era la única vez que había dormido en la granja.

Rachael abrió la bombona de gas de fuera y fue a la cocina a poner agua a hervir para hacer café. La cocina era diminuta: una ampliación moderna tan estrecha que, si se extendían las manos, se podían tocar ambas paredes a la vez. Enchufó el frigorífico oxidado, cerró la puerta y sintió alivio al oír el zumbido. La llama del gas crepitaba, pero el agua no estaba ni siquiera tibia. Mientras esperaba que hirviera, fue al salón y cerró las cortinas para que no hubiera corriente. En sus tiempos eran de terciopelo verde, pero el sol las había descolorido y ahora eran de rayas bastante lisas. Había un sofá cubierto con una colcha india que Rachael había llevado el año anterior de su casa, un par de sillones que necesitaban algo para tapar las manchas de la tela, libros salpicados de moho y, en un rincón, un zorro en una urna de cristal. Rachael se lo sabía de memoria y no se fijó en nada. Solo pensaba en calentarse. Incluso dentro hacía tanto frío que vahaba al respirar.

En la chimenea encontró papel y yesca, pero no había troncos en el cesto. Había cerillas en la repisa, aunque estaban húmedas. Tras intentar encenderla varias veces, Rachael retorció papel de periódico como si fuera una antorcha y lo prendió con la llama del gas de la cocina. Se ocupó del fuego, recordando viejos trucos de la última vez. El hervidor silbó y Rachael se preparó un café instantáneo del bote de emergencia que había traído en la maleta. Lo bebió agachada ante el fuego, prestándole atención hasta estar segura de que no se apagaría.

Vació el coche y puso un cazo con agua al fuego. Se iba a preparar pasta para cenar y tomaría una copa del vino que pensaba compartir con Bella más tarde. Recogió el cesto para ir a buscar leña. Los troncos estaban amontonados detrás de un cobertizo alto y abierto por delante, donde también se guardaban un tractor oxidado y se apilaban varias balas de paja. La luz de la casa no alcanzaba tan larga distancia, así que se llevó una linterna. Fuera, el ambiente era transparente y gélido. Las estrellas en el amplio firmamento, sin la contaminación de la luz de las farolas, parecían brillar más que en casa.

Bella había organizado su suicidio con la misma eficiencia con que lo hacía todo en la vida. Se balanceaba bajo la luz de la linterna, colgando de un lazo hecho con una cuerda fuerte de nailon. Tenía la cara blanca. Se había preparado para la ocasión pintándose los labios y poniéndose la blusa de seda que Rachael le regaló como muestra de agradecimiento al finalizar la última temporada. Los zapatos negros brillaban tanto que se podía ver en ellos el reflejo de la linterna. Había apartado dos balas de paja de la pared y se había subido encima para atar la cuerda alrededor de una viga. Después, cuando llegó el momento, las apartó de una patada.

Por supuesto, había una nota. También había pensado en ello. Estaba dirigida a Rachael y se disculpaba por haber hecho que fuera la primera en descubrir el cadáver: «No podía hacerle esto a Dougie y sabía que tú podrías con ello». La nota continuaba recordando a Rachael que la puerta de la cocina de la granja estaba abierta, de modo que podía entrar y telefonear sin molestar a nadie, con lo que de nuevo se refería a Dougie. Pero no había ninguna explicación para el suicidio. Solo decía que no podía soportarlo más. Sabía que Rachael la encontraría aquella misma noche porque había vaciado el cesto de la leña. Rachael siempre había sabido que Bella era una mujer inteligente.

Cuando Rachael vio a Bella, balanceándose, reconocible por la blusa de seda, los cabellos cuidadosamente teñidos y el pintalabios, no era realmente Bella, porque Bella jamás había estado así de quieta en vida, y se puso furiosa. Se volvió loca de rabia. Quería utilizar el cuerpo como un saco de boxeo, darle puñetazos en el estómago. Quería subirse a una bala y abofetear aquella cara blanca y sin vida. Porque Bella era una amiga. ¿Qué derecho tenía a hacer aquello sin hablarlo primero con Rachael? Y porque, desde que supo que el proyecto se ponía en marcha, Rachael estaba deseando que llegara aquella noche. Se había imaginado con Bella en la granja Baikie's, compartiendo una botella de vino y montones de cotilleos.

Pero no golpeó el cuerpo. En lugar de eso, se volvió y pegó un puñetazo a una bala de paja, una y otra vez, hasta que los nudillos se le desollaron y le sangraron.

Más tarde tomó conciencia del tiempo que había pasado en el cobertizo del tractor. Cuando volvió a la casa, el cazo de agua hervía; aquella llama lastimosa había tardado media hora en calentar el agua.

2

La casa, que era conocida como Baikie's, la había comprado Constance Baikie poco después de la guerra. Era naturalista e ilustradora, además de una solterona. En sus tiempos recorrió las colinas en busca de inspiración, pero la obesidad pronto restringió sus vagabundeos. Se sentaba en un sillón y dibujaba los pájaros, las plantas y los insectos que podía ver por la ventana. Fue su etapa más prolífica. Las primeras láminas de sus libros se vendieron por sumas sorprendentemente altas. Una galería londinense la descubrió y organizó una exposición anual. Nadie sabía con exactitud qué hacía con todo su dinero, porque vivía de manera muy frugal. Para entretenerse escribía cartas ingeniosas y mordaces a revistas especializadas ridiculizando los estudios de sus colegas.

Dougie, entonces todavía activo y en forma, le llevaba cada semana todo lo que necesitaba de Kimmerston con su Land Rover. Nunca se ofreció a pagarle por ese servicio, pero cada año por Navidad le regalaba un dibujo de la granja y las colinas circundantes. Más tarde, Bella los encontró en un montón dentro de un cajón del escritorio y los hizo enmarcar. La señorita Baikie no se sentía sola. Recibía a las visitas con cortesía y esperaba que le llevaran regalos: tartas de crema, galletas y botellas de whisky.

En 1980, la señorita Baikie murió repentinamente. Dougie la encontró sentada junto a la ventana una mañana, cuando le llevaba la leche. Había estado allí toda la noche. En su testamento establecía una fundación de beneficencia para fomentar la educación y la investigación medioambiental, a la que donaba la casa. También estipulaba que la fundación no podía beneficiar a nadie menor de dieciocho años. Nunca le habían gustado los niños. Los estudiantes aún no graduados utilizaban Baikie's como base para su trabajo de campo. Rachael había pasado allí la primavera anterior para terminar su máster en ciencias. Y cuando el comité decidió que necesitaba sangre nueva, la eligieron administradora.

La casa estaba más o menos como Constance la había dejado. Los muebles eran los suyos. Los estudiantes más fantasiosos se imaginaban que veían su espíritu a altas horas de la noche.

–Si se movía no era ella –dijo un profesor que la conocía–. Si se movía, no podía tratarse de Connie. Que yo recuerde, nunca se movió. Al menos mientras yo la conocí.

Rachael no creía en fantasmas.

Es lo que les dijo a Anne y Grace al día siguiente para que dejaran de darle la lata. Ella quería ponerse enseguida a elaborar el mapa, pero sus compañeras la obligaron a revivir lo ocurrido. Se estrenaba como jefa de equipo y, en cierto modo, la irritaba la distracción. Ya estaba bastante nerviosa por tener que asumir el mando. Estaban en Baikie's por el estudio y no para cotillear, pero, cuando Anne y Grace se presentaron para trabajar, tuvo que contarles lo ocurrido con Bella.

Anne era de la región y ya habían trabajado juntas. Era mayor que ella, muy segura de sí misma, y Rachael no sabía cómo se tomaría que le dieran órdenes. Grace había llegado muy recomendada, pero Rachael no la conocía de nada. No le habían dejado opinar en la selección de la zoóloga y todavía le dolía. Grace era una chica pálida y delgada y la noticia del suicidio pareció despojarla del poco color que iluminaba sus mejillas. Parecía una reacción exagerada. Al fin y al cabo, Bella era una desconocida.

Anne, sin embargo, quiso saber todos los detalles.

–¡Qué horror! –exclamó, cuando Rachael acabó de contar cómo había descubierto el cadáver–. ¿Y qué hiciste?

–Fui a Black Law para llamar a alguien.

Había entrado en silencio, para no asustar a Dougie, y al mismo tiempo pensaba que él, probablemente, esperaba que Bella entrara haciendo ruido. Se puso nerviosa al oír voces procedentes de arriba y por un momento dudó si se lo había imaginado todo. Subió a hurtadillas las escaleras pensando: Dios mío, quedaré como una idiota si Bella sale y me pilla. Entonces hubo un estallido de música y se dio cuenta de que las voces procedían de la televisión de la habitación de Dougie.

–No creo que yo supiera a quien llamar en caso de suicidio.

La voz de Anne era comprensiva, aunque tenía un ligero tono de regocijo, lo que molestó a Rachael.

Por Dios, espero que no empecemos a irritarnos la una con la otra tan pronto.

–Marqué el 999. No sabía qué otra cosa podía hacer. La operadora me pasó con la Policía y ellos mandaron a un médico. No se me ocurrió que Dougie necesitara que lo atendieran.

El médico se llamaba Wilson. Rachael se angustió pensando que se perdería por el camino, pero el médico había visitado otras veces a Dougie y además conocía la zona. Conducía un Range Rover y llevaba botas de montaña y pantalones anchos; parecía un veterinario.

–Dijo que Bella llevaba dos horas muerta como mínimo –explicó– y entonces llegó un policía. Ellos dos hicieron venir a un empleado de una funeraria de Kimmerston.

Rachael se había ofrecido a ir hasta la bifurcación para mostrarle el camino al empleado de la funeraria. El señor Drummond había sido muy amable, teniendo en cuenta la distancia y la hora de la noche. Tenía una cara redonda de querubín y llevaba gafas, y dijo que los suicidios siempre eran angustiosos. Mientras tanto, el médico había pedido una ambulancia para que trasladaran a Dougie. No podía quedarse en Black Law si no había nadie para cuidarlo. Tal vez el médico esperaba que ella se ofreciera, pero para Rachael era impensable, aunque solo fuera un día. Pensó que para Dougie casi sería mejor marcharse con el señor Drummond y Bella, pero no podía sugerir algo así.

–¿Cómo estaba el señor Furness? –preguntó Anne–. ¿Tuviste que hablar con él?

Rachael pensó que Anne disfrutaba con la desgracia. Siempre había sido un poco dramática.

–Por supuesto –respondió–. Era lo que Bella deseaba.

–¿Lo entendió?

–Oh, sí.

–¿Cómo se lo tomó?

–Lloró.

–¿Le dijiste que se había suicidado?

–No. Solo que había muerto.

Ella y el médico se quedaron delante de la granja, en la era recién barrida, contemplando cómo los enfermeros introducían a Dougie en la ambulancia. El médico temblaba, pero ella había dejado de sentir el frío.

–Supongo que ha sido la tensión –había opinado Wilson–. Viviendo tan lejos, ocupándose de la granja y del señor Furness. No estaba hecha para hacer eso el resto de su vida. Supongo que simplemente dijo basta.

–No –aseveró Rachael con firmeza–. Le juro que no pudo ser eso. Bella amaba Black Law. Disfrutaba con todo lo de aquí.

Él la miró con compasión, como si pensara que no era capaz de afrontar la realidad de la situación. Por primera vez Rachael se preguntó qué habría querido decir Bella con lo de que no podía soportarlo más.

Cuando la ambulancia, el médico y el empleado de la funeraria se marcharon en comitiva, ella se quedó con el joven policía. El hombre observó las luces traseras de los vehículos que desaparecían en la oscuridad con una especie de anhelo, como si se sintiera abandonado.

–¿Sabe si hay algo de alcohol en la casa? –preguntó. Se notaba que estaba deseando entrar, pero no sonó muy profesional, ni siquiera cuando añadió–: Creo que una copa le sentará bien.

Rachael encontró una botella de whisky en el armario del salón. Se sentaron en la cocina, donde se estaba más caliente. El policía se sirvió una copa sin esperar a que lo invitaran y le pasó la botella a ella.

–¿Qué hace aquí, tan lejos de todo?

–Trabajar.

–¿Trabaja para los Furness?

–No, para una agencia medioambiental. Peter Kemp Associates. Estamos realizando una evaluación de impacto ambiental. Nos han dado permiso para utilizar la casa de abajo como base.

El hombre parecía atónito.

–¿Ha oído hablar de la propuesta de cantera en el parque nacional?

–Sí –dijo, pero no parecía muy seguro. Parecía un niño intentando engañar al profesor con una lección no estudiada, así que Rachael se lo explicó. El proyecto de la cantera, la planificación para la puesta en práctica, los requisitos legales de un estudio sobre evaluación de daños.

–Nos han contratado para realizar el estudio y el informe.

–¿Está aquí sola?

–Solo esta noche. Mis colegas llegarán mañana. –Miró por la ventana al cielo que clareaba–. Hoy.

–Se refiere a Peter Kemp.

–No. Peter no hace mucho trabajo de campo. Anne Preece, que es botánica, y Grace Fulwell, que es una especialista en mamíferos.

–Tres chicas.

–Tres mujeres.

–Ah, sí. –Calló un momento–. Y tienen que salir a las colinas, ¿a contar cosas?

–Algo así. Existe una metodología reconocida.

–¿No es peligroso?

–¿Para las mujeres, quiere decir?

–Bueno, para cualquiera.

–Dejamos una copia con nuestra ruta y la hora a la que esperamos estar de vuelta en la base. Si hay algún problema, las demás pueden organizar una búsqueda.

–No me gustaría deambular por ahí sin una radio. –Se estremeció como si sintiera frío de golpe–. No me gustaría nada deambular por ahí.

Rachael se dio cuenta de que el joven estaba alargando la conversación para no tener que tomar la pista solo en la oscuridad.

–Usted no es de campo –comentó.

–¿Se nota? –El chico sonrió–. No. De Newcastle de toda la vida. Pero a Jan, mi mujer, le parecía que el campo era un lugar mejor para criar a nuestro hijo, así que pedí el traslado. La mejor decisión de mi vida.

Aunque entonces, en medio de la nada, no parecía estar tan seguro. Rachael se había imaginado que estaba casado. No solo por el anillo. Tenía aspecto de estar bien cuidado, mimado.

–¿No debería volver con ellos? –preguntó–. Se estarán preguntando donde está.

–No, Jan se ha llevado al crío a ver a su abuela. No volverán hasta después del fin de semana.

Rachael sintió celos de aquella mujer que no conocía. Era evidente que el chico la echaba mucho de menos. Y no eran solo las camisas recién planchadas y las comidas. Era la cama vacía y no tener a nadie con quien hablar cuando llegaba a casa después del trabajo.

–¿No le importa responder a algunas preguntas sobre la señora Furness? Ahora, quiero decir. Sé que habrá sido terrible, pero necesito que preste declaración.

–No –respondió Rachael–. Prefiero quitármelo de encima, y después intentaré dormir un poco antes de que lleguen las demás. ¿Qué quiere saber?

–Todo lo que pueda contarme de ella.

Quién sabe si dirías lo mismo, pensó, si tu mujer estuviera en casa. Pero habló con él de todos modos, porque quería hablar de Bella con alguien y de lo buenas amigas que eran. Fue como un cuento de hadas, dijo. Que Bella fuera a la granja para cuidar a la madre de Dougie y se enamorara de todo: de Dougie, de Black Law y de las colinas. Se casaron y fueron verdaderamente felices para siempre, incluso después de que Dougie sufriera la embolia.

–Entonces, ¿por qué se ha suicidado?

No estaba segura de que el policía la hubiera escuchado, pero era la pregunta que la había estado fastidiando toda la noche.

–No lo sé.

–Pero ¿la letra de la nota es la suya?

–Oh, sí. Y no solo la letra. La forma de componer las frases. Así hablaba Bella.

–¿Cuándo la vio por última vez?

–En noviembre del año pasado.

–Bueno, ya se sabe. En cuatro meses puede pasar de todo.

–Supongo que sí.

Aunque Rachael nunca había creído que Bella pudiera cambiar. Y Bella tenía que saber que ella no sería capaz de dejar el tema sin más. Sabría que Rachael tendría preguntas, que no podría descansar hasta que descubriera qué había detrás de su muerte. Pero entonces ¿por qué no le había dejado algo más para averiguarlo?

–No me gusta dejarla sola. ¿Tiene algún sitio dónde ir a pasar la noche?

Así puedo hacerte compañía, pensó ella durante el trayecto de vuelta.

–Esperaré a que lleguen las otras y entonces iré a Kimmerston, a casa de mi madre.

Lo dijo para deshacerse de él y para que viera que tenía familia. Alguien que se preocupaba por ella. Pero después pensó que podía irse a casa unas horas. Recibiría a Anne y a Grace y después iría a ver a Edie. Pero no en busca de consuelo. Edie no era de esa clase de madres.

3

En lugar de abrir la puerta de la planta baja con su llave, bajó los escalones y golpeó la ventana de la cocina. No quería aparecer de repente como un fantasma o un ladrón. Edie no esperaba que volviera.

No fue Edie quien le abrió la puerta, sino una mujer de mediana edad con los cabellos teñidos de un negro muy oscuro y con el flequillo a media frente al estilo Cleopatra. Llevaba unos pendientes de oro imponentes y un vestido ceñido de punto que le llegaba casi a los tobillos. Era rojo, del mismo tono que el pintalabios. También había una niña, vestida con ropa vaquera, que parecía aburrida y enfurruñada. Rachael sintió una punzada de solidaridad. La habitación estaba llena de humo de tabaco. Hacía mucho calor. Las dos personas debían de haber sido invitadas a una cena temprana porque en la mesa se veían los restos de una típica comida de Edie. Había boles para pasta, comprados en unas vacaciones en la Toscana, restos de pan francés y una botella vacía de un tinto rumano extremadamente barato. Edie preparaba café en una jarra azul de metal. Levantó la cabeza con despreocupación. La gente siempre andaba llamando a la ventana de su cocina.

–Cariño –dijo–. Pasa y cierra la puerta. Fuera hay un vendaval.

Rachael cerró la puerta pero permaneció de pie.

–Tengo que hablar contigo.

–¿Un café? –Edie se volvió distraída, con el hervidor todavía en la mano.

–¡Madre!

Fue lo único que se le ocurrió para llamar la atención de Edie. Nunca la llamaba así.

Edie la miró con el ceño fruncido.

–¿Es urgente?

–Sí. La verdad es que sí.

Con una eficacia, una cortesía y una velocidad que asombraron a Rachael, Edie echó a Cleopatra y a su hija de la casa. El café quedó intacto.

–Qué pena que tengáis que marcharos –oyó decir a Edie en la puerta principal, como si la idea de irse hubiera sido de ellas.

Cuando Edie volvió a la cocina, Rachael estaba descorchando otra botella de vino.

–Ojalá no dejaras fumar en la casa.

–Lo sé, hija, pero la pobre estaba desesperada. Su marido acaba de marcharse con una de sus alumnas.

–Y lo habéis hablado aquí. Delante de su hija.

–No directamente. –Buscó la palabra adecuada–. Solo elípticamente. Él trabajaba conmigo en el instituto. Lo contraté yo. Me siento un poco responsable.

–Por supuesto –dijo con una ironía que Edie reconoció perfectamente.

Se sentó frente a Rachael a la mesa de pino cepillado y aceptó tranquilamente otra copa de vino. Edie acababa de jubilarse, pero no se había abandonado. A pesar de las inclinaciones radicales que tanto avergonzaron a Rachael durante su infancia, siempre había creído que las apariencias eran importantes. Llevaba el pelo bien cortado y tenía un cutis cuidado. Se vestía bien, con un estilo *hippy* propio de alguien mayor, con faldas largas y chaquetas étnicas acolchadas. Rachael no sabía si su madre tenía un amante en ese momento. Cuando era pequeña siempre había habido hombres, pero Edie se comportaba con una discreción que rozaba lo patológico. Aquellos hombres nunca fueron bien recibidos en la caótica y repleta cocina. Edie les dejaba claro que jamás traspasarían el umbral de su vida doméstica.

Edie miró a Rachael por encima de su copa.

–Espero que no hayas venido a remover el pasado –dejó caer con cautela.

Se refería al padre de Rachael.

–No.

–Pues dime cómo puedo ayudarte –propuso Edie con afecto.

Rachael bebió su vino en silencio.

–¿Se trata de problemas de novios?

–No digas estupideces. No tengo catorce años. ¿De verdad crees que hablaría contigo de eso?

–Pues sí. Espero que sí. –Edie lo dijo con pesar e hizo que Rachael se sintiera grosera y estúpidamente infantil.

–Bella ha muerto –anunció–. Anoche. Se ahorcó. Yo la encontré.

–¿Por qué no has venido antes? ¿Por qué no me has llamado? Habría ido para allá.

–Creí que me las arreglaría sola.

–No es eso. Claro que puedes arreglártelas sola.

Rachael tardó un buen rato en contestar.

–No –repuso–. Sola no. Esta vez no.

–Ah. –Edie se acabó su copa de vino. Le dejó una mancha en los labios y en los grandes dientes delanteros que Rachael había heredado–. ¿Sabes una cosa? Siempre sentí celos de Bella. Un poco. No significa que ahora no esté triste. Por supuesto que no. Pero me dolía que estuvierais tan unidas, vosotras dos.

–No llegaste a conocerla, ¿no?

–Eso era aún peor. Me la imaginaba..., por la manera como hablabas de ella... Pensaba...

–¿Que deseaba que fuera mi madre?

–Algo así.

–No –aseguró Rachael–. Pero éramos amigas. Amigas de verdad, íntimas.

–Si quieres hablar de ella, puedo escuchar toda la noche.

–No, por Dios.

Era típico de Edie y de sus amigas creer que hablar era todo lo que se necesitaba. Durante la infancia de Rachael, en casa siempre había conversaciones. Ella sentía que era como una asfixiante sopa de letras. Tal vez por eso le gustaban más los números, contar cosas. Los números eran precisos y sin ambigüedades.

–Entonces, ¿qué?

–Necesito saber por qué lo ha hecho.

–¿Es seguro que quería hacerlo? ¿No pudo ser un accidente? ¿O un asesinato?

Rachael sacudió la cabeza.

–Vino la Policía. Había una nota. Era su letra. Y yo le expliqué al policía que el modo en que estaba escrita era como si la oyeras hablar, ¿me entiendes?

Edie asintió.

Claro, pensó Rachael, tú lo sabes todo de las palabras.

–Sabía que yo estaba a punto de llegar. Si tenía problemas podía haber hablado conmigo. A lo mejor pensó que no le ayudaría.

–No, no habría pensado eso.

–Debería haber mantenido el contacto durante el invierno. Así lo habría sabido. ¿Sabes que ni siquiera la llamé?

–¿Te llamó ella a ti?

–No.

–¿Sabes que la culpa es una reacción habitual del duelo?

–¡Edie!

Edie enseñaba literatura y estudios dramáticos en el instituto, pero también se encargaba de la orientación espiritual. Había asistido a cursos para ser consejera. Aquellas píldoras de psicología siempre irritaban a Rachael.

–Lo sé –replicó Edie tan tranquila–. Psicología barata. Pero no significa que no sea cierto.

–En serio, no me hace ninguna falta.

–No estoy muy segura de qué te hace falta.

–Ayuda práctica. Necesito descubrir qué empujó a Bella al suicidio. Mientras esté en Black Law no me puedo dedicar a ello. Además, es lo que se te da bien a ti. Hablar. Escuchar. Cotillear si hace falta. Alguien tiene que tener alguna idea de por qué decidió suicidarse.

–¿Le gustaría que lo hicieras? No sé… Parece una invasión de su intimidad.

–Quiso que fuera yo la que la encontrara. Me conocía. Sabía que haría preguntas.

–A ver, ¿por dónde empezamos?

Edie utilizaba la misma pregunta cuando, ocasionalmente, tomaban el autobús para el largo trayecto a Newcastle. Bajaban frente al Haymarket y miraban Northumberland Street abajo y las tiendas abarrotadas. Rachael siempre había preferido los espacios abiertos y se sentía abrumada, presa del pánico, pero el enfoque de las compras de Edie era metódico.

–A ver, ¿por dónde empezamos?

Sacaba la lista y organizaba el día: Franons para el uniforme escolar, Bainbridge's para la tela de cortinas, almuerzo en el café estudiantil frente al Theatre Royal, Marks & Spencer para ropa interior y calcetines, y de vuelta al Haymarket para tomar el autobús de las tres.

Rachael se sintió tranquila de nuevo.

–Pensaba que por el funeral.

–¿Quién lo organiza?

–Neville, el hijo de Dougie. Tuve que comunicarle lo ocurrido, aunque al principio ni siquiera se me ocurrió. Nunca pensé en él en relación con Bella. No hablaba mucho de él. Pero tenía que saberlo, por Dougie, por supuesto, y porque alguien tiene que ocuparse de la granja. Tendrá que venir cuando las ovejas empiecen a parir…

–Y él se responsabiliza de organizar el funeral.

–Sí, dijo que quería hacerlo. Le pregunté si le importaba que pusiera una esquela en el *Gazette*. Bella era muy querida entre los demás granjeros de las colinas. Puede que la vea alguno de sus familiares o amigos y acuda al funeral. –Miró a Edie–. Tanto tiempo y apenas sabía nada de ella. No sé si sus padres siguen vivos, ni si tiene hermanos o hermanas, ni siquiera dónde nació. Hablamos y hablamos sobre mí, pero ella solo hablaba de Dougie y de la granja. Neville me preguntó si tenía parientes a los que avisar y no pude ayudarle.

–¿Dougie no lo sabe?

–Nunca supe qué pensar de Dougie. Bella hablaba con él de la misma manera que antes de la embolia, pero a veces me parecía que se engañaba creyendo que la entendía. Es verdad que respondía a preguntas sencillas: «¿Quieres beber algo?», «¿abro la ventana?», pero más allá de eso… –Rachael se encogió de hombros–. Y puede que tampoco le contara mucho sobre su pasado. La quería tanto que no le habría importado.

–¿Dónde vive ahora Dougie?

–En una residencia. Rosemount. ¿La conoces?

–Mmm. Conozco a la enfermera de noche. Tuve en clase a su hijo. Hubo problemas. Pude echar una mano, así que…

–¿Te debe un favor?

–Puede que ella me eche una mano a mí.

–Supongo que piensas que estoy loca –comentó Rachael. Estaban llegando al final de la botella–. Seguro que piensas que debería aceptar que está muerta y seguir con mi vida. ¿Para qué remover el pasado, no?

–¿Podrías hacerlo? ¿Darle la espalda y ya está?

–No.

–Entonces, ¿por qué te lo planteas?

Rachael estaba a punto de irse a la cama cuando Edie hizo una pregunta.

–¿No tendría algo que ver con la cantera?

–¿A qué te refieres?

–Has dicho que amaba las colinas. ¿Habría soportado una herida abierta en ellas, los explosivos, los camiones? Sé que no serían sus tierras pero lo vería, ¿no? Todos los días.

–Lo odiaría, pero no se habría rendido. Habría luchado. Se habría tumbado en el suelo frente a los *bulldozers* si hubiera sido necesario.

–Pero ¿y de haber sabido que, al fin y al cabo, nada de eso serviría?

–¿Cómo podía saberlo? Todavía no habíamos empezado a trabajar. Hasta que no termináramos nuestro trabajo, hasta que no se realizara el estudio oficial, no podía tomarse ninguna decisión. Y esto no le habría importado más que estar con Dougie. En última instancia era él lo que más le importaba.

4

Rachael trabajaba con un mapa a gran escala. Ya había elegido sus zonas de estudio utilizando los límites naturales que figuraban en él. Ninguna muestra estaba en la propiedad de Black Law. Una, un terreno cercano al arroyo y a la mina de plomo abandonada, era un pasto casi agotado. Lo explotaba uno de los inquilinos de Holme Park. Estaba prácticamente desprovisto de brezo, y era un buen lugar para caminar, pero no muy interesante para las aves. La otra era una parcela de páramo de brezo ocupada por los lagópodos escoceses. Los administradores de Holme Park la habían arrendado a una asociación de empresarios italianos. Rachael sospechaba que no disfrutarían mucho de la caza con el ruido de la cantera de fondo, pero se imaginaba que Slateburn Quarries había ofrecido al parque un trato lo suficientemente tentador como para que no echara de menos los ingresos por los derechos del coto.

El cuadrado de las tierras bajas era fácil de trazar. El Skirl formaba una frontera. Las otras dos eran vallas colocadas para que no se escaparan las ovejas y que se unían en ángulo recto. La cuarta era los restos de una pista que seguía más allá de Baikie's, cruzaba el arroyo con un puente sencillo y seguía hasta la mina. Trazó líneas sobre el plano, paralelas al arroyo, que cruzaban el cuadrado de estudio. Sobre el terreno, aquellos cortes transversales estarían a doscientos metros de distancia. Los recorrería a pie, contando todas las aves que oyera o viera. A ese sistema se lo conocía como metodología Kemp.

La parcela de páramo era más difícil de definir. En el mapa figuraban presas de drenaje, un muro de piedra seca, pero, aun con buena visibilidad, sabía que no sería fácil seguir las líneas transversales en un terreno tan poco accidentado. Algunos investigadores eran poco escrupulosos. Parecían pensar que una ligera variación con respecto al mapa no era algo significativo. Sin embargo, Rachael estaba obsesionada con la precisión. Despreciaba los cálculos aproximados y los realizados con prisas. Se negaba a trabajar si las condiciones climáticas podían afectar al resultado del recuento. Aceptaba la llovizna pero jamás el viento. El viento hacía que las aves se escondieran y apagaba el canto de las zancudas.

La mañana que regresó de casa de Edie llegó demasiado tarde para realizar un recuento, que debía iniciarse al amanecer y completarse en tres horas. El día era tan tranquilo y claro, más habitual de junio que de abril, que por un momento lamentó haberse ausentado. Esperaba que Anne y Grace ya estuvieran fuera, aprovechando el buen tiempo para empezar su trabajo, pero seguían en Baikie's. Olía a beicon y a café. Grace estaba trabajando en el salón con un mapa desplegado en el suelo, pero Anne disfrutaba del sol sentada en un banco de hierro forjado blanco ante la puerta de la cocina. Saludó a Rachael con la taza.

–Sírvete un café. Todavía queda y está caliente. Lo traje yo. No soporto el soluble.

Tiró un pedazo de corteza de panceta de su plato a la hierba.

–No deberías dar de comer a los pájaros en esta época del año –señaló Rachael–. No es bueno para las crías.

–Usted perdone, señorita. –Sonrió.

Rachael sintió que se ruborizaba y entró en la cocina. Estaba patas arriba. Los platos de la cena de la noche anterior seguían sin fregar. Intentó ignorarlos.

–¡Subo a revisar mi cuadrado de páramo! –gritó para que la oyera Anne desde fuera–. Todavía no tengo claro que todos los accidentes limítrofes sean visibles. ¿Vas a salir?

–Estoy tomando fuerzas.

–Antes de marcharte limpia todo esto.

Se arrepintió de lo que había dicho en cuanto lo dijo. Le hacía parecer una guía de las exploradoras. Anne debió de oírla pero no respondió. Cuando Rachael pasó por su lado camino de la colina, seguía sentada al sol, con los ojos cerrados; no le dijo adiós.

En el muro que corría paralelo a la pista había tres collalbas, meneando la cola para mostrar su grupa blanca. Cada año Bella le mostraba las primeras collalbas.

–Negro y blanco –le dijo una vez a Rachael–. Colores de invierno. Parece raro que vengan en primavera. Es lo mismo con el mirlo capiblanco. Aunque supongo que aquí el invierno

nunca está muy lejos.

Rachael le había insinuado en una ocasión a Bella si quizá podría apetecerle ir de vacaciones, a un lugar cálido con colores intensos y brillantes. Los servicios sociales podían encontrar a un cuidador de apoyo familiar para Dougie. Pero su amiga se había horrorizado.

–No podría dejarlo –había dicho–. Lo echaría muchísimo de menos. ¿Cómo podría disfrutar sin saber qué estaban haciendo con él?

–¿No podría venir Neville unos días?

–Podría. Pero no está acostumbrado a Dougie. No serviría.

La pista cruzaba el arroyo y salía a la vieja mina de plomo. Los administradores habían hablado una vez de convertirla en museo viviente, pero la idea no había cuajado. Pronto habría poco que conservar. Todavía quedaba una chimenea, pero se estaba desmoronando por arriba, erosionada por el clima, de modo que los ladrillos se deshacían como en una pieza de punto. Antes había una hilera de casitas para los trabajadores, y solo una conservaba el tejado. Olía a agua estancada y a podredumbre. Junto a la puerta de la vieja casa de motores vio un ramillete de flores: lirios del valle y narcisos blancos. Pensó que un niño obligado a salir de excursión había saqueado el jardín de Baikie's; después recordó que había visto flores allí en otras ocasiones.

Si Godfrey Waugh se salía con la suya, aquel lugar sería el centro neurálgico de la nueva cantera. Demostraba, según él, que las colinas también habían tenido siempre un uso industrial. No estaban solo para que las contemplaran los turistas. Las casas se demolerían y se sustituirían por una estructura más acorde con el carácter de la operación, un edificio con líneas limpias, hecho de vidrio y piedra local. Rachael había visto una maqueta de la piedra propuesta. Parecía discreta y anodina, y se fundía con la colina. A través de las ventanas se veían figuras de mujeres sentadas ante ordenadores. Había un entorno ajardinado, un cinturón de árboles jóvenes. No había dibujos de la cantera en sí, ni de las explosiones y los camiones ni de las máquinas con garras y excavadoras. Sí que había, en cambio, detalles del plan para renovar la chimenea de la mina. Según los relaciones públicas, sería un símbolo de continuidad. Ya aparecía en el logo de la empresa.

Rachael abandonó la pista y emprendió la ascensión en línea recta hacia la peña Hope. Desde allí podría ver su cuadrado de estudio del páramo. La tierra descendía suavemente en una sucesión de altiplanos hacia el horizonte, atenuado por el bosque que rodeaba la casa de Holme Park y el pueblo de Langholme. El guarda había quemado brezo en rotación para que hubiera nuevos brotes verdes para los lagópodos escoceses. Había franjas y parcelas en diferentes estadios de crecimiento. Era el hábitat que más le gustaba trabajar. Se echó boca abajo para observarlo desde arriba. Una brisa suave del oeste le soplaba en la cara y alrededor de ella se oía el canto del bisbita pratense, la alondra y el zarapito.

Vio enseguida que sería difícil definir la zona de estudio, como había previsto, pero en ese momento lo consideró un desafío. Había una acequia recta de drenaje que señalaría una frontera, y un muro, derrumbado en partes, que sería otra. Para el resto tendría que arreglárselas con el mapa y la brújula. No muchos investigadores lograban una precisión satisfactoria con este método, pero ella sí.

La información le dio seguridad. Se levantó enseguida y empezó a bajar el peñasco, inclinándose hacia atrás y clavando los talones en el brezo para avanzar más deprisa, hacia un grupo de coníferas. Había un sendero que cruzaba la plantación de la Comisión Forestal que la llevaría casi a los corrales de Black Law. Era posible que Anne Preece todavía estuviera en Baikie's estudiando los mapas, y Rachael quería aclarar las cosas con ella. No era prudente dejar que el resentimiento se enconara. Sin duda, Edie habría sabido encontrar las palabras exactas. Rachael siempre daba demasiada importancia a esas diferencias, o demasiada poca, pero seguía siendo la jefa de proyecto y era su responsabilidad resolverlo.

Bajó la pendiente a tal velocidad que al llegar abajo tuvo que detenerse a recuperar el aliento antes de cruzar la zona húmeda de cañas y hierba de algodón hacia los árboles. Se agachó y se estiró para relajar los músculos de las piernas y después se dio la vuelta para echar una última mirada al peñasco.

Había alguien allí, de pie, justo donde Rachael se había echado boca abajo unos minutos antes. No parecía posible que no lo hubiera visto acercarse. Había estado observando por encima del abismo, de modo que quienquiera que fuese tenía que haberla seguido por el sendero de la mina de plomo, pero sin hacer ruido, para que no advirtiera su presencia. Rachael miraba directamente al sol, de modo que la figura solo parecía una silueta junto al afloramiento rocoso, casi otro saliente de la roca. Estaba muy quieta, y parecía mirarla a ella.

De repente se acordó del hombre que había visto en la colina la noche del suicidio de Bella. Volvió a tener la inquietante sensación de que la observaban.

Pero esta vez le dio la impresión de que era una mujer. La forma, perfilada contra el sol, era de mujer, con los cabellos cortos, o apartados de la cara, y una falda que le cubría la botas. En un momento de fantasía Rachael pensó en Bella, que siempre prefería llevar faldas a pantalones y a menudo las llevaba con botas de goma en la granja. Rachael se había colgado los prismáticos del hombro durante aquel accidentado descenso. Tras un momento de desconcierto, sorprendida por la figura, sacó el brazo de la correa y se los llevó a los ojos, pero en el momento de enfocar, la mujer debió de ocultarse detrás de un montón de rocas. No había nada más que el peñasco, con una collalba en las sombras saltando sobre una de las piedras.

Ha debido de ser una excursionista, pensó, o Anne que viene a hacer las paces conmigo. Aunque Anne, como Grace, llevaba vaqueros.

Volvió a inquietarse al llegar a la trampa para cuervos. Estaba montada sobre un pedazo de terreno más seco cerca de la plantación de bosque, lo bastante cerca como para que oliera el borrajo. Sabía que los guardias detestaban a los cuervos –incluso Bella quería deshacerse de ellos–, pero creía que aquella era una forma especialmente horripilante de control, no para las aves que morían, sino para las que servían de cebo.

La trampa era una gran jaula de malla metálica con un embudo en la parte superior. Dentro, un cuervo vivo domesticado movía las alas en un aleteo provocador, invitando a otro a defender su territorio. Una vez cruzado el embudo no había salida. Se suponía que tenían que encontrar alguna forma de coexistencia hasta que llegaba el guardia para terminar con el sufrimiento del intruso.

El guardia movía la trampa a intervalos regulares. Los cuervos eran animales territoriales y nunca volaban lejos, ni siquiera por una pelea. La última vez que había visto la jaula había sido en el borde del páramo cerca de la mina de plomo. Estaba con Peter y él había hecho una de sus bromas ofensivas y galantes. Entonces, ingenua como era, le hacían sentirse halagada. Habían visto a dos aves en la trampa y él había dicho: «Mira, como nosotros. Me has pillado y no hay escapatoria».

Rachael había sonreído, pero, incluso entonces, aunque quisiera creerlo, sabía que era al revés.

5

Rachael era estudiante de posgrado en la Universidad de Durham cuando conoció a Peter Kemp. Se había graduado en Cambridge, lo más lejos posible de Edie que había encontrado, pero después volvió al norte, no para estar cerca de su madre, sino porque las tierras altas se habían convertido en su pasión. Empezó estudiando al lagópodo escocés negro y más tarde transfirió su interés a las aves zancudas de las tierras altas, como el zarapito y la agacadicha. Cuando conoció a Peter estaba ideando un sistema para contarlas con precisión. Utilizaba la granja Baikie's como base. Bella ya era su amiga.

Era un día ventoso de abril. Había ido a Kimmerston a petición de Bob Hewlett, empleado de Conservación de la Naturaleza Inglesa, que veía su proyecto como una forma de obtener datos útiles desde el punto de vista económico. Rachael ya conocía a Bob y no le caía muy bien. Era un hombre de mediana edad que se vestía con trajes de cheviot. Conducía un Land Rover acompañado por un par de labradores negros en la parte de atrás, dando una imagen de propietario rural. Rachael creía que era demasiado amigo de los granjeros y que estaba demasiado desesperado por que lo aceptaran como para hacer su trabajo correctamente. Vivía en Langholme, y ella lo había visto bebiendo en el pub, dándose palmaditas en la espalda con los amigos. Sin embargo, sabía que era mejor no ofenderlo –algún día podía querer trabajar para un organismo gubernamental de conservación– y cuando la invitó a almorzar en el White Hart para hablar de su proyecto, aceptó educadamente.

–He invitado a Peter Kemp a unirse a nosotros más tarde – anunció de pronto Bob cuando llegó la comida–. Está haciendo lo mismo que tú para el Departamento de Protección de la Fauna y Flora. Podríais ayudaros.

Era la primera vez que oía mencionar a Peter, pero Bob parecía asumir que ella sabía de quién estaba hablando.

El White Hart era un hotel de piedra, de construcción sólida, ubicado en la ancha calle principal de Kimmerston. Antes era el único lugar en la ciudad donde se podía comer. Ahora había un restaurante *tandoori*, una pizzería y un chino con comida para llevar, y el White Hart se había quedado viejo. Las noches de los viernes el bar del hotel era el lugar frecuentado por los bebedores menores de edad. A menudo había alborotos, con pequeñas escaramuzas y visitas de la Policía. Durante el resto de la semana el ambiente era de una decadencia refinada. Las camareras, entradas en años, con los uniformes blancos y negros, no tenían muchos clientes a los que servir, ni siquiera en día de mercado, que era cuando el restaurante estaba lleno. La comida se jactaba de ser tradicional, en el sentido de que las verduras estaban demasiado hechas y que se ofrecía una salsa marrón y viscosa para acompañarlo todo. Cuando Rachael anunció que era vegetariana hubo una especie de crisis. Por fin apareció una tortilla de queso correosa.

Cuando mencionó a Peter Kemp, Bob le sonrió desde el otro lado de la mesa. Su tono era el de un tío bondadoso, demasiado familiar para el gusto de Rachael. A pesar del Land Rover que estaba aparcado fuera, se tomó un par de whiskies mientras esperaban para pedir, y luego una jarra de cerveza con la comida. Rachael imaginó que Peter Kemp debía de ser nuevo en el Departamento de Protección de la Fauna y Flora. Conocía a casi todo el equipo. Estaba segura de que no le gustaría; no necesitaba ayuda con su proyecto. Pensó que Edie habría puesto fin de manera drástica a la actitud condescendiente de Bob –la sonrisa insinuante, la mano protectora en su espalda–, pero a ella siempre le había costado ser asertiva sin resultar grosera.

La primera vez que vio a Peter estaba de pie en el umbral del comedor, medio oculto tras una cómoda oscura de roble llena de aceiteras de vidrio manchadas y bolsitas de raciones de salsa tártara. Vio que una camarera artrítica se acercaba a él para decirle que era demasiado tarde para almorzar. Él sacudió la cabeza y le ofreció una sonrisa encantadora antes de señalar en dirección a su mesa. Rachael se dio cuenta de que la mujer recordaría aquella sonrisa el resto del día. Parecía muy joven –un estudiante de instituto con la tarde libre o, al menos, sin duda, un estudiante de una buena escuela privada–. Caminando hacia ellos sonreía

con la alegre despreocupación que lo distinguía, y que Rachael percibió como la clase de confianza que da una educación cara.

Físicamente estaba en forma. Eso también saltaba a la vista. Incluso para cruzar la moqueta floral del comedor se valía de una zancada larga y ágil. Llegó a la mesa y alargó una mano para saludar a Bob con formalidad. Intercambiaron algunas palabras y entonces se volvió a mirar a Rachael. Ella tuvo que medio levantarse de la silla para estrecharle la mano y se sintió incómoda, en desventaja.

–Tu nombre me suena del *Informe aves*, por supuesto –dijo–. Y por los compañeros. Sabes que tienes una reputación magnífica, ¿no?

Su voz era vehemente, como la de un alumno nuevo que intentara agradar. Rachael sabía que la estaba halagando pero, desde que lo vio sonreír a la camarera, le resultaba imposible resistírsele.

Mientras se dejaba someter a la adulación era consciente de que Peter quería algo de ella. Dijo que le gustaría visitar su zona de estudio y comparar los métodos que ella había diseñado para su investigación con los suyos propios. Cuando Bob Hewlett ya había terminado su segunda jarra y ella y Peter habían compartido una cafetera, Rachael lo había invitado a pasar un par de días en Baikie's para que conociera su proceso de trabajo. Saliendo del hotel se sentía menos segura sobre sus pies que Bob, que sin duda no estaba sobrio y salió con el coche haciendo eses mientras los labradores ladraban como locos.

Aquella primavera Peter pasó más que un par de días en Baikie's. Al final estaba más tiempo allí que en su despacho, y se quedaba casi todas las noches a dormir. Su excusa era que el Departamento de Protección de la Fauna y Flora tenía la intención de comprar una reserva en las tierras altas. Lo más seguro es que no sería en aquella parte del condado, pero necesitaba establecer un punto de partida de especies de páramo para elegir una buena zona objetivo. Rachael sabía que era una excusa –podía haber utilizado sus datos cuando terminara el proyecto– y estaba encantada con ello.

La excusa de ella para aceptarlo en su casa era su inexperiencia. Cuando estudiaba en la universidad tuvo una aventura con un hombre mayor, un profesor de ciencia material. Estaba condenada al fracaso. Incluso Rachael, por mucho que despreciara la psicopalabrería de Edie, se daba cuenta de que no era un amante lo que buscaba, sino un padre, y Euan fue insatisfactorio en ambos papeles. Nunca había tenido una relación con un chico de su edad, ni siquiera había tenido muchos amigos o amigas, de modo que la pasión por Peter tuvo la intensidad de un enamoramiento adolescente.

Por supuesto, Edie lo vio venir enseguida. Rachael cometió el error de llevarlo un domingo para que la conociera. Era mayo, un día bochornoso y húmedo, y almorzaron en el jardín. Debería de haber sido un rato agradable, pero a Edie le cayó mal Peter desde el principio. Rachael miraba con furia su copa de vino mientras los otros dos conversaban, con ella en el centro. Cuanto más hostil era su madre, más intentaba encandilarla Peter. Incluso Rachael veía que parecía superficial y falso. Más tarde esperaba recibir un sermón sobre su mal gusto con los hombres, pero Edie mostró una contención insólita.

–Un poco pedante para mi gusto –remarcó en un susurro teatral mientras seguía a Rachael hasta la cocina con una bandeja de platos sucios–. No te fíes nunca de los pedantes.

Pero era la pedantería lo que cautivaba a Rachael y lo que sería su perdición. Le encantaba que Peter desapareciera de Baikie's alardeando de una reunión con los administradores y que volviera al anochecer con flores y champán. Le encantaba bailar con él sobre la hierba con la música que salía del viejo gramófono de Constance. Nadie le había prestado nunca tanta atención.

No podía hablar de estas extravagancias con Edie, que habría visto con malos ojos aquellos gestos de machismo, incluso si él no le cayera tan mal. Así que cuando necesitaba hablar de su felicidad Rachael iba a la casa de Black Law para charlar con Bella, quien fomentaba su fe en el amor a primera vista –¿o es que no les había ocurrido eso mismo a ella y a Dougie?– y seguía su idilio con simpatía e interés.

–¿Qué planes tenéis? –le preguntó–. ¿Lo seguirás viendo cuando termine el contrato?

–No hablamos mucho de ello –respondió Rachael–. Ya sabes, vivimos al día.

No daba muchos detalles sobre lo que significaba vivir al día, aunque Bella parecía entenderla. No era de buen gusto hablar de bañarse desnudos en el lago a la luz de la luna o hacer el amor en el brezal, teniendo en cuenta que Dougie no podía caminar sin ayuda. Y sí, tenía planes, planes secretos que no reconocería ante nadie, ni siquiera ante Bella. Tal vez no incluían una boda con vestido blanco, aunque imágenes de ese tipo se filtraban de vez en

cuando en los márgenes de su subconsciente, pero sí de ella y Peter viviendo juntos y teniendo hijos. Edie se quedaría horrorizada, sin duda, pero lo que de verdad quería Rachael era ser una madre normal con una familia normal.

La primera traición, la peor, llegó dos meses después de que Peter dejara el Departamento de Protección de la Fauna y Flora para montar su propia asesoría. Rachael estaba al corriente de sus planes desde el principio y en cuanto terminó su máster en ciencias se puso a trabajar con él. Tenía su propia mesa y su ordenador en el pequeño despacho que era todo lo que Peter se podía permitir. Rachael hacía de recepcionista, secretaria y científica principal.

Ya no había botellas de champán y las noches de pasión escaseaban. Ella seguía soñando. Entendía que tenían problemas económicos y que Peter sufría un estrés considerable. No debió de ser fácil dejar un empleo estable para trabajar por su cuenta. Para ella era suficiente poder estar con él en aquel despacho caótico y abarrotado para apoyarle, y que de vez en cuando él le rozara los cabellos con los labios y dijera: «Lo sabes, ¿no?, que no podría hacer nada de esto sin ti».

Entonces vio un artículo firmado por él en *New Science*. Describía una nueva metodología para contar aves de las tierras altas. Era la metodología que había ideado ella, y la mencionaba en letra muy pequeña al final de la página, sí, junto con media docena de personas, incluida Anne Preece. Se atribuía todo el mérito a sí mismo. Presentaba el método como suyo. En un comentario, que daba la bienvenida al nuevo método, el director de la revista escribía: «Está claro que la metodología Kemp, con su precisión, claridad y simplicidad, será un punto de referencia para los estudios de las tierras altas. En el futuro debería ser el sistema recomendado para todos estos trabajos».

Gracias al artículo, de repente, Peter empezó a estar muy solicitado. Los encargos inundaban la oficina y otros organismos le encargaban que organizara seminarios para ellos. A menudo le decía a Rachael que le preparara las notas y los diagramas para las proyecciones. Ella hacía lo que le pedía sin protestar, aunque ya no soportaba que la tocara.

A menudo se preguntaba por qué no le echaba en cara su traición. ¿Por qué, encima, seguía trabajando para él, apoyándole en su empresa, que se estaba trasladando a una oficina más grande y elegante? Había una razón práctica, sin duda. Le costaría encontrar un trabajo tan bueno, con un sueldo suficiente para vivir, en el norte de Inglaterra. Pero sabía que eso no era realmente importante. Era una cuestión de orgullo. Si dimitía de Kemp Associates tendría que admitir ante los demás o ante sí misma que Peter la había engañado. Tendría que aceptar la posibilidad de que la única razón por la que había hecho el amor con ella era para robarle sus ideas, reconocer que Edie tenía razón. Era mejor dejar que el mundo pensara que Peter había ideado el método para contar aves en las tierras altas. Estaba segura de que por aquel entonces incluso él así lo creía.

La segunda traición llegó en forma de un sobre cuadrado que encontró una mañana sobre su mesa. Contenía una invitación a la boda de Peter. No parecía haber una intención maliciosa en la forma de informarle de su boda. Daba por descontado que ella aceptaba que el idilio en Baikie's había sido algo agradable, un poco de diversión. Al fin y al cabo hacía meses que no tenían relaciones íntimas. Supo por los compañeros que la prometida se llamaba Amelia. Fue Anne Preece, que entró en el despacho un día buscando trabajo, quien le contó más detalles.

–¿Amelia? –se preguntó–. Es de buena familia pero en plan saldo. Ni es aristocrática ni muy interesante. Una potencial extra en los abarrotados escenarios del *Hola*. Habría sido guapa si sus padres le hubiesen puesto aparato.

En la oficina nadie creía que Rachael tuviera más que un interés superficial en el compromiso de su jefe, así que, por fin, cuando sintió la necesidad de confesar su angustia, buscó una excusa para pasar la noche en Baikie's. Invitó a Bella a cenar y gastó un paquete de pañuelos de papel y se bebió dos botellas de vino. Se despertó con resaca y la convicción de que se había librado de la influencia de Peter Kemp.

Hasta que vio al cuervo saltando de manera lastimosa en la trampa, no había vuelto a pensar en ello.

6

Rachael había planeado con todo detalle lo que le iba a decir a Anne cuando volviera a Baikie's de su excursión al páramo. Mira, siento haber sido tan mandona. Debes comprenderlo. Es la primera vez que dirijo un proyecto y estoy nerviosa. No quiero fallos.

Pero cuando llegó la casa estaba vacía y la cocina en orden. Los platos limpios y secos. Grace y Anne habían dejado apuntado en qué lugar de la colina estarían y la hora aproximada de regreso, que era más de lo que había hecho Rachael. Con la irritación de encontrar la casa patas arriba se había marchado sin dejar su información de ruta, a pesar de que era una norma que había insistido en que nadie podía dejar de cumplir. Las hojas blancas, llenas de referencias y de horas garabateadas dentro de sus cuadrículas, colocadas pulcramente unas junto a otras sobre la mesa del salón, eran como una acusación.

Anne volvió a la hora precisa que había dejado escrita. Cuando Rachael intentó disculparse por su enfado de antes, le quitó importancia.

–No seas tonta. No hace falta que te disculpes. Deberíamos poder encajar estas cosas. Ya somos mayorcitas. No somos niñas.

Aquel comentario, que al principio Rachael se tomó como un gesto de conciliación, al final le pareció otra crítica. ¿No daba a entender que eso era lo que había hecho Rachael? Tratarlas como niñas.

Su incapacidad para encontrar el tono adecuado para tratar a Anne y Grace, la sensación de que, o bien era demasiado controladora, o bien perdía por completo el control, dominaron sus pensamientos los días siguientes. Era imposible adoptar una línea coherente. Las dos mujeres eran muy diferentes. Anne era segura de sí misma, insolente, habladora, más bien imprudente. Grace parecía muy introvertida. Era Grace la que más le preocupaba. Se la veía más pálida, más frágil que cuando había llegado. Apenas daba ninguna información que no fuera sobre su trabajo. Había que arrancarle las palabras de la boca. Casi no comía. Picoteaba la comida, empujándola por el plato con el tenedor. Rachael se preguntó si sería anoréxica. En un momento de desesperación, al ver que Grace no tomaba nada en todo el día, se decidió a hablar.

–Tienes que comer. Sobre todo porque tienes que caminar mucho. –Después, con vacilación–: ¿No tendrás un problema con la comida?

Para Rachael fue difícil. Había sido el objeto de la descarada simpatía de Edie. Durante su infancia y adolescencia Edie había estado atenta a cualquier señal de trauma. Se había imaginado acoso, consumo de drogas, incluso un embarazo. Discretamente, o no tan discretamente, le hacía preguntas. De vez en cuando aparecían folletos sobre anticonceptivos encima de su cama. Así que Rachael era consciente del valor de la intimidad.

Para su alivio, Grace sonrió. Quizá, al fin y al cabo, simplemente era tímida.

–Nunca he comido mucho. Soy algo quisquillosa, supongo. Me he traído un cargamento de chocolate. No te preocupes por mí. Estoy fuerte como un roble.

Era una expresión que Rachael no oía desde que era pequeña, e incluso entonces, solo en boca de personas mayores.

Y era verdad que Grace parecía estar fuerte. Caminaba kilómetros junto al río todos los días y volvía a la casa al anochecer sin muestras de agotamiento. A veces Rachael la observaba acercarse sobre la tierra plana desde el Skirl, con un paso tan uniforme que parecía flotar, pálida en la penumbra como uno de los búhos de orejas cortas que cazaban en los campos bajos cercanos a la granja.

La víspera del funeral de Bella, Peter Kemp se presentó en la granja Baikie's. Rachael se había levantado a las cuatro de la mañana, a las cinco estaba en la colina y ya estaba de vuelta desayunando y calentándose. Durante la noche había caído otra nevada en las cimas. Ahora hacía sol, pero un viento racheado soplaba durante el último cuadrado de estudio. De

haber soplado antes, no se habría molestado en salir. Grace estaba recorriendo un río de la finca de Holme Park. Anne estaba en la cocina, llenando un termo y preparándose para salir. Oyó primero el coche, salió a mirar y llamó a Rachael.

–¡Por el amor de Dios! ¡Sal a ver esto!

Lo último que quería Rachael era levantarse del sillón y dejar el fuego y su tostada, pero Anne no estaba siempre de tan buen humor. Habría sido grosero ignorar su petición. Alcanzó el café y se plantó en la puerta de la cocina en calcetines. Era Peter, conduciendo un Range Rover recién estrenado con un discreto logo de Peter Kemp Associates en la puerta del acompañante. Rachael no había visto antes el coche, ni siquiera sabía que tuviera previsto comprarlo, pero no hizo ningún comentario. Anne no tuvo tanta contención.

–Vaya, ahora entiendo por qué pagas una miseria a tus empleados –dijo en broma, pero también un poco en serio. Siempre se sentía mal valorada–. Nosotros cobramos el mínimo para que el jefe se pasee con un Range Rover.

Peter sonrió encantado, sin ofenderse. Rachael volvió a entrar en la casa.

–Se trata de transmitir seguridad a los clientes. –Lo oyó decir–. Eres una chica lista. Seguro que lo entiendes.

Su tono era provocativo. Rachael, que conocía la fama de Anne de alocada y promiscua, se preguntó si habrían tenido una aventura, o si, a pesar de Amelia, la tenían en aquel momento.

–Bueno, como solo soy una esclava a sueldo –comentó Anne–, más vale que me ponga a trabajar. No querría que me dieran la patada.

–Eso no es posible, guapa –contestó él tan tranquilo–. Eres la mejor botánica del condado.

Si hubo respuesta, Rachael no la oyó. Peter entró en el salón y se situó de espaldas al fuego obstruyendo el calor.

–¿No sales? –preguntó.

–Ya he salido. No sirve para nada contar a estas horas. Deberías saberlo. Escribiste el manual.

La miró como si no entendiera a qué se refería. Había momentos que él podía hacerle creer que había soñado su contribución a la metodología Kemp, que se estaba volviendo loca. Peter se sentó en el otro sillón.

–Me he enterado de lo de Bella –dijo–. Lo siento muchísimo. Por eso he venido. Para ver cómo estabas.

–Estoy bien.

–No, en serio. Sé que erais muy amigas.

–De verdad. Ha sido un golpe, pero estoy bien.

–¿No tienes idea de por qué lo hizo?

–Ni idea.

–Supongo que no sabrás qué pasará con la granja.

–Está claro que Dougie no puede encargarse. Si Neville no se responsabiliza de ella, supongo que la venderán. Han trasladado a Dougie a una residencia. Habrá que pagarla.

–¿Qué están haciendo ahora? Las ovejas estarán pariendo.

–Geoff Beck, de Langholme, se ocupa de ello. Imagino que Neville se lo ha pedido.

Era un interrogatorio más exhaustivo que al que la había sometido el joven policía.

–Neville Furness. ¿Ha venido?

–No. Hablé con él por teléfono. Está organizando el funeral.

–¿Sabías que trabaja para Slateburn Quarries?

–Me lo habían dicho.

Puso su gesto infantil y le sonrió.

–¿No sería posible tomar un café?

Rachael le preparó un café, pero no le ofreció nada de comer. El trayecto a Kimmerston para comprar vituallas era largo, y no le parecía necesario compartir con él sus raciones. En otra época, cuando vivían juntos en Baikie's y él todavía trabajaba para la fundación, le traía *delicatessen*: pan recién hecho de la panadería de Slateburn, paté y *brie* de la charcutería de Kimmerston, fresas españolas del supermercado, a pesar de que ambos sabían que habían desecado Doñana para producirlas, y que de haber tenido un poco de conciencia no las habrían consumido. Aquel día venía con las manos vacías y, muy a pesar suyo, se sentía estafada.

–¿Y el proyecto? –preguntó–. ¿Avanza bien?

–Por ahora sí. Muy bien.

–Anne es muy trabajadora, lo sé, pero Grace, ¿qué tal? ¿Se está adaptando? Me han

hablado muy bien de ella.

–Sin duda sabe lo que hace.

Rachael no tenía la menor intención de hablar de la salud o el estado mental de Grace con Peter. Había adquirido la costumbre de contarle lo menos posible. Además, hablar con él de los problemas de las mujeres habría sido tan inútil como chismorrear.

–¿Así que estamos cumpliendo el programa?

–Vamos adelantadas. Hemos tenido suerte con el tiempo.

–Bien. Muy bien.

Sin embargo, no parecía dispuesto a marcharse. Se sentó de nuevo, ahora en el sillón raído que habría quedado mal en la habitación de un estudiante, y que sin duda era impensable en el piso que él compartía con Amelia, y sostuvo su taza de café. Rachael se dio cuenta de que quería hablar con ella. Se estaba preparando para hacer una confesión, o una confidencia, quizá incluso para darle una disculpa. No le apetecía oír lo que tenía que decirle. Ni sobre su esposa ni sobre su trabajo o sus aventuras.

–¿Vendrás al funeral? –preguntó con brusquedad.

–No lo sé. No lo había pensado.

–Creo que deberías venir. Bella fue una gran ayuda para Peter Kemp Associates.

–Entonces quizá vaya.

–Y si necesitas saber algo de la granja puedes preguntar a Neville.

–Sí. –Pero seguía pareciendo dubitativo.

–Mira –dejó caer Rachael–, estoy agotada. Me iría bien dormir un par de horas antes de volver a salir por la tarde. –Lo dijo a pesar de que ya estaba segura de que el viento sería demasiado fuerte.

–Claro. De todos modos debería irme. Una reunión con Naturaleza Inglesa. Hay posibilidades de más trabajo. Buena noticia, ¿eh?

La única respuesta de Rachael fue levantarse para dejar claro que esperaba que se fuera en ese mismo instante. Peter había dejado la chaqueta en la cocina. La había lanzado sobre el banco al entrar. Sus botas estaban en el umbral. Se las ató, se puso la chaqueta y se levantó el cuello. Rachael no se molestó en ponerse ropa de abrigo, pero se quedó en la puerta mirando cómo se marchaba. Al dar la vuelta al Range Rover, él giró la cabeza y la saludó con un gesto triste de despedida.

El coche se alejó despacio y, de repente, Rachael salió corriendo tras él, gritando y golpeando la puerta donde estaba impreso el logo. Incluso con los calcetines gruesos, el suelo del patio estaba muy frío. Peter frenó y miró con ansiedad por la ventanilla. Quizá creyó que al final tendría la oportunidad de hacerle alguna confidencia.

–Tengo que hacerte una pregunta.

–Claro, por supuesto.

–¿Viniste a ver a Bella la tarde que murió?

Por un momento se quedó estupefacto. Parecía incapaz de contestar, pero quizá solo era porque esperaba una pregunta diferente.

–No –dijo por fin–. ¿Para qué iba a venir? Era tu proyecto.

–¿No estabas en la colina?

–No. ¿Por qué lo preguntas?

Rachael sacudió la cabeza y se apartó del Range Rover. Él dudó, pero acabó alejándose con el coche.

Estaba convencida de que había mentido. El recuerdo se había despertado al verlo junto al coche y volverse para saludarla. Había sido algo de su postura y de la forma de la chaqueta con el cuello levantado. Era a Peter a quien había captado con los faros al cruzar el vado de Black Law la noche del suicidio de Bella. Y le había mentido.

7

Los restos mortales de Bella se enviaron al gran crematorio de Kimmerston. Por alguna razón, Rachael se había imaginado que la enterrarían en el camposanto de Langholme, que en la práctica era un pedazo de tierra más con ovejas pastando, justo al otro lado de un muro de piedra bajo, con la peña Fairburn detrás, a lo lejos. Si la hubieran enterrado, al menos Rachael habría tenido una tumba que visitar. Pero Neville y Dougie –si Dougie había podido opinar, cosa que dudaba– habían decidido incinerarla. Interpretaron a Vivaldi con gaitas, y un vicario que no parecía saber nada de Bella celebró la deprimente ceremonia.

El día del funeral Grace se quedó en Baikie's, a pesar de que Rachael se ofreció a llevarla a la ciudad.

–No quiero decir que debas venir al crematorio. Por supuesto que no. No conocías a Bella. Pero te mereces un poco de distracción. Tómate un aperitivo o date una vuelta por las librerías. Podríamos quedar después para comer…

Pero Grace no aceptó el ofrecimiento.

–Sé que no está permitido salir a la colina si no hay alguien aquí para asegurarse de mi regreso, pero tengo un montón de trabajo. Por fin podré ponerme a revisar el material que he acumulado hasta ahora. –Calló, ruborizada–. Además, puede que venga a verme un amigo. Igual se queda a pasar la noche. No te importa, ¿verdad?

–¡Oh, no! –Rachael estaba encantada con que hubiera alguien más, de no ser la única responsable del bienestar de Grace–. Si tienes compañía, no hará falta que nos apresuremos en volver.

Aunque no le gustara reconocerlo, no le apetecía mucho el trayecto en coche hasta Kimmerston con Grace, cuyos abstraídos silencios mataban cualquier conversación. Anne Preece podía ser irritante y tozuda, pero al menos era normal. Al pensar esto, Rachael sintió una punzada de culpa. Oyó la voz de Edie en su cabeza: ¿qué derecho tienes a juzgar? ¿Se puede saber qué es normal?

Llegaron pronto al crematorio –Rachael era incapaz de llegar tarde– y esperaron un rato fuera, sin saber muy bien qué debían hacer. Todavía soplaba un viento racheado que empujaba las nubes y aplastaba los narcisos moribundos que alguien había plantado junto a la pared exterior. Rachael había estado en el crematorio una vez en otoño. Había aparecido un ave rara, un mosquitero oriental, en el Jardín del Reposo. Habían llegado observadores de pájaros de todo el país con sus telescopios y trípodes, mezclándose con afligidos familiares y furiosos directores de funeraria. Después le describió la escena a Bella, que se rio. Se acordó de Bella, de pie en la cocina de Black Law, sosteniendo la tetera con el cubreteteras manchado de taninos, riendo tanto que el té se vertió sobre la mesa y, por primera vez aquel día, sintió que estaba a punto de llorar.

En el interior de la capilla escogió un asiento cerca del pasillo para poder observar a los asistentes. El lugar estaba casi vacío. Llegó Edie, se hizo sitio a su lado y le tocó la mano. Rachael sintió como si alguien la empujara en una cola, acercando la cara demasiado a la suya, exigiendo una reacción. Deseaba apartar a su madre. Pensó que no debió haber ido a verla, no debió haberle pedido ayuda.

Anne reconoció a algunas personas de Langholme. Las identificó en un susurro: la cartera y su marido, la pareja joven que explotaba Wandylaw, arrendatarios de la finca. Peter estaba sentado al fondo con Amelia, iba vestido muy elegante con el traje caro que se ponía para impresionar a los posibles clientes. De haber habido muchas personas en la capilla, a Rachael le habría molestado la presencia de Amelia. Seguro que no había conocido a Bella y parecía estar allí a regañadientes, aunque también se había arreglado para la ocasión. Estaba sentada a cierta distancia de Peter y miraba con una intensa concentración sus uñas inmaculadamente arregladas. En realidad, Rachael estaba contenta de que hubiera una persona más conmemorando el fallecimiento de Bella.

–¡Dios santo! –A Anne se le escapó de manera involuntaria la exclamación al ver entrar a una pareja de mediana edad.

La mujer tenía la mano sobre el brazo del hombre. Parecían agradables, corrientes. Rachael esperó que fueran parientes de Bella o amigos de su pasado.

–¿Quiénes son?

–Nada menos que Godfrey Waugh y su esposa. ¿Cómo se atreven a venir aquí? Qué cara más dura.

Godfrey Waugh era el presidente de Slateburn Quarries, la fuerza viva tras el proyecto en Black Law, la razón de que Anne, Grace y Rachael estuvieran en Baikie's, el porqué de sus recuentos en las colinas. Parecía poca cosa y demasiado inofensivo como para haber causado tanto alboroto. Rachael estaba decepcionada y, curiosamente, se sintió obligada a defenderlo.

–Viven en Slateburn, ¿no? Según cómo se mire son vecinos.

Pero Anne seguía echando humo.

–Pues a mí me parece un caradura.

Rachael pensó que debería expresar su opinión con más contundencia, pero tuvo que callarse porque empezaba la ceremonia.

Dougie estaba en una silla de ruedas que empujaba Neville. Rachael pensó que no estaba tan aseado como a Bella le habría gustado. Llevaba su mejor traje, pero el cuello de la camisa estaba arrugado. El que lo había afeitado había olvidado un trozo en su mejilla. A los zapatos les faltaba un cepillado. Neville, en cambio, iba impecable. Era un hombre bajo y musculoso, con los cabellos del negro azulado de las plumas del cuervo y una barba negra. En contraste con la piel oscura, su camisa parecía de un blanco asombroso y sus zapatos brillaban.

El vicario ya había empezado a hablar cuando la puerta se abrió de golpe otra vez. Rachael se acordó de una mala película inglesa antigua, aunque no estaba segura de si era un *thriller* o una comedia. El vicario se calló a media frase y todos se volvieron a mirar. Incluso Dougie intentó girar la cabeza en aquella dirección.

Era una mujer de cincuenta y pico años. La primera impresión era la de una pordiosera que venía de la calle. Llevaba un gran bolso de piel colgado al hombro y una bolsa de supermercado en una mano. Tenía la cara grisácea y con manchas. Llevaba una falda hasta la rodilla y un jersey largo con los bolsillos llenos. Iba sin medias. A pesar de todo, afrontaba la situación con tal seguridad y aplomo que todos dieron por sentado que tenía derecho a estar allí. Se sentó, inclinó la cabeza como si rezara en silencio, y después fijó la mirada en el vicario como si le diera permiso para continuar.

Neville había reservado una sala en el hotel White Hart y los invitó a todos a almorzar al terminar la ceremonia. Anne se disculpó, y sonrió a Rachael furtivamente.

–¿No te importa, verdad? Es que tengo cosas mejores que hacer en una tarde libre que estar en el White Hart comiendo bocadillos de huevo e intentando evitar hablar sobre el suicidio de Bella. Ella decidió hacerlo, ¿no? Me cuesta sentir lástima. Sé que erais amigas, pero es lo que siento.

Rachael se imaginó que tenía una cita. El apetito sexual de Anne era legendario, y llevaba puesto un vestido negro y una chaqueta que le servirían lo mismo para una cena discreta que para una ceremonia de incineración llena de corrientes de aire. Rachael se dio cuenta de que se iría en cuanto salieran de la iglesia.

–¿Dónde quedamos? –preguntó.

Anne vaciló.

–Mira, no sé lo qué haré. Pero me apetece pasar una noche en mi cama. Jeremy me acompañará a Baikie's mañana a primera hora.

Rachael tardó un poco en recordar que Jeremy era el sufrido marido de Anne.

En el White Hart había incluso menos concurrencia que en el crematorio. Godfrey Waugh solo se quedó un rato. Mantuvo una conversación breve e intensa con Neville, que a Rachael le pareció que tenía más relación con negocios que con Bella. Su mujer no había hecho acto de presencia.

Peter y Amelia se presentaron más tarde. La frialdad que había entre ellos le hizo pensar a Rachael que se habían peleado en el coche. Amelia ignoró con un gesto ostentoso la comida y se fue al aseo de señoras.

–Ves –señaló Peter–. He venido. Sabes que siempre sigo tus consejos.

Dios mío, pensó Rachael, ¿esto era lo que me impresionaba?

Sus ojos vagaron por encima del hombro de Rachael y ella se dio cuenta de que estaba asegurándose de que no podían oírlos.

–¿Qué te hizo pensar que estuve en casa de Bella la tarde que murió?

–Nada. Fue una tontería.

Él insistió, pero Rachael no quiso decir nada más. Al final, se dio por vencido.

De la fea mujer con la bolsa no había rastro. Rachael se quedó hasta más tarde de lo que tenía pensado con la esperanza de que la desconocida hiciera otra entrada teatral y tardía como había hecho en el crematorio. Preguntó a algunos de los presentes, pero nadie parecía saber quién era. Entonces se dio cuenta de que Dougie tampoco estaba y pensó que quizá la mujer era pariente suya, que estaban pasando un rato juntos.

Iba a avisar a Edie de que se iba cuando la sobresaltó un golpecito en el hombro. Se volvió rápidamente y vio a Neville tan cerca de ella que pudo apreciar una cana solitaria en la barba y oler el aroma del jabón que había usado.

–Me alegro de que hayas podido venir –comentó–. ¿Eres Rachael? No estaba seguro de que te vieras con ánimos. Después de lo…

Ella lo interrumpió, no porque pareciera avergonzado, sino porque quería dejar una cosa clara:

–No me lo habría perdido por nada del mundo. Éramos buenas amigas, Bella y yo.

–Hablaba a menudo de ti.

–¿Sí? –Rachael se sorprendió. No tenia ni idea de que hubiera un contacto real entre Neville y Bella.

–Oh, sí. –Era bajo para ser un hombre y la miraba casi directamente a los ojos–. ¿Habíais hablado en los últimos meses?

–No.

–Oh. Creí que podrías tener una idea de por qué…

–No.

–La apreciaba, sabes. Era un niño cuando murió mi madre. Me alegré de que mi padre encontrara a alguien. Me alegré por los dos.

–Por supuesto. –Bella nunca lo había mencionado, pero no parecía el comentario más adecuado–. ¿Como está tu padre?

Por primera vez le pareció incómodo.

–¿Cómo podemos saberlo?

–Bella parecía saberlo siempre.

–¿Sí? A mí me parecía que se engañaba. Que era su manera de afrontarlo. Yo no puedo. Afrontarlo, quiero decir. De verdad que no. Por eso, últimamente casi no he ido.

–¿Alguien de la residencia lo traerá al hotel?

Esperaba que pusiera nombre a la mujer de la bolsa, pero Neville contestó con brusquedad:

–No. Lo han llevado de vuelta a Rosemount. Dicen que es mejor que mantenga unos horarios.

–Ya. –Rachael esperaba que Neville al menos hubiera preguntado a Dougie si quería que lo llevaran enseguida a la residencia. A Dougie le gustaban las fiestas, incluso después de la enfermedad. Organizaron una en Baikie's al final de su proyecto. Estaba Peter y también el resto de estudiantes. Uno de los chicos había llevado un violín. Bella había abrigado a Dougie y lo había llevado en la silla por la pista hasta la casa. Rachael recordaba cómo bailaban, con los ojos brillantes; Dougie seguía la música de violín con la mano sana.

8

Rachael y Edie estaban frente al hotel White Hart. Rachael se distrajo un momento con un coche negro que pasó por delante de ellas calle arriba. Le pareció reconocer a Anne Preece sentada en el asiento del acompañante, pero no vio al conductor.

–Ven a casa a comer algo como es debido –propuso Edie–. He preparado una sopa. Pensé que sería reconfortante.

–Qué maternal.

–Puedo serlo –afirmó Edie en tono pomposo–, cuando quiero.

Comieron la sopa en la cocina de Riverside Terrace.

–¿Y bien? –preguntó Edie–. ¿Qué conclusión has sacado?

Rachael se la imaginó haciendo la misma pregunta a su grupo de estudios teatrales tras una visita al Theatre Royal en Newcastle. Debían de mirarla con el mismo silencio incómodo con el que había reaccionado Rachael en aquel momento, incapaces de comprometerse, deseando algo más concreto.

–No estoy segura.

–¡Piensa! –Rachael pensó que Edie no podía haber sido otra cosa que profesora–. A ver, ¿qué nos dice todo esto?

–Nada –respondió Rachael con frustración–. Nada de nada.

–Claro que sí. ¿No te parece raro que no hubiera nadie de su pasado? Ni una amiga de la escuela ni un primo.

–Estaba la mujer de la bolsa.

–No estoy segura. Si de verdad quería asistir a su funeral, ¿por qué no se ha dado a conocer?

–A lo mejor Bella no vivía en la región entonces. El *Gazette* solo llega a Kimmerston y a los pueblos cercanos.

–Pues eso ya nos dice algo, ¿no?

–No mucho.

–En alguna de vuestras conversaciones debió de decirte algo sobre lo que hacía antes de aparecer en la granja para cuidar a la madre de Dougie.

–No estoy segura. –Viéndolas en perspectiva, todas sus conversaciones habían sido unilaterales. Rachael había hablado de su infancia, cómo había sido crecer con una madre tan moderna como Edie, su amargura por no saber nada de su padre. Bella había escuchado, comentado, pero pocas veces aportaba su propia experiencia a la conversación.

–¿No te parece raro? –preguntó Edie–. ¿No te parece que lleva a pensar que quería ocultar algo?

–Por supuesto que no –protestó Rachael–. No todos sentimos la necesidad de hablar de nuestros traumas infantiles con la mujer que tenemos detrás en la cola del supermercado.

Edie ignoró el insulto.

–Pero la mayoría sí contamos algo de nuestra familia, dónde fuimos a la escuela, dónde trabajamos…

–Creo que fue a una escuela de agricultura –repuso Rachael– a estudiar horticultura. O quizá sus padres tenían un huerto. Entendía de jardinería, pero no le gustaba. Decía que se había hartado de joven. Por eso nunca se molestó en tener un huerto en Black Law. Yo creía que era por el viento o las heladas, pero ella decía que era un lujo poder comprar las verduras en el supermercado.

–No es mucho para empezar.

–Lo siento. Era muy reservada. A lo mejor es que no puedes entenderlo.

–Es algo que entiendo muy bien. –De nuevo, tácitamente, el padre de Rachael se interpuso entre ellas–. ¿Había estado casada antes?

–No.

–¿Por qué estás tan segura?

–Decía que Dougie era su único y auténtico amor.

–Eso no significa nada. La gente no siempre se casa por amor.
–Bella sí.
–¡Puf! ¿Cuál era su apellido de soltera? Supongo que eso lo sabes.
–Davison.
–¿Y Bella? ¿Es una abreviatura de Isabella? ¿Un segundo nombre? Para que pueda buscarla en el registro.
–Firmaba I. R. Furness. No sé qué significaba la R.
–Pero no creemos que fuera de por aquí.
–Tenía acento de aquí –apuntó Rachael, no muy segura–. Pero me daba la sensación de que había vivido fuera un tiempo. Quizá entonces perdió el contacto con la gente.
–¿Cómo consiguió el trabajo en Black Law? ¿A través de la Oficina de Empleo?
–No. Dougie puso un anuncio en el *Gazette*. Me lo contó ella. Lo vio y llamó enseguida. Dijo que necesitaba con urgencia el trabajo, que de otro modo no se habría atrevido. Él fue a recogerla a la parada del autobús de Langholme y la llevó a la granja. Iba a ser una entrevista de trabajo, pero acabaron charlando como amigos. Le pregunté si no le había parecido peligroso meterse en un coche con un desconocido para ir a un sitio en medio de la nada. Ella dijo que supo que no en cuanto lo vio. –Rachael miró a su madre–. Ya. Buf. Muy romántico. Por eso creía que no había tenido ninguna relación seria antes de él. No había tenido ocasión de volverse cínica.
–¿Dougie no habría pedido referencias de ella?
–Yo creo que no, en absoluto. Si le gustó, ni se le habría pasado por la cabeza.
–¿Cuándo fue esto?
–Hace siete años. La madre murió dos años después. Ellos se casaron al poco tiempo. Rápidamente, en el registro, sin alborotos. Fue decisión de Bella que fuera así. Creo que a Dougie le habría gustado celebrarlo.
–¿Por qué esperaron a que muriera la madre de Dougie?
–¿Cómo quieres que lo sepa? –Se le escapó como un grito malhumorado. Estaba harta de hablar–. Mira, tengo que volver. –Pensaba que podía llegar a tiempo para hacer un recuento antes del anochecer, se imaginaba la colina a la última luz, las alondras cantando.
–¿Tienes que irte?
–¿Por qué?
–Tienes razón. Tú no tienes las respuestas. Deberíamos hablar con Dougie.
–Grace pasará la noche con un amigo. Supongo que puedo esperar a mañana. –Sentía la reticencia en su voz. Prefería estar en la colina.
–Si no quieres ir conmigo puedo arreglarlo para que vayas a Rosemount sola.
–¡Madre! –Rachael pegó un manotazo sobre la mesa–. Deja de ser tan comprensiva. –Después de una pausa, siguió–: No seas tonta. Claro que quiero ir contigo.

Habían preparado a Dougie para pasar la noche. Llevaba un pijama a rayas, como un uniforme de prisión anticuado, con las palabras RESIDENCIA PRIVADA ROSEMOUNT bordadas en rojo en el cuello, una bata fina de tela de rizo y zapatillas marrones de tartán. Le habían puesto las zapatillas al revés. Tenía su propia habitación, bastante agradable, con vistas al jardín, aunque no se podía comparar con las vistas de Black Law. Hacía mucho calor. Dougie sudaba. Rachael se quitó el jersey en cuanto entró al edificio.
En el pasillo había un ruido constante: el traqueteo de una silla de ruedas, voces del personal gritando sobre baños y cuñas y dónde habían ido a parar las pastillas de la señora Price; pacientes confundidos y angustiados.
Cuando llegaron, Dougie estaba viendo la tele en un televisor portátil que se apoyaba sobre una cómoda de cajones de contrachapado de pino. El sonido estaba tan bajo que Rachael apenas lo oía. Dougie parecía fascinado por las imágenes chillonas y fugaces.
Creen que está sordo, pensó Rachael, y se preguntó indignada qué les habría contado Neville. Sin embargo, en cuanto entraron, fue evidente que Dougie la reconoció. La enfermera que las acompañó a la habitación se quedó atónita al ver la sonrisa rápida y torcida, la mano sana golpeando el brazo del sillón para que Rachael se acercara más.
–¡Tiene visita, señor Furness! –anunció gritando, como si él no la hubiera oído aposta, y Rachael pensó que era la primera vez que se dirigía directamente a él. Solo por eso la visita había merecido la pena.

Rachael se agachó a su lado y puso la mano sobre la de Dougie.

–Oh, Dougie –dijo–. Lo siento mucho.

La enfermera miró su reloj, murmuró algo a Edie de que estaría en su despacho si la necesitaban, y salió de la habitación.

Fue una conversación extraña, tan intensa como una de las sesiones de terapia de Edie. Dougie se comunicaba con asentimientos, gruñidos, apretones de mano, pero se entendieron. De vez en cuando los distraía el sonido de zapatos blandos deslizándose sobre el linóleo, un grito agudo, el ruido, pensó Rachael, de ratas en un granero, pero enseguida volvían al tema que los preocupaba. Se resumía en esto: Bella se había suicidado y no entendían por qué.

–Quiero saber por qué –manifestó Rachael–. ¿Te importa? Quizá prefieres que la dejemos en paz.

Dougie dejó claro que no lo prefería.

–Me gustaría echar un vistazo a la casa.

Él volvió la cabeza y miró otra vez el televisor. Primero Rachael pensó que lo había ofendido, pero Dougie le apretó la mano con más fuerza si cabe. Fue Edie la que siguió su mirada; se acercó a la cómoda de cajones y volvió con un manojo de llaves.

–¿Son las llaves de Black Law, Dougie?

Pero Rachael ya las había reconocido. Estaban colgadas en una espetera para tazas de la cocina, entre una taza del Newcastle United de Dougie y la gigante taza de té amarilla y verde en la que Bella tomaba el café.

–¿Supongo que debo avisar a Neville de que voy a entrar en la casa?

Lo miró, esperando una respuesta, pero él había perdido la concentración. En el pasillo se había formado otro pequeño alboroto. Una mujer gritó con una voz aguda y fina.

–¡Déjame! ¡No me toques! ¡Tienes las manos mojadas! ¡Tienes las manos mojadas!

Se oyeron unos pasos apresurados, unas voces apaciguadoras, pero Dougie no parecía oírlo.

Rachael, que seguía agachada en el suelo, se volvió de modo que le hablaba casi al oído, como una niña susurrando secretos, forzándolo a prestar atención.

–Dime, Dougie, ¿recuerdas el día en que Bella murió?

Él siguió mirando las rápidas imágenes en el televisor, pero Rachael pensó que estaba recordando. ¿Qué veía? ¿A Bella en la casa de Black Law inclinándose sobre su cama? ¿A Bella arreglándose para morir?

–¿Fue alguien a Black Law aquel día? Supongo que me oíste a mí. Crucé la era justo cuando oscurecía. Todos los perros se pusieron a ladrar. Pero antes, ¿fue alguien más?

Parecía perdido en sus pensamientos.

–¿Fue alguien antes que yo, Dougie?

Era consciente de que él hacía un esfuerzo de memoria. Asintió.

–¿Entró en la casa?

Él asintió de nuevo.

–¿Lo viste? ¿Sabes quién era? ¿Oíste una voz conocida?

Con dificultad, sacudió la cabeza.

9

Durante la noche el viento había cesado. Había escarcha en el suelo del valle y a los pies de los muros de piedra seca. El humo de la chimenea de Baikie's se elevaba hacia el cielo.

Grace estaba en la cocina preparando tostadas. Sostenía la diminuta plancha sobre la llama del gas. De otro modo le habría llevado horas. Estaba sola.

–¿Vino tu amigo? –le preguntó Rachael.

El olor a pan tostado le despertó el hambre. Había salido de su casa sin desayunar, expresamente antes de que Edie se levantara.

–Ayer por la tarde.

–¿Se quedó a pasar la noche?

Grace sacudió la cabeza, no solo como respuesta a la pregunta, sino como una forma de dejar claro que no pensaba dar más información.

–¿Cómo fue el funeral? –preguntó.

Puso la tostada en un plato, la untó con una capa fina de margarina, la partió por la mitad y ofreció una porción a Rachael, que le añadió mermelada.

–Bueno, ya puedes imaginarte.

–No recuerdo haber ido nunca a un funeral –apuntó Grace.

A Rachael le pareció raro. No es algo de lo que uno se olvida. Entonces se abrió la puerta y entró Anne, con un color rosado y saludable, como una niña que entrara en casa a la hora de la merienda después de jugar en la calle con los amigos.

–No he oído el coche –observó Rachael.

–No, le he pedido a Jem que me dejara al final de la pista. Me ha parecido que hacía una mañana magnífica para caminar.

–Acabo de llegar. Por unos minutos no nos cruzamos.

Anne sonrió y Rachael pensó que no era Jeremy el que la había dejado al final de la pista, sino el amante de turno con el que había pasado la noche.

–¿Has desayunado? –le preguntó Grace a Anne.

Cortó otra rebanada de pan y la puso en la plancha. Rachael nunca la había visto preparar comida por iniciativa propia.

–No –respondió Anne–, no he tenido tiempo.

Una persona tan presuntuosa, pensó Rachael, merecía que la criticaran. Esperó a que Anne y Grace estuvieran en la colina para ir a Black Law. No quería dar explicaciones de lo que hacía. Podía parecerles morboso.

Había dos puertas para entrar en la casa. Rachael siempre había utilizado la que daba a la cocina desde la era. Era moderna, de madera, con doble cristal y una cerradura también doble. Dougie había comprado la puerta cuando había renovado la cocina para Bella. Había sido una sorpresa, una especie de regalo de bodas, o al menos un nuevo comienzo. En tiempos de la anciana madre, la cocina era pequeña, oscura y estaba llena de corrientes de aire, y daba a una despensa húmeda con una lavadora manual de doble tubo y un escurridor. Bella renegaba un poco de la lavadora manual. Había sido antes de conocer a Rachael, pero ella le había oído contarlo: «Entonces había sábanas para lavar casi todos los días. Ivy no podía evitarlo. Tenía músculos de levantador de pesos de tanto cargarlas, mojadas, hasta la secadora. Pobrecilla. No me gustaría acabar como ella».

Después de la boda, Bella se había marchado unos días –ahora Rachael se preguntaba adónde habría ido– y al volver se encontró una cocina nueva. Al parecer, había visto una foto en una revista que le había enseñado a Dougie y él la había reproducido con absoluta precisión. Su madre le había dado algunas acciones, y empleó lo que sacó de su venta en eso.

Fue la lavadora lo que más complació a Bella, aunque, como comentó irónicamente a Rachael, le habría sido más útil mientras la anciana estaba viva, cuando ella tenía que hacer la colada todos los días.

La cocina estaba más ordenada de lo que la había visto nunca Rachael. Era evidente que Bella había fregado el suelo antes de morir. En el alféizar de la ventana vio unas plantas que

necesitaban agua; Bella nunca se había preocupado mucho por ellas. En los cajones y los armarios no quedaba ninguna pista sobre su pasado.

Rachael fue al saloncito donde la señora Furness se sentaba por las noches antes de irse a la cama. No podía haber cambiado mucho desde entonces. Había un piano de pared, mesas pequeñas de madera oscura cubiertas con tapetes de ganchillo, bordados enmarcados y una lámpara corriente con una pantalla de flecos. En las fotos aparecía Dougie con su primera mujer y Neville de niño. En la época en la que Ivy Furness debía de ser una mujer sana y activa, la primera esposa de Dougie murió de repente, de un derrame cerebral, cuando el niño tenía dos años, y ella se hizo cargo de la familia. Rachael pensó que debía de ser casi como una madre para Neville. Quizá tuvo mejor relación con ella que con Dougie. Sería interesante descubrir si había sido un visitante más asiduo cuando ella vivía de lo que lo fue con su padre.

La primera esposa de Dougie era una belleza; de ella había heredado Neville los cabellos negros, la piel morena, los ojos intensos. Bella habló de ella alguna vez con celos:

–Era solo una niña cuando se conocieron, y un poco alocada por lo que dicen. Mira su foto. Se entiende por qué se enamoró de ella.

Era del sur, estaba estudiando arte y se hallaba en la región visitando a unos familiares. Dougie la había encontrado un día en la colina. Ella estaba dibujando la mina de plomo. El cuadro seguía colgado en el salón en un lugar de honor sobre la chimenea.

–¿No te importa? –le había preguntado Rachael a Bella.

–Por supuesto que no. Los dos tenemos un pasado.

Pero del pasado de ella no se hablaba nunca, y el saloncito de Ivy Furness no reveló ninguno de sus secretos, como tampoco el salón con vistas a las colinas o la enorme pintura de la mina, un recordatorio constante del primer amor de Dougie.

Se había hablado de convertir el saloncito de Ivy en dormitorio para Dougie cuando volvió del hospital, pero, como decía Bella, el baño estaba arriba y no podía lavarlo en la pila de la cocina. Al final los servicios sociales les consiguieron un elevador y pudieron seguir en el dormitorio que compartían desde la boda, o quizá antes. Bella nunca había sido muy convencional.

Alguien había entrado en la habitación después de la noche en que Bella murió para recoger el traje de Dougie para el funeral. Quizá Neville había ido mientras ellas estaban en la colina. Rachael no oyó el coche. Debió de recoger la ropa y marcharse enseguida. La habitación aún olía a desinfectante y al perfume de Bella. Rachael la registró con la misma meticulosidad que el resto de la casa, pero sin expectativas de encontrar nada. Si Bella quería mantener algo en secreto para Dougie, aquel sería el último sitio que habría elegido.

La habitación que llamaban de Neville, en la que había dormido Rachael después de beber el whisky de Dougie, estaba vacía a excepción de una cama individual y un armario. La habitación de Rachael en casa de Edie seguía llena de sus trastos de colegiala. Aunque llegara a comprarse un piso, aquella siempre sería su habitación, con las cortinas que ella había elegido, sus dibujos en la pared... Esta era impersonal. No quedaba nada que hubiera pertenecido a Neville.

Había otra habitación que Rachael no había visto nunca. Se llegaba bajando dos escalones desde el rellano, al fondo de la casa. Era pequeña, con un tejado inclinado y un armario grande que guardaba el calentador de agua. Había un diván estrecho cubierto con un edredón color crema, todavía arrugado, como si alguien se hubiera sentado encima. Junto a él había un pupitre, como los que se usaban antes en las escuelas, con una tapa abatible y un tintero. La superficie se había lijado y pintado con esmalte rojo, pero los arañazos de los grafitis aún eran visibles.

Dentro del pupitre había una caja de madera con incrustaciones de marquetería y madreperla. Tal vez antes Bella la tuviera mejor escondida, pero después de la embolia de Dougie no hacían falta tantas precauciones. Los dos escalones garantizaban que él nunca entraría en la habitación. Rachael llevó la caja a la cama y abrió la tapa.

Primero se llevó una desilusión. Parecía contener pertenencias de una persona completamente diferente: Isabella Rose Noble. Había una partida de nacimiento con aquel nombre, fechada el 16 de septiembre de 1942, y Kimmerston, Northumberland, como el lugar de nacimiento. Lo siguiente era un título de estudios fechado en 1963. Isabella Rose Noble había asistido a una escuela de magisterio en Newcastle y estaba cualificada para enseñar a niños de primaria. Hasta que Rachael no vio un recorte de periódico descolorido que apareció al sacudir un sobre marrón no relacionó a Isabella Noble con Bella Furness. Al principio el

recorte no significó nada para ella. Había un artículo sobre un niño arrastrado por la crecida de un río. Nunca se encontró el cadáver. Pero el artículo estaba cortado a media frase de modo que volvió el papel y leyó el otro lado.

Era una esquela de un periódico de la región fechada en 1970. Estaba maquetada a dos columnas e ilustrada con una fotografía. El hombre que la miraba era moreno y tenía una cara carnosa. Se llamaba Alfred Noble. Había muerto a los setenta años, así que la fotografía del rubicundo hombre de mediana edad debió de sacarse muchos años antes de su muerte.

Todos estos detalles Rachael los recordaría después. Lo primero que pensó, mirando el recorte, fue que era un retrato de Bella. La cara cuadrada, las cejas oscuras y pobladas eran las mismas. De haber tenido los cabellos más largos y si Alfred Noble hubiera llevado los gruesos pendientes de oro que tanto gustaban a Bella, serían idénticos. ¿Era Alfred Noble el padre de Bella? En ese caso, ¿por qué decía que su apellido de soltera era Davison?

Rachael siguió leyendo la letra más pequeña. Alfred Noble había muerto en circunstancias trágicas tras una larga enfermedad. No era la información de una defunción, sino un panegírico. El concejal Noble había servido a la ciudad de Kimmerston durante treinta años antes de abandonar sus cargos. La mala salud también lo había obligado a retirarse de su empleo de jefe de Correos. El funeral se había celebrado en la iglesia metodista de Kimmerston, donde había sido uno de los responsables de las actividades. Sería recordado con añoranza. En la esquela ponía que era viudo, pero no se mencionaban hijos que lo sobrevivieran. Por fuerza se mencionaría a Bella si fuera su hija, pero ¿cómo si no se explicaba la coincidencia de la partida de nacimiento con una fecha que coincidía con la edad de Bella y el impresionante parecido?

Otra fotografía aportó la prueba, era de color brillante y estaba dentro de un marco de cartón. Se veían doce niños de cinco a siete años en un patio de colegio. Unos estaban sentados en un banco de madera, otros de pie detrás. Había niñas remilgadas con coletas y niños con el pelo enmarañado y sonrisas desdentadas. A un lado, deslumbrante con su falda corta y la blusa de ganchillo, estaba Bella. Detrás, con una letra inclinada se leía: «Escuela primaria del condado de Corbin, 1966. Señorita Noble. Primer curso».

Unida a la foto con un clip oxidado había una carta escrita a mano. La dirección era de la escuela primaria del condado de Corbin, Corbin, Via Wooler, Northumberland. Estaba fechada en abril de 1967 y reconocía con pesar la dimisión de la señorita Noble: «Comprendo que creas que las circunstancias familiares te obligan a hacer esto, pero confío en que sea posible que regreses a la profesión en el futuro».

La firmaba Alicia Davison.

Cuando Bella conoció a Dougie su apellido era Davison. Quizá Edie tenía razón y Bella había estado casada antes. ¿Con un pariente de la directora del colegio para el que trabajaba? ¿Un hijo o un hermano? Si lo descubría tendría algo más a lo que agarrarse. ¿Por qué Bella había mantenido en secreto el matrimonio?

Lo único que quedaba en la caja era una carta invitando a la señorita Noble a asistir al concierto de Navidad de la escuela Corbin el 15 de diciembre de 1969, a las 19.00 horas. Se ofrecería té y pasteles de carne. Así que en aquella época Bella todavía no estaba casada. No había nada que demostrara si había asistido o no al concierto, o qué había sido de ella entre su dimisión en 1967 y su aparición en la parada de autobús de Langholme en 1989.

Rachael tardó un rato en decidir qué haría con la información. Sentía que la caja y su contenido pertenecían a Black Law. Si Neville hubiera tenido deseos de fisgar, lo habría hecho cuando fue a recoger la ropa de Dougie. Pero esa era la única conexión con el pasado de Bella. Por fin encontró en la cocina un sobre marrón con una circular en su interior. Metió los papeles y las fotos entre sus páginas, y volvió a guardarla en el sobre. Lo guardaría en Baikie's hasta que tuviera ocasión de llevárselo a casa.

Estaba saliendo de la casa cuando sonó el teléfono. Lo dejó sonar, pero continuó, insistente e irritante. Por fin, se rindió y descolgó. Era un representante de piensos, acostumbrado en aquella época de vacas flacas a ser persistente. Le dijo que Bella se había marchado de la granja sin dejar dirección. Después de colgar al hombre en plena perorata, llamó a Edie. Al principio, fingió estar dolida porque no la había incluido en el registro de la casa. Después se regocijó. Parecía que tenía razón sobre el anterior matrimonio de Bella. Y no sería difícil localizar a Alicia Davison, que había sido directora de la escuela primaria Corbin. Con sus contactos en el ayuntamiento no le costaría mucho. Suponiendo que estuviera viva.

10

–Eres consciente, supongo –dijo Anne–, de que está como una cabra.

Estaban en el pub en Langholme. Había sido propuesta de Rachael. La idea era salir las tres de Baikie's, tomar algo y relajarse. Sentía que era su responsabilidad que se llevaran bien. Desde el funeral existía una tensión latente, una irritabilidad que se expresaba en quejas triviales y estallidos de mal humor, y que había alcanzado un punto álgido. Anne había decidido trasladarse a la pequeña habitación de la parte trasera de la casa. Era diminuta, gélida, apenas si cabía una cama. Puesto que la habitación grande con vistas al arroyo y los peñascos era la más agradable, se había dado por supuesto desde el principio del contrato que Anne y Grace la compartirían. Rachael tenía una pequeña habitación para ella sola. No había más. En el pub, Anne había esperado a que Grace se fuera a llamar por teléfono para decírselo a Rachael. Por alguna razón el pub estaba abarrotado y con mucho jaleo. Rachael dedujo que se festejaba algún evento familiar, un bautizo o una pedida de mano. Había un ambiente eufórico de celebración. Se sentía rara manteniendo una conversación tan seria a grito pelado.

–Creía que os llevabais mejor. Parece más contenta. Y al menos come.

–Se pasa las noches despierta, merodeando.

–Lo siento. No tenía ni idea. Hablaré con ella.

–¿Se puede saber de dónde la has sacado?

–El año pasado trabajó en Dumfries para un amigo de Peter. Dijo que era fantástica. Un auténtico hallazgo.

Anne soltó un bufido de desprecio. Grace volvió y miró su copa vacía; no contestó cuando Rachael le dirigió la palabra. Se marcharon pronto del pub.

De vuelta en la casa, Anne subió a buscar sus cosas. La oían haciendo ruido. Grace se sentó a la mesa del salón que utilizaba de escritorio y se puso a trabajar. Desde la cocina, Rachael la oía golpear las teclas de una calculadora. Fue a reunirse con ella. Había hecho buen tiempo y no se habían tomado la molestia de encender el fuego. Una capa de ceniza lo impregnaba todo.

–¿No es un poco tarde para ponerse a trabajar? –preguntó Rachael.

Grace se giró sobresaltada. La calculadora cayó al suelo. Rachael se inclinó para recogerla.

–La idea era que todas nos relajáramos un rato. Todavía queda una botella de vino de cuando fui a la ciudad. ¿La abrimos?

–¿Por qué no? –dijo en un tono demasiado alto, forzado.

–Voy a buscarla. Guarda todo eso. Puede esperar a mañana.

Por Dios, pensó, parezco Edie diciéndome que me tome con calma los exámenes de fin de curso. Había algo en la pasión de Grace por su tema de estudio, un intenso deseo de aislamiento que Rachael reconocía. Sirvió el vino en los únicos vasos que habían sobrevivido al paso de los estudiantes por la casa, pero esperó a que Grace se sentara en un sillón antes de darle el suyo.

–¿Cómo va todo?

–Muy bien. –Grace bebió con aplicación y miró con cautela por encima del borde del vaso.

–¿Los datos son los que esperabas?

–Más o menos.

–He estado revisando la información que pasaste la semana pasada. ¿Eran parámetros normales? –Mientras esperaba respuesta, Rachael sentía un nerviosismo absurdo.

–No lo sé. Era una muestra muy pequeña. –Grace estaba tranquila, aparentemente impertérrita.

–Bueno. –Rachael se irritaba mucho cuando la apremiaban con el trabajo todavía en marcha, así que lo dejó correr, aunque seguía sintiendo el mismo nerviosismo–. Anne dice que no duermes bien.

Grace dejó con cuidado el vaso al lado de su sillón.

–No creo que Anne se tome en serio el proyecto –apuntó con formalidad.

–¿A qué te refieres?

Grace no dijo nada.

–¿Duermes bien?

El vino, que se había bebido muy deprisa, le había hecho efecto porque tenía un gesto casi hostil.

–Lo que necesito.

–Sabes que puedes tomarte el fin de semana libre. ¿Por qué no te vas unos días a casa? Eres la única que no ha salido de este lugar.

–No necesito salir. Me tomo mi trabajo en serio. –No como Anne Preece, parecía insinuar–. Además, tampoco tengo una casa a la que volver. –Se puso de pie y volvió desafiante a la mesa y a su calculadora.

Al día siguiente, Rachael tenía que ir a Kimmerston. Hacía tiempo que había quedado con Peter y un representante de Slateburn Quarries para informarles de los progresos del proyecto hasta el momento. No le apetecía dejar solas a Anne y Grace. Eran como niñas peleonas que necesitaban un adulto para poner paz e impedir que acabaran a bofetadas.

Sed buenas, por favor, tenía ganas de decir cuando salía con el coche.

La sorprendió que Neville Furness fuera el representante de Slateburn. Rachael llegó con tiempo pero él ya estaba en la oficina, enfrascado en una conversación con Peter. Ambos estaban muy elegantes, muy profesionales, con sus trajes. Rachael se esperaba una reunión informal y llevaba su ropa de trabajo de campo. No se decidió nada importante durante la reunión, pero parecía que no fuera a acabarse nunca. Le dio la sensación de que Peter estaba alargando la explicación de la metodología, complicándola más de lo que era necesario solo para impresionar. Después le dijo que se quedara a tomar el té. Volvió a tener la sensación de que se armaba de valor para decirle algo y, cuando la invitó a tomar una copa, dijo que tenía que irse. En toda la tarde no había podido sacudirse la inquietud por las dos mujeres que había dejado en Baikie's.

Regresó al anochecer. Ya conocía tan bien la pista que podía recorrerla con más rapidez. Sabía por dónde pasar para que el tubo de escape no golpeara contra las raíces y cómo hacer virar el coche en el vado para que el motor no se mojara. En el muro de piedra seca junto a la verja de madera había un mirlo capiblanco; su collar lunado se veía de un blanco asombroso en la penumbra.

Desde la orilla contempló Black Law y Baikie's. Black Law estaba silenciosa y vacía. Se habían llevado a los animales, incluidos los perros. Sin actividad, la casa parecía destartalada y miserable. En el jardín de Baikie's había una cuerda con ropa tendida, a pesar de que parecía que fuera a llover. Aunque desde donde estaba no pudiera ver las ventanas, un cuadrado de luz anaranjada se proyectaba en la hierba. Debería haberle resultado reconfortante y acogedor, pero se dio cuenta de que conducía más despacio, retrasando el momento en que tendría que afrontar la hostilidad entre las mujeres, recordando, como siempre que se acercaba al granero, el cadáver de Bella iluminado por la luz de la linterna.

Cuando entró en la casa le sorprendió el olor a comida. No había nada organizado para las comidas, no hacían reuniones amistosas por las noches para compartir experiencias. Rachael había propuesto una rotación para fregar los platos, pero incluso aquello resultó ser poco práctico. Comían a horas diferentes. Anne parecía sobrevivir con huevos revueltos y salmón ahumado. Cualquiera diría que tenía un amigo en el ahumadero de Craster que le proporcionaba suministros. Y chocolate belga que aparecía de la nada. Siempre era generosa compartiéndolo. Rachael lo aceptaba de vez en cuando. Grace parecía desconfiar de la amabilidad.

Al entrar en el salón, Rachael vio que la mesa estaba limpia de libros y papeles y puesta para cenar. Para tres. No había señales de vida. Llamó desde el pie de la escalera.

–¡Hola! ¡He vuelto! –Intentó parecer normal, despreocupada.

Apareció Anne. Llevaba vaqueros negros y un top sin mangas. Cuando el fuego llevaba un tiempo encendido la casa se caldeaba bastante, pero el top de seda color crema desentonaba un poco. Era demasiado elegante. Rachael se preguntó si habría recibido visita.

–He cocinado un estofado –anunció Anne–. No te preocupes. Hay verduras para ti. Y una botella de vino blanco en la nevera.

Así que, o bien había venido alguien, o Anne había ido de compras. Continuó hablando.

–He pensado que ya que tenemos que vivir aquí juntas… Que podíamos hacer un esfuerzo

para llevarnos bien.

–¿Dónde está Grace?

Anne hizo una mueca.

–La muy desconsiderada aún no ha vuelto. Le he dicho que iba a cocinar.

Rachael fue a la ventana. Era casi de noche.

–¿Ha dejado su ruta y su hora aproximada de regreso?

–Supongo. En el corcho de la cocina, como una chica obediente.

Era una pulla dirigida a Rachael que se había visto obligada a recordarle que tenía que dejar la información de su trayecto. Y sí que había una nota con la letra diminuta y angulosa de Grace, y un mapa de referencia de una zona de detrás del arroyo y su hora aproximada de regreso: las 20.30. Era casi la hora.

Rachael se relajó un poco. Era demasiado pronto para alarmarse. Fue a la ventana esperando ver la pálida silueta de Grace emergiendo de los helechos, como un nadador del mar.

–Bueno –comentó Anne–, supongo que la comida puede esperar. Pero voy a abrir el vino. ¿Quieres?

–Todavía no. –Sentía que era importante mantener la cabeza despejada.

A las nueve salió con una linterna y siguió el camino hasta el arroyo. Lo cruzó por el puente y empezó a llamar a gritos a Grace, con las manos a los lados de la boca haciendo bocina, y después se paró a escuchar. Se había levantado una brisa. Oía el arroyo y el roce de la hierba de algodón y de los pequeños mamíferos. Una liebre se quedó paralizada, deslumbrada por el haz de luz de la linterna. No había ningún sonido humano, ningún eco del interruptor de una linterna. Nubes gruesas ocultaban la luna, y de no haber sido por el ruido del agua habría perdido por completo la orientación. Sería imposible registrar la zona como es debido, aunque Anne quisiera ayudarle.

Cuando volvió a Baikie's, Anne iba por la segunda copa de vino. Había cortado un pedazo de pan de la barra y lo comía con avidez, como para dejar claro lo que pensaba. Tenía los pies orientados hacia la chimenea, enfundados en calcetines.

–Sabes que lo hace a propósito –aseveró–. Para fastidiarme, porque le he dicho que hoy cocinaría yo. Pues no pienso esperar más, me muero de hambre.

–Fuera está negro como boca de lobo.

Rachael no podía estarse quieta. Fue de la ventana a la puerta de la cocina, escuchando, mirando hacia la oscuridad.

–No te asustes, por Dios. No se ha retrasado tanto. Seguro que por mí no te preocuparías. No es una niña. Es mayor de lo que parece. Tiene casi veintiocho años.

Rachael se distrajo un momento.

–¿Cómo lo sabes?

–Se dejó el pasaporte arriba, sobre el tocador. Y lo miré. Sentía curiosidad –añadió, anticipándose a su reprobación–. ¿Tú no? No sabemos nada de ella salvo que parece una trabajadora milagro cuando se trata de encontrar nutrias. Si aceptas sus resultados.

A las diez Rachael fue a Black Law a llamar a Peter Kemp.

–No sabía que tenías la llave –dejó caer Anne.

–Dougie me la dio después del funeral. Por si acaso.

Localizó a Peter en el móvil. Parecía estar en un restaurante concurrido. Se oían voces agudas de mujer, estrépito de platos. Al menos se tomó en serio la llamada. A Rachael le preocupaba que se burlara de su angustia.

–Un momento por favor –dijo–. Te volveré a llamar desde un sitio más tranquilo.

Cinco minutos después sonó el teléfono, un sonido rotundo en la casa vacía. Fue directo y resolutivo. Se había puesto en contacto con el equipo de rescate de montaña, aunque no creía que pudieran hacer mucho antes del amanecer. Tampoco Grace había ido a un lugar peligroso, ni estaba escalando o haciendo espeleología.

–No es una persona temeraria, ¿verdad que no?

–No –repuso Rachael–, yo diría que no.

Peter dijo que la noche no era muy fría y que aunque hubiera sufrido un accidente sobreviviría hasta la mañana, pero que, de todos modos, el equipo llegaría pronto. Ellos decidirían qué había que hacer. Dio una pista del motivo de su diligencia al final de la conversación.

–Sanidad y Seguridad no podrán acusarnos de nada, ¿verdad? ¿Todo se ha hecho según el procedimiento?

–Por supuesto.

–Bueno, entonces nos las arreglaremos. Pase lo que pase.

Lo que pasó fue que llegaron seis hombres corpulentos en un Land Rover. Eran guapos, de piel curtida y cuerpo musculoso. Anne, que había comido un plato de estofado, se había terminado el vino y se había ido a la cama; lamentaría habérselo perdido, pensó Rachael. Uno de ellos era el médico que había certificado la muerte de Bella y había trasladado a Dougie.

–Está teniendo una temporada muy movida –le comentó a Rachael como si la envidiara.

Tal vez por eso era médico de familia. Le permitía ser la estrella de su propia película de acción.

Salieron hacia la colina antes del amanecer. Con una anotación tan detallada de los movimientos de Grace dijeron que sería fácil localizarla. Aunque se hubiera desviado de su ruta no habría problema. El médico llevaba una camilla plegable que sobresalía de su mochila.

Rachael los observó desde la ventana de su dormitorio. No la invitaron a acompañarlos y ella no se atrevió a proponerlo. Las nubes seguían siendo densas y bajas y desprendían una lluvia fina; pronto desaparecieron de su vista. Debió de adormecerse, aunque estaba sentada en un sillón, porque de repente oyó que regresaban. Miró el reloj. Habían estado fuera dos horas. Eran cuatro, caminaban en fila india. Las patas de la camilla seguían sobresaliendo por encima de los hombros del médico, pero Rachael no veía a Grace.

Fue a la cocina y puso el hervidor al fuego. Antes de marcharse habían bromeado pidiendo que tuviera el té preparado cuando volvieran. El gas era tan lento que todavía estaba allí cuando entraron los hombres. Apenas había sitio para todos, incluso de pie, en la diminuta cocina. Rachael sintió el calor de la caminata, el olor a cera de sus botas.

–¿La han encontrado? –Entonces le pareció una pregunta absurda porque era evidente que Grace no estaba con ellos–. Los otros todavía están buscando, supongo.

–La hemos encontrado –respondió el médico.

–¿Cómo está?

–Muerta.

Pensó que se estaba repitiendo lo de Bella. Ahora sé lo que es que te agredan, se dijo. Te dan patadas. Duele. Crees que ha terminado, ruedas, intentas levantarte, y algo te cae encima y te patea otra vez. Y todo el tiempo sabes que es culpa tuya.

–¿Cómo ha sido?

–No podemos decirlo –contestó el médico–. Todavía no.

Rodeó a Rachael con sus brazos para sostenerla y ella se preguntó si aquello sería suficiente emoción para él.

Anne

11

Desde el momento en que vio a Grace en la estación de Kimmerston, Anne supo que no se llevarían bien. Había algo en aquella chica esmirriada que la sacaba de quicio. La forma como estaba sentada mirando al frente como si no hubiera nada en el mundo que mereciera su interés, como si fuera la única persona que importara. Anne no tenía por qué hacer de taxista, para empezar. Le tocaba a Peter, pero la había llamado en el último minuto y había utilizado su encanto que, según decían las malas lenguas, había funcionado con la frígida Rachael, pero no funcionaba con ella.

–Mira –contestó–, no me pilla de paso.

Porque ella vivía en Langholme, el pueblo más cercano al terreno de estudio, y Kimmerston estaba a cuarenta y cinco kilómetros.

–Vamos, Anne. No te importa, seguro que no.

–Te pasaré la factura de la gasolina.

Sentía que no podía negarse. Al menos en aquel momento.

Había apurado el tiempo para salir y había llegado diez minutos tarde a la estación. Grace ya esperaba fuera. Era mediodía y la estación estaba desierta, descuidada. Los tiestos colgados el año anterior estaban llenos de musgo parduzco y de tallos secos, y había un par de latas vacías de coca-cola tiradas junto a la alcantarilla. Anne pensó con rabia en lo que le gustaría hacer a los niños que tiraban basura a la calle. Grace tuvo que darse cuenta de que aquel coche era su transporte, pero ni cuando se detuvo frente a ella se movió del banco de hierro forjado en el que estaba sentada. Parecía perdida en un mundo propio. O quizá no le daba la gana moverse. Anne tuvo que bajar la ventanilla y gritar.

–¿Eres tú la que espera a Peter Kemp?

Entonces Grace desenredó sus largas piernas y se levantó. Sin prisas, a pesar de que Anne esperaba con el motor en marcha. Anne bajó y abrió el maletero y Grace tiró dentro su mochila sin decir una sola palabra, sin una triste sonrisa.

Que te den, pensó Anne, pero la educación era algo a lo que recurría por inercia, igual que se ponía el perfume caro que le regalaba su amante de turno. Le tendió la mano.

–Anne Preece –se presentó–. Soy la botánica.

–Grace Fulwell. Mamíferos.

–¿No serás una Fulwell? –insinuó Anne bromeando, porque estaba claro que Grace no podía ser una Fulwell, pues habría oído hablar de ella–. ¿De Holme Park Hall? Señores de todo lo que alcanza la vista.

Grace miró a Anne de una forma rara.

Estúpida arrogante, pensó Anne. Ya había conocido a personas como Grace. Se sacaban un par de títulos y se creían que eran mejores que nadie. No ayudaba que fuera al menos diez años más joven que Anne.

–Perdona. ¿Cómo ibas a conocerlos si no eres de aquí? –aclaró–. Los Fulwell son una familia importante en esta parte del país. Son los dueños de casi todas las tierras altas. O eso es lo que parece.

–¿Ah, sí?

–Son vecinos míos. En cierto modo.

Grace se volvió con una expresión angustiada.

–Oh –dijo–, entiendo.

–¿Vienes de lejos?

–Vengo de Newcastle. Hoy.

Lo que no aclaró nada a Anne.

Durante el trayecto a Baikie's, Anne intentó trabar conversación, pero Grace solo respondía con monosílabos, de modo que ella también calló. Estaban atravesando Langholme cuando Grace de repente se incorporó en su asiento. Fue como si se hubiera despertado con un sobresalto de un sueño profundo.

–¿Qué es esto? –preguntó.

Anne se lo dijo.
–¿Langholme? –Parecía atónita, incrédula.
–Te lo juro, hace diez años que vivo aquí.
–Es solo que no es lo que me esperaba –murmuró Grace.
–¿Qué te esperabas?
–No lo sé, un sitio más fino, supongo. Más bonito.
–Vaya por Dios, ¿de dónde has sacado tú esa idea?
Langholme no era nada bonito. Las casas adosadas estaban construidas siguiendo la cresta de la montaña, expuestas al viento del norte. La pintura del pub se había descolorido como si la hubieran lijado y en la estación de servicio los surtidores estaban oxidados. El lugar tenía más en común con los pueblos mineros de Durham, en el sur, que con las fotos de los anuncios del Parque Nacional del folleto de turismo de Northumbria.
–Aunque claro –siguió Anne, consciente del tono defensivo de su voz–, la casa no está en el pueblo.
Cuando la carretera dejó atrás la iglesia y una franja de bosque por fin ofreció algo de protección, Anne señaló la Abadía, su casa. La piedra clara de la fachada estaba oculta en parte por los árboles, pero había una visión perfecta del jardín. Anne redujo la velocidad para que Grace pudiera admirarla. Incluso en aquella época del año estaba bonita. Se habían necesitado diez años de duros esfuerzos, pero había merecido la pena. Grace apenas la miró.
–¿Y Holme Park Hall? –preguntó–. ¿Dónde está?
Anne no le hizo caso. De todos modos tenía que concentrarse en el mapa del Servicio de Cartografía. Nunca había ido a Black Law. Las otras ocasiones en las que había trabajado para Peter Kemp habían sido en la costa, y ella y Jeremy no se relacionaban con Bella y Dougie Furness. No se movían en los mismos círculos. Suponiendo que Bella y Dougie se movieran en algún círculo. En el pueblo tenían fama de salir poco de casa. Bella no estaba en el Instituto de Mujeres y no iba nunca a la iglesia. Aunque, ahora que lo pensaba, Anne recordó haber visto a Bella en la iglesia una vez.
Tuvo una imagen repentina de la mujer encogida en el banco de la última fila, con un abrigo grande, el vaho de su respiración y lágrimas bajándole por las mejillas. Debió de ser la Navidad pasada, la función navideña de los niños, lo de siempre: un villancico desafinado, María y José sobrecogidos por el estrellato, los ángeles jugando con sus alas brillantes y sus halos de oropel. Siempre era muy emocionante. Incluso Anne se preguntaba alguna vez en Navidad si se había perdido algo por no tener hijos.
Quizá fuera eso lo que había conmovido también a Bella. Cuando conoció a Dougie debía de ser demasiado mayor para pensar en tener familia. Aunque, en opinión de Anne, aquello no era una excusa para dar un espectáculo en público, y se alegró cuando Bella se marchó nada más terminar el servicio y se ahorró tener que hablar con ella.
Cuando llegaron a Baikie's, Anne se olvidó de Bella un momento. Rachael las esperaba. Parecía agotada, como si hubiera dormido vestida. El fuego no estaba encendido y, por lo tanto, no había agua caliente. Anne la miró con irritación.
–Oye –observó–. ¡Estás horrible!
Rachael se secó la cara con la manga como un mocoso y les comunicó que Bella estaba muerta, que se había ahorcado en el granero. Anne volvió a recordar la imagen de la mujer de mediana edad llorando al fondo de la iglesia y, aunque por lo general no era supersticiosa, sí que le pareció un poco espeluznante que la hubiera visto con tanta claridad en su cabeza camino de la granja, y se preguntó si sería una especie de premonición.
Al día siguiente no salió al campo después de desayunar. No estaba en su mejor forma por las mañanas y ella no avistaba aves. Las plantas no se moverían.
Había echado un vistazo a los mapas a gran escala y sabía más o menos dónde quería situar sus cien metros cuadrados de estudio. Peter había proporcionado imágenes del paisaje por satélite, pero necesitaban confirmación sobre el terreno. Le encantaba la idea de confirmar sobre el terreno, la idea de inclinarse cerca del suelo, de hacer las cosas bien.
Cruzó la era a toda prisa –no era miedosa, pero no quería recordar a Bella colgando de una cuerda en el granero–, y subió por la pista hacia el vado. En la orilla protegida junto la pista, brotaban las prímulas y las violetas y el sol le calentaba la espalda. Desde un promontorio tenía una panorámica de la vieja mina de plomo, y pensó que sería interesante estudiar un terreno más próximo a esa zona. La cal removida por la excavación podía fomentar que brotara una vegetación muy diferente. Pero aquel día quería encontrar la zona de turbera que Peter había señalado en el mapa como un lugar de estudio interesante. Dejó la pista y caminó

por la ladera. No veía la carretera ni la mina ni la granja. Ni siquiera veía postes de electricidad.

Había una forma concreta de enfocar un estudio. No se trataba de deambular por la colina con una palita y una lupa.

Al principio, cuando empezó, se reía de las normas, pensaba que las habían implantado unos científicos que querían construir un imperio y pretendían mantener alejados a los aficionados. Después, cuando Peter la mandó a hacer un curso sobre clasificación de la vegetación nacional, empezó a entenderlo.

Cada parcela era un cuadrado de cien metros, y dentro se situaban al azar cinco marcos de madera, cada uno de dos metros cuadrados, conocidos como bastidores. Se garantizaba una distribución aleatoria porque uno se colocaba en el centro del gran cuadrado y lanzaba el primer bastidor, a continuación se iba al lugar donde había caído y se lanzaba el siguiente, así hasta llegar a cinco. Los cinco marcos proporcionaban el área de estudio.

Aquel día solo tendría tiempo de señalar los cien metros cuadrados con los postes que llevaba en la mochila, pero era lo que más le gustaba, la investigación detallada, identificar las plantas dentro de los bastidores, dejar constancia de su abundancia. Le encantaba hurgar entre el musgo esfagnáceo buscando plantas como arándanos, romero y asfódelo de lodazal, agachada tan cerca del suelo que podía oler la turba, sentir los insectos en los dedos. Y siempre esperando encontrar algo insólito, algo que quizá les costaría identificar. Algo que pondría a los malditos científicos en su lugar.

Aunque, mientras clavaba un poste en el suelo y después presionaba con todo su peso para que no se lo llevara el primer vendaval, pensaba que no tenía muchas esperanzas de encontrar algo en este trabajo. Aquella parcela de lodazal podía ser interesante, pero por lo que sabía del resto de la finca no esperaba ningún hallazgo espectacular. La mayoría de ciénagas se habían secado hacía tiempo y la tierra explotada por los inquilinos de Holme Park estaba tan consumida por las ovejas y los conejos que se había quedado lisa y verde como una mesa de billar. No sabía con seguridad para qué necesitaba aquel proyecto un botánico. Pero quizá había sido idea de Godfrey Waugh.

Cuando se incorporó, el valle se había llenado del ruido de un avión caza de la estación de Boulmer de la RAF; pasó rugiendo tan bajo que le pareció que si levantaba el brazo podría sentir en las puntas de los dedos el aire que movía.

12

Anne Preece conoció a Godfrey Waugh, presidente de Slateburn Quarries Ltd., en una reunión celebrada en el salón de actos de la iglesia de Saint Mary, en Langholme. Los promotores la habían convocado para explicar su proyecto. Decían que se habían publicado en la prensa muchas especulaciones absurdas y que, en cuanto el pueblo fuera consciente de cómo sería en realidad la cantera nueva, lo más probable era que fueran favorables a ella.

Varias personas del pueblo le habían preguntado si asistiría. Parecían creer que ella podía tener alguna influencia en el proceso de toma de decisiones. Tal vez fuera porque tenía fama de no callarse nada y de saber defenderse. Tal vez tenía algo que ver con su misterioso parecido con Camilla Parker-Bowles. El parecido era tan notable que de vez en cuando corría el rumor de que era ella en realidad la amante del príncipe. Por supuesto, aquello era una estupidez. Anne vivía en la Abadía de Langholme con su marido desde su boda. Siempre le había irritado la comparación. Camilla le sacaba al menos diez años.

Asistió a la reunión, no para complacer a sus vecinos, sino por interés personal. Lo que más le gustaba de la Abadía era el jardín y la vista del valle de Black Law. Era allí donde pensaban construir la cantera. Desde un comienzo vio que lo que estaba planeado era en esencia un proyecto industrial. Habría carreteras nuevas, reflectores potentes, el ruido constante de la maquinaria. Solo el ruido la volvería loca. Después estaban los efectos que tendría en su jardín. Se imaginaba una fina capa de polvo de cal aposentándose sobre las plantas, las flores, los arbustos de frambuesas y las verduras, que las mataría poco a poco a pesar de sus esfuerzos.

Intentó convencer a Jeremy para que la acompañara a la reunión.

–Piensa en cómo bajará el valor de la casa –argumentó.

Pero Jeremy insistía en que tenía una reunión importante en Londres, así que fue sola.

Se sentó en la primera fila en el centro de la sala. Aunque llegó tarde, le habían guardado un asiento porque se esperaba que hablara en nombre de todos.

La reunión estuvo presidida por un político local, un abogado de Kimmerston. Anne lo conocía y lo saludó con la mano. Él la ignoró y Anne se imaginó que su esposa estaba presente, sentada al fondo. Desde el principio defendió la teoría de que cualquier proyecto industrial era bueno para la región porque se necesitaban puestos de trabajo con urgencia.

–Estamos perdiendo a nuestros jóvenes –anunció.

Imbécil pomposo, pensó ella.

Se dio cuenta desde el principio de que intentaba imponer sus ideas, al mismo tiempo que fingía mantenerse imparcial mencionando vagas objeciones medioambientales. Ya no pudo soportarlo más. Había ido preparada. Levantó la mano, en un gesto de deferencia, y se puso de pie mostrando una sonrisa cordial.

–Me gustaría hacer una pregunta al presidente.

El concejal parecía nervioso, pero no podía negarse.

–¿Puede decirme dónde vive, concejal Benn?

Él tartamudeó antes de responder.

–No creo que eso tenga nada que ver con el tema.

Anne lo miró. Se estaba quedando calvo y era ligeramente corto de vista. Anne pensó que había hecho bien especializándose en derecho de la propiedad y derecho laboral. En un tribunal penal se lo habrían comido vivo.

–Como quiera. Entonces hágalo por darme el gusto. –Se giró hacia el público. Siempre había sabido manejar a una audiencia. Hubo un murmullo de expectación. Él miraba la sala, pestañeando.

–Vivo en un pueblo del lado sur de Kimmerston. Pero porque no viva aquí…

–¿El pueblo de Holystone?

–No entiendo qué relación tiene mi vida personal con el asunto que nos ocupa.

Era tan estúpido que no lo entendía. Que fuera un blanco tan fácil provocó un breve instante de mala conciencia a Anne, pero estaba disfrutando demasiado como para detenerse.

–¿Puedo citar un fragmento del *Kimmerston Gazette* del 21 de julio? El titular dice: «Residentes de Holystone protestan». El artículo trata de un plan para una mina de carbón abierta de la British Coal Contractors. ¿Puedo preguntarle si recuerda ese proyecto, señor Benn? Se planteó hace dos años.

Él siguió mirando al público. El pánico parecía incapacitarlo para el pensamiento racional. Abrió la boca, como un pez, pero no le salieron las palabras. Ella persistió, implacable:

–Dígame, señor Benn, ¿no era usted vicepresidente de una organización llamada HAVOC, la Asociación de Holystone Contra la Minería de Carbón Abierta?

Esto lo impulsó por fin a hablar con coherencia.

–En serio –balbuceó–, no puedo permitir que alguien monopolice la reunión de esta manera.

–Tengo pruebas –manifestó Anne con alegría–. Existen cartas de HAVOC que llevan su firma como asociado. No creo que pueda negarlo. Y me parece muy curioso, señor Benn, que le preocupe tanto generar empleo para los jóvenes de nuestra comunidad mediante el proyecto de la cantera, y en cambio fuera tan reticente a ofrecer las mismas ventajas a los de la suya. Sin duda, la mina también habría creado empleo.

Se sentó. Detrás de ella hubo ovaciones y aplausos y un par de abucheos. Le estaba bien empleado a Derek Benn. Si se hubiera mostrado más neutral en su rol de presidente de la reunión, ella no habría sacado a relucir el asunto de HAVOC. A él le importaba un comino la mina de carbón abierta, ni siquiera había asistido a la mayoría de las reuniones. Su participación en el grupo le proporcionaba una coartada, una excusa para salir de casa cuando quedaba con ella. Dios Santo, se dijo Anne, a saber qué vi en él.

Después de la reunión un grupo de disidentes fueron al pub a discutir la estrategia. Era verano y todavía había luz. Anne habría preferido estar en su jardín, pero los siguió al Ridley Arms, al otro lado de la calle. Vivir en la Abadía le había conferido un cierto y ambiguo estatus en el pueblo. Una responsabilidad. No estaba al mismo nivel que los Fulwell de Holme Park. No se esperaba que ellos participaran en los actos del pueblo, excepto para inaugurar la feria estival de la iglesia. Fuera como fuera, tenía una posición.

La habían invitado a ser capillera de Saint Mary, por ejemplo, a pesar de que casi nunca iba a la iglesia. La ocupación parecía ir con la casa. Pensaron que era una engreída por haberla rechazado.

En el pub el ambiente era ruidoso y caótico y enseguida se vio obligada a asumir el mando. Unos querían organizar una petición. Ella los disuadió.

–Mirad –explicó–. Los promotores no hacen caso de las peticiones. Las reciben a todas horas. Saben que la gente firma las cosas sin leerlas como es debido o porque no saben cómo decir que no. Deberíais organizar una cadena de cartas individuales de protesta. Tienen mucho más peso.

Cuando se sentó Sandy Baines, propietario de una gasolinera, le preguntó con timidez si le apetecía beber algo.

–Pensé que la cantera podía interesarte –confesó Anne–. Los camiones tendrán que repostar en alguna parte.

Por lo visto, no se le había ocurrido porque Anne vio con regocijo que desaparecía después de llevarle su gin-tonic. Se había dejado llevar por la desconfianza general del pueblo ante el cambio y la aparición de aquellos desconocidos. Dudaba de que el interés privado pesara más que aquello.

A continuación se le acercó un hombrecillo, de quien no recordaba el nombre, que vivía en el bungaló moderno y feo de la entrada del pueblo.

–Mira –informó–, hemos hablado entre nosotros. Nos gustaría que formaras parte de nuestra comisión de actividad. Que fueras nuestra portavoz, o algo así.

Tenía una cabeza con la forma de la de una oveja y los cabellos blancos y lanosos. Se imaginó que el «algo así» era un «beee». Le pareció recordar que había sido carnicero. Rechazó amablemente el ofrecimiento. A pesar de que estuviera de acuerdo con ellos y de que disfrutara con la confrontación, sabía que pronto se aburriría. Al menos se aburriría de ellos. Terminó la copa y se levantó para marcharse.

–Mi marido se estará preguntando dónde me he metido. –Aunque sabía que, de haber estado en casa, a Jeremy le habría importado un comino.

Fuera del pub se quedó un minuto disfrutando del último canto de los pájaros. Alguien había hecho una barbacoa. Se dio cuenta de que tenía hambre y estuvo a punto de volver a entrar en el pub, porque, aunque Milly fuera un desastre de patrona que no tenía ni idea de

cómo atender a los clientes, el que la consideraran una especie de heroína le garantizaba al menos un plato de sándwiches.

Entonces, un coche negro y brillante, salido de la penumbra sin hacer apenas ruido, se detuvo frente a ella. La ventanilla bajó con un ronroneo. Anne vio a Godfrey Waugh y supo que, con toda probabilidad, la había estado esperando.

–Señora Preece –dijo, como si pasara por allí por casualidad–, ¿puedo acompañarla a casa?

Ella lo reconoció enseguida como el propietario de la empresa de la cantera. Estaba en la tarima durante la reunión. Lo habían presentado, pero apenas habló. Cuando lo miró desde el público, tieso e incómodo con su traje ligero y sus zapatos lustrados, le recordó a un candidato político en una entrevista en la cual estuviese intentando mostrar una simpatía excesiva.

–He venido en coche, gracias.

Un Fiat pequeño y asqueroso. Cuando se casó con Jeremy dio por sentado que el trato incluía dinero. No había salido como ella se esperaba.

–Me gustaría mucho hablar con usted. ¿Puedo invitarla a cenar? –Se mostraba deferente, un poco como los hombres mayores del pub.

–No soy tan fácil de sobornar.

–No, ¡por supuesto que no! –Se lo tomó en serio y reaccionó con estupefacción.

Ella sonrió. Podía parecerse a Camilla Parker-Bowles bajo una mala iluminación, pero sabía el efecto que aquella sonrisa producía.

–Ah, bueno –contestó–. ¿Por qué no?

Ya era demasiado tarde para trabajar en el jardín y sentía curiosidad.

–¿Quiere venir conmigo? ¿O tal vez prefiere seguirme en su coche? Estaba pensando en el George.

Qué bien, pensó Anne. El George era un hotel sin pretensiones del pueblo vecino donde el chef hacía milagros con los ingredientes de la región.

–No, prefiero ir con usted si no le importa acompañarme de vuelta después.

De repente no le apetecía que viera de cerca su asqueroso Fiat. Había algo en él que le despertaba el deseo de impresionar. En aquel momento pensó que era su dinero.

13

–Háblame de ti –propuso Anne.

Estaba inclinada sobre la mesa, con los codos apoyados en el mantel blanco. Había velas, lo cual era de agradecer. Últimamente se había encontrado unas arrugas finas sobre el labio superior y sabía que ya no le sentaban bien los vestidos sin mangas. No estaban en el hotel George, era otra noche, otro restaurante. Godfrey Waugh la había llamado aquella mañana.

–He pensado que podríamos volver a vernos. Nuestro encuentro del otro día me pareció muy provechoso. Me gustaría oír tus propuestas para que la cantera fuera más aceptable para la comunidad.

Pero ella insistió en que prefería hablar de él.

–No hay mucho que contar –expuso, aunque Anne se dio cuenta de que le había gustado que le preguntara.

Hablaba con acento de la región, con un ligero tartamudeo. Era muy tímido. En su primer encuentro, Anne había visto claro que si quería que entrara en juego la seducción, tendría que encargarse ella. Tendría que ser la parte activa. Debían de tener la misma edad, pero había algo torpe y adolescente en él. Se esperaba un hombre de negocios desenvuelto y vulgar, no un muchacho, y la conmovió.

Él siguió, pero hablaba murmurando, de modo que ella tuvo que esforzarse por oírlo.

–De niño vivía en Kimmerston. Suspendí la reválida de la primaria y me mandaron a la secundaria profesional. Nunca destaqué en la escuela. No le veía la gracia. Tampoco es que me dedicara a hacer el tonto, pero no me esforzaba. A los quince años lo dejé y me fui a trabajar a la cantera de Slateburn. No era gran cosa entonces, nada que ver con lo que es hoy. El viejo dueño preparaba piedra decorativa para chimeneas, paredes ornamentales, lápidas, esa clase de cosas. Había perdido el interés, al menos por el aspecto comercial. Le gustaba trabajar las piedras y los escoplos, pero no le apetecía nada perseguir a los morosos. Tuve la oportunidad de comprar la cantera. Hacer dinero siempre me gustó, incluso cuando iba a la escuela.

Le sonrió como disculpándose. Quizá creía que Anne era una ecologista intransigente para quien el dinero no tenía importancia.

–Esto es todo, la verdad. Pudimos expandirnos. Fue tanto cuestión de suerte como de otra cosa. De estar en el lugar adecuado en el momento adecuado. Lo de siempre. –De pronto se calló–. Oye, no debería hablar tanto de mí –dijo como si lo hubiera leído en una revista.

–¿Estás casado? –preguntó Anne, pensando que quizá lo que había leído era la página de consejos de la revista de su esposa.

No llevaba alianza pero le daba la impresión de que estaba casado. Tenía toda la pinta.

Él se demoró en responder.

–Sí, con Barbara. No sale mucho –aclaró, cuando ella ya esperaba que mintiera.

–¡Qué respuesta más rara! –Tan rara que lo presionó para que se explicara, pero él se negó.

–Estoy casada –declaró Anne por fin, estirándose de forma extravagante–. Y salgo a todas horas.

Por algún motivo el comentario pareció incomodarlo. No contestó y le sirvió vino. Anne ya se había bebido casi toda la botella. Él se había ofrecido a conducir.

–¿Tú eres de aquí? –preguntó él. Era muy educado, se comportaba como si acabaran de conocerse–. Me refiero a si naciste aquí.

–Bastante cerca.

Detestaba hablar de su pasado. Siempre había considerado que sus padres eran unas personas insignificantes y horribles. Su padre era director en un internado para chicos. Hasta que ella tuvo la edad suficiente para ir a la escuela, creció en aquel ambiente de tiranía mezquina y ritual, de juegos competitivos y tradiciones falsas. Su madre miraba por encima del hombro a las demás mujeres y su padre miraba por encima del hombro a todo el mundo.

–¿Y a qué escuela fuiste? A la normal, supongo.

A Anne le hizo gracia que la cuestión de la educación le importara tanto. Ella despreciaba

bastante a las personas con cualificaciones regladas y, en cambio, para él parecía ser su forma de definirlas.

–¡Qué va! Me mandaron a un horrible estercolero en los páramos de North York. No aprendí nada en absoluto.

Siempre describía así sus años en el horrible estercolero, pero sabía que no era del todo cierto. Había una mujer que enseñaba biología, la señorita Masterman, que parecía tan sola y aislada como cualquiera de las alumnas. Era joven, recién salida de la universidad, y bastante puntillosa. Una escocesa que se habría sentido más a gusto en una escuela de secundaria normal de una ciudad interior que en aquel edificio gótico. Ya entonces Anne se preguntaba qué hacía allí aquella mujer. Costaba imaginarla tomando el té por la tarde con las solteronas aburridas que componían el claustro, en la sala común de paneles de madera de las profesoras. Y sin duda parecía preferir la compañía de un pequeño grupo de alumnas que la de sus colegas. Organizaba excursiones a los páramos, y lejos de la escuela parecía tranquilizarse. Llevaba consigo un cuaderno lleno de dibujos a lápiz. Las líneas eran precisas; las imágenes, llenas de detalles. Para impedir que se emborronaran, las rociaba con un fijador que olía a pera.

De vez en cuando, la señorita Masterman las llevaba a buscar setas. Fuera de la escuela pedía a las alumnas que la llamaran Maggie, pero Anne siempre pensaba en ella como la señorita Masterman. Se llevaban cestos de mimbre planos y escuchaban con horror pero fascinadas su voz seca con acento de Edimburgo, que les contaba historias de personas que habían ingerido setas venenosas por error. Retrasaban el regreso a la escuela cuanto podían y encendían una hoguera al anochecer y freían las setas comestibles, los champiñones silvestres y los hongos tinteros.

En el restaurante, mirando el temblor de la llama de la vela, Anne recordaba el olor a leña, el tacto de los platos abollados de aluminio, el sabor de la mantequilla sobre el pan. Había aprendido algo de la profesora de biología. Había aprendido que nunca querría ser como Maggie Masterman, que dependía de unas adolescentes y unos champiñones para pasarlo bien. También que sentía pasión por las plantas.

–¿Trabajas –preguntó Godfrey, interrumpiendo sus pensamientos–, o tienes hijos?

Como si fueran dos cosas excluyentes.

–No, no tengo hijos. Y no tengo trabajo fijo. Hago cosas aquí y allá.

Cuando las cuentas no salían. Cuando los misteriosos tratos de Jeremy no llegaban a buen puerto. Anne se dio cuenta, poco después de casarse, de que Jeremy era gay de una manera bastante manifiesta. Era evidente que él lo sabía cuando se casó con ella, pero quizá pensó, como el viejo arzobispo de Canterbury, que una chica especial podría curarlo. Anne sabía que no había habido malicia ni ganas de hacer daño en la transacción, pero sí hubo otros desengaños: la impresión errónea de que tenía dinero. Tenía la Abadía, eso sí, que en aquel momento le pareció magnífica, pero que resultó ser poco más que una granja pretenciosa construida con la piedra de una capilla Tudor. Y no la había comprado él, se la había dejado en herencia su abuelo.

Por carácter, Jeremy era de un optimismo increíble. Importaba antigüedades, arte, libros. Se las arreglaba para ganar lo suficiente como para sacarlos del apuro, pero Anne sospechaba que ya no podría ni siquiera hacer eso. No hablaban nunca de dinero. Si ella preguntaba, él sacudía un dedo regordete.

–Alto ahí, mujer. Déjame eso a mí.

En los últimos tiempos, habían hecho menos planes para la casa y hablado menos de la decoración; uno de los pasatiempos favoritos de Jeremy era hablar de telas y muebles. Anne se preguntaba, y no por primera vez, si uno de sus ligues lo estaría chantajeando.

Pero a Anne no le gustaba nada trabajar por dinero. Le costaba dedicar tanto esfuerzo para recibir tan poco a cambio. Le parecía denigrante. Por ejemplo, se podía pasar el día entero diseñando un jardín y no ganar ni para pagarse una cena como aquella. Hería su orgullo que la valoraran tan poco. Así que decidió que prefería trabajar de voluntaria. Fue así como conoció a Peter Kemp.

Respondió a un anuncio en la revista *Wildlife Trust*. Se necesitaban personas con conocimientos de botánica para ayudar en un estudio de naturaleza inglesa. La mandaron a hacer un curso en el que destacó. Desde entonces trabajaba con regularidad como voluntaria para la fundación y se lo pasaba en grande. Era como revivir las expectativas botánicas de la señorita Masterman.

De repente, Anne se dio cuenta de que Godfrey la miraba con expresión suplicante.

Vaya por Dios, pensó. Quiere que le pregunte por sus hijos.

–¿Y tú? –preguntó con resignación–. ¿Tienes hijos?

Contestó con mucha más animación que cuando hablaba de su trabajo.

–Tenemos una niña, Felicity. Tiene casi diez años. Es muy lista para su edad. Al menos eso creo yo. Por ahora va a la escuela del pueblo. Barbara dice que los maestros son buenos. Más adelante ya veremos.

Anne bostezó y se tapó la boca con la mano. Casi esperaba que sacara la foto que sin duda llevaba en la cartera. Sin embargo, fue aquel el momento en el que decidió que podía permitirse tener una aventura con él. Nunca se la tomaría demasiado en serio. No se hablaría de divorcio ni de irse a vivir juntos. No haría nada que angustiara a su hija.

El restaurante se había quedado casi vacío. Estaba en Kimmerston, en la orilla del río. Se encontraban solos en una ampliación construida casi en su totalidad con cristal. Una luz verde y fría se reflejaba en el agua. La vela de la mesa proyectaba el único remanso de calor de la sala.

–¿Tienes que volver? –preguntó ella.

Lo dijo de manera brusca. No había rastro de seducción en su voz. Se inclinó sobre la mesa y aproximó una mano larga y blanca hacia él. Nunca utilizaba guantes para trabajar en el jardín o hacer trabajo de campo y era consciente de que sus manos no resistirían un escrutinio. Tenía arañazos y una mancha en el pulgar de la que no lograba deshacerse, tenía que llevar las uñas cortas. Pero quería tocarlo. Él miró cómo acercaba la mano a la suya con fascinación. Cuando sus dedos se rozaron, ella lo miró a la cara y vio que estaba ruborizado, sin aliento.

–¿Y bien?

Tenía los dedos ásperos, como los suyos.

–No lo sé.

–¿Barbara te está esperando?

–Podría llamar. Decirle que me han entretenido.

Le acariciaba la palma de la mano con el pulgar. A Anne la sorprendió el efecto que aquel gesto simple le producía. Pensó que se estaba haciendo mayor, que estaba cansada, pero deseaba a aquel hombre de mediana edad, honesto, lo deseaba con tanta fuerza que estaba a punto de desvanecerse.

–¿Por qué no lo haces? Jeremy está en Londres y podrías venir a mi casa. A tomar una copa. Si te apetece. –Apenas podía articular las palabras.

Fuera esperaron un momento agarrados de la mano. Anne percibió el olor del río. A pesar de que estaban lejos de la costa, tenía un rastro de sal y algas. Al otro lado de la calle un coche se puso en marcha. Por un momento captó la atención de Godfrey y ella sintió que la mano se tensaba. Volvió la cara, apartándola de los faros. Anne se sintió halagada por la reacción de culpa. El adulterio no le resultaba fácil, por lo visto. Se le ocurrió que podía ser la primera vez que era infiel a su esposa.

–¿Qué? –preguntó–. ¿Te vienes conmigo?

Pero no llegaron a la Abadía. Su primer encuentro sexual fue en el asiento trasero del BMW. Godfrey salió de la carretera y aparcó en un camino de una granja oculto por los árboles. Después, echados en los asientos de piel, vio la luz de la luna filtrándose a través del follaje estival. Identificó los árboles como saúcos y espinos blancos.

14

Aquel verano Anne se estuvo viendo en secreto con Godfrey. Fue discreta de un modo que no era natural en ella. En el pasado había alardeado de sus conquistas. Jeremy fingía que no le importaba y puede que fuera verdad, aunque le gustara mantener la fantasía de que eran una pareja feliz, económicamente independiente, que se adoraban el uno al otro, tanto como adoraban vivir en el campo. Anne temía que si se enteraba de lo de Godfrey se riera de ella. De los trajes de Marks & Spencer, del pretencioso reloj de oro, de los zapatos brillantes. A pesar de sus compañías, Jeremy era un esnob. Godfrey tenía más interés que ella, si cabe, en mantener la aventura en secreto. No quería ni pensar en la posibilidad de que su esposa o su hija se enteraran de que tenía una amante.

Así que Anne seguía viviendo como siempre. El verano era seco y caluroso y pasaba muchas horas trabajando en el jardín. La frente se le volvió marrón como el cuero y los brazos y el cuello se le llenaron de pecas.

–Parece que tengo sesenta años –le dijo un día a Godfrey–. No sé cómo puedo gustarte.

Se esperaba que hiciera un chiste sobre que le gustaban las mujeres mayores, pero no.

–No es que me gustes. Es mucho más, mucho más que eso – respondió.

Y ella lo creyó. A principios de otoño recogió las primeras manzanas, las envolvió en papel y las guardó en cajas en el fondo del garaje. Y seguía esperando con ilusión los encuentros clandestinos.

En otoño, cuando la oposición a la supercantera alcanzó un punto álgido, Anne seguía formando parte del grupo. Le gustaba asistir a las reuniones a las que Godfrey estaba invitado. De pie en la puerta de la sala destartalada de la iglesia, sentía una exaltación ilusionada sabiendo que él estaba dentro. A veces podía oír su voz, baja y monótona, argumentando una idea. A menudo sus argumentos eran técnicos. Quizá no fue un buen estudiante, pero tenía la cabeza llena de estadísticas y las podía enumerar sin equivocarse, como un niño recita su poema infantil favorito. Le encantaba discutir con él en público.

Los compañeros del grupo de activistas creían que detestaba a Godfrey Waugh.

–Vamos, mujer –le dijo a Anne el hombre de la cara de oveja–. Tampoco hace falta tomárselo de una forma tan personal.

En aquellos enfrentamientos Godfrey siempre se mostraba educado. En privado no hablaban nunca de la cantera. Ella creía que la aparente antipatía entre ellos le quitaba un peso de encima. Su esposa nunca pensaría que podía enamorarse de una bruja agresiva y malhablada como ella.

En una ocasión los vio juntos, a él y a Barbara. Iban con la niña. Godfrey había donado una de sus canteras agotadas al Departamento de Protección de la Fauna y Flora para que fuera el centro de la nueva reserva. Se habían inundado los pozos y se habían convertido en estanques. El director del Departamento de Protección de la Fauna y Flora habló esperanzado de lechos de juncos y charcas. Godfrey había donado mucho dinero para proyectos y promoción, pero también acababa de hacer oficial su plan de aplicación para la supercantera de Black Law, de modo que existía cierto nerviosismo en el Departamento de Protección de la Fauna y Flora. ¿Qué pretendía Godfrey Waugh? ¿Hacía sus donaciones como un gesto preventivo con la esperanza de conseguir un trato más favorable a la cantera? Anne no sabía la respuesta a estas preguntas, pero le costaba creer que Godfrey fuera tan retorcido.

Debido al recelo que despertaban los motivos de Godfrey Waugh, la fiesta para celebrar la inauguración de la nueva reserva había sido discreta. Anne oyó hablar a uno de los administradores, una propietaria rural conservadora con vestido de cachemira.

–Teníamos pensado poner una marquesina, pero dadas las circunstancias, no nos pareció lo más adecuado –dijo.

Era la hora de almorzar de un día de principios de octubre y hacía más calor que muchos días de verano. La reserva estaba situada en una tierra baja. Las llanuras se extendían hasta la costa. A pesar de que un muro, construido con deshechos de la cantera, impedía ver el mar, su presencia se sentía en un trémulo horizonte, en el cielo despejado.

El ganado pastaba en la orilla, contemplando la celebración desde lo alto. Uno de los pozos inundados había atraído ánades reales, fochas y pollas de agua.

Anne llegó tarde a propósito, para ahorrarse los discursos, y se unió a la gente que salía del centro de visitantes en uno de los edificios reconvertidos de la cantera. Por lo visto, era el momento de la ceremonia de inauguración. Se había tendido una cinta entre dos árboles enclenques recién plantados. Algún día sería la entrada al aparcamiento. Anne reconoció la nuca de Peter Kemp y se coló entre la gente hasta llegar a su lado.

–¿A quién tienen para hacer los honores?

Él se giró sobresaltado.

–Por Dios, mujer. Casi me da un infarto.

–¿Y qué famoso va a cortar la cinta?

–La mocosa de Godfrey Waugh. –Peter hizo una mueca–. Patético, a que sí.

–Tenía entendido que te habías pasado al bando de los peces gordos. ¿No te has establecido por tu cuenta? Una consultoría, me han dicho.

–Ya, bueno, eso no tiene nada que ver.

–Claro –afirmó ella.

–Deberías ser simpática conmigo, Annie. Podría proporcionarte trabajo, y bien pagado. Tengo el contrato para la evaluación de impacto ambiental de Black Law.

–¡Vaya! –exclamó ella–. ¿Cómo lo has conseguido? –Estaba sinceramente impresionada–. ¿No preferían a alguien con más reputación?

–Soy el mejor, Annie. Es lo único que necesitan saber. –Calló–. Bueno..., ¿no quieres el empleo?

–No tengo ningún título.

–Pero tienes experiencia. Me han encargado que redacte el informe y puedo emplear a quien quiera.

Todavía estaba pensando en ello, preguntándose qué le parecería a Godfrey, cuando los mandaron callar. Felicity Waugh se situó frente al público guiada por su padre. Era una niña anticuada y regordeta, con mejillas de hámster y cabellos largos encrespados. El padre le ofreció unas tijeras de jardín y ella se esforzó por cortar la cinta. Era una tarea complicada porque las tijeras estaban poco afiladas. Al final Godfrey le ayudó poniendo las manos sobre las de ella y hubo un estallido de aplausos.

Godfrey volvió junto a una mujer que estaba de pie en la primera fila. Debía de ser su esposa. Anne brindó por la reserva con un vino blanco tibio, bebió y miró a la mujer.

Se había creado una imagen sobre Barbara Waugh. Se había imaginado a una mujer gorda y aburrida. Godfrey la habría conocido en la escuela secundaria. Su vida doméstica sería deprimente, sus conversaciones limitadas. Lo más seguro es que no hubieran vuelto a tener relaciones sexuales desde el nacimiento de su maravillosa hija y, por lo tanto, lo único que tenía ahora en común la pareja era a la niña.

Anne se dio cuenta enseguida de que había juzgado mal la situación. De entrada Barbara era una competencia nada despreciable. Llevaba ropa cara e iba muy bien vestida. Tenía unos pómulos que habrían puesto verde de envidia a algunas mujeres y llevaba el pelo rizado con una discreta permanente. En comparación con ella, Anne se sintió poca cosa y desaliñada.

Mientras la observaba, Barbara y Godfrey intercambiaron unas palabras y a continuación ella se separó y cruzó la hierba en dirección a Anne. Por un momento se preguntó, enfurecida, si Godfrey le habría contado su aventura. Ver a la mujer le había hecho reevaluar la relación. Quizá solo le preocupaba mantenerlo en secreto para poder conservar su imagen respetable con los medios. Quizá eran una de esas parejas horribles que no tenían secretos. Se preparó para una escena.

Pero parecía que Barbara solo quería ser amable. Sonreía con nerviosismo. Anne percibía su malestar, una tensión evidente. Las palabras salieron demasiado rápidas. La sonrisa se tornó en una frente arrugada, un gesto nervioso que parecía habitual en ella.

Es una neurótica, pensó Anne triunfalmente, contenta de poder etiquetarla y sentirse superior. Pensó que Barbara no sería demasiada competencia. Ahora que estaban una al lado de la otra era evidente que tenían más o menos la misma edad. Barbara tendría casi cuarenta años cuando tuvo a su hija.

–Señora Preece. Me gustaría hablar con usted.

–Por supuesto.

–Quería que supiera que admiro el trabajo que hace. El medio ambiente es muy importante, ¿no le parece?

Anne tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no parecer estupefacta. Era lo último que se esperaba.

–Sí, claro –respondió, con apenas una pizca de ironía.

Por encima del hombro de la mujer vio a Godfrey, que miraba las vacas con una expresión distraída. Anne se dio cuenta de que estaba aterrorizado.

Barbara siguió hablando entusiasmada.

–Quería decirle que ni mi esposo ni yo nos sentimos ofendidos por su oposición a la cantera de Black Law. Estamos muy comprometidos con la conservación de la naturaleza y si la evaluación de impacto ambiental concluye con alguna información que apunte a un problema, le aseguro que el proyecto no se llevará adelante. No esperaríamos a una decisión judicial.

–Bien. –Anne no sabía qué más decir–. Muchas gracias.

Estaba confundida porque, a pesar de no haber cambiado su opinión de que Barbara era una neurótica, parecía totalmente sincera. También le resultaba raro que Barbara pudiera hablar con tanta autoridad de un asunto de la empresa. Godfrey nunca había mencionado que participara en ella y Anne se la había imaginado como una buena esposa tradicional dedicada a sus labores, al margen de los asuntos económicos y laborales del marido.

–¿Participa en los negocios de su esposo? –preguntó. A lo mejor Barbara iba un par de veces a la semana a trabajar en las oficinas.

–Somos socios. No es que haya tenido un papel activo desde que llegó Felicity, pero Godfrey me consulta, por supuesto. Antes era diferente. Crecí con la empresa. Mi padre era el dueño de nuestro primer negocio en Slateburn. Cuando nos casamos, él se jubiló y tomamos las riendas nosotros. No fue fácil. De hecho tuvimos que trabajar veinticuatro horas al día para mantenerlo a flote. Pero, visto en perspectiva, creo que me gustaba. –Sonrió–. Me gustó más cuando empezó a entrar dinero y pudimos respirar.

Parecía perdida en sus pensamientos. Con el ceño fruncido y un gesto nervioso, se volvió y jugó con la servilleta de papel que tenía en la mano. Anne pensó que parecía que se estuviera liando un cigarro, aunque ese no fuera para nada su estilo.

Anne se preguntó por qué Godfrey no le había dicho nunca que se había casado con la hija del jefe. Tal vez quedaba mejor decir que había levantado el negocio él solo. No se lo tuvo en cuenta. Ella contaba fábulas sobre su pasado a todas horas. La verdad era aburrida.

La mujer calló un momento. Alrededor de ellas todo eran conversaciones y risas. Se había acabado gran parte del vino blanco tibio. Por encima del ruido Anne oyó la voz de Peter, clara como la de un colegial, con una dicción perfecta.

–¡Neville! Bueno, ha ido todo muy bien, ¿no? Estarás contento.

Langholme era un sitio pequeño y Anne había oído hablar de Neville Furness, el hijo de Dougie que había estudiado en la universidad y a quien tan bien le había ido. Fue administrador de la finca de Holme Park primero y después lo captaron para Slateburn Quarries porque, según decían, era una persona que podía hablar con los grandes propietarios. Poco después, se anunció el acuerdo entre Godfrey y los Fulwell. Anne lo había visto cuando él vivía en una de las casas propiedad de la finca. Ella paseaba a su perro por el camino a una hora en la que él salía a menudo a correr e intentó trabar conversación, sin éxito. Trató de averiguar si tenía esposa, pero, por lo visto, estaba soltero. De repente se dio cuenta de que Barbara miraba en la misma dirección. Pero mientras la mirada de Anne al cuerpo musculoso y moreno era de sincera admiración, la de Barbara era hostil, casi temerosa.

Barbara puso la mano en el brazo de Anne.

–Venga a verme –propuso– a Alderwhinney. Es como se llama la casa. Seguimos en Slateburn. Todos saben dónde está. Me gustaría hablar con usted. Venga a tomar café o a almorzar cuando le apetezca. Apenas salgo.

Era casi una repetición de lo que había dicho Godfrey la primera vez que había mencionado a su esposa. No se despidió. Besó a Anne en la mejilla y volvió con Felicity. Anne la observó, asombrada.

Quizá debería haber ido, pensó Anne. Habría sido divertido. Clavó el último poste. Al día siguiente volvería con los bastidores. Supongo que todavía podría ir, informar a Barbara de cómo avanza el estudio. Slateburn tampoco está tan lejos. Quién sabe qué opinaría Godfrey de


esto.

15

Era un día de lluvia, así que estaban confinadas en la casa. Anne sufrió una hora a Rachael insistiendo en que aquella era una buena oportunidad para ordenar la casa, pero llegó un momento en que no pudo aguantarlo más. Se fue con su sucio Fiat a Langholme. Llovía tan fuerte que tuvo que parar alguna vez para que los limpiaparabrisas expulsaran el agua del cristal. Llamó a Godfrey desde la cabina que estaba cerca de la gasolinera.

Habría podido volver a la Abadía, pero Jeremy estaba allí y no le apetecía aguantar sus tonterías. En las últimas semanas no paraba de decir que tenían que apretarse el cinturón. Incluso había planteado la posibilidad de vender la Abadía. Hasta entonces Anne no había sido consciente de lo mucho que le importaba. La idea de renunciar al jardín la puso de un humor de perros. Estuvo a punto de decirle que solo se había casado con él por la Abadía, pero se dio cuenta a tiempo de que era una estupidez. Todavía existía la posibilidad de que alguno de sus famosos negocios tuviera éxito.

Un chico, que todavía no parecía tener la voz firme, respondió al teléfono.

–¡Diga! Slateburn Quarries Limited, a su servicio.

Cuando Anne dijo que quería hablar con Godfrey, hubo una pausa, y después una conversación en susurros. Anne se puso alerta. Por fin el chico volvió.

–Lo siento, el señor Waugh no se puede poner.

–¿Cuándo estará localizable?

–Hasta mañana por la noche no. Está en una conferencia.

–¿Dónde?

El chico parecía confundido.

–Lo siento –respondió–. No lo sé.

Entonces, por puro despecho, Anne telefoneó a Barbara. Quería castigar a Godfrey por no ponerse al teléfono, cuando se sentía tan desgraciada. No le había hablado de ninguna conferencia. Primero llamó a información. Aquello casi la hizo arrepentirse de su decisión. Si los Waugh no estaban en la guía, que era lo más probable, tendría que olvidarse de la idea. Pero le pasaron la comunicación enseguida y, antes de que pudiera pensárselo dos veces, Barbara respondió:

–Waugh –dijo, seca.

Sonó tan parecido a un ladrido de perro que, por un momento, Anne se distrajo. Cuando por fin habló logró hacerlo con la misma seguridad que si fueran viejas amigas.

–Me dijo que fuera a visitarla. Pensé que era mejor no aparecer sin avisar, por si estaba ocupada.

Pero Barbara Waugh no estaba ocupada. Y recordaba a la perfección a Anne, a pesar de que solo se habían visto una vez hacía meses. Insistió en que Anne fuera a casa enseguida.

–Venga si está libre. Quédese a almorzar. Es perfecto. Felicity está en casa de una amiga y Godfrey estará fuera dos días en una conferencia.

Si está mintiendo, pensó Anne, nos miente a las dos.

Godfrey no había invitado nunca a Anne a su casa. Al fin y al cabo, Barbara no salía nunca. Al parecer, incluso las veces que planeaba una salida a comprar o al cine, no siempre acababa yendo. A lo mejor era una especie de enfermedad. Pero Anne sabía dónde estaba la casa. Había pasado por delante por curiosidad, era una casa moderna y más bien austera de piedra gris con el tejado de pizarra. Anne habría suavizado las líneas rectas con enredaderas y plantas trepadoras, pero el jardín de los Waugh estaba cuidado de una manera convencional. Había una gran extensión de césped, parterres curvos, colorido proporcionado por matas simétricas de azafrán y campanillas de invierno con un fondo de arbustos más maduros. El único detalle imaginativo era una cabaña construida en lo alto de un sicomoro retorcido. A pesar de que la plataforma sobre la que la habían levantado estaba a solo un metro del suelo, se alcanzaba con una escalera de madera. Anne pensó que quizá la había construido el propio Godfrey para su Amada Felicity. Últimamente había empezado a pensar así en la niña, con las palabras en mayúscula como si fuera una santa o una mártir poco conocida.

Cuando llegó, aún llovía. La puerta de la casa se abrió antes de que bajara del coche. Barbara estaba en el umbral. Anne cruzó la grava corriendo y se paró en el recibidor sacudiéndose la lluvia del pelo. Barbara llevaba vaqueros, pero, a diferencia de los de Anne, aquellos no se descolorarían en las rodillas ni se romperían por detrás, y un jersey azul marino de lana también de buena de calidad. Estaba maquillada con discreción y olía ligeramente a perfume. Anne se había planteado pasar por la Abadía a cambiarse, pero no se veía con ánimos de encontrarse a Jeremy. Además de los vaqueros, llevaba una camiseta de rugby y un impermeable. No iba maquillada y a su pelo le habría ido bien una nueva aplicación de tinte.

Anne vio un suelo de madera bruñida y una escalera con una alfombra de estampado floral; olía a café. Barbara parecía ilusionada y nerviosa al mismo tiempo. Hablaba con rapidez y Anne, que se sacudía el agua del pelo, no entendía lo que decía. Ahora que estaba en la casa no le parecía tan buena idea. Había empezado como algo divertido, pero pensó si podría inventarse una excusa decente y marcharse. Sin embargo, Barbara ya la guiaba hacia el salón y hablaba, quizá repitiera lo que había dicho en el recibidor.

–Me alegro de que haya venido. Hay algo que me preocupa. Cuando ha llamado me ha parecido una afortunada coincidencia. Quizá sea la persona adecuada para hablar de ello. –Calló un momento, como si se diera cuenta de que aquel no era un comportamiento normal–. Perdone. Que maleducada soy. Siéntese. ¿Le apetece beber algo? ¿Un jerez o un café? Yo tomaré un café.

Anne, a quien le apetecía muchísimo beber algo, dijo que también tomaría café.

Cuando Barbara salió de la habitación, Anne intentó recuperar la compostura. Decidió que se sentía con fuerzas de llegar hasta el final sin que nadie saliera perjudicado. Estaba sentada en una habitación cómoda que habría quedado mejor en una casa más antigua. No había nada barato; el mobiliario era sólido, pesado y más bien oscuro. Había una estufa de leña. Contra una pared, un piano; En la tapa abierta, unas partituras infantiles. En otra pared colgaba un retrato a lápiz de la Amada Felicity. Anne se preguntó si lo habría hecho Barbara, pero era bastante bueno y concluyó que no podía ser. La niña fruncía el ceño como si se concentrara en un problema que no tenía esperanzas de resolver.

Barbara trajo café en una cafetera de Pyrex. Vio que Anne se había fijado en el retrato.

–¿Tiene hijos, señora Preece?

–Llámame Anne, por favor. No, no tengo hijos. –Sin pensar siguió dando la explicación frívola que siempre daba en estas circunstancias–. Nunca he sentido la necesidad de tenerlos.

Barbara se mostró horrorizada, como si un invitado se hubiera tirado un pedo a la mesa del comedor, pensó Anne. Pero se recuperó enseguida.

–Has sido muy amable viniendo.

Anne se sirvió una taza de café, pero no contestó. Pensaba que del único tema que Barbara podía querer hablar con ella era de su relación con Godfrey, pero no percibía ninguna hostilidad. Más bien al contrario. Barbara mostraba un agradecimiento exagerado de que estuviera allí, a pesar de que no le gustaran los niños.

–Es un asunto delicado. –Se sentó, con una mano posada sobre la cafetera–. Se trata de la cantera nueva. No estoy segura de que sea una buena idea.

Anne se quedó atónita.

–¿Cómo dices?

–Supongo que pensarás que soy desleal discutiendo de esto contigo cuando mi marido está fuera, pero diría lo mismo si estuviera aquí. Le he dicho exactamente lo mismo a él. Creo que es un error. Nos va a poner en contra a demasiados clientes. Es malo para nuestra imagen. Yo llevaba la empresa mucho antes que Goff, y eso me importa.

–¿Por qué crees que está tan empeñado en ello?

Era una pregunta que no había hecho nunca a Godfrey –ni siquiera era capaz de pensar en él como Goff–, pero en aquel momento le pareció interesante. Si estuviera en su lugar, ella querría la cantera por la emoción del proyecto, incluso por la confrontación. Pero Godfrey no era como ella. No era codicioso y no le gustaba nada ser el centro de atención. Quizá era el temor a que sus negocios se estancaran lo que lo impulsaba a seguir hacia delante.

Barbara, sin embargo, tenía otras ideas.

–No creo que esté tan empeñado. No él personalmente. Neville Furness lo ha convencido de que es el único modo de que la empresa sobreviva.

–¿Neville Furness? –Anne necesitaba tiempo para pensar.

–Trabaja para Goff. Debes de haberlo visto en alguna de las asambleas, un chico muy

moreno.

–Sí –respondió Anne–. Lo conozco.

–Desde que Neville empezó a trabajar para nosotros, Goff ha estado inquieto, preocupado. Y no lo veo casi nunca.

Este misterio podría resolvértelo yo, se dijo Anne.

–¿Crees que un empleado podría ejercer tanta influencia? –preguntó con cautela.

–Normalmente no, pero… –Se interrumpió y su humor cambió de repente otra vez–. Vamos a almorzar. ¿Te importa que comamos en la cocina? He preparado algo con cosas que tenía en la nevera. Una comida informal. ¿Te apetece una copa de vino? He puesto un Muscadet a enfriar.

Anne la siguió. Se sentaron a una mesa redonda de pino en un rincón de la clase de cocina que se ve en las revistas de las salas de espera de los dentistas. Anne miró las superficies relucientes, los azulejos italianos impecables del suelo, y supuso que Barbara tenía una asistenta. Pero no sintió celos. La Abadía tenía más clase. Tanta limpieza olía a nuevo rico.

Sin embargo, la comida sí la impresionó. El sabroso flan de cebolla puede que hubiese salido de la nevera, pero antes de entrar en ella Barbara había tenido que prepararlo. Por encima llevaba tomates, parmesano, lechuga, anchoas y aceitunas. Lo acompañaron con ensalada y pan denso y caliente que también parecía hecho en casa. Aquella comida había exigido un esfuerzo considerable para prepararla. Anne, que a menudo se esforzaba por impresionar, aunque no fuera a través de la comida, se preguntó qué buscaba Barbara.

–Me estabas hablando de tu marido y de la empresa.

Barbara bebió media copa de vino con mucha rapidez. Tenía la cara sonrojada. Anne temió que cambiara de tema, pero respiró hondo.

–Creo que Neville Furness tiene intereses creados en que la cantera se sitúe en Black Law. Su familia es propietaria de la tierra adyacente.

–Sí –afirmó Anne–, lo sé.

–Y ahora me he enterado de que su madrastra ha muerto.

–Se suicidó.

–¿Conocías a Bella Furness? –preguntó Barbara.

–No muy bien. Pero la conocía.

–Llevaba aquella granja, que ahora será de Neville.

–Entonces, ¿tú también la conocías?

Anne no estaba sorprendida. En una comunidad tan dispersa como aquella, los Waugh y los Furness eran casi vecinos.

–Había oído hablar de ella.

–¿Qué piensas? ¿Que Neville se la vendería a Slateburn si se aprobaran los permisos? ¿Que por eso está tan empeñado en que salga lo de la cantera? Está claro que no hay mucha demanda de granjas en la colina.

–No creo que vendiera. Es demasiado astuto para eso. El acceso más conveniente es a través de la granja y cobraría por ello. Cualquier otra ruta obligaría a construir una carretera. A efectos prácticos casi tendría a Goff de rehén, ¡cobrándole por encima del mercado por permitir que la maquinaria utilice su camino!

–Godfrey debe de ser consciente de ese peligro.

–Parece lógico, sí.

–¿Pero?

Anne rebañó salsa de cebolla mantecosa de su plato con un trozo de pan, lo que pareció distraer a Barbara. Felicity ya debía de tener unos modales inmaculados en la mesa.

–Pero, por lo que respecta a Neville Furness, parece haber perdido todo su instinto para los negocios. Me gustaría saber por qué Goff está tan dispuesto a aceptar los consejos de Neville. No es propio de mi marido. Suele ser muy prudente. Toma sus propias decisiones sin apresurarse.

–¿Qué es lo que te da miedo exactamente? –Anne apartó el plato y apoyó los codos sobre la mesa–. ¿Un chantaje?

De nuevo Barbara pareció desconcertada, aunque no estuviera claro si era por los codos sobre la mesa o por la idea de que le hicieran chantaje a su marido.

–No –respondió sin convencimiento–. Por supuesto que no.

Al menos eso era un alivio, pensó Anne.

–Lo que quería decir –siguió Barbara– era que si tú, o alguien de tu equipo, encontrara algo que pudiera tener un impacto en la decisión, que si pudiéseis recomendar que no se llevara a

cabo el proyecto… –Calló–. Bueno, nos favorecería a todos, ¿no crees?

Lo dijo de una forma tan educada, tan despreocupada, que hasta que Anne no estuvo en el umbral de la puerta, preparada para salir bajo la lluvia, no se dio cuenta de que lo que había sucedido en la casa, si no podía calificarse de chantaje o soborno, sí era alguna forma de corrupción.

16

Estaban cruzando Langholme cuando vio a Livvy Fulwell en el Range Rover de Holme Park conduciendo hacia ella. Livvy frenó con brusquedad y le dio las luces. Anne se preguntó por un momento si alguna pieza vital del desvencijado Fiat se había caído, pero parecía que Livvy solo quería ser amable. Anne se sorprendió. No tenían ni mucho menos una relación estrecha. Livvy, por supuesto, sabía quién era ella. Las habían presentado cuando Anne llegó a la Abadía y Livvy, recién casada, se había hecho cargo de la casa grande. Se encontraban de vez en cuando. Livvy la saludaba con la mano desde el Range Rover si se sentía benévola o le dirigía cuatro palabras en la oficina de Correos después de cobrar el subsidio por su hijo. Pero nunca había dado pie a ninguna intimidad. Anne era muy diestra captando señales sociales y sabía que, por ejemplo, no podía invitar a los Fulwell a cenar.

Aquel día, sin embargo, Livvy estaba muy habladora. Bajó del Range Rover, dejando la puerta abierta, a pesar de que obstruía el camino, y de que un mocoso, atado a una sillita en el asiento de detrás, aullaba con desesperación. Robert y Livvy tenían tres hijos y Livvy se jactaba de ser una madre como es debido. Siempre había alguna niñera entre bastidores, pero ella había participado en la función escolar, los había llevado a comprar zapatos y había organizado fiestas de cumpleaños. Ahora los dos mayores estaban internos, pero siempre estaba en casa para recibirlos durante las vacaciones. Esta era la impresión que daba. Anne había visto a Robert hablando con Jeremy en alguna fiesta de beneficencia.

–Nos vamos a Austria. A Livvy le encanta esquiar, pero insiste en que nos llevemos a la jauría. ¡Esta mujer es una maravilla!

Livvy era más joven que su marido, tenía treinta y pocos años. Al parecer, había sido una novia joven con impecable pedigrí. Ahora tenía la piel de una colegiala, unos cabellos cortos y rizados que le daban el aspecto de acabar de salir de la ducha y una amplia sonrisa cordial que hacía que los demás confiaran en ella. Las personas que conocían bien a la familia decían que era despiadada y el cerebro que dirigía toda la operación de Holme Park.

–Cuánto me alegro de haberte encontrado. –Livvy llevaba un jersey de algodón hecho a mano con unos vaqueros y un Barbour. Había dejado de llover y llevaba el Barbour desabrochado. Tenía una mancha en la parte delantera del jersey como si un niño le hubiera vomitado encima–. Hace siglos que quiero decirte que te pases a tomar café.

Antes del inicio del proyecto a Anne le habría encantado recibir aquella invitación. Ahora se preguntaba qué diría Rachael si aceptaba. La cantera de Slateburn se ubicaría en tierras de Holme Park. Era una empresa mixta. Ser el enlace con los promotores era trabajo de Peter. O de Rachael. Sin duda no de una de las humildes trabajadoras contratadas. Livvy le dedicó una de sus generosas sonrisas.

–Quería que supieras cuánto te agradecemos lo que estás haciendo. Robert y yo lo admiramos mucho. Con lo bien que debes de estar en la Abadía y lo dejas todo para acampar en una casa en medio de las colinas. En serio, sentimos que estamos de tu lado. Holme Park es la herencia de los niños. Si encuentras algo allí seremos las últimas personas del mundo que quieran destruirlo.

Los alaridos del crío fueron *in crescendo*.

–Vaya por Dios, así no hay quien hable. Siempre dije que después de Harry debíamos parar. Dos es más que suficiente. Quizá sea tan difícil porque hay muchos años de diferencia entre los niños.

Pero no parecía que le resultara tan difícil. Levantó al niño de la silla, se lo colocó en la cadera y lo meció suavemente mientras seguía hablando. El llanto cesó.

–¿Mañana te viene bien? ¿Sobre las once? ¿O tienes demasiado trabajo?

Pero Anne ya estaba intrigada. A hacer puñetas Rachael.

–No –respondió–. A las once me va bien.

–Estupendo.

Livvy sonrió de nuevo. ¿De alivio? ¿O porque había cumplido con éxito su misión? A continuación ató al niño con soltura en la silla del coche y se fue tocando la bocina a modo de

despedida.

Las tardes de los miércoles y los domingos, Holme Park estaba abierto al público. Anne había pagado tres libras una vez para curiosear por el jardín, que, francamente, no era gran cosa, pero nunca había entrado en la casa. Al día siguiente, al acercarse con el coche, no sabía muy bien adónde ir. Igual debía de dar la vuelta y entrar por detrás. Se imaginaba que aquel café sería algo informal. Quizá lo tomaran en la cocina, mientras el niño se ensuciaba con pintura haciendo un dibujo, con perros echados en el suelo a su alrededor.

Pero Livvy estaba frente a la casa charlando con una mujer joven y regordeta y cuando Anne dudó sin saber si debía aparcar en el campo que utilizaba el público, Livvy le hizo señas para que siguiera. No fueron a la imponente puerta principal con peldaños de piedra y porche, sino que la llevaron a la entrada de servicio. Había dos alas, más bajas y menos imponentes que la casa principal, construidas en ángulo recto respecto a aquella, y la guiaron hasta el recibidor.

–Le he pedido a Arabella que se lleve al diablillo a dar una vuelta –informó Livvy–, para que podamos hablar en paz.

Aquel día Livvy iba mejor vestida, aunque Anne sospechó que no era solo para quedar bien con ella. Sabía que Livvy llevaba gran parte del negocio desde la finca. Tendría reuniones. El acuerdo con Slateburn había sido idea suya. Robert temía que pudiera afectar a la caza y no estaba tan entusiasmado. Se lo consideraba un bonachón, poco fiable en cuestiones económicas.

–¿Cómo está Robert? –preguntó Anne.

–Está fuera, en la finca. Un problema con uno de los arrendatarios. Te envía sus disculpas. Ha sentido mucho tener que marcharse.

No tomaron el café en la cocina, sino en una coqueta salita. El sofá y los sillones estaban tapizados con una tela color limón claro que no perdonaría ninguna mancha, por lo que Anne dedujo que era poco probable que los niños tuvieran permiso para jugar allí. Después de que Livvy entrara con la bandeja hubo un momento de silencio incómodo que la anfitriona debió de considerar un fallo por su parte porque miró a Anne con una de sus sonrisas y se disculpó.

–Qué locura, verdad, que tengamos tanto en común y apenas hayamos podido coincidir

Anne no contestó.

–En fin, me interesa muchísimo vuestro estudio. ¿Cómo funciona?

–Somos tres –apuntó Anne–. Tres mujeres.

–¿No es poco habitual?

–Puede ser. Yo soy la botánica. Rachael Lambert se encarga de las aves y Grace es nuestra experta en mamíferos.

–¿Grace?

–Grace Fulwell. No es familia, supongo, pero sí que es casualidad.

–Oh, hay docenas de Fulwell en la guía de teléfonos de Northumberland. Es un apellido muy común. Supongo que todos somos familia de una forma u otra. ¿De dónde es?

La voz de Livvy era informal, pero parecía realmente interesada.

–No lo sé. No es muy comunicativa. –Anne se dio cuenta de que aquello podía sonar hostil. No quería dar la impresión de que hubiera problemas en el proyecto. Al menos no delante de Livvy Fulwell–. Cuando compartes el espacio con alguien la intimidad es importante.

–¡Oh, sí! –exclamó como si se le hubiera revelado una gran verdad–. Lo entiendo.

Anne le explicó a Livvy el funcionamiento del estudio, el sistema de postes y bastidores. Livvy escuchó con atención y la animó a profundizar más. Anne se dio cuenta de cuál era su método para persuadir a directores de asociaciones de cazadores, a los arrendatarios y a los empresarios para que invirtieran con ella.

–¿Y dónde exactamente queréis investigar?

–Yo quiero estudiar un par de lugares del páramo, las turberas, por supuesto, y he pensado en uno de los cuadrados cercanos a la mina de plomo. A veces los residuos cambian la acidez del suelo. Puede haber algo fuera de lo corriente. ¿No te importa?

–¡Por Dios, no! Ve adonde quieras. Acceso libre. Ya te dije ayer que creo que estamos en el mismo bando. –Calló–. Supongo que será demasiado pronto para haber llegado a ninguna conclusión.

–Falta mucho todavía. Aún no he comenzado el trabajo detallado.

–Ah. –Parecía desilusionada y Anne pensó que por fin había descubierto la razón de su invitación. O bien Livvy era demasiado impaciente para esperar al informe completo o era demasiado controladora para no querer ver los resultados antes de que Peter Kemp les pusiera

las manos encima.

–Bueno, pues tienes que volver otro día. Quizá cuando tengas algo interesante que contar.

Quizá porque sentía que había sido manipulada, o porque no quería que aquella mujer joven y segura de sí misma creyera que había llevado la conversación a su terreno, Anne sacó la pregunta de Neville Furness. Planteó el tema con torpeza.

–Antes hablábamos de conexiones y relaciones. Supongo que es inevitable en una comarca con tan poca población como esta en que todos tienen alguna clase de parentesco, pero sí parece una casualidad que Neville Furness trabaje para vosotros y después para Slateburn. Y que tenga intereses en Black Law. Más que intereses, ahora mismo, diría yo.

–¡Qué horror, verdad! –Livvy abrió mucho los ojos en un gesto de asombro. Ignoró el comentario de Anne sobre el cambio de Neville de Holme Park a Slateburn–. Pobre Neville. Lo sentimos muchísimo por él. ¿Cuándo es el funeral?

–Mañana.

–No sabíamos si ir. Para darle nuestro apoyo. Pero no conocíamos a la señora Furness y pensamos que, dadas las circunstancias, preferirá estar solo con la familia y los amigos íntimos.

–Imagino que se hará cargo de la granja –comentó Anne.

–Supongo que sí.

–¿No os interesaría comprarla? –Se le había ocurrido la idea de repente. No entendía por qué no lo había pensado antes. Así, en caso de recibir la aprobación para la cantera, controlarían el acceso.

–Que yo sepa no nos lo hemos planteado –respondió Livvy tranquilamente–. De esto se encarga Robert, no yo.

Anne presintió que la otra mujer estaba preparando el terreno para derivar la conversación a un tema más seguro, al niño otra vez, quizá, o a la salud de Jeremy, así que no esperó a hacer la pregunta.

–¿Cómo disteis con Neville Furness? –preguntó en un tono frívolo, de cotilleo entre amigas–. Era el director de vuestra finca, ¿verdad? Lo he visto un par de veces pero nunca he sabido qué pensar de él.

Livvy era demasiado astuta como para dejarse manipular.

–¿Neville? Es un tipo estupendo. El mejor. Cuando se marchó lo sentimos mucho.

Entonces desvió la conversación hacia temas domésticos. Los niños acababan de volver al internado después de las vacaciones de Semana Santa y los echaba muchísimo de menos. Si hubiera alguna escuela alternativa en la zona, los sacaría del internado, dijera lo que dijera Robert.

A las doce en punto volvió la joven que Anne había visto antes. Primero oyeron las ruedas del cochecito sobre la grava y después la vieron a través de las altas ventanas. El niño estaba dormido, con los brazos y la boca abiertos, totalmente relajado.

–Lo siento –se disculpó Livvy–. Tengo que recoger al pequeño. Arabella tiene la tarde libre, pero no tengas prisa en marcharte.

–No te preocupes –repuso Anne–. Tengo que volver al trabajo.

Estaba segura de que Arabella tenía instrucciones precisas de cuándo debía volver con el niño. Livvy le había concedido una hora a Anne. Ni un minuto más.

No le apetecía volver en ese momento a Baikie's. Rachael querría saber dónde había estado y entonces tendría que reconocer que había confraternizado con el enemigo. Decidió pasar por la Abadía, recoger el correo, poner una lavadora. Quizá llamaría a Godfrey a la oficina para saber si había vuelto de la conferencia.

Antiguamente, el camino que llevaba de Holme Park al pueblo era una vía privada con árboles a los lados que cruzaba el terreno del parque hasta la casa. Ahora los campos adyacentes estaban vallados y cultivados. Al final del camino había un par de casas adosadas, construidas en los años veinte para alojar a los trabajadores más antiguos del parque y a sus familias. Grace Fulwell estaba de pie junto al camino, mirando aquellas casas, como fascinada.

Anne redujo la velocidad y se detuvo. Grace siguió con la mirada fija. Como si no hubiera visto ni oído el coche. Anne bajó la ventanilla e hizo un esfuerzo por hablar en tono cordial.

–¿Qué haces aquí?

Grace se giró como si volviera a la vida.

–Estaba recorriendo la parte del río que atraviesa el pueblo. Había oído hablar de Holme Park. Estilo Vanburgh, ¿no? Pensé que podía desviarme y echar un vistazo.

Desde donde estaba, si se hubiera vuelto y mirado avenida arriba, habría tenido una vista perfecta de la casa, pero no era la arquitectura Vanburgh lo que interesaba a Grace, sino aquellas casitas modestas con sus pulcros jardines. Concretamente, era la casa adosada de la izquierda, con el columpio y el tendedero giratorio, a la que se le iban los ojos.

–¿Has venido andando? –preguntó Anne.

Grace asintió.

–Debe de haber treinta kilómetros desde Baikie's, aunque cortaras por la colina. ¿Por qué no me has pedido que te trajera? O Rachael podía haberte traído. Me sorprende que no se ofreciera cuando le dijiste que venías.

Grace se volvió, con un ligero rubor en el rostro.

–Entonces no tenía del todo claro adónde iba.

–¡Ay, ay, ay! –exclamó Anne–. Qué mala eres.

Pero Grace no parecía oírla.

–Bueno, al menos puedo llevarte de vuelta.

–No –repuso Grace–. No te preocupes. Todavía no he terminado.

Anne la dejó allí, mirando fijamente la casa con los ojos ligeramente entornados como si mirara a través del visor de una cámara.

Bueno, se dijo. Ya se las arreglará.

17

–¡Maldita sea!

La mujer que entró en la capilla de la funeraria intentó cerrar la puerta sin hacer ruido, pero una ráfaga de viento se la arrancó de las manos y se cerró de un portazo. Anne estaba soñando despierta, dejándose mecer por las palabras piadosas, y se sobresaltó como si la hubieran despertado de golpe. Aunque había murmurado la exclamación en voz muy baja percibió la reacción molesta de Rachael. Junto con el resto de los congregados se volvió para ver a la mujer de mediana edad que había aparecido en el pasillo, como si también la hubiera empujado el viento. Anne siguió su avance hasta un banco con admiración. No parecía afectada por las miradas, ni por los cuchicheos curiosos. Aquella mujer sí que sabía como hacer una entrada.

Más tarde, esperando a Rachael fuera, Anne volvió a ver a la mujer. Esquivó a los demás asistentes y pasó por su lado con paso ágil, a pesar de que en la capilla le había parecido grande y torpe. Después subió al Range Rover, que tenía aparcado cerca de la puerta principal para facilitar una huida rápida. Así pues no era uno de los granjeros arrendatarios, pensó Anne. A pesar de la ropa de poca calidad y las bolsas de supermercado que llevaba consigo, aquella no era una mujer cualquiera. Tal vez era pariente de Bella. Tendrían una edad parecida, podrían haber sido hermanas. También se parecían un poco, no físicamente, pero sí en aquella expresión distante, reservada, casi adusta.

–¿Era la hermana de Bella? –preguntó a Rachael–. ¿La de la aparición estelar con las bolsas?

–No sabía que tuviera hermanas.

Rachael parecía molesta, como si fuera la única persona del mundo con derecho a saber si Bella Furness tenía familia.

–Yo tampoco. Solo especulaba. Preguntaba. –Calló–. Oye, me voy. No me apetece la reunión en el White Hart y además casi no la conocía. Al fin y al cabo, fue su decisión. Era lo que quería.

–Si te esperas un poco, te acompaño.

–No te preocupes.

El crematorio la ponía enferma y se veía venir uno de los discursos de Rachael.

Empezó a caminar por la amplia acera en dirección al centro cuando el coche de Godfrey paró detrás de ella. Se imaginó que se había librado de su mujer –quizá ella había ido con su propio coche– y estaba a punto de subir al asiento del acompañante cuando vio que Barbara Waugh estaba sentada en el coche. Le dio un susto de muerte.

–Señora Preece, hola –saludó Barbara por la ventanilla abierta–. ¿La acompañamos al centro? –Y a continuación–: Soy Barbara Waugh. Nos conocimos en la inauguración de la reserva.

–Ah, sí –repuso Anne–. Por supuesto.

Godfrey miraba hacia el frente con las manos en el volante. Era obvio que parar había sido idea de Barbara. No le había hablado a su marido del íntimo almuerzo en Alderwhinney y quería asegurarse de que Anne no lo mencionaba tampoco si coincidían en el White Hart. Anne no tenía ningún inconveniente. La impulsiva decisión de llamar a Barbara le parecía infantil y vengativa. Prefería que Godfrey no se enterara.

–¿Va al hotel, señora Preece? –preguntó Barbara cuando Anne subió al asiento trasero del coche–. Parece que el señor Furness ha invitado a todo el mundo.

–No, no conocía muy bien a Bella. Solo he ido al funeral para acompañar a Rachael. Está muy afectada.

–¿Quiere que la lleve a Langholme, entonces? Tengo mi coche en la ciudad y no me queda muy lejos. Vuelvo directa a casa.

–Pensaba quedarme un rato en Kimmerston. Desde que empezó el proyecto no he tenido muchas ocasiones…

Barbara pareció decepcionada y Anne temió por un momento que propusiera un almuerzo

de mujeres, o una vuelta por las tiendas.

–Claro, lo comprendo perfectamente –declaró, en cambio.

Godfrey dejó primero a Barbara en el aparcamiento junto al centro deportivo.

–Me bajó aquí –anunció Anne–. No está lejos.

Pero Barbara no quiso ni oír hablar de ello e insistió en que su esposo debía acompañarla adonde quisiera ir. Así que Anne fue con él hasta el aparcamiento del patio trasero del White Hart. Mientras Godfrey entraba en el hotel para hacer, según él, «acto de presencia», ella cruzó la calle y entró en una cafetería de un callejón. Tomó un capuchino y leyó un ejemplar antiguo de *Cosmo* hasta que él fue a recogerla.

La llevó a almorzar a un pueblo del sur del condado, donde antes había astilleros y minas de carbón. Era un lugar en el que podían estar seguros de no encontrarse con algún conocido. También era un lugar donde Godfrey parecía sentirse cómodo. Aunque ya habían estado allí, para Anne era como adentrarse en un país extranjero. Las tiendas cerradas a cal y canto, la calle llena de basura, las mujeres sin medias empujando niños sucios en un cochecito, todo aquello parecía estar a millones de kilómetros de Livvy Fulwell y Holme Park y le producía una excitación peculiar.

Incluso allí Godfrey había encontrado un lugar especial para comer. Había una joya de restaurante, muy pequeño y discreto, en unas casas adosadas entre un viejo parque y el malecón donde atracaba el *ferry* que transportaba a los compradores a una pequeña comunidad del otro lado del estuario. Antes las casas adosadas albergaban las oficinas principales del puerto, y el pequeño comedor, amueblado con sencillez, con las paredes decoradas con fotografías de submarinos y capitanes, tenía un ambiente de cantina de oficiales. A las dos de la tarde estaba vacío.

El propietario los reconoció al instante y los llevó a su mesa favorita.

–¿Una copa? –preguntó–. ¿Lo de siempre? ¿Tienen prisa hoy?

A veces tenían prisa. Estaba a una hora de distancia de Kimmerston y Godfrey tenía reuniones.

–No –respondió Godfrey–. Tenemos toda la tarde.

Así que les llevó unas bebidas, una carta y volvió a su asiento detrás de la barra y su libro. Estaba leyendo *Los hermanos Karamazov*. Solo levantó la cabeza para hacer una observación.

–Hoy el cocinero está en forma. Pueden pedir cualquier especialidad.

El cocinero tenía carácter. Era alcohólico, aunque normalmente estaba sobrio en sus horas de trabajo, pero sufría ataques inesperados de cólera. Sonrieron.

–Siento lo de antes –se disculpó Godfrey–. Barbara insistió.

–No te preocupes.

–Habría sospechado si no hubiera parado.

–Pero no sospecha nada, ¿verdad?

Anne pensaba que podía ser una explicación para la invitación de Barbara en la reserva. Quizá quería ver de cerca a la competencia.

–No, por supuesto que no.

–¿Cómo ha ido la…? –No sabía muy bien como llamarla. Recepción sonaba a boda y velatorio demasiado fúnebre para un bufé en el White Hart–. La reunión.

–Bien, supongo. No me he quedado mucho rato.

–¿Y Neville, cómo estaba?

Algo de las formas de su mujer se le debía de haber pegado, porque lo que intentaba ser una simple pregunta salió con un trasfondo de sarcasmo. Godfrey no pareció darse cuenta.

–Bella Furness era su madrastra, no su madre. No creo que estuvieran especialmente unidos. No era de esperar que lo afectara.

–No –apuntó ella–. No me sorprende. Siempre me ha parecido muy frío.

–No quería decir que no le importe. Se ha tomado la molestia de hacerle un buen funeral.

–¿Cambiarán en algo tus planes para la cantera ahora que Neville es el dueño de la tierra de Black Law?

–¿Por qué deberían cambiar?

–El acceso sería mucho más fácil si él te diera permiso para usar sus caminos.

Él miró la carta con atención y el ceño fruncido. Por un momento Anne creyó que no le contestaría.

–No creo que sea muy ético que hablemos de la cantera. –Lo dijo en un tono jovial, pero le estaba advirtiendo. Anne entendió por qué Barbara se sentía excluida.

–¿A qué te refieres?

–Podría influir en tus resultados.
–Ah, sí –dijo Anne–. Claro. Tenemos una aventura desde hace casi un año, pero una conversación sobre Neville Furness es más probable que influya en mi estudio que eso. ¡Vamos, hombre!
–Debemos tener cuidado. Por eso, precisamente.
–¡Lo sé! –Le indignaba que él creyera que tenía que decirlo. Pero algo en su voz, algo en la forma en la que miró la carta esquivando su mirada le hizo preguntar–: ¿Por qué? ¿Alguien ha dicho algo?
–No.
–Pero ¿tú crees que alguien puede sospecharlo?
Se encogió de hombros.
–¿No crees que tengo derecho a saberlo?
–La primera vez que fuimos al Riverside. Cuando salimos juntos me pareció reconocer un coche del otro lado de la calle. Puede que nos vieran. Eso es todo.
–¿Quién? ¿De quién era el coche?
–De Neville Furness.
–¡Oh! –exclamó–. ¡Mira qué bien!
Entonces pensó que la sensación de Barbara de que Neville estaba presionando a Godfrey para que siguiera adelante con la cantera contra su propio criterio quizá no estaba tan desencaminada. Godfrey haría todo lo necesario para no angustiar a su esposa y a su hija.
–¿Neville ha dicho algo? –preguntó Anne.
–No.
–¿Ni siquiera de manera indirecta? Podría ganar una fortuna con esa estrategia.
–No, ni siquiera. –Parecía irritado. No lo había visto nunca tan enfadado con ella.
–Perdona –dijo–. ¿Qué pasa?
–Ya tengo bastante de este tema en casa.
–¿Qué tema?
–Barbara cree que Neville tiene demasiada influencia sobre mí. Nunca le ha gustado la propuesta de la cantera. Desde que empezamos a dar forma al proyecto, está obsesionada.
–¡A lo mejor tiene razón!
–No, tú no lo entiendes. Neville no es así. –Le tendió una carta–. Vamos a pedir. Rod se estará preguntando qué pasa.
Pero Rod parecía enfrascado en Dostoievski.
–A ver qué te parece esto. Mujol al horno con escalonias y patatas nuevas.
–¡Sí! –exclamó ella–. Lo que sea.
Guardaron silencio hasta que llegó la comida y empezaron a comer.
–Cuéntame –dijo–. Si Neville Furness no es un chantajista, ¿cómo es?
–Un tipo normal y honesto. Un poco solitario. Un poco tímido. –Sonrió. Anne se daba cuenta de que intentaba complacerla–. Estaría mejor con una buena mujer. Si fuera el monstruo que Barbara cree que es, ¿te parece que lo habría contratado?
–Sí, si creyeras que te podía ser útil.
–No –dijo él con calma–. Claro que quiero que la empresa crezca. Es mi forma de medir lo que he hecho, mis logros. Pero no a cualquier precio.
–¿Por qué dejó Holme Park?
–No lo sé. Bueno, no exactamente. Te puedo contar cómo fue si te interesa.
–Sí –repuso ella beligerante–. Me interesa, si a ti te parece bien.
–Tuve algunas reuniones preliminares con Robert y Olivia Fulwell sobre la cantera. Ellos fueron los que hicieron la propuesta. Creo que fue ella. Furness estuvo presente en algunas de las conversaciones. Me dio una buena impresión. También tuve la sensación de que no estaba a gusto con los Fulwell. La relación entre él y la señora Fulwell era… tensa. Le ofrecí un empleo. Aceptó.
–¿Qué le pareció a Livvy Fulwell?
La tranquila explicación de Godfrey la había calmado. Empezaba a relajarse, a disfrutar de la idea de que Godfrey le había robado a Neville a Livvy.
–No lo sé. No era asunto mío.
Se le ocurrió una idea.
–¿Crees que tenían una aventura?
–Ya te lo he dicho. No era asunto mío.
Se sirvió otra copa de vino, cosa rara en él. Parecía cansado. Anne apartó su plato, lleno de

espinas y ramitas de tomillo, y alargó la mano sobre la mesa, una repetición del gesto que los había unido.

–Lo siento. No debería haber puesto en duda tu criterio.

Godfrey estuvo a punto de decir algo, pero se acobardó en el último momento.

Pasaron toda la tarde en el restaurante, se terminaron el vino y después tomaron varios cafés. Al final, Rod les cobró y les dijo que podían quedarse cuanto quisieran. Hacía rato que había puesto el cartel de cerrado y echado la llave. Anne volvió a tener la sensación de que Godfrey se había armado de valor, pero hasta que no salieron a la calle no se mostró dispuesto a hablar.

Fueron paseando hasta el centro, hacia el aparcamiento seguro que utilizaban siempre. Anne esperaba que al final dijera lo que le preocupaba, vio su reflejo en el escaparate de una tienda que vendía zapatos de saldo. Se vio tan envejecida que pensó que quería dejarla, que era eso lo que quería decirle. Por eso había provocado aquella pelea. Justo en aquel momento decidió hablar.

–Se trata de Barbara.

–¿Qué le pasa? –La angustia la volvió agresiva.

–No sé si puedo seguir con ella. Al menos, indefinidamente.

–¿Qué me estás diciendo?

Godfrey se detuvo en la acera. Alrededor de ellos, las mujeres caminaban con prisa y los niños volvían a casa de la escuela. La corriente de personas los esquivó sin hacerles caso. Estaban acostumbrados a que las parejas hicieran escenas en la calle.

–Te estoy preguntando qué piensas de esto.

–No pretendía separaros. No era mi intención.

–No. No tiene nada que ver contigo. Se trata de Barbara. No sabes hasta que punto estoy en deuda con ella…

–Si no te hubieras casado con ella, ¿todavía serías un artesano de la piedra?

–No es solo eso. –Se impacientó porque había perdido el hilo. Levantó la voz, pero la gente siguió pasando a su lado sin prestar atención–. Lo que quiero decir es que el agradecimiento no es suficiente. Lo que quiero decir es que preferiría estar contigo. Todavía no. Cuando Felicity sea un poco mayor. Más independiente. Cuando este tema de la cantera esté resuelto. Necesito saber qué piensas de esto.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que no quería dejarla ni mucho menos.

–¿Quieres decir abiertamente? ¿En público?

–Matrimonio, si es lo que quieres.

A la mañana siguiente, cuando la dejó al final del camino para que fuera andando a Baikie’s, se sentía como si volviera a tener quince años. No había pegado ojo. Godfrey se había dormido de madrugada y ella se había quedado despierta escuchando su respiración. Era la primera vez que pasaban la noche juntos. Aun así, se sentía con fuerzas para trabajar todo el día. Y para hacer cualquier cosa que Godfrey Waugh le pidiera.

18

De no haber sido por las escapadas ocasionales para encontrarse con Godfrey, la semana de después del funeral se habría vuelto loca. Estar atrapada en Baikie's con las otras dos mujeres era peor que volver a la escuela. Incluso se planteó regresar a casa a pesar de la distancia con la zona de estudio, pero Jeremy había vuelto de Londres y parecía tener la intención de instalarse en la Abadía durante una temporada. Se le veía desanimado. Quizá uno de sus amoríos se había torcido, o uno de sus negocios, pero se comportaba como un niño necesitado de consuelo, y ella no tenía paciencia para eso. Ya no.

Con Rachael se las habría arreglado. Aunque fuera una zorra frustrada, estirada y cruel, al menos estaba cuerda. Pero desde que se encontró a Grace mirando las casitas de los trabajadores de la finca de Holme Park, Anne se había dado cuenta de que estaba como un cencerro. No era propensa a las fantasías extravagantes, pero despertarse en plena noche por el roce del camisón de Grace o el ruido de sus pies descalzos en el suelo la angustiaba. No le parecía descabellado que Grace perdiera la cabeza, y si alguien había de despertarse con su navaja plegable en las costillas, no tenía intención de ser ella.

Así que, en el pub, le dijo a Rachael que se trasladaba al trastero. No tenía cerradura, pero al menos podía colocar una silla bajo el pomo y no tendría que aguantar los paseos nocturnos de Grace. Ir al pub había sido idea de Rachael. Había asistido a cursos de dirección. Seguro que lo consideraba bueno para unir al equipo. Pero teniendo en cuenta que Grace se pasó toda la noche en la cabina telefónica de la calle y que Anne aprovechó para decirle lo que pensaba de Grace, podía considerarse un fracaso.

–¿Has visto sus notas? –preguntó Anne.

Había bebido mucho en poco tiempo, pese a que tenía claro que a Rachael no le hacía ninguna gracia. Lo necesitaba.

–Todavía no. Solo por encima.

–Es todo una fantasía. Un auténtico cuento de hadas. El otro día la vi a kilómetros de distancia de la zona de estudio. A kilómetros de distancia del río más próximo, de hecho. ¿Se puede saber de dónde la has sacado?

Rachael murmuró algo sobre que había sido decisión de Peter. Anne pensó que Rachael no estaba hecha para mandar por muchos cursos y títulos que tuviera.

Al día siguiente decidió que necesitaba animarse. La clasificación de las plantas había ido bien. Los cuadrados en la turbera eran interesantes. No había nada tan especial como para que corriera peligro con la construcción de la cantera, pero había disfrutado con la variedad de especies que había encontrado. Tenía resaca, y podía permitirse un día libre.

La última vez que había visto a Godfrey, él le había regalado un móvil para que pudieran estar en contacto. No se lo había dicho a las demás y cuando estaban ellas lo tenía apagado. No había un motivo real para mantenerlo en secreto, podía haber dicho que se lo había comprado ella misma, pero sabía lo que sucedería. Rachael lo consideraría propiedad comunitaria y propondría que la última que fuera a las colinas, lo llevara encima como medida de seguridad. Si Anne se negaba la acusarían de ser un monstruo insensible. A hacer puñetas, pensó. Si Peter Kemp no fuera tan avaro les habría proporcionado móviles a todas. Otro de los motivos para querer una habitación propia era poder cargarlo sin que la viera nadie.

Aquella mañana Rachael fue a Kimmerston en coche para reunirse con Peter y los constructores. Grace, más serena de lo que había estado en varios días, desayunó con ellas y las informó de que estaría fuera todo el día. En cuanto se fueron, Anne llamó a Godfrey con su móvil.

–¿Te apetece venir a jugar?

–No sé…

–No pensabas ir a la reunión con Kemp Associates, ¿verdad?

–Ni siquiera sabía que había reunión. Será cosa de Neville.

–Si Neville es tan buena persona como dices, dile que la alargue. Así Rachael tardará en

volver y tendremos más tiempo.

–No puedo meterlo en esto.

–¿Por qué no? Si ya lo sabe. –Calló un momento–. ¿Tienes un bolígrafo?

–Claro.

–Apunta esta lista de la compra. Puedes parar en Tesco de camino.

–¿Esperas que vaya a Black Law?

–¿Por qué no? Las dos están fuera.

–Bueno… –balbuceó–. Nos podría ver alguien.

–¿Y qué? Tienes derecho a supervisar la obra de vez en cuando.

–Quiero verte.

–Pues ven.

Cuando llegó iba cargado de bolsas como un marido de las afueras. Parecía muy cómodo en el papel. Anne pensó que debía de hacerle la compra a Barbara. Como una esposa de las afueras, sacó los víveres de las bolsas. Godfrey levantó una bandeja de poliestireno con pollo tapada con papel transparente.

–¿No deberíamos meterlo en el horno si queremos comer al mediodía?

–Sí, hombre. Ya lo haré más tarde. No perderé tiempo cocinando cuando te tengo para mí sola.

El día era gris y estaba nublado, y había encendido el fuego. Comieron delante de la chimenea. Le había pedido que trajera ensalada, pan, queso, aceitunas y chocolate.

–Todas las cosas que más me gustan del mundo –confesó Anne.

–¿Y yo?

–¿Tú? –formuló ella–. Vaya, ¡no creo que pudiera enamorarme de alguien tan necesitado de elogios!

Apartó el bote de aceitunas y tiró de él hacia ella.

Estaban en el punto menos digno de la escena –los pantalones de él desabrochados, pero no del todo fuera, el sostén de ella desabrochado pero colgando de un hombro–, cuando llegó Grace. Oyeron que se abría la puerta de la cocina y después se cerraba y se quedaron paralizados. Godfrey empezó a vestirse a toda prisa, pero era demasiado tarde. Grace entró y los vio. Se quedó en el umbral mirando, con los ojos inexpresivos, la mirada perdida, como si estuviera pensando en otra cosa.

No dijo nada. Ni siquiera «perdonad la intromisión», lo que a Anne le pareció un poco maleducado. Se dio media vuelta y se fue. Anne estuvo a punto de dejarla marchar. ¿Y qué si le decía al mundo que se había tirado a Godfrey Waugh en la casa de Baikie's? Después pensó que podía complicar las cosas, y no solo para Godfrey. Anne se abrochó el sostén y se puso la blusa. Grace estaba en la cocina, escribiendo algo en un papel de su cuaderno de notas.

–Creía que no ibas a volver –comentó Anne.

Grace no contestó.

–¿Qué haces aquí?

–Había olvidado dejar los detalles de mi ruta y mi hora aproximada de regreso.

–Oye, sobre lo que acaba de pasar…

–¡No es asunto mío!

No lo habrá reconocido, pensó Anne, o habría dicho algo.

–No es asunto mío con quién te relacionas.

Después de esto Anne no lo tuvo tan claro.

–Oye –dijo Anne otra vez, e incluso ella pudo oír la desesperación en su voz–. Está casado. Tiene una hija. Nadie sabe que nos vemos. ¿No dirás nada?

Grace la miró. Anne no fue capaz de deducir qué sentía hacia ella. Desprecio, quizá. ¿Compasión? ¿Envidia?

–No –aseguró Grace, por fin–. No diré nada.

–Gracias. –Anne se sorprendió del alivio que sintió de golpe. Quería hacer algo para agradecérselo–. ¿Qué te parece si cocino esta noche? Para las tres. Algo especial. Ya va siendo hora de que hagamos un esfuerzo por llevarnos bien. ¿De acuerdo?

Grace se encogió de hombros.

–De acuerdo. –Fue hacia la puerta, con un amago de sonrisa–. Os dejo a lo vuestro.

Por el intento de bromear, por liberarla de la angustia, podría haberla abrazado.

Pero cuando Anne volvió a la sala, Godfrey estaba vestido. La camisa abrochada hasta el cuello, la corbata anudada.

–¿Qué haces? Me he deshecho de ella.

–¿Qué ha dicho?

–Nada. Y no dirá nada. –Calló–. Y yo la creo.

–No debería haber venido. Te dije que era arriesgado.

La miró con lástima, lo que le recordó a Jeremy y la irritó mucho.

–¿No querías que se hiciera público? ¿No es lo que me dijiste el otro día en la costa?

–Ahora no. Así no. –Miró por la habitación, que estaba patas arriba, con los restos de la comida esparcidos por el suelo.

–¡Muy bien! –gritó ella–. ¡Más que bien! Porque yo tampoco quiero un compromiso. Nunca lo he querido.

Se miraron a los ojos.

–Lo siento. –Alargó una mano y tocó el algodón de la manga de su camisa–. Al menos termínate el vino. Nuestra primera pelea. Deberíamos celebrarlo.

–No –dijo, y añadió después con un tono más amable–: Iré caminando hasta la mina de carbón. Así si alguien ha reconocido el coche tendré una excusa para haber estado aquí.

–¿Quién iba a reconocerlo? Estás paranoico.

–Quiero ir. Quiero volver a ver el lugar.

–Pues iré contigo.

–No, en serio, prefiero ir solo.

Anne se paseó por la sala, recogiendo los restos de comida, los platos y cubiertos; después subió y lavó algunas prendas en el lavabo del cuarto de baño. No era un buen día para secar la colada, pero lo sacó todo fuera y lo colgó en el tendedero, pensando que desde allí lo vería bajar de la colina hacia la casa. No se le veía por ninguna parte y tampoco a Grace.

Entró de nuevo y empezó a preparar el guiso para la cena con los ingredientes que le había llevado Godfrey. Puso a Annie Lennox en el equipo de música y subió el volumen, para que cuando él volviera no pensara que estaba pendiente de él. Se dijo a sí misma que no tardaría en volver, disculpándose, ruborizado, sin aliento. Pensó que debía de sentirse como un estúpido en la montaña con la ropa que se había puesto por la mañana para ir a la oficina.

Le pareció que llevaba fuera horas y se sobresaltó cuando por fin oyó el ruido del motor de su coche. Salió corriendo al patio, pero se alejaba a gran velocidad. Tuvo que subir por el camino y cerrar la verja que había dejado abierta. Había cruzado hacia el vado sin tomarse la molestia de parar a cerrarla.

Más tarde intentó localizarlo en su oficina, pero su secretaria, que debió de reconocer su voz, dijo que no podía ponerse.

Al principio la sorprendió que Grace tardara en volver de la colina. Creía que habían llegado a un acuerdo, incluso había pensado que podían llevarse mejor durante lo que quedaba del proyecto. Después pensó que ella le estaba mandando un mensaje para que Anne tuviera claro que no podía dar por descontada su cooperación. Intentó decirle a Rachael que lo más probable era que no pasara nada, pero su compañera insistió en salir, llamando a Grace a gritos y montando una escena.

Más tarde, cuando se hizo realmente de noche y Grace seguía sin volver, Anne se preguntó si Godfrey la habría seguido y la habría asustado. Nunca habría dicho que ese fuera su estilo –en todas las situaciones se mostraba calmado y sereno–, pero aquel día se había comportado de una forma rara. Marcharse sin hablar con ella y después no ponerse al teléfono no era propio de él. Anne creía que no habría hecho falta mucho para asustar a Grace. Estaba claro que vivía al borde de un ataque de nervios. Anne se la imaginaba caminando hasta la carretera más próxima para hacer autoestop de vuelta al lugar de donde había venido. Fuera donde fuera.

Llegó un momento en el que no pudo soportar más el melodrama de Rachael. Había puesto buena cara, pero le estaba entrando pánico al pensar en Godfrey. Al pensar que podía perderlo. No se había dado cuenta de cuánto contaba con él en sus planes para el futuro. Se fue a la cama y, a pesar de que no esperaba descansar, se durmió enseguida. No oyó la llegada del equipo de rescate de montaña y lo primero que supo de la muerte de Grace fue por el ruido de Rachael sollozando al pie de la escalera, a primera hora de la mañana siguiente.

Grace

19

El día siguiente a su llegada a Baikie's Grace se despertó de repente. La habitación estaba llena de luz y supo que había dormido de más; pensó con un pánico repentino que tendría problemas por ello. Echó un vistazo alrededor, sin saber con precisión dónde estaba. Había camas plegables, apretujadas en la gran habitación para acomodar al mayor número de estudiantes que hacían los trabajos de campo. No estaban hechas pero todas tenían una manta gris doblada al pie. Las almohadas llevaban fundas de rayas. El olor era rancio, institucional. Por un momento le recordó a otro sitio donde había estado y se sintió desorientada.

Entonces Rachael la llamó desde abajo diciendo que había hecho café y le preguntó si quería.

–¿Qué te apetece?

Se trasladó de golpe al presente. Vio que otra de las camas de la habitación estaba hecha y recordó a Anne, que había ido a buscarla a la estación y con la que había cruzado Langholme. Recordó la pista que se desviaba de la carretera para adentrarse en el bosque y salir después a campo abierto; la sensación de emerger de los árboles fue como la de llegar a un mundo diferente. Una fantasía infantil oculta detrás del armario, un lugar con el que había soñado desde que era una niña.

–¿Tostadas? –preguntó Rachael con impaciencia.

–Sí, gracias. Bajo enseguida.

Abrió las cortinas. Detrás del jardín, que estaba todavía en la sombra, el sol bañaba la colina y los helechos brillaban como el cobre. Se vistió y bajó a la cocina.

–Lo siento –se disculpó–. Debí de olvidar poner la alarma del despertador.

Era consciente de que Rachael la miraba, preocupada pero comprensiva. Aquella expresión también la había visto antes.

–No te preocupes –repuso Rachael–. Siempre que cumplamos con el calendario podemos organizar nuestros propios horarios. De todos modos, me ha parecido mejor despertarte. Sin duda, más adelante perderemos días por culpa del mal tiempo.

Sonrió. Grace intentó responder, ser simpática, pero se sentía incómoda. Era más difícil cuando estaban las dos solas. No estaba acostumbrada a engañar. La cocina era tan pequeña que tenían que estar muy juntas, y se sentía vulnerable. La noche anterior Anne había manipulado la conversación. Grace había fingido escuchar, pero se había concentrado en sus propios pensamientos. Por eso bebió café, comió tostadas y en cuanto pudo se preparó para salir.

–¿Adónde vas? –preguntó Rachael.

–¿Disculpa?

–Necesito saber adónde vas. Normas de Sanidad y Seguridad. Ya te lo expliqué.

–Sí. Sí, por supuesto.

Rachael seguía en la cocina, de pie, porque no había sitio para sentarse, con una tostada en la mano. Grace puso su mapa sobre la superficie de formica.

–Pensé que podía comenzar cerca de la casa. Hoy recorreré el Skirl, a ver cómo es, buscaré rastros de nutria, veré cómo son las orillas. Tengo pensado volver sobre las dos.

–Bien.

Grace vio que Rachael, que antes la miraba de una forma curiosa, se quedaba tranquila. Tendría que tener más cuidado, pensó. De repente, se le ocurrió que Rachael se parecía mucho a una nutria, con los dientes delanteros grandes, los cabellos castaños que se volverían grises cuando todavía fuera joven y los labios finos.

–¿Te vas a llevar un bocadillo? –preguntó Rachael–. Hay queso y el pan todavía está comestible.

–No. –Enseguida, al ver que se imponían más explicaciones, añadió–: Comeré a la vuelta.

De hecho, la comida nunca la había interesado demasiado, lo que era curioso en vista de la profesión de su padre.

Desde la puerta de la cocina dio la vuelta a la casa, pasó junto al cobertizo del tractor y

entró en el jardín delantero. Había una extensión de césped donde, por lo visto, los estudiantes jugaban a criquet en verano, pero no lo habían cortado. Estaba rodeada de arbustos y maleza. El límite del jardín lo marcaba un muro de piedra seca. No había verja para salir al campo, solo unos peldaños, como una gran losa, a ambos lados del muro, y una estaca de madera junto a ellos. Había un sendero, seguramente creado por el paso de los estudiantes y las ovejas, que se metía entre los helechos y llevaba al arroyo. En algunos tramos el Skirl era ancho como un río, a Grace le pareció un buen lugar para las nutrias. Se imaginó que podía olerlas.

Cruzó el arroyo por encima de unas grandes piedras planas. El agua estaba muy transparente. La luz reflejada por la superficie la aturdió y estuvo a punto de perder pie. Al otro lado habían despejado la orilla y se había formado una playa fangosa. Subió por el terraplén y emprendió la marcha en dirección a la vieja mina de plomo.

Caminó junto a la orilla despacio, en busca de lugares adecuados para detenerse y buscar rastros de nutrias, sobre todo excrementos, que eran muy fáciles de detectar por el fuerte olor a pescado que desprendían. En la universidad, un exhaustivo estudio del contenido de los excrementos de las nutrias le había valido una matrícula. Eso y su dedicación. Nunca la habían distraído mucho la vida social o los hombres. «No habrá mucho que hacer en las colinas, ¿sabes? Por la noche, ¿no te aburrirás?», le había dicho Peter Kemp durante su entrevista para el empleo. «Oh, no», había respondido ella muy sinceramente, sin, por supuesto, explicarle que tenía sus propios motivos para querer formar parte del proyecto.

Siguió el arroyo desde los terrenos de la granja de Black Law hacia la finca y la vieja mina de plomo. Había una canalización de alcantarillas de piedra. Pensó que las habrían utilizado como parte del proceso de extracción de la mina. Tal vez para limpiar el mineral o impulsar una rueda. El límite entre Holme Park y la granja no estaba señalizado en el mapa, pero ella lo había añadido con lápiz, y supo que lo había hecho bien porque más allá de la mina, donde el arroyo volvía a ensancharse, se encontró con una comadreja muerta que alguien había tirado al agua; el pelaje anaranjado era perfecto y estaba muy rígida. Cerca encontró el túnel trampa que la había matado. Una trampa con un muelle colocado en una vieja pieza de tubería en una zanja y tapada con piedras. No encontró rastros de otros cadáveres, pero cerca de la trampa olía a carne podrida. Tenía que ser terreno de Holme Park porque solo un guarda se habría tomado tantas molestias. Consideró la posibilidad de tapar la entrada de la trampa, pero pensó que sería una estupidez. No quería llamar la atención tan pronto.

El hallazgo de la comadreja la angustió aunque no supiera decir por qué. Quizá porque no había señales externas de lesiones. Intentó quitársela de la cabeza y siguió caminando, pero de pronto pensó que había oído pasos y salpicaduras de agua a cierta distancia detrás de ella. Se volvió y vio que la colina estaba vacía. No había lugares en los que esconderse, exceptuando las obras de la vieja mina, ¿y a quién le apetecería merodear por allí? Así que concluyó que había vuelto a imaginar cosas.

Siguió caminando y empezó a contar, aunque no eran los rastros de nutria hallados en la orilla. Contó los padres de acogida que la habían cuidado, aunque ya supiera cuántos eran. Los enumeró. Enumerar sus nombres se había convertido en una obsesión. Sabía que no era sana esa obsesión con el pasado, y tal vez, si no hubiera encontrado a la comadreja, el sol y el olor a turba habrían mantenido a raya los recuerdos.

O quizá no. El relato de Rachael del descubrimiento del cadáver de Bella, blanco bajo la luz de la linterna, había mezclado el pasado y el presente en su cabeza. Era eso lo que había iniciado tanta confusión. Sentía como si un niño hubiese agitado las piezas de un rompecabezas dentro de la caja. La imagen estaba fragmentada. La madre de Grace se había suicidado ahorcándose.

Había tenido seis familias de acogida. En el departamento de servicios sociales, era una especie de récord para una niña como ella. Al principio todos estaban convencidos de que la adoptarían. Era guapa, muy blanca y solo tenía cuatro años. La habían educado bien y ya hablaba con modales. No tenía rabietas. De vez en cuando se hacía pis en la cama, pero eso era de esperar después de entrar en casa y encontrar a su madre colgando del cordón de la bata atado a una lámpara. Aquella también era una mañana soleada. El psicólogo dijo que era muy lista.

La primera pareja fueron la tía Sally y el tío Joe. Casi no se acordaba de ellos porque estuvo allí muy poco tiempo. Debió de ser una asignación de urgencia, pero conocía sus nombres porque estaban apuntados en un álbum que su asistente social rellenaba para ella. No había fotos.

Volvió a cruzar el arroyo hasta la orilla meridional, esta vez vadeándolo, sintiendo la presión del agua contra la goma suave de sus botas caras. Aunque fuera una estupidez, quería evitar las construcciones de la mina y la trampa de túnel.

–Tía Sally y tío Joe –dijo en voz alta, y tuvo un breve recuerdo de un vestido de flores, aroma a tabaco, y estar sentada en las rodillas de alguien contra su voluntad.

Recordaba mejor a la segunda pareja. El plan era que la adoptaran. En los últimos tiempos volvía a aquel recuerdo una y otra vez. Era como hurgar con la lengua en un diente dolorido.

20

Había estado mucho tiempo en aquella casa, meses sin duda, tal vez un año. Había ido a la escuela, que era un edificio moderno de obra vista, con grandes ventanas y moqueta de cuadros grises en el suelo. Debido a la moqueta, tenían que limpiarse cuidadosamente los zapatos antes de entrar. Cada mañana Lesley la acompañaba hasta la verja blanca de madera, que estaba abierta para que pasaran los coches de los maestros. Lesley entraba con ella hasta el guardarropa y colgaba su abrigo. Allí intentaba darle un beso de despedida. En la clase había dos cajas: una para los libros de lectura y otra para los almuerzos. La fiambrera del almuerzo de Grace era de plástico rosa con un dibujo de Barbie a un lado. Todos los días devolvía un libro de lectura. Ya había llegado a los que tenían una pegatina naranja en el lomo, mientras la mayoría de los niños de la clase todavía estaban leyendo los de la pegatina azul.

Si llovía, Dave las acompañaba a la escuela en el coche y entonces ella se ponía botas de agua –rosas, para hacer juego con la fiambrera–, que debía cambiarse en el guardarropa. Sus padres de acogida se llamaban Lesley y Dave, pero ella ya los llamaba mamá y papá. Quería ser como los demás niños de la clase. Podía haber leído los libros con las pegatinas verdes, pero se lo tomó con calma para no ser demasiado diferente.

Vivían en una casa nueva en una urbanización nueva. También era de obra vista con grandes ventanas. Había un garaje donde Grace guardaba su triciclo y el cochecito de la muñeca, un poco de césped, un jardín de rocas delante y un jardín detrás. En verano Lesley dijo que pondrían un columpio. Todavía estaban construyendo la carretera y había baches y barro por todas partes. Lesley detestaba el barro y Grace también. Ambas eran personas pulcras y por eso parecían ser perfectas la una para la otra.

Eso fue lo que dijo la asistente social cuando Dave y Lesley le dijeron que no querían que Grace siguiera viviendo con ellos.

–Pero si parecía perfecta para ustedes.

Grace sabía que era esto lo que había dicho porque estaba escuchando detrás de la puerta. La habían dejado entreabierta, pero nadie se dio cuenta de que ella estaba detrás. Debió de oír a Lesley explicando avergonzada que no creían que estuviera funcionando, pero más tarde no se acordaba de nada. Solo oyó lo que dijo la asistente social.

–Es una niña tan dulce... ¿Qué le pasa?

–No le pasa nada.

Lesley y David se miraron con la esperanza de que lo explicara el otro. Podrían haberse limitado a decir que le pasaba de todo.

–No han llamado para comunicar que había problemas. –La asistente social empezaba a estar desesperada. Si la asignación no funcionaba sentiría el fallo como propio. Era una mujer desarreglada y con los cabellos lacios. Se le había descosido el dobladillo del vestido y llevaba una chaqueta larga mal abrochada. A Grace no le gustó nada aquella falta de pulcritud. Era muy cuidadosa con su ropa, sobre todo con el uniforme escolar azul y blanco. La mujer siguió–: Porque podríamos haber echado una mano. ¿Ha vuelto a mojar la cama?

–Eso nunca ha sido importante.

Lo dijo David. Era el mecánico jefe de un gran garaje situado en la carretera principal a la salida de la ciudad. Grace lo había visto allí. Llevaba un mono azul con su nombre bordado en el pecho y a veces una americana con botones dorados. Había vuelto a casa pronto para aquella reunión. Se había limpiado las uñas e iba vestido con una americana y corbata. La torpeza lo había vuelto agresivo.

–Esto no nos preocupaba. Por supuesto que no. ¿Qué se cree que somos? ¿Ogros? Al menos demuestra que es humana.

–¿A qué se refiere?

La voz de la asistente social se volvió aguda, como si estuviera a punto de llorar. Incluso a los cinco años Grace sabía que, en aquella situación, no era una forma correcta de comportarse para un adulto responsable.

–Mire. –Dave se echó hacia adelante. Desde su escondite Grace podía ver la curva de su espalda. Era un hombre grande y desde aquel ángulo parecía deforme, como una de las ilustraciones de *Juan y las habichuelas mágicas*, su último libro de lectura. Quizá, como había dicho él mismo, fuese un ogro–. Mire, no queremos hacerle perder el tiempo, pero tenemos que ser sinceros, ¿no le parece? Creo que es mejor ahora que cuando estén rellenados todos los formularios. Le ahorraremos trabajo.

Soltó una risa breve. Grace comprendió que era una especie de broma, pero la asistente social no la encontró divertida. Dave tampoco porque continuó hablando en tono serio.

–No podemos amarla –aseguró–, nos gustaría pero no podemos. Es tan fría... Nos mira con esos ojazos. No deja que la toquemos. Tienes que amar a tu hijo, ¿no? –Hizo una pausa–. Puede que la culpa sea su procedencia.

–¿A qué se refiere? ¿Su procedencia? –La voz de la asistente social era estridente, casi histérica.

–Mire, esa gente es diferente a nosotros.

–Es una niña –recalcó la asistente social–. Necesita una familia.

No negó la diferencia. Se dirigió a Lesley. Dave se movió y Grace vio que no era un ogro. Él también parecía a punto de echarse a llorar.

–¿Piensa lo mismo? –preguntó la asistente social.

–Lo hemos intentado –dijo Lesley–. Cuando nos habló de Grace creímos que sería perfecta para nosotros, en serio. A pesar de las diferencias. Y cuando nos contó lo que había vivido esperábamos que estuviera angustiada. No nos habría importado. Habríamos tolerado el mal comportamiento, las pesadillas, las lágrimas. Creíamos que podíamos ayudarle. Pero no conseguimos llegar a ella. Este es el problema. No nos necesita.

–¡Se equivocan! –gritó la mujer–. No ven que los necesita precisamente por ser tan retraída. Tan controlada. –Calló y se puso rígida–. Pero no intentaré convencerlos. Tienen que estar del todo comprometidos si quieren ser padres adoptivos. Estoy segura de que se lo explicaron cuando solicitaron…

La frase quedó a medias, como una amenaza. Grace percibió ese tono, aunque no entendió qué significaban exactamente las palabras.

–¿Quiere decir que si devolvemos a Grace no tendremos a otro?

Dave estaba a punto de saltar del asiento, pero Lesley le puso una mano en el codo para retenerlo.

–Por supuesto que no –repuso la asistente social con tono petulante. Había dejado clara su posición–. Veamos –siguió–, no tomen una decisión precipitada. Dense otro mes, a ver cómo va.

Le dieron otro mes. Durante ese tiempo Grace se esforzó mucho. Dejó que Dave le diera un beso de buenas noches. Dejó que Lesley la abrazara en el sofá cuando le leía el cuento de antes de ir a la cama, a pesar de que la sensación del cuerpo blando de la mujer a través del camisón de Winnie the Pooh le daba arcadas. Pero todo el tiempo se preguntaba qué la hacía diferente. Era igual que los demás niños de la escuela. Un poco más delgada, el pelo un poco más oscuro, quizá. ¿Eso podía impedir que Dave y Lesley la quisieran? Al final no llegó a ninguna conclusión. Y sus esfuerzos no sirvieron para nada. Al cabo de un mes la llevaron a vivir con Carol y Jim. No los llamó mamá y papá. Sabía que no merecía la pena.

21

El siguiente recuerdo claro era pasear con Nan. Durante un tiempo, mientras se sucedían los padres de acogida, dos personas habían permanecido a su lado. No las veía a menudo, pero eran un hilo constante de unión entre los varios tíos y tías. Una era la señorita Thorne, la asistente social a quien Grace acabó considerando casi una amiga. O si no una amiga, sí una aliada. Al menos había intentado convencer a Lesley y a Dave para que se quedaran con ella. La otra era una mujer mayor llamada Nan. Grace dio por supuesto que era su abuela, aunque no recordaba que nadie se lo hubiera dicho. Lo cierto es que le decían pocas cosas. El álbum que, en teoría, debía serle de ayuda, no hacía más que confundirla.

El día que tenía especialmente grabado en la memoria era el que la señorita Thorne la llevó a ver a Nan por primera vez. Fueron en coche. Todos los padres de acogida vivían en la ciudad y aquel viaje al campo fue toda una aventura para Grace. Se sentó detrás del conductor y a través de la ventanilla atisbó el mar de vez en cuando. La ciudad donde vivía estaba en la costa, pero el mar permanecía oculto tras chimeneas de centrales energéticas y grúas.

Pasaron por una carretera que era como un túnel, cubierta de árboles con hojas rojas y pardas, y después tomaron una pista que se adentraba en un campo donde había tres coches quemados y un poni moteado y huesudo. En un rincón una caravana oxidada estaba apuntalada con pilas de ladrillos. Una mujer mayor y gruesa abrió la puerta de la caravana.

–Me temo que es un poco excéntrica. –La asistente social susurró como si hablara con un adulto. Grace solo tenía ocho años, pero entendía lo que significaba aquella palabra. Con voz más fuerte la señorita Thorne siguió–: Vamos, Grace. Esta es Nan.

A través de la puerta abierta, Grace, que detestaba el desorden por encima de todo, vio bolsas de basura negras llenas de ropa y periódicos. Había un gato sobre la cocina y olía a orina de gato y a comida de gato rancia.

–¿Quieres que me quede un poco contigo? –preguntó la asistente social.

Grace asintió a pesar de que habría preferido que no se quedara ninguna de las dos.

Cuando salieron de paseo, la asistente social se había marchado. Era otoño. Manojos de bayas de saúco colgaban sobre el río. Pesaban tanto que la rama se doblaba. Recordaba unas anchas caderas, el color de la sangre fresca y las bayas pequeñas que eran de un rojo más oscuro, algunas resecas y casi negras. Había moras. Nan comió algunas y ofreció un puñado a Grace, pero ella las rechazó. Antes había visto un gusano blanco reptando sobre la pulpa madura de una. Había laurel cubierto con una pelusa blanca fina, cardos y apiaceas muertas. Las apiaceas eran bastante más altas que Grace. Los tallos eran marrones y acanalados. Alargó la mano y rompió uno. Estaba hueco y era bastante fácil de romper. En lo alto del tallo había ramas como paraguas y cuando la partió se dispersaron las duras semillas.

Entonces vio una ardilla roja en lo alto de un árbol. Nan no se la señaló, la vio ella sola. Sabía que era una ardilla porque había visto fotos en los cuentos, pero aquello era lo más emocionante que le había pasado en la vida. No estaba ilusionada con el animal porque fuera mono o peludo, sino porque era habilidoso y competente. Cuando lo vio, se estaba comiendo una nuez, sosteniéndola entre las patas delanteras y mordisqueándola. Después saltó de una rama a otra, dio un salto enorme que lo llevó al otro lado del río. Calculó la distancia a la perfección. Si eres una ardilla, parece de lo más normal hacer las cosas bien. Para Grace, que tenía que fingir fracasos para ser aceptada por los demás niños de la escuela, aquello fue una revelación.

Años más tarde, Grace recordaba a la ardilla roja con una precisión fotográfica. Tenía unos ojos enormes, bigotes y la cola casi completamente negra. La veía lanzando una nuez al río y las ondas que creaba. También sabía con certeza que aquel día no vieron rastros de nutrias, aunque probablemente el río fuera un buen hábitat para ellas.

Nan no habló con Grace mientras paseaban aunque sí parecía hablar consigo misma. Al principio, Grace intentó ser educada.

–¿Disculpa? –le preguntó cuando Nan murmuró algo.

Nan la miró con indignación pero no respondió.

A Grace le pareció una respuesta estupenda. Estaba harta de personas que le preguntaban cómo estaba y la miraban esperando una respuesta. Prefería observar a la ardilla y a las truchas marrones del río.

–¿Te lo has pasado bien? –preguntó la asistente social en el coche durante el camino de vuelta.

–Sí, gracias. –No lo dijo solo por educación. Había disfrutado del paseo. Pero se le ocurrió algo más–: No he entendido nada de lo que decía Nan.

–Ah –profirió la asistente social.

Grace vio que no escuchaba. La señorita Thorne a menudo preguntaba cosas y después no escuchaba las respuestas.

Los demás viajes para ver a Nan siguieron la misma pauta. La asistente social la dejaba y volvía más tarde a recogerla. Una vez Grace le pregunto adónde iba en esas ocasiones, porque no tenía tiempo de volver a la ciudad. Ella dijo que tenía otro cliente a quien visitar.

–¿Un niño de acogida? –preguntó Grace ilusionada. Le habría gustado que la destinaran a algún lugar en el campo.

–No. Es alguien que quiere ser padre de acogida algún día.

Grace habría querido preguntar si aquella persona querría acogerla a ella, pero habría sido grosero para con sus actuales tíos, que se esforzaban por hacerlo bien.

Hiciera el tiempo que hiciera, Grace salía a pasear. Detestaba estar toda la tarde en la apestosa caravana. A menudo se iba sola. Aunque Nan estuviera con ella había poca comunicación entre la mujer mayor y la niña. A Grace le resultaba relajante.

Con el tiempo Grace se convenció de que Nan era la madre de su padre. No recordaba nada de su padre. En el álbum que le rellenaba la asistente social había una foto con la etiqueta PAPÁ, pero para ella no representaba nada. No había fotografías de su madre y su padre juntos, ni de todos ellos en familia. La fotografía de su padre mostraba a un hombre alto y delgado frente a una casa de ladrillo visto con un tejado de pizarra muy inclinado. Había un porche cerrado con plantas creciendo en la ventana. Aquella no era la casa donde ella había vivido con su madre, donde murió su madre. Recordaba a la perfección aquella casa, que era de superficies planas y nuevas, como muchas de las casas de sus padres de acogida.

A Grace no se le ocurrió nunca preguntar a su asistente social por la fotografía o por su padre, tampoco si seguía vivo. Sabía que no obtendría una respuesta sincera. La señorita Thorne siempre parecía asustada por la información. Le gustaba hablar de sentimientos, y sobre eso podía extenderse mucho, pero los hechos la angustiaban. Quizá por esa razón le gustaban tanto a Grace.

Llegó a la conclusión de que el hombre de la fotografía estaba emparentado con Nan porque el jardín junto a la casa adosada de ladrillo visto de la foto era un vertedero. La hierba llegaba a la cintura y había montones de basura en bolsas de plástico negro frente a la puerta del jardín. Fueron aquellas bolsas de plástico negro las que relacionaron a Nan con su padre en la mente de Grace. Eso y la forma en que el hombre dedicaba una mirada furiosa a la cámara.

Nan miraba con furia a todos, aunque no estuviera enfadada.

Un día estaban sentadas al sol en los escalones de la caravana esperando a que la asistente social pasara a recogerla con el coche. Grace lo había pasado bien. Había visto un martín pescador por primera vez y había localizado su nido en un agujero en el terraplén de la orilla del río. En el bosque había campanillas. Ella había crecido, estaba en el último curso de primaria.

–¿Dónde está mi padre? –preguntó de repente.

No había planeado la pregunta, pero estaba cómoda sentada al sol, relajada después del paseo, así que, cuando se le pasó por la cabeza, lo dijo, sin hacer los cálculos habituales. Pero entonces se dio cuenta de su importancia. Observó a Nan. Más que hablar, Nan, murmuraba, porque no tenía dientes, pero con un poco de esfuerzo Grace había acabado por entender lo que decía. Aquel día, sin embargo, Nan no intentó hablar.

–¿Lo sabes, verdad? –No era habitual en Grace ser tan insistente. Esperó. A Nan le resbaló una lágrima por el surco que separaba su mejilla de su nariz y llegó hasta el labio superior peludo, pero Grace se negó a abandonar el tema.

–¿Qué? –preguntó.

Entonces oyeron el coche de la asistente social subiendo por la pista. El sol estaba tan bajo

que brillaba en los ojos de Grace y no podía ver el coche, excepto una forma borrosa, hasta que se detuvo frente a la caravana. Nan se secó el ojo con el dobladillo del delantal.

–¿Qué le pasaba a Nan? –preguntó la asistente social durante el camino de vuelta.

–No lo sé –respondió Grace con sinceridad.

En aquel momento la asistente social aceptó la explicación, pero no volvió a llevar a Grace a visitar a la anciana. No le dieron ninguna explicación.

22

El siguiente mes de septiembre Grace pasó de la escuela primaria al instituto. Era una gran institución con más de mil alumnos. Había tres edificios cuadrados que parecían fábricas, con hileras de ventanas separadas por láminas de plástico azul y amarillo. El plástico estaba roto en algunos puntos, muchas ventanas no cerraban. La primera impresión que tuvo Grace de la escuela fue la de estar metida en una batalla constante con los edificios: la calefacción no funcionaba, el tejado tenía goteras, se encontraron grietas en el suelo del gimnasio y se tuvo que suspender educación física.

La ausencia de educación física no preocupaba en absoluto a Grace. Ya había tenido bastante en la escuela primaria y le apetecía aprender otros temas. Había pasado por la biblioteca pública en secreto para hacerse una idea de lo que le esperaba. Estaba muy ilusionada con la idea de hacer biología, física y química. El primer día, cuando el tutor de clase, un hombre estresado de mediana edad, le dio un horario impreso, rodeó esas asignaturas en rojo. Estaba en el grupo de las mejores en todas las materias. Los últimos dos años de la escuela primaria había esperado pacientemente, procurando no destacar.

En aquella época vivía con Frank y Maureen. Antes de mudarse con ellos pasó un breve período en un centro de evaluación, que por alguna razón estaba casi vacío. En el centro la sometieron a entrevistas e interrogatorios. Podría haber aprovechado para sacar el tema de su padre, pero no lo hizo. Creía que debía descubrirlo por sí sola.

Con Frank y Maureen era más feliz de lo que lo había sido con ninguno de sus padres de acogida. Frank era camionero autónomo hasta que unos problemas de espalda lo obligaron a dejarlo. Maureen todavía trabajaba de cocinera en un hospital. Para ellos la acogida era un trabajo, un negocio, y esto aliviaba la presión para Grace. No tenía que fingir amor. Solían acoger a adolescentes que nadie quería. Entonces tenían cuatro, y Grace era la más joven. Vivían en una casa adosada de los años treinta de cuatro dormitorios, en el extremo de una urbanización municipal que en su día fue respetable y ahora estaba bastante descuidada. Grace era la única chica y por eso tenía la habitación más pequeña para ella sola. Los chicos eran alborotadores y problemáticos, y todos habían tenido tratos con la Policía. A Grace no le importaba. Los ignoraba y se encerraba en su habitación a leer.

El otro motivo de bienestar para Grace en aquella época era un perro llamado *Charlie*. Frank y Maureen eran los primeros padres de acogida que tenían mascota. *Charlie* era un chucho nervioso con ojos desorbitados que habían encontrado abandonado. Frank lo acogió con la misma bondad y tolerancia que le había impulsado a abrir su casa a chicos conflictivos, pero en el caos de la casa, a menudo se olvidaban de él. Desde su llegada Grace asumió la responsabilidad de cuidar a *Charlie*, que la compensaba con una devoción exagerada y exuberante.

El primer día que vio a su padre hacía sol. Tenía biología a última hora y estaban estudiando la estructura de la flor. Dibujó un diagrama de los pétalos, el estambre y el estigma, perfectamente coloreado. El laboratorio de biología estaba en lo alto del edificio, un auténtico solárium. Los demás se habían quitado los jerseys y las chaquetas, pero Grace no. Maureen estaba demasiado ocupada con su trabajo en el hospital y se negaba a planchar las blusas. Así que Grace estaba sonrojada y un poco sudada cuando salió de la escuela con la gran bolsa al hombro camino de la parada de autobús.

El hombre estaba de pie al otro lado de la calle frente a la entrada de la escuela. Vestía de manera discreta, con vaqueros y una sudadera lisa y gruesa. Fingía leer el periódico y eso fue lo que hizo que Grace se fijara en él. Leía el *Guardian*. Carol y Jim, una pareja de padres de acogida anteriores también leían el *Guardian*. Jim enseñaba arte y Carol era bibliotecaria. En cambio Frank y Maureen, y los demás adultos a cuyas casas había sido invitada de vez en cuando, leían el *Mirror* o el *Sun* o alguna vez el *Express*. Por eso lo observó con interés mientras aguardaba el autobús. Esperó para ver a qué alumno buscaba. Se le ocurrió que, si el padre leía el *Guardian*, el hijo también se sentiría raro y aislado. Podían hacerse amigos.

Pero el hombre no parecía saber exactamente a quién esperaba. Miraba por encima del

periódico, cada vez con más desesperación, a la riada de niños que pasaban. De vez en cuando parecía a punto de preguntar algo a alguno de ellos, pero en el último momento se acobardaba. Cuando llegó el autobús de Grace, él seguía allí. Subió y enseñó su pase, dejando que la adelantara un puñado de alumnos. Encontró un asiento junto a la ventanilla. El autobús arrancó con mucho ruido y pasó por delante del hombre. Quizá el motor diésel le hizo salir de su concentración porque lo miró indignado. Entonces Grace se dio cuenta de que la esperaba a ella. Era más mayor, pero era el mismo que la miraba furioso en la fotografía del álbum desde que tenía memoria.

Echó la vista atrás y golpeó la ventanilla con la esperanza de que se fijara en ella y se encendiera una chispa de reconocimiento, pero él se había rendido. Dio la vuelta y ella lo vio caminar calle abajo. Se acabó, pensó. No volveré a verlo. Se puso de pie de un salto y tocó el timbre para que el autobús parara, pero el chofer estaba tan acostumbrado a las travesuras de los niños que se limitó a volver la cabeza y gritar:

–¡Por favor!

Fue como una pesadilla, ver desaparecer a su padre a lo lejos. Pero el chofer no se detuvo.

Al día siguiente no estaba. Grace salió de la escuela y lo buscó. Estaba segura de que el hombre era su padre y no solo un producto de su imaginación. La noche anterior había sacado el álbum y había estado estudiando la fotografía. El parecido era tan grande que la sorprendió no haberlo reconocido enseguida. Dejó que pasara el primer autobús, esperando que apareciera, pero no lo hizo.

Justo a la semana siguiente de su primera aparición, otra vez después de las dos horas de biología, volvía a estar allí. Para entonces, Grace había perdido la esperanza. Había planificado estrategias para afrontar su aparición, pero eso había sido la semana anterior y en ese momento no supo qué hacer.

Se quedó parada un momento. Llevaba la bolsa al hombro y le pesaba mucho. Estaba inclinada, con la cabeza ladeada, y lo veía en un ángulo raro. Aquel día no llevaba periódico y parecía menos inquieto, más decidido. Paseaba arriba y abajo por la acera y de vez en cuando se acercaba a los grupos de niños. Grace, que tenía más mundo que la mayoría de chicos de su edad, pensó que si no estaba atenta acabarían arrestándolo.

Esperó a que la señora de la señal parara el tráfico y cruzó la calle. No se fijó en ella porque sus ojos estaban puestos en otra niña de cabellos claros de más o menos la misma edad. Grace la conocía un poco. Se llamaba Melanie y era muy guapa.

–Disculpa.

Él se volvió en el acto.

–Creo que me buscas a mí. Soy Grace.

La miró de arriba abajo. Grace le aguantó la mirada y esperó fríamente su reacción. No le habría sorprendido que se sintiera decepcionado, si esperaba a alguien como Melanie. Él retrocedió un poco. Llevaba gafas y parecía que le costara enfocarla. Sonrió.

–Sí –afirmó. Hablaba tan fuerte y claro que la gente a su alrededor se volvió a mirar–. Sí, claro, ahora veo que eres tú.

–¿Sí?

–Sí. Te pareces mucho a tu madre.

Hacía mucho tiempo que nadie mencionaba a su madre. Los psicólogos y los médicos del centro de evaluación preguntaban por ella de vez en cuando, pero lo hacían con cuidado, en tono dubitativo. Aquello le pareció normal, casi la hizo sentir feliz.

–¿De verdad?

–Pues claro. ¿No te lo habían dicho nunca?

–No –repuso Grace.

–Bueno, a mí no te pareces mucho, ¿no?

Eso era cierto, sin ninguna duda. Era moreno, tenía la cara larga y estrecha como la de un caballo. Las cejas, que empezaban a volverse grises, se unían sobre su nariz. A Grace le habían dicho que eso era una señal de locura. No se lo creyó, pero en ese momento le entró la duda. Tampoco tenía importancia.

–¡Bueno! –gritó el hombre–. ¿Qué podemos hacer? ¿Te echarán de menos si no vuelves a casa ahora?

Grace meneó la cabeza. Frank y Maureen ya tenían bastantes dificultades para que los chicos cumplieran el toque de queda de la Policía. No había más normas.

–Cenamos sobre las siete –respondió–. Con que vuelva a esa hora, me vale.

No era verdad del todo. La cena era una comida flexible que normalmente se tomaba en

una bandeja frente al televisor. El que no estaba se la calentaba después en el microondas. Lo que quería decir era que *Charlie* normalmente cenaba a las siete y que si ella no estaba nadie le daría de comer.

–Entonces tenemos tiempo. –Pasó la mano de Grace por debajo de su brazo y la guio por la calle, ancha y concurrida, hacia el centro de la ciudad.

Parecía saber exactamente adonde iba y Grace pensó que quizá la llevaba a su casa. En la plaza empezaban a desmontar los puestos del mercado. Ella iba a menudo los sábados a comprar verduras baratas para Maureen, y la vendedora la llamó.

–¿Va todo bien, guapa?

Quizá pensó que era raro que caminara agarrada del brazo de un hombre de mediana edad.

–Sí –contestó. Le habría gustado decirle que era su padre, pero ya habían cruzado la calle y bajaban por un callejón junto a Boots en dirección al puerto, donde amarraban los grandes barcos que traían madera de Escandinavia. Se paró frente a una hilera de casas y al principio Grace pensó que vivía allí, pero después se dio cuenta de que era un restaurante. En la puerta había un rótulo que decía CERRADO, pero cuando su padre la empujó se abrió. Parecía conocer al dueño, que limpiaba vasos con pereza, porque, aunque era obvio que el restaurante estaba cerrado, le indicó jovialmente una mesa junto a la barra.

–¿Podemos tomar café? –preguntó. Y cuando el hombre asintió, añadió–: ¿Y un helado? Te apetece un helado, ¿verdad, Grace?

Dijo que sí, aunque en realidad habría preferido tomar solo un café.

El café vino en una tacita muy pequeña de porcelana blanca gruesa. En un plato blanco también de porcelana había tres bolas de helado: fresa, chocolate y vainilla.

–Bueno, ¿por qué no me cuentas qué has hecho?

Dejó la taza en el plato y le temblaron un poco las manos. Grace se dio cuenta de que estaba nervioso. Quiza él también se había preparado para aquel encuentro. El humor que mostraba frente a la escuela era fingido, como cuando *Charlie* saltaba juguetón alrededor de un desconocido en quien no confiaba del todo.

Así que se tomó su pregunta en serio y habló con él, como lo haría con la asistente social que la visitaba una vez al mes, de la escuela, de lo bien que le había salido el examen de matemáticas, lo difícil que le parecía el francés… También le contó la salida al Museo Hancock de Newcastle. Al principio él la escuchaba atentamente, pero al cabo de un rato su atención se dispersó, y al final la interrumpió:

–Supongo que te preguntas por qué no te había buscado antes.

–Nan no quiso decirme dónde estabas.

–No la culpes.

–¿Sigue viviendo allí?

–Sí, sigue viviendo en la caravana. Intentan convencerla para que se mude a una residencia antes del invierno. Los vuelve locos. Acabará yendo, pero le gusta hacerlos sufrir.

–¿A quién?

–A los asistentes sociales, a los funcionarios, a los que dicen saber lo que le conviene. A mi maldita familia, como si tuviera algo que ver con ellos.

–Pero yo creía que ella era familia tuya.

–¿A qué te refieres?

–Creía que era tu madre.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada como un tauteo de zorro.

–¿Nan? Ni hablar, no. –Después, viendo que Grace se ruborizaba por su error, añadió amablemente–: Pero es lo siguiente mejor a una madre. Me cuidaba cuando era pequeño. –La miró por encima de la mesa–. ¿No sabes nada? ¿No te han explicado nada?

–Me dieron una fotografía, de ti frente a una casa. Con mucha basura.

–¡Me acuerdo de ella! –Parecía encantado–. Fue el verano en que me dejaron quedarme en la finca. Antes de que madre me rescatara.

–¿De qué? –Se lo tomó al pie de la letra y se imaginó bandoleros, piratas y secuestradores.

–De mí mismo, por supuesto. –Se frotó las manos y rio–. De mí mismo.

–No parecía una finca. La fotografía, digo.

Pensaba en la urbanización donde vivía con Frank y Maureen, en las pulcras calles sin salida de las casas nuevas donde vivían los otros padres de acogida. Esta vez pareció que la entendía.

–Me refiero a finca en el sentido de la tierra que pertenece a una casa grande –aclaró–. En

este caso Holme Park, en Langholme. –La miró–. ¿Has oído hablar de ella?

Grace negó con la cabeza.

–No conoces a Robert, entonces. Ni a mi madre.

–Solo he conocido a Nan.

–O sea que van de eso. –Parecía perturbado, pero al mismo tiempo complacido. Grace pensó que era como cuando alguien a quien no soportas confirma tus peores temores, por decirlo de alguna forma–. Lo ves, así es como son. Ya te lo decía yo.

–¿Quién es Robert?

–Mi hermano. –Calló un momento–. Mi hermano mayor.

–¿Dónde vives?

Por primera vez se mostró evasivo.

–En ningún sitio especial –respondió–. Nada que ver con Holme Park. Y no es un sitio donde pueda llevar a una niña.

–No quiero que me lleves. Solo quiero saberlo.

–No vale la pena hasta que esté instalado.

Se levantó y ella lo siguió a la puerta. Eran solo las cinco y esperaba que la llevara a otro sitio. Al fin y al cabo había dicho que tenían horas de sobra para pasarlas juntos, pero una vez fuera del restaurante sacudió la cabeza con nerviosismo.

–¿Puedes volver sola a casa? –preguntó.

Ella dijo que sí.

–Nos veremos –apostilló él y se alejó con paso rápido, sin pararse a mirar atrás.

23

Después de esperar cuatro semanas sin saber nada de su padre, Grace decidió tomar cartas en el asunto. Sabía que a menudo era necesario obligar a las personas a hacer lo correcto. Algunos de los chicos de Laurel Close no irían jamás a la escuela si Frank no los llevara y se asegurara de que entraban allí. Su padre tenía algo que le recordaba a un tipo concreto de chico malo: los insensatos que consumían drogas o prendían fuego a edificios solo por diversión.

Durante el desayuno le dijo a Maureen que volvería tarde de la escuela porque iba a ir a una conferencia en la Sociedad de Historia Natural. Maureen estaba inclinada sobre el mármol de la cocina untando margarina en rebanadas de pan para preparar los almuerzos, como si, como decía a menudo, no tuviera bastantes almuerzos en el trabajo todos los días. Se volvió un momento.

–Muy bien, cariño. Sé que puedo confiar en ti.

Al oír esto, Grace sintió una punzada de culpa porque Maureen acabaría por descubrir que le había mentido. Se ofendería por que Grace no hubiera hablado primero con ella.

A mediodía, en lugar de hacer cola para comerse sus bocadillos en el comedor de la escuela, se escapó para hacer una llamada desde la cabina de la calle. Había un teléfono público frente a la sala común de sexto, pero no le apetecía ir allí. Los alumnos de sexto, sin uniforme, y sus conversaciones sobre música y fiestas, la intimidaban más que los profesores.

La calle era ruidosa. Marcó el número que había copiado de la lista pegada junto al teléfono de casa, pero apenas pudo oír el timbre.

–Diga. Servicios sociales. Área seis –respondió una voz maternal.

–Querría hablar con la señorita Thorne, por favor.

La asistente social todavía se hacía llamar señorita Thorne, a pesar de que Grace creía que se había casado hacía un año. Había aparecido con un anillo y desde entonces estaba más blanda, más dispuesta a escuchar.

–¿De parte de quién?

–Lo siento, no la oigo.

–¿De parte de quién? –gritó la voz maternal.

–¡Grace Fulwell! –Se le hizo rarísimo gritar su nombre a todo pulmón.

La señorita Thorne se puso inmediatamente al teléfono.

–¿Grace? ¿Ha pasado algo?

–No.

–¿Por qué no estás en la escuela?

–Es la hora del almuerzo.

–¿Qué puedo hacer por ti?

–Me gustaría que quedáramos. ¿Estarás en la oficina hoy sobre las cuatro y media?

–Puedo estar si es importante. Pero ¿de qué se trata? –Grace notó el pánico en su voz, aun con el paso atronador de un camión–. Creía que estabas a gusto con Maureen y Frank.

Grace no contestó. Colgó con fuerza confiando en que sonara como si se le hubieran acabado las monedas.

Había estado otras veces en las oficinas de los servicios sociales, pero siempre después de alguna crisis, esperando a que la señorita Thorne encontrara otra familia de acogida que la aceptara. Tuvo que mirar la dirección en el listín de teléfonos. Era un edificio alto en una calle de casas adosadas con árboles en las aceras, cerca del parque. Todas las casas se habían convertido en oficinas. Grace pasó junto a firmas de abogados, agencias de seguros y dos consultas de dentista por el camino.

En otras ocasiones había esperado sentada junto a la mesa de la señorita Thorne en la gran sala de despachos del piso de arriba, pero aquel día la acompañaron a una de las salas de reuniones. Tenía una mesita baja y tres sillones forrados de vinilo naranja. En la pared había un gran cartel que prohibía fumar, pero Grace vio quemaduras de cigarrillo en la moqueta de nailon.

La señorita Thorne estaba nerviosa. A pesar de ser asistente social, Grace había llegado a la conclusión de que no le gustaban las sorpresas. Y si Grace tenía problemas con Frank y Maureen, probablemente había llegado al final de la columna de los posibles padres de acogida.

–Bueno, Grace –dijo–. ¿Cuál es el misterio?

–Se trata de mi padre.

–¿Sí?

–Tengo derecho a conocerlo, ¿no? –Había aprendido mucho escuchando a otros niños acogidos.

La señorita Thorne vaciló.

–Cuando se considere conveniente –contestó.

–¿Qué significa eso?

–Está en la normativa. Los niños acogidos deben mantener el contacto con los padres biológicos siempre que se considere conveniente.

–¿Por qué no iba a ser conveniente para mí?

La señorita Thorne pareció desconcertada con la pregunta. Quizá pensó que Grace no habría oído la palabra antes y no la entendería.

–¿Señorita Thorne?

–Mira.

Su voz era persuasiva, y Grace desconfió desde un primer momento. Miró a la mujer sentada a su lado en el sillón de vinilo naranja. Tenía las piernas cruzadas como un hombre. Llevaba el mismo tipo de ropa que cuando Grace la conoció –falda hasta la rodilla y chaqueta informe–. Acarició la mano de Grace, que hizo un esfuerzo para no hacer una mueca. –Mira, hace tiempo que nos conocemos y no soy tu maestra. ¿No sería hora de que me llamaras Antonia?

Grace siguió mirándola fijamente. Sabía que la estaba engatusando con aquella proposición de intimidad, pero estaba intrigada por aquel nombre exótico.

–¿Antonia? ¿De verdad te llamas Antonia?

La mujer asintió con entusiasmo, pero Grace estaba decidida a no dejarse distraer otra vez. Levantó la voz y siguió hablando con firmeza.

–Háblame de mi padre.

De repente, la asistente social abandonó toda resistencia. Se rindió.

–¿Qué quieres saber?

–Todo. Desde el principio. ¿Por qué no estaba en casa cuando mi madre murió?

–Porque ya había dejado a tu madre para vivir con otra mujer.

A Grace le pareció que aquellas palabras le proporcionaban un disfrute perverso, que lo que decían en realidad era: «Querías saberlo, ¿eh? Pues a ver cómo te sienta».

–¿Por eso se suicidó?

La señorita Thorne asintió.

–Dejó una nota diciendo que no podía vivir sin él.

Grace pensó en el hombre que se había sentado frente a ella en el restaurante en penumbra tomando un café. Se sintió orgullosa de que su padre pudiera ser la causa de una pasión tan romántica. No le sorprendió no haber sido suficiente para mantener a su madre con vida.

–No deberías culparlo –afirmó la señorita Thorne en un tono que dio a entender a Grace que en el fondo esperaba que lo hiciera.

Pero la culpa era lo último que interesaba a Grace. Buscaba hechos, información.

–¿Sigue viviendo con esa mujer?

–No. Se separaron poco después de la muerte de tu madre.

–¿Por qué no me has permitido verlo nunca?

–¡Nunca se ha tratado de eso, de no permitirlo!

–Entonces ¿de qué? No era conveniente, has dicho. ¿Qué significa?

–Durante mucho tiempo no supimos dónde estaba. La muerte de tu madre lo trastornó. Se puso a viajar.

–¿Adónde?

–Trabajó de buzo para compañías petroleras. Creo que estuvo en Centroamérica y en Oriente Próximo. Lo supimos a través de su familia. No sabían nada más.

–¿Su familia?

Era una palabra potente y Grace volvió de golpe al presente. Se estaba imaginando a su padre nadando en un mar azul transparente. Los niños acogidos siempre estaban hablando de

su familia. Incluso los chicos malos de Maureen tenían hermanos en la cárcel o una tía que iba de vez en cuando a buscarlos para llevarlos a McDonald's. Grace siempre había sido la rara.

–El hermano de tu padre y su madre, tu abuela. Viven en un pueblo, en el campo.

–Langholme. –Recordaba todos los datos que le habían llegado en aquella conversación en el restaurante–. Lo sé por algo que dijo Nan. –Grace apartó algunos pelos de *Charlie* de la falda tableada del uniforme–. ¿Por qué no me dijiste que mi familia vivía en Holme Park? Eso sí que podrías habérmelo dicho.

–No queríamos que te hicieras ilusiones que no se harían realidad.

Grace no tenía claro qué significaba eso pero lo ignoró. Tenía una pregunta más importante.

–¿Por qué no los he visto nunca, a mi abuela y a mi tío? Me llevaste a conocer a Nan.

–No querían verte. Nan, sí.

En cuanto lo dijo, la señorita Thorne se arrepintió. Incluso para ella, aun provocada por aquella niña tozuda y exigente, era demasiado doloroso. Pero Grace consideró muy en serio la idea.

–No me conocían –dijo finalmente.

–Creían que eras responsabilidad de tu padre –afirmó la señorita Thorne, con un tono más amable–. Nunca se han llevado bien con él.

Grace lo comprendió.

–Ah –repuso–. No querían tener que cargar conmigo.

Se miraron y compartieron una insólita sonrisa de comprensión.

–¿Mi padre sigue en el extranjero?

Giró la cabeza como si tal cosa. Sabía de sobra que no estaba en el extranjero, pero sería una traición delatarlo a la señorita Thorne. Además, era una especie de prueba, para ver si le mentía o no.

–No. Volvió hace una temporada.

–¿Dónde vive? ¿Con su familia?

–En diferentes sitios. Con amigos, en albergues. Se mueve mucho. Le cuesta establecerse.

–¿Por qué?

–Quizá porque no es el tipo de persona que se establece.

–Como yo.

–En cierto modo.

Grace frotó el índice y el pulgar, soltando pelos de perro que flotaron por la habitación.

–Quiero verlo.

–Podríamos arreglarlo. Pero él tiene problemas.

«Problema» era un eufemismo que Maureen y Frank utilizaban mucho. Gary esnifaba cola. Matthew consumía caballo. Ambos tenían problemas.

–¿Se droga?

–No en el sentido al que tú te refieres.

–¿En qué sentido?

–Con toda probabilidad, es alcohólico. ¿Lo entiendes?

–Por supuesto. –La madre de Gary era alcohólica, y Grace añadió–: Eso no le impide a Gary ver a su madre.

–He dicho que podría arreglarse.

–¿Cuándo?

–Cuando haya vuelto a hablar con él. Y con Maureen y Frank.

–¿Otra vez?

–Ya he intentado arreglarlo –aseguró la señorita Thorne a la defensiva–. No siempre es fácil quedar con tu padre. Tiene su manera de hacer las cosas. No quería que te hicieras ilusiones y después desaparecer otra vez.

–Lo entiendo –afirmó Grace–. Gracias.

Estaba agradecida de verdad. No esperaba que la señorita Thorne hiciera ningún esfuerzo por ella.

–Pero no debes esperar demasiado –siguió la señorita Thorne–. Por ejemplo, no podrías irte a vivir con él.

–No pasa nada.

Estaba satisfecha con Maureen y Frank. Y *Charlie* la echaría de menos. No quería cambios en sus circunstancias, solo conocer a su padre, verlo de vez en cuando, para descubrir algo más de su familia.

La señorita Thorne tardó tres semanas en concertar un encuentro entre Grace y su padre, pero Grace tuvo paciencia. Estaba a gusto en la escuela y se concentró en los estudios. En biología dieron cloroformo a moscas de la fruta para contar las alas arcaicas. Grace estaba fascinada. A la niña que se sentaba a su lado se le fue la mano con el cloroformo, pero devolvió las moscas muertas al frasco, esperando que no se diera cuenta nadie.

Grace sabía que la asistente social no había olvidado su promesa porque en casa Maureen y Frank hablaban de su padre. Que la familia de Edmund Fulwell viviera en Holme Park los había impresionado. Por lo visto, para ellos también era una novedad. Tal vez la asistente social había recordado el malestar de Dave, su sensación de que Grace era de alguna manera diferente, y pensó que la aceptarían mejor si no conocían sus conexiones con personas adineradas.

–Un día tenemos que llevarte –propuso Maureen–. Hacen visitas guiadas y tienen un salón de té precioso.

Por fin, Grace y su padre se encontraron, no en el salón de té de Holme Park, sino en la salita del 15 de Laurel Close. Maureen y Frank se habían llevado a los chicos, los que todavía quedaban. Gary había vuelto al correccional para jóvenes. Maureen había llorado cuando se lo llevó la Policía.

Antonia Thorne esperó en la casa con Grace. Edmund Fulwell llegó tarde. La señorita Thorne no lo comentó con Grace, pero ella se dio cuenta porque la asistente social no paraba de mirar el reloj con expresión resignada, como si fuera lo que se esperaba. Mientras tanto, Grace no sintió ni ira ni miedo. Estaba entumecida. Pensó que aquello era lo que se debía de sentir cuando se estaba muerto; después pensó si su madre se habría sentido así antes de suicidarse. Tal vez esperaba que Edmund dejara a su amante y volviera con ella con aquel mismo entumecimiento. Tal vez decidió que estaría mejor muerta.

Sonó el timbre. La señorita Thorne se sobresaltó y frunció el ceño. Grace pensó que estaba molesta porque al final Edmund no había cumplido sus expectativas. Habría preferido que no se presentara.

–Quiero abrir yo –informó Grace.

Abrió la puerta y él estaba fuera, poniendo una cara rara, de modo que las cejas se juntaban aún con más firmeza sobre la nariz. Tenía las manos en los bolsillos del abrigo. Era última hora de la tarde de un día de octubre, estaba casi oscuro y soplaba un viento racheado que levantaba basura y hojas muertas hacia el umbral. Se inclinó de manera que su cara quedó a la misma altura que la de ella.

–Vaya –dijo–, tú debes de ser mi preciosa hija.

Y siguió hablando muy rápido para que ella entendiera que el encuentro anterior era un secreto entre ellos.

–¡Pasad, Grace! –gritó Antonia Thorne con la voz alegre de una maestra de primaria–. No tengas a tu padre esperando fuera con este frío.

Y él entró, como si ellas fueran las maestras y él hiciera lo que ellas ordenaran. No era mucho más corpulento que Frank, pero mientras se quitaba el abrigo inundó todo el espacio del pasillo.

La asistente social los dejó solos en la salita, y le dijo a Grace que estaría en la cocina preparando el té en el caso de que la necesitara. No cerró la puerta al salir.

–Cualquiera diría que no confía en mí –apuntó Edmund. Se echó a reír y, al ver que Grace no lo imitaba, murmuró–: Supongo que no se la puede culpar.

Parecía menos cómodo que cuando la esperaba frente a la escuela, más tenso. Grace, que había visto a la madre de Gary en varios estados de intoxicación, pensó que probablemente él estaba sobrio. La última vez, en cambio, había tomado algunas copas.

–Dijiste que nos veríamos –susurró.

–Sí, mira. Lo siento mucho. En los últimos tiempos no me han ido bien las cosas. Espero que ella… –Hizo un gesto con la cabeza hacia la cocina–. Te lo haya explicado. Necesitaba tiempo para poner orden en mi vida.

Grace percibió el sentimiento de autocompasión en su voz y de repente se enfadó. ¿Y yo qué?, tenía ganas de gritar. ¿No pensaste en mí? Pero se dio cuenta de que no merecía la pena. Si quería mantener el contacto con su padre no podría exigirle nada. Edmund Fulwell era quien necesitaba que lo cuidaran.

24

Durante casi cuatro años, Grace se responsabilizó de su padre, aunque su esfuerzo fuera apenas reconocido. Fue un período de estabilidad sin precedentes para ambos.

Un día, poco después de que Edmund apareciera en escena, su profesor de biología le dijo que se quedara después de clase.

–¿Has pensado alguna vez en formar parte del Departamento de Protección de la Fauna y Flora? Tienen una sección juvenil. Creo que te gustaría.

La sección juvenil consistía en Grace y dos adolescentes con granos que se negaban a hablar con ella, pero tres hermanas solteronas ya mayores la tomaron bajo su protección. Las hermanas Halifax vivían en una casa que había cambiado muy poco desde la época de sus padres. Estaba en un barrio de las afueras de la ciudad que había sido elegante, donde vivían navieros y comerciantes, aunque ahora la mayoría de las casas se habían reconvertido en pisos. Tenía una biblioteca llena de libros de historia natural, guías de campo, enciclopedias y monografías.

Grace pasaba horas en la biblioteca. Nunca se había quejado del ruido de Laurel Close, pero poco después de conocerla, las hermanas la invitaron a utilizar la sala para hacer los deberes. Dijeron que era bueno para ellas volver a tener a una persona joven en la casa. Más tarde, Grace sospechó que había sido una sugerencia de su profesor; en su momento le pareció un milagro. Mientras estudiaba, las hermanas la dejaban a su aire, excepto la más joven, Cynthia, que llevaba una permanente y tenía unos pechos grandes y mullidos. Interrumpía a Grace de vez en cuando para llevarle un té y unas galletas de jengibre caseras.

Durante el verano, el Departamento de Protección de la Fauna y Flora organizó excursiones sobre el terreno. Un autocar los llevó a la costa para observar aves marinas y al interior para caminar por el monte. Fue entonces cuando, por primera vez, Grace caminó por las orillas de guijarros del río buscando excrementos de nutria. Más avanzada la estación vieron a los murciélagos volando dentro del establo de piedra para hibernar.

La observación de los tejones fue lo que le causó mayor impresión. Sentada con las hermanas Halifax en un tronco al atardecer, esperó a que los tejones salieran de la madriguera, olisqueando el aire con el hocico. La guía de la excursión era una estudiante que estaba escribiendo una tesis y les habló de su investigación. Conocía a los tejones uno por uno y la forma de organización del grupo.

Cuando sea mayor, se dijo Grace, esto es lo que quiero hacer.

De vez en cuando invitaba a su padre a acompañarla a las excursiones del Departamento, pero siempre lo rechazaba.

–¡Nooo! –decía–. Nunca me ha llamado la atención la fauna, como no sea para comérmela.

Grace ya era vegetariana pero no mordió el anzuelo. Se imaginaba que la comida era más importante en la vida de él que en la suya. Al menos le proporcionaba unos ingresos. Había empezado a trabajar en el pequeño restaurante al que la llevó el día en el que se conocieron. Había ido a la escuela con Rod, el dueño. Era un cocinero inspirado y meticuloso y el restaurante aparecía en buenas guías. Por ese motivo, Rod toleraba sus ocasionales episodios de alcoholismo, su vida truculenta. También permitía que Edmund viviera miserablemente en el piso de arriba.

Grace siguió viviendo con Maureen y Frank en Laurel Close, pero no pasaba mucho tiempo en casa. Antes de ir a la escuela, sacaba todos los días a *Charlie* a pasear al parque. Ya era capaz de identificar todos los pájaros que veía por allí. Cuando acababa la escuela, iba caminando a casa de las hermanas Halifax, y por el camino paraba a tomar un café con su padre, si estaba. A veces salía con alguna mujer, aunque Grace creía que pocas veces con la misma más de una vez. En verano iba caminando de la casa de las Halifax al centro y allí tomaba un autobús a casa. En invierno, cuando estaba oscuro, Cynthia la acompañaba a casa en el viejo Rover de las hermanas o Frank pasaba a recogerla. Maureen y Frank no parecían ofendidos por la cantidad de tiempo que pasaba fuera de casa. Su profesor de biología les había dicho que la chica era lo bastante inteligente como para ir a la universidad y querían

apoyarla. Grace no tenía amigos de su edad, pero tampoco parecía necesitarlos.

De repente, en el verano de su quinto curso, Grace notó un cambio en su padre. Lo había oído hablar de mujeres otras veces, y se había mostrado comprensiva cuando había hecho falta, pero en aquellos casos era cuestión de orgullo herido, no de amor no correspondido. Aquella vez, sin embargo, iba en serio. Dejó de beber. Del todo. Limpió el piso, se cortó el pelo. Grace le preguntó si podía conocerla.

–Todavía no.

–¿No estará casada? –No quería que le hicieran daño.

–No, no se trata de eso. No quiere salir conmigo. Todavía no. Pero lo hará, noto que se está ablandando.

Y un día debió de ablandarse porque cuando Grace volvió a pasar por el restaurante él no podía dejar de sonreír y no se estaba quieto ni un segundo.

–¿Qué ha bebido? –le preguntó a Rod.

Le caía bien Rod, era galés y pacífico. Nunca supo cómo había acabado poniendo aquel restaurante tan surrealista.

–No. Lleva así todo el día. En las nubes.

La mujer se llamaba Sue. Tenía una tienda de material de oficina en High Street. Era bastante más joven que él. La vio por primera vez cuando pasaba frente a la tienda, entró sin pensárselo y compró papel para la impresora y Tippex.

–Las cinco libras mejor gastadas –comentó.

Grace lo observaba con ansiedad, como una madre que ve a su hijo afrontar su primer enamoramiento. Esperaba que saliera como él quería. Le habría gustado ceder a Sue parte de la responsabilidad de cuidarlo.

Sue era una rubia presumida y menuda. Se ponía un maquillaje que daba a su piel el brillo de la porcelana. Era muy animada, nunca estaba quieta, y siempre hablaba, sonreía y gesticulaba. Ella y Edmund hablaban de cosas que apenas interesaban a Grace, como cine, música y teatro. Grace no estaba celosa, para ella era un alivio poder pasar más tiempo en la biblioteca de las Halifax. El programa de estudios no le parecía difícil, pero quería lucirse en los exámenes. Cuando veía a su padre, estaba emocionado, feliz, lleno de proyectos.

Fue en esa época cuando murió la madre de Edmund.

–Bueno –le comunicó a Grace en una de sus ocasionales visitas al restaurante–, la vieja loca ha muerto por fin.

–¿Puedo ir contigo al funeral?

La miró alarmado.

–No pienso ir –declaró.

Y se acabó. No quiso hablar más de ello.

Para Grace fue una desilusión. Todavía soñaba con conocer a la familia de la casa grande. Entonces pensó que deberían de haber ofendido a su padre en lo más profundo de su ser para que no quisiera asistir al funeral de su madre.

Un domingo de noviembre, el día antes de que empezaran los exámenes, recibió una llamada de su padre. Había estado todo el día en la biblioteca de las hermanas Halifax, y Maureen y Frank la estaban riñendo. Le decían que estudiaba demasiado y que necesitaba descansar. Estaban sentados frente al televisor tomando un té. Los chicos malos no estaban.

Frank contestó al teléfono. Cuando volvió, fruncía el ceño.

–Es tu padre –informó–. ¿Te quieres poner?

–Pues claro, ¿por qué no?

–Lo siento, cariño. Creo que ha bebido.

Era un eufemismo. Estaba borracho como una cuba, y apenas mantenía la coherencia suficiente como para que ella entendiera que Sue lo había dejado. Quiso ir a su piso a verlo, pero por una vez Frank se puso firme.

–¡Vamos! –exclamó–. Ni siquiera se dará cuenta de que has ido, tal como está.

–Pero ¿y si se encuentra mal? ¿Y si se ahoga? La gente se muere por cosas así.

–Iré yo –concluyó Frank.

Por primera vez Grace fue consciente de lo increíblemente buena persona que era Frank. La noche anterior había estado levantado hasta medianoche esperando en comisaría por uno de los chicos, a quien habían arrestado por pelearse en el centro juvenil. Se había pasado el día acompañando a uno y a otro: entrenamiento de fútbol para uno, hermanas Halifax para ella. Los domingos siempre preparaba el almuerzo para que Maureen pudiera descansar. Parecía agotado, pero estaba dispuesto a volver a salir. Grace se acercó al sillón en el que

estaba sentado, con las zapatillas que ella le había regalado hacía dos Navidades y la sudadera salpicada de manchas tras su paso por la cocina. Se sentó en el brazo del sillón, le pasó el brazo por los hombros y lo abrazó. Fue el primer contacto físico afectivo con otro ser humano desde que tenía cinco años y tuvo que impresionar a los padres de acogida que no podían amarla. Frank supo que era un momento importante, pero no dijo nada. Le tomó la mano delgaducha y la apretó; después se levantó, se puso los zapatos y buscó las llaves del coche.

Cuando volvió, Maureen se había acostado porque tenía que hacer el primer turno al día siguiente. Grace lo estaba esperando.

–¿Cómo está?

–Bueno, ha bebido como un cosaco, eso sin duda. –Frank había nacido en Liverpool y cuando estaba cansado hablaba con acento.

–Pero ¿está bien?

–Oh, sí, estará bien. Mañana estará como una rosa. Sí, sí, ha vomitado en la taza del váter. Lo he metido en la cama y se ha dormido enseguida.

–¿Frank?

–Sí.

–Gracias. –Esta vez solo le tocó el brazo con la mano. Él comprendió y sonrió.

–¡Anda! –exclamó–. A la cama. Mañana es un día importante. Mo y yo no habíamos tenido nunca un chico que fuera a la universidad.

Al principio Grace pensó que se trataba de un episodio de alcoholismo como tantos de los que había sufrido su padre. Durante unos días estaba muerto para el mundo y después reaparecía, avergonzado y desaliñado, y se disculpaba. Se concentró en los exámenes. Tres días después pasó por el restaurante y encontró a Rod en la cocina.

–Ed tiene el día libre –informó–. Ha salido.

Grace pensó que era una buena señal. Al menos su padre no estaba arriba, en el piso, bebiendo whisky a morro. Nunca había sido un bebedor social.

–¿Significa esto que ha vuelto con Sue?

Rod se encogió de hombros. Ella se lo tomó con optimismo, interpretando que las cosas volvían más o menos a la normalidad.

Entonces lo vio un día en la ciudad. Era el último día de los exámenes y las hermanas Halifax la habían invitado a un té especial para celebrarlo. Bajaba por High Street con un grupo de chicas. Se había unido a ellas porque había una pregunta en el examen de química que quería discutir, pero no estaban muy interesadas. Hablaban de una fiesta que daba alguien de sexto, a la que estaban casi todas invitadas.

High Street era peatonal y estaba asfaltada con adoquines ornamentales. En medio de las calles se habían colocado sillas de hierro forjado, respaldo contra respaldo, y había maceteros con plantas y arbustos, muertas hacía tiempo y esperando que las recogieran antes del invierno. Su padre estaba sentado en uno de los bancos. Estaba sucio, sin afeitar y lloraba. A su lado, debajo del banco, una botella vacía rodaba de vez en cuando con las ráfagas de viento. Por lo menos las otras chicas, que seguían hablando de la fiesta y de cuál de ellas parecía lo bastante mayor como para comprar en la tienda de licores, no se fijaron en él. Y Edmund estaba demasiado absorto en su tristeza y no la vio.

Grace pasó de largo y se desvió por la calle en la que vivían las hermanas Halifax. Antes de llamar a la puerta hizo un esfuerzo por serenarse. Cynthia había preparado un té espectacular con bocadillos de salmón ahumado, merengues y pan de jengibre. Grace alabó y comió todo lo que le pusieron delante.

No visitó a su padre durante dos días. ¿Cómo osaba destrozar un día que debía ser de celebración? Pero acabó cediendo y fue a verlo después de la escuela. La ciudad estaba decorada para la Navidad con tacañería, con un abeto alto y escuálido iluminado con unas bombillas blancas horrorosas. En la puerta del restaurante colgaba una corona navideña.

Dentro no había nadie, pero Rod estaba detrás de la barra. Se había servido un brandy en una copa de balón y pareció sorprendido, casi incómodo, al verla.

–¿No te lo ha dicho la asistente social?

–¿Qué?

–Que Edmund no está.

–¿Dónde está?

–Mira, de verdad que lo siento. Ayer la llamé a primera hora. –Hubo una pausa–. Está en el hospital.

–¿Qué ha pasado? ¿Un accidente?

–No se trata de eso. No es esa clase de accidente.

–¿Qué quieres decir?

–Está en Saint Nick’s.

Saint Nicholas era el gran manicomio de las afueras de la ciudad. Un edificio gótico victoriano rodeado de torres de los años treinta. Todos habían oído hablar de él. En la escuela primaria era una forma de insultar: «Acabarás en Saint Nicholas».

Grace no supo qué decir. Él salió de detrás de la barra.

–Lo siento mucho –dijo otra vez–. No fue solo la bebida. Se estaba deprimiendo, y no solo por Sue. La muerte de su madre lo afectó más de lo que quería reconocer. Temía que hiciera alguna locura. Necesita tiempo para rehacerse. Yo no podía ayudarle. Necesita ayuda profesional. Algo más de lo que podía ofrecer yo, al menos. Más también de lo que puedes ofrecerle tú.

25

La señorita Thorne llevó a Grace a visitar a su padre al hospital, y a Grace le recordó un poco las veces que iba a visitar a Nan. Antonia Thorne fue a Laurel Close en coche. Grace subió a su lado y se marcharon sin decir ni una palabra. Mantuvieron una conversación forzada.

–¿Cómo va la escuela?

–Muy bien, gracias. –Era verdad. Le habían asegurado un sobresaliente en los exámenes de todas las asignaturas menos en francés.

–¿Algún problema con Maureen y Frank?

–Ninguno.

Al hospital se llegaba por un camino tortuoso y en pendiente. Dos ancianos aparecieron delante del coche arrastrando los pies y el vehículo frenó de golpe, lanzando a Grace hacia delante todo lo que daba de sí el cinturón de seguridad. La señorita Thorne murmuró algo, puso el freno de mano e intentó reanudar la subida. El motor se caló y ella se aturulló, sobre todo al ver por el retrovisor un coche que se acercaba. Al segundo intento el coche saltó hacia adelante y pudo continuar.

El padre de Grace estaba ingresado en Sycamore, una de las villas del hospital. El jardín era pulcro, pero la carpintería necesitaba una mano de pintura. La puerta estaba cerrada, así que la señorita Thorne llamó al timbre. Mientras aguardaba en la puerta, Grace pensó que no parecía un hospital, sino una casa grande dentro de una urbanización. La impresión quedó confirmada por la mujer que abrió la puerta. Parecía exactamente el tipo de mujer que viviría en una casa como aquella. Era esbelta y elegante, con una falda plisada azul marino y una blusa blanca con un lazo al cuello. Era el año 1985 y a Grace le recordó a una versión joven de Margaret Thatcher.

–¿Qué desean? –No era antipática pero sí expeditiva. Dejaba claro que tenía cosas más importantes que hacer.

La señorita Thorne todavía estaba aturullada por los problemas del camino. Abrió el bolso, se le cayó un guante y se agachó a recogerlo.

–Venimos a visitar a Edmund Fulwell.

–Lo siento–. La mujer mostró una sonrisa cortés–. Las visitas de los familiares son por las tardes. Será mejor que vuelvan después del almuerzo.

La señorita Thorne se horrorizó solo de pensar que alguien podía tomarla por un familiar de un paciente. Volvió a hurgar en el bolso y sacó un carné plastificado.

–De hecho, soy asistente social –informó–. He llamado por teléfono.

Grace miró por detrás de la mujer de la falda azul marino. Una chica delgada, no mucho mayor que ella, vestida con camisón y zapatillas, caminaba por el pasillo como a cámara lenta. Flotaba un olor a comida de hospital y tabaco.

–Quedamos a las once. –La señorita Thorne ya estaba indignada.

La mujer se disculpó. Se presentó como la enfermera encargada del turno.

–Edmund está mejorando mucho –declaró, como si eso fuera a redimirla a ojos de la señorita Thorne–. El médico está muy contento con él. Podrían darle el alta en unas pocas semanas. No solemos retenerlos mucho tiempo. –Se fijó en Grace por primera vez–. ¿Y ella quién es?

–La hija –contestó con brusquedad la señorita Thorne.

La enfermera, que según su identificación se llamaba Elizabeth, las dejó pasar y cerró la puerta con llave.

–¡Ah, sí! –Miró a la señorita Thorne con complicidad–. Por supuesto.

Dentro hacía un calor sofocante. El pasillo cruzaba toda la villa. A intervalos regulares había grandes radiadores pintados y cada vez que pasaban cerca de uno las agredía una ola de calor. Elizabeth no parecía notarlo, pero Antonia se quitó la chaqueta y Grace se colgó el anorak del hombro.

–Pueden usar la sala de reuniones, estarán más tranquilas. Stan, ¿has visto a Edmund?

Stan, un hombre de mediana edad con un mono gris, estaba fregando el suelo. Grace se

preguntó si sería un interno o un empleado. Él dijo que no con la cabeza y siguió moviendo la fregona sobre el linóleo.

Elizabeth abrió la puerta de una sala grande. Había sillas puestas en hilera frente a una pantalla de televisión. En el televisor, un joven alegre, vestido de payaso, confeccionaba una cometa con papel marrón y cordel naranja. Detrás de él tenía ositos de peluche y muñecas sentados en un autobús de plástico. El programa parecía fascinar al público. Grace no creía que su padre, ni siquiera enfermo, pudiera disfrutar con la programación infantil, pero era imposible saberlo porque una nube de humo flotaba por encima de todo y las personas sentadas estaban de espaldas a ella.

–¿Alguien ha visto a Edmund? –preguntó Elizabeth. Utilizó el mismo tono que el presentador de la televisión. Grace tuvo la sensación de que en cualquier momento se pondría a cantar como si aquello fuera *Barrio Sésamo*.

–En la sala de no fumadores.

Aquella información surgió de una voz anónima. Nadie volvió la cabeza.

La sala de no fumadores era tan grande como la de la televisión, pero solo había dos personas sentadas en sillas junto a una ventana. Habían abierto una hoja, demasiado pequeña para que alguien saltara al vacío, y entraba una ráfaga de aire frío. Parecían estar enfrascadas en una conversación. Con el padre de Grace había una mujer robusta, morena, con pantalones de pana y una camisa de algodón de cuadros.

–No estoy acostumbrada a estar tanto tiempo sin hacer nada –la oyó decir Grace al acercarse–. En el último sitio estaba destinada al huerto. El trabajo te destrozaba la espalda, pero no había tiempo para aburrirse.

No era ni mucho menos el tipo de mujer de la que Edmund se habría enamorado, pero Grace percibió una complicidad entre ellos que no había visto nunca en sus relaciones con las mujeres. Con Sue había sido especialmente galante y fiel, pero nunca amistoso.

La respuesta de Edmund quedó sofocada por el canto repetido de un pinzón encerrado en una jaula colocada contra una pared. La puerta de la jaula estaba cerrada con un gran candado. Grace se preguntó si el ruido del pájaro habría llegado a irritar tanto a los pacientes como para que hubiesen intentado matarlo. No le habría extrañado. En la otra pared había un acuario con peces tropicales. El agua estaba turbia y verdosa.

–Tienes visita, Edmund –anunció Elizabeth animada.

–Entonces me voy –dijo la mujer morena–. Te dejo tranquilo.

–Gracias, Bella.

Bella se alejó a toda prisa. Cuando se cruzó con Grace le sonrió con una sonrisa transparente y radiante. Grace estaba convencida de que era una enfermera hasta que oyó a Elizabeth.

–Bella también nos dejará pronto.

Edmund dio la espalda deliberadamente a Elizabeth. Miró a Grace.

–Lo siento.

Ella sacudió la cabeza. Estaba horrible, peor que cuando lo había visto en el centro de la ciudad.

–Si prefieren instalarse en la sala de reuniones, les puedo traer un té. –Elizabeth miró su reloj.

Edmund gimió.

–Aquí estamos bien, si no te importa. No soporto ese sitio. Es como una celda. –Cuando Elizabeth se volvió para irse, añadió, alzando la voz para que lo oyera–: Y a esa foca tampoco la soporto.

Ignoró a la señorita Thorne. Habló con Grace como si estuvieran solos en la habitación.

–Esta vez la he hecho buena, ¿verdad? No podía soportar la idea de estar sin ella. Y pensé que tú también estarías mejor sin tener que preocuparte por mí.

–¿Intentaste suicidarte?

–Y ni siquiera eso supe hacer. En cambio estoy aquí con la pesada esa haciéndome cosquillas cada diez minutos para comprobar si estoy vivo.

–Me alegro... –declaró Grace– de que estés vivo.

Después de aquella primera vez le permitieron visitar a su padre sin la asistente social. El día de Navidad fue a almorzar con él. La mayoría de los pacientes tenían permiso para ir a casa y

la unidad Sycamore estaba casi vacía. Grace se había planteado pedir a Maureen y a Frank que lo invitaran a su casa, pero pensó que ya tenían bastantes preocupaciones. El grupo de chicos era especialmente problemático, y Maureen siempre parecía cansada. Había adelgazado y tenía ojeras.

Así que Grace caminó los cinco kilómetros de subida al hospital y se sentó con su padre en el banco de formica del comedor. También estaba Wayne, un adolescente esquizofrénico cuyos padres se avergonzaban de él, y una mujer que Grace no sabía cómo se llamaba. Por las conversaciones que había oído de otros pacientes, Grace había sabido que aquella mujer había tenido un hijo que murió poco después de nacer.

–No lo acepta –había comentado el paciente–. La pillaron en la maternidad intentando llevarse a un bebé.

Las dos enfermeras de guardia hicieron lo que pudieron y fue una comida bastante agradable. Comieron pavo, que ya estaba troceado en el carro auxiliar, tiraron petardos y se pusieron sombreros de papel. Su padre llevaba un tiempo más tranquilo y ni siquiera se quejó de la asquerosa comida.

Después de Navidad hubo un período de tiempo muy frío y tranquilo. Grace y su padre se envolvieron en abrigos, guantes y bufandas, porque, en contraste con el calor de la unidad, fuera hacía un frío glacial, incluso al sol, y salieron a pasear por los jardines del hospital. A Edmund le permitían alejarse de la vigilancia de las enfermeras un máximo de media hora. Grace señaló una ardilla roja en lo alto de un árbol de los que separaban el hospital de la tierra de cultivo del terreno contiguo.

–La primera vez que vi una ardilla fue paseando con Nan –comentó.

–¿Sí? –Estaba contento, divertido–. Qué curioso que te acuerdes.

–¿Está al tanto que has estado enfermo?

Sabía que su padre mantenía un contacto esporádico con Nan, quien había acabado yéndose a una residencia.

–Por Dios, espero que no.

Lo estaban preparando para darle el alta. Tenía que participar en el grupo. Era así como lo llamaban: «el grupo». Lo dirigía una psicóloga joven y guapa. Había mucho psicodrama y juegos de rol, y se hablaba mucho. Al principio Edmund se mostró escéptico, incluso hostil.

–Es una estupidez –aseguraba–. No iría si no creyera que si voy me dejarán salir antes.

Al cabo de un tiempo Grace pensó que su padre había descubierto la utilidad del grupo, porque no se lo perdía nunca, incluso cuando tenía una excusa legítima para no asistir. Sentía curiosidad por saber qué se hacía en aquellas sesiones, pero él no respondía a sus preguntas con detalle. No era propio de Edmund ser tan dócil y esperaba que no se hubiera enamorado de la joven y guapa psicóloga.

El grupo se reunía en la sala del pinzón y el acuario. Cerraban todas las cortinas para que no pudiera verlos nadie. Pero un día, al llegar para visitar a su padre, habían cambiado la hora y el lugar de reunión. Estaban en la sala de la televisión y todavía no había acabado. Hacía frío y estaba casi oscuro, así que, si bien el acceso al pasillo se mantenía cerrado, no se habían preocupado por las cortinas de las ventanas que daban al jardín. La terapeuta debió de pensar que nadie se aventuraría a salir.

Grace se dio cuenta por casualidad, no pretendía espiar. Cuando Elizabeth le dijo que Edmund no estaría libre hasta dentro de media hora como mínimo, decidió ir caminando a la cantina de los voluntarios a comprar chocolate. Cuando regresó vio la luz en las ventanas proyectada sobre los parterres de rosales sin podar. Aun sabiendo que no debía mirar, los ojos se le fueron hacia allí, como a una polilla.

Habían dispuesto las sillas en círculo, formando un corrillo. Su padre estaba sentado al lado de Bella, a la que ya le habían dado el alta pero que volvía como paciente de día para asistir al grupo. Grace los reconoció a casi todos. También estaba la mujer del bebé muerto que había almorzado con ellos el día de Navidad.

Bella estaba hablando. Los demás escuchaban con atención. Grace tuvo la sensación de que era algo nuevo que Bella fuera el centro de atención. La psicóloga, sentada en el suelo porque no había bastantes sillas, asentía, animando a Bella a continuar. De repente Bella se levantó de la silla y se situó en el centro del círculo. Se quedó de pie, hablando, con una mano sobre la cabeza. Parecía agitada pero Grace no oía lo que decía. Dejó caer la mano y se echó a llorar. Los demás la rodearon. Grace vio que Edmund la abrazaba.

Se sintió incómoda, se puso la capucha del anorak, porque hacía mucho frío, y dio la vuelta al edificio. Llamó al timbre y esperó temblando en el umbral a que Elizabeth le abriera.

Cuando se abrió la puerta de la sala de la televisión y salieron todos, estaban charlando y riendo como viejos amigos. Nadie habría dicho que Bella hubiese estado llorando. Edmund parecía preocupado. Grace dijo que no se podía quedar mucho y ellos pronto tendrían que ir a cenar al comedor. Pero él la acompañó a la parada del autobús.

–¿Buena reunión de grupo hoy? –preguntó.

No le contestó.

–La semana que viene me dejan marchar. –Parecía casi triste.

–¿Volverás a casa de Rod?

–Me ha dicho que puedo volver.

–Muy bien.

–No será fácil –confesó, y aunque no lo mencionara, ella supo que estaba pensando en el apoyo que había recibido del grupo.

–No hay motivo para que no sigas en contacto.

–No –admitió Edmund, aliviado–, no.

Cuando Grace llegó a Laurel Close había una ambulancia en la puerta. Frank había sufrido un infarto. Los enfermeros lo sacaron en una camilla. Grace corrió entre la gente y le tocó la mano. Antes de que Maureen subiera a la ambulancia, Grace la rodeó con el brazo y las dos lloraron.

Frank murió antes de llegar al hospital. A Grace le ofrecieron otra familia de acogida, pero ella optó por el orfanato. Allí dormía en una habitación con tres camas vacías. Había mantas dobladas al pie de cada una y fundas de almohada de rayas.

26

El recuerdo de la habitación del orfanato, tan parecida a la habitación de Baikie's, la devolvió de golpe al presente. Había pasado una hora. Había llegado a una de las protecciones de piedra construidas en la finca para la caza de lagópodos, y se imaginó a los parientes de su padre agachados detrás, con las escopetas levantadas, esperando oír el zumbido del ave al pasar sobrevolándolos. Llevarían chaquetas enceradas, hablarían con voces altaneras. La decisión de su familia de vender aquella tierra para su explotación como cantera no había hecho más que reforzar sus prejuicios contra ellos.

Los días anteriores al funeral de Bella, en cuanto terminaba su estudio de la mañana, caminaba por las colinas intentando situarse. Un día, ya tarde, subió a la peña Fairburn. Desde allí era posible ver la mansión de Holme Park extendiéndose bajo sus pies como una planta arquitectónica. En un recodo del río estaba la casa principal, con dos alas, y detrás los jardines. Grace vio que los visitantes solo accedían a estos últimos. Ella no había estado nunca allí. Las hermanas Halifax se ofrecieron a llevarla y planearon un día de excursión con el Rover y un picnic. Decían que el parque era el único lugar de Northumberland donde estaba garantizado ver picogordos. Grace se había sentido tentada, pero cuando Cynthia murmuró algo acerca de su herencia, lo rechazó.

Mirando desde las alturas, no sintió ninguna conexión con la casa. No le habría gustado vivir allí. La amargura de su padre parecía absurda y habría preferido que no la hubiera arrastrado con él.

Inició el largo camino de regreso a Baikie's de mala gana. Detestaba las noches en la casa. No esperaba que fueran así. Sabía que no sería fácil –se lo había dicho a su padre–, pero creía que disfrutaría viviendo con otras mujeres. Esperaba el cómodo compañerismo que había experimentado en la biblioteca de las Halifax. La universidad había sido competitiva, pero lo había achacado a la presencia de hombres. Creía que con tres mujeres compartiendo el mismo conocimiento e interés no habría tensión. Tal vez pudiese hacer una amiga. En cambio, había interrogatorios y desconfianza. Anne Preece era la más entrometida.

–¿No serás una Fulwell? –preguntó en cuanto se conocieron–. ¿De Holme Park Hall?

Se había reído al decirlo, así que Grace no se había sentido obligada a contestar, pero la pregunta la había puesto nerviosa. Desde que llegó a la casa, desde que supo lo ocurrido con Bella, colgada de la viga en el cobertizo, tenía miedo. Únicamente se sentía segura cuando estaba sola en las colinas, e incluso entonces, tenía la sensación de que la seguían.

Cuando volvió a Baikie's era casi de noche. Dudó antes de entrar, y a punto estuvo de dejarse llevar por el pánico y dar la vuelta y marcharse. Olía a comida. Rachael, que estaba en la cocina, debió de oír pasos en el patio porque la puerta se abrió. Grace no sabía qué pensar de Rachael. A veces creía que era más peligrosa que Anne.

–Hola –la saludó Rachael–. Pasa. Empezaba a preocuparme.

Después del limpio ambiente de fuera, el olor a tomates, ajo y queso salteado le revolvió el estómago.

–He preparado una lasaña vegetariana –comentó Rachael–. ¿Te apetece probarla? Hay de sobra. Es un poco tarde para ponerse a cocinar.

–Qué bien. ¡Gracias! –No sabía qué decir.

Hacía frío y se sentaron en los sillones cerca del fuego, con los platos sobre las rodillas. Ninguna se había tomado la molestia de correr las cortinas o encender la lámpara de techo. Anne seguía trabajando en la mesa, con el flexo enfocando sus papeles, así que el resto de la habitación estaba en penumbra, iluminada ocasionalmente por el reflejo rojizo de un tronco ardiendo.

–He estado mirando los resultados de tu estudio –confesó Rachael.

Grace sintió que se le encogía el estómago otra vez. Pinchó la comida con el tenedor.

–¿Sí?

–¡Es increíble! No tenía ni idea. Este valle debe de tener la mayor densidad de nutrias del condado. O de todo el norte de Inglaterra.

–No sé qué decirte. Creo que se las subestima, por lo general.

–Cuando esto termine deberías plantearte publicarlo.

Grace levantó la cabeza, sorprendida de que Rachael fuera tan insistente.

–¿Sí?

–Si no lo haces tú, lo hará otro. Tú has hecho el trabajo. Deberías llevarte el mérito.

–Supongo que sí. –Sin embargo sabía que nunca presentaría aquellas cifras al escrutinio de los científicos. Recogió los platos y los llevó corriendo a la cocina, para que Rachael no viera lo poco que había comido.

Cuando volvió a la sala, Anne se había levantado y estiraba las manos frente al fuego.

–He pasado por Correos –comentó Rachael–. Había cartas. Antes no me he acordado de dároslas.

Dio un sobre blanco a Grace. Era la primera carta que recibía desde que había comenzado el proyecto y las otras dos la miraron, esperando a que la abriera. Pero ella la dobló por la mitad para que le cupiera en el bolsillo de sus vaqueros.

Anne se mostró igual de reservada con una de las cartas que recibió. Rasgó el sobre con impaciencia, como si no pudiera esperar a saber lo que contenía, la leyó por encima y volvió a guardarla en el sobre.

Rachael intentaba concentrarse en la lectura para que no pareciera que estaba espiando, pero Grace sí miró. Vio que la carta estaba escrita a mano, y que el papel tenía un logo corporativo en la parte de arriba. Solo con un breve atisbo se convenció de que era el de Slateburn Quarries. Eso la puso aún más nerviosa, y tuvo la sensación de que allí no podía confiar en nadie.

Más tarde, intentó encontrar la carta. Aquella noche, mientras Anne estaba en el cuarto de baño, lavándose el pelo, Grace registró su bolso y la cómoda en la que guardaba la ropa. Llegó incluso a vaciar el contenido de la papelera en el suelo, pero la carta no estaba por ninguna parte. O Anne la llevaba encima o la había quemado cuando nadie la veía. Esto por sí solo ya la llenó de desconfianza.

A pesar de que estuvo despierta hasta mucho después de que las demás se hubiesen quedado dormidas, Grace no abrió su carta aquella noche. Tenía suficientes cosas en que pensar. Esperó a la mañana siguiente, cuando llegó a lo alto de la colina y podía ver el horizonte en todas direcciones.

La carta era de su padre. Seguía viviendo y trabajando en el restaurante. No le había escrito muy a menudo desde que terminó la escuela, pero aquella era una carta más larga de lo habitual. Cuando estaba en la universidad, Grace era consciente de los estados de ánimo de su padre por la longitud y naturaleza de sus encuentros. Cuando estaba sobrio y feliz, mantenía el contacto con charlas telefónicas, postales con una foto salaz en una cara y en la otra cotilleos sobre Rod y el trabajo, quizá una receta nueva que lo había estimulado. La longitud de aquella carta, incluso antes de leerla, la hizo sospechar que su padre estaba deprimido otra vez y que había bebido. El tono, obsesivo, paranoico, la convenció de ello y aumentó su propia ansiedad.

La carta empezaba con una lista de preguntas sobre Bella. Se había enterado del suicidio y quería saberlo todo. «¿Cómo murió?», preguntaba. «¿Estabas cuando la encontraron?» «¿Están seguros de que se suicidó?»

Al principio las preguntas la extrañaron. ¿Por qué a su padre, aunque estuviera en un estado de ánimo alterado, le importaba tanto la muerte de la esposa de mediana edad de un granjero? Entonces una línea que casi había pasado por alto se lo aclaró. Había escrito, como si estuviera clarísimo: «Seguro que te acuerdas de Bella, en el hospital». Y lo recordó todo. Por primera vez estableció la relación entre la víctima de suicidio y Bella, la paciente, el miembro protagonista de la terapia de grupo de Saint Nicholas. Aunque quizá ya había establecido la relación de manera inconsciente y era por eso por lo que el recuerdo de la estancia de su padre en el hospital había sido el centro de tantas de sus fantasías diurnas. Era un pensamiento inquietante.

La carta continuaba: «En el periódico salió la noticia de su funeral. Me habría gustado asistir. Era amiga mía y me siento muy mal pensando que no le ayudé cuando lo necesitaba. Pero no soporto esos rituales horribles y no habría sabido qué decir a su familia ni a sus amigos. Por eso, he pensado que sería mejor ir a verte a ti ese día. Para no ensimismarme en mis pensamientos. Me gustaría ver dónde acabó Bella. Qué curioso que su vida acabara tan cerca de donde comenzó la mía. Podrías llevarme de excursión. Te enseñaría algunos lugares de mi infancia. No te preocupes por mí. Un amigo se ha ofrecido a acompañarme».

La carta terminaba de un modo raro: «¿Tendrás cuidado, verdad?». La conmovió. No solía preocuparse por ella. Era ella la que estaba siempre preocupada. De todos modos, no se le había ocurrido que a lo mejor no le convenía que la visitara, o que después de aguantar tantas exigencias por su parte no le apeteciera verlo.

Le estaría bien empleado que lo llamara y le dijera que no hacía falta que fuera, dijo en voz alta, pero sabía que no lo haría.

Rompió la carta en muchos pedacitos y los lanzó al aire a puñados, observando cómo el viento esparcía los fragmentos por toda la colina. Después se puso a caminar, fuera de la zona de estudio, hasta que llegó al pueblo de Langholme. Pensaba llamar a su padre desde una cabina, pero por casualidad se encontró con la casa de la fotografía, la casa donde había vivido su padre antes de casarse con su madre.

Era mucho más vulgar de lo que esperaba, en las afueras del pueblo, no muy cerca de la casa grande, aunque se veía Holme Park al final de un sendero largo y recto. Estaba más pulcra, por supuesto, que en aquella época. Las bolsas de basura habían desaparecido. Se preguntó si podría inventar una excusa plausible para mirar dentro, pero entonces llegó Anne Preece, entrometiéndose de nuevo con todas sus preguntas. Parece ser que había estado tomando café en la casa con Livvy Fulwell. Aquello sorprendió a Grace, que no había tenido la impresión de que las dos mujeres se conocieran. Era otra advertencia de que debía andarse con cuidado.

27

El día del funeral de Bella, cuando vio marchar a Rachael y a Anne, Grace se dispuso a esperar a su padre. Para su sorpresa, Edmund apareció andando, caminaba por la pista de Black Law con una pequeña mochila a la espalda. La pista que cruzaba la era de la granja era un camino público y al principio creyó que era un excursionista más. Andaba deprisa, aunque una vez, mientras lo observaba, se volvió para mirar atrás. Parecía nervioso, desasosegado. Grace puso el agua a hervir, porque sabía que su padre querría un café en cuanto llegara, y salió fuera para recibirlo.

–¿No habrás venido caminando desde el pueblo?

–No sé por qué te extraña tanto. Estoy en forma para mi edad.

–No tan en forma.

–De acuerdo –reconoció–. Me han acompañado hasta la verja.

–Deberías haber invitado a tu amiga a tomar un café. –Imaginó que se trataba de una mujer. Rod era su único amigo y su padre todavía resultaba atractivo a las mujeres.

–Se lo he pedido, pero es un poco tímida. Además, tenía cosas que hacer. Me esperará más tarde en el mismo sitio.

Lo hizo entrar en la casa. Suponía que haría algún comentario sobre el desorden de la cocina, pero estaba demasiado distraído para criticar.

–Había visto la casa de lejos, pero nunca había entrado. Es un poco primitiva, ¿no? Pero me imagino que a ti te da igual, ¿no, Gracie? Estás acostumbrada a la falta de comodidades.

En la mochila, cuidadosamente envueltas, llevaba galletas caseras para tomar con el café y un flan de espárragos para el almuerzo.

–Pero nada de alcohol, Gracie. Puedes creértelo.

Entonces Grace pensó que todo iría bien. Al leer su carta, había pensado que habría lágrimas. Una escena. No estaba segura de poder soportarlo. Él insistió en que le enseñara la casa y todo el rato estuvo haciendo preguntas, para la mayoría de las cuales ella no tenía respuesta. Le preguntó por Bella y Dougie y cómo se las arreglaban. Por Constance Baikie y la fundación, y por los estudiantes que se hospedaban allí y las investigaciones que realizaban.

Puso la mesa en la sala para almorzar. Su padre creía que la comida debía tomarse en serio. Detestaba las comidas informales.

–No parece que te alimentes bien –observó, bromeando solo a medias.

Grace hizo lo que pudo para comerse el flan. Casi todo.

–Quiero ver dónde vivía Bella –declaró.

–Ya lo has visto. Has pasado frente a la granja al venir.

–Quiero verlo bien.

Grace se encogió de hombros. No merecía la pena discutir. Se quedaron de pie en la era vacía; la casa a un lado y al otro el cobertizo donde Bella llevaba a las ovejas para parir. Era un día soleado y ventoso. Sombras de pequeñas nubes volaban sobre la colina. Edmund fue al cobertizo, abrió la parte de arriba de la puerta y miró dentro. Había rediles de madera, una pila de paja mugrienta. Se volvió con rapidez.

–Quiero entrar en la casa –dijo.

–No puedes. Está cerrada.

–Tendrás la llave. Para una urgencia.

–La Policía lo cerró todo cuando se llevaron a Dougie.

–Necesito ver dónde vivía. No paraba de hablar de este sitio, pero nunca llegué a venir.

–¿Seguisteis en contacto? –No tenía ni idea.

–Algunos del antiguo grupo nos vemos de vez en cuando. Para darnos ánimos, apoyarnos; funciona.

–Estoy segura de que sí. –Aún tenía episodios de depresión pero nunca había tenido que volver a ingresar en Saint Nick's.

–Por eso puedes entender que tengo que entrar.

–Lo siento –replicó, empezando a perder la paciencia–. No es posible. Te he dicho que no

tengo la llave.

–Entonces tendremos que entrar por la fuerza.

–¡No seas tonto! –gritó Grace, acercando la cara a la de su padre para intentar hacerle entrar en razón–. ¿Crees que no te van a descubrir? ¿Y no te parece que ya me arriesgo bastante?

–Sí, claro. Perdona. –Parecía a punto de llorar–. Es que no te das cuenta… Tendrías que haber experimentado esa clase de desesperación. Además, me siento responsable. Tendría que habérmelo imaginado.

–¿Cuándo fue la última vez que supiste de ella?

–Hace un mes quedamos unos cuantos en el restaurante. Rod me deja cocinar para ellos a veces cuando está cerrado al público. Y la llamé por teléfono la semana antes de que muriera.

–¿Por qué?

La pregunta le molestó.

–Es personal. No quiero hablar de ello.

–La Policía podría querer hablar contigo. Rachael dijo que intentaban localizar a personas que pudieran saber por qué se había suicidado.

–¿Rachael?

–Rachael Lambert. Es la jefa del proyecto. Bella era amiga suya.

–No sabía que Bella tuviera amigos aparte de nosotros.

Pobre Rachael, ella que creía que eran más íntimas que madre e hija, pensó Grace. Y Bella ni siquiera la había mencionado.

–En fin –expuso Edmund de repente–. No quisiera tener nada que ver con la Policía. A Bella no le gustaría. Había dejado todo eso atrás hacía mucho tiempo.

–¿El qué?

Edmund sacudió la cabeza y se volvió. Dio la vuelta a la casa, mirando por todas las ventanas, haciendo visera con la mano de vez en cuando y apretando la frente contra el cristal para protegerse de los reflejos de la luz en los ojos.

–No sé qué esperas encontrar.

–No puedo saber qué pasaba aquí –dijo, como si no la hubiera oído–. ¿Cómo estaba?

–¡Y yo qué sé! –saltó Grace. Le parecía morbosa aquella forma de espiar la casa de una mujer muerta, y sentía desasosiego por si Rachael o Anne regresaban antes de tiempo y los pillaban–. Se suicidó la noche antes de que llegara yo.

–Sí –murmuró Edmund con resentimiento, como si Grace fuera responsable de ello, y su inminente llegada hubiera sido el desencadenante del suicidio de Bella.

–¿Volvemos a casa? –Grace le acarició el brazo en señal de paz–. Aquí no podemos hacer nada más y hace frío.

Lo guio de vuelta a Baikie's. Él entró sin protestar, y se sentó en silencio mientras Grace preparaba té. Miró su reloj.

–Pronto tendré que marcharme. Ella ha dicho que me esperaría a las cinco. –Ella. Sin nombre. A lo mejor ni siquiera se acordaba. Después de Sue intentaba no comprometerse demasiado.

–Te acompañaré un trecho.

–No –dijo, y Grace pensó que quizá se lo había inventado. Quizá no quería reconocerlo frente a su hija–. Te he dicho que es tímida.

–Me despediré aquí, pues. –Se miraron incómodos en la cocina empantanada.

–¿Cómo va? –preguntó él intentando hacer de padre. De repente parecía no tener ganas de marcharse–. ¿Cómo tienes el proyecto?

–No es fácil hacer lo que me pediste.

–No, bueno, lo entiendo. Pero tú tampoco la querrías. Una cicatriz enorme en la colina. En mi tierra. –Dudó, la miró con intensidad–. Nuestra tierra.

–No estoy segura de que sirva para nada.

–¿A qué te refieres?

–Unas cuantas nutrias. Qué importan en comparación con todo ese dinero, todos esos empleos. ¡Es lo que dirá la gente!

–Más de unas cuantas. –Edmund volvió a callar–. Según tu estudio, al menos. Una cantidad significativa. Es lo que me prometiste.

–No sé si podré mantenerlo. Rachael ya ha empezado a cuestionar mi recuento.

Además, no sé mentir, pensó. Cuando se trata de ciencia, de lo importante.

–Haz lo que puedas, ¿de acuerdo? Por mí.

–Sí, bueno, aunque es estresante.

–Lo sé. –Pero lo cierto es que no tenía ni idea. Como un niño malcriado, no reconocía nada más que sus propias necesidades, su propio malestar–. Oye, tengo que irme.

–No la hagas esperar –dijo Grace con sarcasmo.

–No.

Salió con él pero siguió en dirección contraria, hacia la vieja mina. No quiso volverse para despedirse con la mano. Se sentó entre los restos de la mina, cerca del riachuelo, que parecía muy veloz y hondo en el canal, y de nuevo se dejó llevar por la melancolía. Sabía que era peligroso: aquella obsesión, aquel deseo de encontrar sentido y conexión. Casi creía que todos los sucesos que la angustiaban estaban conectados en una elaborada telaraña: la muerte de Bella, la hostilidad de Anne, la cantera, la persona que parecía seguirla. Y ella era la araña en el centro de todo, la causante de lo que sucedía sin entender el porqué.

Por la longitud de las sombras proyectadas por el edificio de la mina se dio cuenta de que era tarde. El trayecto de vuelta a la casa bajo la luz anaranjada del atardecer, el ejercicio, la relajó, y se le ocurrió que quizá estuviera enferma, como su padre. También podía ser que fuera paranoica; había leído que aquellas enfermedades podían ser hereditarias. En lugar de asustarla, la idea la reconfortó. Podría hablar con alguien. Tratarse. Lo más seguro es que no corriera ningún peligro físico. Todo estaba en su cabeza.

Mantuvo esta idea clara en su mente durante dos días, el tiempo suficiente como para enviar una nota a su padre pidiéndole que solicitara hora con su médico en Saint Nick's, y una carta a Antonia Thorne. La carta era poco concreta. Todavía no se sentía lo bastante segura como para comprometerse por escrito. Solo decía que estaría bien que hablaran. Había algo que le preocupaba. Fue a Langholme con Rachael para enviar las cartas. Aunque estuvieran cerradas no le apetecía dejarlas en manos de nadie.

28

Grace solo fue al pub con las otras para utilizar el teléfono público de Langholme. No es que tuviera una actitud puritana en contra de que las personas se reunieran para beber, pero sí detestaba la intimidad de la multitud, los empujones en la barra, el aliento de los desconocidos en el cogote. Había salido algunas veces con compañeros de su residencia en la universidad para no parecer una engreída, y los bares de estudiantes siempre estaban abarrotados y eran ruidosos. Edmund nunca le había propuesto ir al pub. Cuando bebía lo hacía en serio, solo y en su cuarto.

Rachael debió de prever que Grace ofrecería resistencia.

–Órdenes de la jefa del proyecto. Tienes que venir –recalcó, cuando propuso la salida–. Nos sentará bien a todas salir de aquí un rato.

Así que subieron al cochecito de Rachael y fueron a Langholme de noche. Grace no estaba muy tranquila dejando su trabajo en Baikie's; con la granja vacía cualquiera podía entrar, pero las otras dos dijeron que era absurdo. ¿Quién iba a conducir hasta allí para robar un montón de papeles y un par de prismáticos? Y entendió que quizá fuera una tontería. Con un poco de ayuda sería capaz de verlo por sí misma.

Esperó hasta que fue casi la hora de cerrar para llamar a su padre desde la cabina de la calle. En el poco rato que estuvieron en el pub, Anne bebió cuatro ginebras y flirteó con los chicos jóvenes en la barra.

Grace oía ruido de platos y notaba la concentración vacilante de su padre.

–¿Qué? –gritó–. ¿Has recibido mi carta?

–Sí.

–¿Me has pedido hora?

–No seas tonta. Eres la persona más cuerda que conozco. No necesitas ir a un psiquiatra.

Fue entonces cuando se dio cuenta de cuánto había confiado en que el médico le ofreciera una vía de escape. Se quedó en la cabina, separada del pub por la calle. Pasó un camión, deslumbrándola con sus faros, haciendo vibrar los pequeños cristales de la anticuada cabina.

–¿Papá? –Había perdido la concentración y temía que le colgara.

–Sí.

–No puedo seguir con esto, papá.

–Claro que puedes. No falta mucho, ¿no?

–Falta demasiado. No te imaginas cómo es.

–Hazlo por mí. Aguanta un poco por mí. Como un equipo, trabajando juntos.

Se oyó un grito al fondo, un estrépito de platos y, sin despedirse, su padre colgó.

Grace se quedó un buen rato donde estaba, atrapada en la cabina. No podía enfrentarse a Rachael o a Anne en aquel pub lleno de humo. Temía echarse a llorar, no de tristeza, sino de confusión. No sabía qué hacer y antes siempre había sido capaz de tomar decisiones. Entonces un viejo borracho salió del pub y cruzó la calle dando tumbos hacia ella, iluminado por una única farola que quedaba al final de la calle. Grace abrió la puerta y salió corriendo. Se cruzó con él en la calzada, pero no pareció verla.

En el pub Anne volvía a estar en la barra.

–Sí que has tardado –señaló Rachael.

–No conseguía línea.

Entonces Rachael le dijo que Anne pensaba instalarse en el trastero.

–Creo que necesita intimidad –opinó disculpándose.

–¿Por qué? –preguntó Grace–. ¿Qué está tramando?

Era su forma de advertir a Rachael, pero esta la miró de un modo raro y cambió de tema, así que por un momento Grace se preguntó si estaban trabajando juntas, si había una conspiración contra ella.

Me estoy volviendo loca, pensó. Como mi padre.

Al día siguiente, Rachael salió temprano. Dijo que había quedado con Peter y el promotor. Grace, que no había dormido mucho, estaba levantada antes que ella, e intentó hablar con

normalidad. Preparó café para Rachael, vio que el coche se alejaba, con el motor rugiendo en la subida. Entró en la casa y puso pan en la parrilla para hacer una tostada, pero no se la llegó a comer porque apareció Anne, todavía con la bata y con el pelo envuelto en una toalla.

–Ya me iba –informó Grace rápidamente–. No volveré hasta la noche. Puede que sea tarde.

Anne debió de ver el pan tostándose en la parrilla, pero solo se encogió de hombros y asintió.

Fue al mediodía cuando Grace se dio cuenta de que había salido con tantas prisas que había olvidado dejar los detalles de su ruta del día. No quería dar a Rachael más motivos para escrutar su trabajo y decidió volver. Creía que a aquella hora Anne estaría en su zona de estudio.

Había un coche aparcado frente a la casa y por un momento Grace desconfió. No era el coche de Peter Kemp y nunca tenían otras visitas. Entonces volvió a pensar que estaba loca. Quizá fuera de alguien que estaba viendo la casa y los terrenos de Black Law, un tasador o un agente.

En cuanto entró en la cocina oyó ruidos en la otra habitación, roces, chirridos. Sin pensar abrió la puerta de la sala y miró dentro. Olía a comida, a pescado ahumado y a fruta madura, lo que la mareó un poco. Vio a Anne Preece echada en el suelo con un hombre encima. El trasero desnudo de él estaba elevado, los pantalones arrugados por los tobillos, tan parecido a la pose de una postal indecente que por un momento pensó que era una broma. La forma de Anne de vengarse de ella. Pero Anne no se reía. Desde debajo del hombre, pero de cara a la puerta, vio a Grace y se quedó a cuadros. El hombre tuvo que girarse para verla. Al mismo tiempo se subía los calzoncillos con una mano e intentaba no caerse con la otra. Fue una gesta gimnástica considerable. En cuanto se volvió, Grace reconoció la cara del hombre. Edmund le había mandado recortes de periódico sobre el proyecto de Black Law y Godfrey Waugh aparecía en ellos. Grace lo miró un momento y después retrocedió y cerró la puerta.

Así que Anne había estado confraternizando con la parte contraria todo el tiempo. Al menos eso no habían sido imaginaciones suyas. Mientras cavilaba qué hacer con la información, arrancó una página de su cuaderno y apuntó los detalles de su ruta de aquella tarde.

Se abrió la puerta y entró Anne, no tan segura de sí misma, sino aturdida y respetuosa. Tan insegura, intuyó Grace, como ella. Al ver a Anne Preece, Grace decidió no informar sobre la aventura de su compañera a su padre. Algo tendría que hacer al respecto, pero no de aquella manera. Odiaba la idea de que Edmund se regocijara, paladeando los detalles en su boca como si saboreara un brandy caro.

Así que, cuando Anne le habló de la esposa de Godfrey y su hija, la tranquilizó.

–No te preocupes. No diré nada.

Habló despacio y con firmeza. Quería que Anne la creyera. Y debió de creerla porque sonrió agradecida.

–Esta noche prepararé la cena. Cocinaré un plato con el que te chuparás los dedos.

Grace estuvo a punto de recordarle que era vegetariana, pero se contuvo. Aquel era un gesto de reconciliación y no quería estropearlo. Ya tendrían tiempo para ser sinceras más adelante.

–Me voy. –Fue todo lo que dijo, y sonrió–. Os dejo a lo vuestro.

Mientras caminaba por la pista hacia la mina abandonada, se sintió mejor de lo que se había sentido desde que su padre la metió en aquel lío.

Segunda Parte

29

Volvían a estar en Baikie's. Esperando. Allí seguía el mismo fuego humeante, el mobiliario de siempre cubierto de polvo, el zorro apolillado mirando lascivamente desde su urna de cristal manchada.

Pero esta vez estaban sentadas, tan cohibidas y tensas como actores en una obra de aficionados, y por eso la habitación parecía diferente. Un escenario dispuesto para un *thriller* gótico. Para dos personajes. Se miraban esperando que sucediera algo que hiciera avanzar la acción.

Les habían asignado una policía joven que hacía lo que podía para animarlas. La llovizna se había transformado en aguacero. La agente miró la lluvia que se deslizaba por las ventanas y dijo, en tono alegre, que era afortunada de trabajar a cubierto. No envidiaba al resto del equipo que seguía fuera, en la colina. Había quedado aquella noche con un chico que era guapo a más no poder y no quería pensar cómo le habría quedado el pelo después de estar todo el día al aire libre.

Rachael se volvió para responder, pero de pronto oyeron una voz en la cocina, una voz muy distinta, dura y autoritaria.

–No me vengas con esas, Joe. Sal ahí fuera y encárgate.

Joe debió de obedecer la orden al instante, ya estaría fuera, porque la siguiente pregunta llegó a voz en grito:

–Están aquí, ¿no?

Prevenidas, Anne y Rachael se volvieron para verla entrar. Era una mujer robusta, una buena osamenta cubierta con generosidad, una nariz bulbosa, pies grandes, de hombre. Llevaba las piernas al aire y sandalias de piel. Los dedos, cuadrados, estaban sucios de barro. Tenía la cara enrojecida y llena de manchas, por lo que Rachael pensó que debía de sufrir de algún tipo de enfermedad cutánea o alergia. Llevaba un impermeable de plástico transparente y se quedó quieta, goteando agua de lluvia en el suelo, con los cabellos grises pegados a la frente, como una turista de mediana edad sorprendida por una tormenta repentina en el paseo de Blackpool.

–Un té, por favor –le pidió con determinación a la agente.

Tendió una mano como una pala. Rachael se levantó para estrecharla y se dio cuenta de que la había visto antes. Era la mujer de las bolsas de supermercado que había entrado en la capilla durante el funeral de Bella.

–Vera Stanhope –informó la mujer–. Inspectora. Me verán a menudo. Y a Joe Ashworth, mi sargento, pero de momento está fuera mojándose. Todavía es joven. Menos problemas de artritis. –Miró a Rachael con interés–. ¿La conozco?

–Estaba en el funeral de Bella Furness.

–Es verdad. Nunca olvido una cara. –Sonrió con suficiencia–. Uno de mis puntos fuertes.

–¿Por qué fue al funeral? –preguntó Rachael.

Por un momento la inspectora pareció ofenderse por la temeridad de Rachael que osaba hacer una pregunta.

–Fue algo personal. Nada que ver con el trabajo. –Después, aunque no pareciera la clase de mujer a quien le importa haber sido grosera, añadió con más amabilidad–: Conocí a Bella hace muchos años.

–¿De qué la conocía?

–Ya se lo he dicho. –El tono de Vera fue cortante–. Es personal. Y su compañera está ahí fuera con una cuerda alrededor del cuello. Ahora lo importante es solucionar esto, ¿no le parece?

No estoy segura, se dijo Rachael. La muerte de Grace la había impactado, pero en su estado actual de desapego no la sentía como una pérdida personal. Sin duda, no consideraba a la zoóloga una «compañera». Grace había pasado por sus vidas en Baikie's con tan poco contacto emocional que era difícil pensar ahora en ella como si hubiera estado viva. Era casi como si su muerte fuera inevitable, como si hubiera avanzado hacia ella desde el momento de su llegada.

Vio que Vera Stanhope esperaba una respuesta.

–Sí –contestó–. Por supuesto.

Miró a Anne. Normalmente habría esperado una respuesta aguda a una observación como esa, pero Anne parecía muy afectada y seguía sin despegar la mirada del fuego.

–¿Quién fue la última persona que la vio con vida? –preguntó Vera.

Anne se levantó para hablar.

–Yo –respondió–. Supongo. –Calló–. Rachael estaba en una reunión en Kimmerston. Grace salió al campo. Yo me quedé para poner los resultados al día. Si no se encontró con alguien mientras estaba fuera…

–¿Es probable?

–Depende de adónde fuera. Uno de los guardas de Holme Park pudo verla desde la colina. O un excursionista. A veces iba caminando hasta Langholme. Allí sería más fácil que se encontrara con alguien, supongo.

–¿A qué hora la vio?

–A la hora de almorzar. A la una y media.

–¿Salió a esa hora o volvió a la casa para comer?

–No –repuso Anne–, no comía mucho. Se marchó temprano y volvió para dejar los detalles de su ruta de la tarde. Es una norma de seguridad.

Vera se había quitado el impermeable y lo había colgado de la urna de cristal que contenía el zorro disecado, pero permaneció de pie. Anne había dirigido su mirada durante aquella conversación al dobladillo desigual del vestido de la inspectora, pero entonces miró a Vera a la cara.

–¿A qué hora la mataron? –le preguntó con brusquedad.

Vera se rio y acabó tosiendo.

–Quién puede saberlo. Nosotros no. Todavía. Y quizá no podamos saberlo nunca con certeza, sobre todo si no comió. Los científicos no hacen milagros, aunque les guste hacernos pensar que sí.

–La encontraron tan cerca de Baikie's que, o bien acababa de salir, o bien estaba volviendo –observó Rachael–. ¿Cree que se dio cuenta de que corría peligro e intentaba llegar a la casa?

Nadie respondió. Vera siguió hablando con su tono pragmático.

–¿Podría haber estado fuera toda la tarde sin que la viera nadie?

–Fácilmente. Aunque estuviera cerca del sendero. A mediados de semana y con este tiempo no habría muchos excursionistas. – Rachael miró a Anne–. ¿No fuiste por allí? Dijiste que querías tomar muestras cerca de la mina.

–No. No salí en todo el día. Quería ponerme al día con las anotaciones y el trabajo de despacho, como he dicho.

–Debiste de salir a comprar –insinuó Rachael, pero se detuvo, consciente de que sonaba inquisitoria, de nuevo como la directora de la escuela, y consciente también de que la inspectora podía sacar conclusiones que no debería. Siguió sin convicción–: Me refiero a los ingredientes del guiso y al vino.

–Sí, pero eso fue antes. Por la mañana, antes de que Grace volviera.

–Por el cuaderno de notas de Grace podríamos saber a qué hora la mataron –informó Rachael–. ¿Lo llevaba encima?

Vera ignoró la pregunta.

–¿En qué nos ayudaría?

–Hacía recuentos temporales. Debió de apuntar la hora en que empezó el último.

Vera se sentó en el sillón. Lo acercó más al fuego. El barro de sus pies había empezado a secarse en tiras grises. Aquel día no llevaba encima bolsas de plástico, sino una gran cartera. La piel era tan blanda que la forma se había perdido, las correas se habían enrollado y parecía una saca de Correos. Sacó un cuaderno de tapas duras y apuntó algo.

Cruzó las piernas ofreciendo a Rachael un atisbo de carne blanca y fofa y se inclinó hacia delante con los codos apoyados en las rodillas. Su cara adquirió una expresión más seria. Ya estamos, pensó Rachael, ahora vienen las preguntas de verdad. Pero Vera Stanhope, a pesar de su insistencia anterior en que no debían olvidar que Grace yacía estrangulada en la colina, se puso a hablar de sí misma. Y lo hizo como si contara un cuento de hadas, hasta el punto de que Rachael no estaba segura de que fuera cierto.

–Cuando era pequeña –empezó– solía venir a pasar temporadas en esta casa. De vez en cuando. Me traía mi padre. Solo tenía a mi padre. No llegué a conocer a mi madre. Murió durante el parto. No es muy agradable, la verdad. Es como si nacer fuera un delito. O al

menos un acto violento. Podría decirse que me interesé por el crimen desde el principio. La profesión me eligió a mí. –Sabía que estaban estupefactas, pero sonrió con malicia. Vio que las tenía cautivadas. Rachael pensó que le gustaba desconcertar.

»Por aquel entonces Connie Baikie vivía aquí. Connie era gorda y escandalosa. Parecía más una actriz que una científica. Una auténtica diva. No sé qué habrán oído decir de ella, pero todo es cierto, porque en su época era famosa. Tan conocida como Peter Scott. Mi padre la adoraba. Él también era naturalista; solo un aficionado, pero muy respetado. Era maestro de profesión. No creo que fuera un gran maestro. Sé por experiencia que los niños le parecían tediosos y que su amor auténtico fue siempre la historia natural.

»Bueno. Imagínense la escena. La situación. Un hombre de mediana edad, solo, con una niña pequeña. Una niña frágil que sufría alergias: asma, eccema. Psicosomático, sin duda, pero muy real en su momento. ¿Permitió él que eso le impidiera hacer su vida? Por supuesto que no. Era un obseso. Hasta que no tuve edad para quedarme sola me arrastró a todas partes. Caminé kilómetros por estos alrededores, muchos kilómetros. Aprendí a callar y a estar quieta.

»Después, de vez en cuando, llegaban los estupendos fines de semana que nos invitaban a pasar en Baikie's. Había música y baile en el césped. Farolillos y hogueras, dulces y galletas, y otros adultos que me cuidaban. Damas con vestidos de seda y abrigos de pieles que olían a perfumes exóticos. Incluso las conversaciones sobre plantas, mariposas y animales parecían más emocionantes aquí. Fuera como fuera, se convirtiera en lo que se convirtiera, Constance Baikie sabía montar un buen espectáculo.

Calló de pronto y las miró. Su tono y su humor cambiaron.

–Supongo que piensan que soy rara –declaró–. Excéntrica. Incluso que hablo de mi pasado para impactarlas. No se trata de eso, y si tengo fama de excéntrica, también la tengo de obtener resultados. No podrían contar con nadie mejor. –Calló–. Esta no es mi anécdota para las fiestas, no se la cuento a todo el mundo. Se la cuento para que vean que entiendo lo que pasa aquí. Y no he perdido el contacto. No lo crean. Viví con mi padre cuarenta y cinco años. Viví con listas y notas y dibujos. Murió hace un año, pero sigo en la misma casa. Las revistas científicas todavía aparecen en el felpudo cada mes porque no he tenido tiempo de anular las suscripciones y a veces las leo. Algo se me debe de haber pegado. Nunca compartí su pasión, pero, en ocasiones, casi llego a entenderla.

Se apoyó en el respaldo del sillón y cerró los ojos. El silencio duró tanto que Rachael pensó que se había dormido, y se las imaginó a ella y a Anne sentadas allí durante horas, demasiado avergonzadas para moverse. Pero entonces, con los ojos todavía cerrados, Vera habló:

–Así que explíquenme qué están haciendo aquí. Quiero saberlo todo del proyecto y de la parte que le correspondía a Grace en él. Explíquenme hasta dónde ha llegado el estudio. Qué esperaban encontrar y los resultados que han obtenido. Cuando salgamos de esta habitación sabré tanto como ustedes de la muchacha. Van a contarme todo lo que les pueda haber dicho. De su trabajo, de sus amigos, de su familia. Todo.

Hubo una pausa hasta que intervino Anne, recuperando por un momento su antiguo espíritu.

–Estupendo, entonces. No tardaremos mucho. Y yo que creía que nos iba a llevar todo el día...

30

Aquel día Rachael y Anne recibieron presiones varias para abandonar Baikie's. Primero, en una muestra de devoción conyugal sin precedentes, apareció Jeremy para llevarse a Anne a casa. Al menos fue para lo que dijo que había ido.

Era por la tarde cuando llegó, pero la lluvia y las nubes bajas hacían que pareciera una noche de invierno. La chimenea había estado encendida todo el día, lo mismo que las luces. Vera, exasperada, pensó Rachael, por la escasez de información que recogía, las había dejado en manos de su sargento. En una de las extrañas coincidencias que caracterizaron aquel día, Rachael lo reconoció. Era Joe Ashworth, el tímido joven que había estado en Black Law la noche del suicidio de Bella. Mientras hablaba con ellas miraba de vez en cuando hacia la ventana sin cortinas.

–Se hace raro, ¿verdad? Sin farolas –opinó.

Rachael veía que aquella oscuridad lo ponía nervioso.

Llevaba una copia de las notas del cuaderno de Grace. La Policía no había proporcionado el cuaderno en sí.

–La inspectora Stanhope pensaba que podían significar algo para ustedes –informó–. Para nosotros es evidente. El último recuento se tomó entre las diez y las doce.

–Y esto son las referencias a la cuadrícula –explicó Rachael, señalando por encima del hombro del policía–. Si mira el mapa podrá localizar el lugar donde contaba.

Desplegaron un mapa a gran escala en el suelo. Anne siguió el garabato azul del arroyo con el dedo, se paró en el borde de una población señalada con grandes cuadrados negros.

–Debió de caminar hasta Langholme –observó–. El Skirl corre justo por el fondo de mi jardín. Mirad, aquí está la Abadía. Pero no había recuentos de la tarde.

Y entonces, como si la mención de la Abadía lo hubiera convocado, apareció Jeremy en la habitación, acompañado por un agente uniformado. Se quedó en el umbral y Anne lo vio como debían verlo los demás. Un hombre menudo, atildado y cuyos cabellos clareaban, con la cara redonda y fresca de un bebé recién bañado. A pesar de llevar vaqueros y una camisa de algodón a rayas, lograba parecer elegante. Para Anne y sus amigos siempre había sido más bien cómico, pero últimamente percibía algo más en él. Una desesperación que podría haber despertado su compasión si se lo hubiera permitido.

Para frenar la posibilidad de compasión, se burló de él.

–¡Por Dios! ¿Se puede saber qué haces aquí? Nunca me habría imaginado que supieras llegar.

Pareció ofendido, y le recordó a algunos niños pequeños de la escuela de su padre, los que lloraban en secreto y se meaban en la cama. Pero, por suerte, el momento pasó y Jeremy hizo una virtuosa demostración de indignación, mirando de soslayo alrededor para comprobar si tenía la simpatía de los demás.

–La verdad es que vivo en Langholme desde hace más tiempo que tú. Que no me apetezca corretear todos los días por el monte no significa que no sepa ir a todas partes. Y para que te enteres, he venido porque estaba preocupado.

Ella respondió en el mismo tono jocoso.

–No es propio de ti, Jem. –Luego, más en serio, añadió–: ¿Cómo lo has sabido?

–Porque el teléfono ha estado sonando cada media hora. No paraban de llamar para darme el pésame. En el pueblo se decía que la víctima eras tú.

Anne sintió un deseo irrefrenable de reír, fruto de una histeria que llevaba acumulando todo el día.

–¿Cómo has sabido que no era yo?

–Al principio no lo sabía. Pero al menos sabía que erais tres. Por lo visto, no lo sabía nadie más.

–Oh, Jem –dijo Anne–. Lo siento.

–La mujer del vicario ha traído un pastel esta tarde. Pero yo ya había llamado a la Policía y sabía que estabas sana y salva. –Calló–. Se ha llevado el pastel.

Anne pensó que a él le habría encantado el papel de viudo afligido. Que fueran las visitas y lo mimaran. Siempre le habían gustado los funerales. Y Anne tenía un seguro de vida. Su muerte habría resuelto todos sus problemas económicos. Quizá cuando llamó a la Policía para saber quién había sido la víctima lo decepcionó que le dieran otro nombre. Quizá eso explicaba el ligero aire de melancolía, la inseguridad tensa.

–¿Qué dicen ahora por el pueblo? –preguntó Joe Ashworth.

–¿A qué se refiere?

–Estarán chismorreando. ¿Saben quién era la chica?

–Qué tontería –interrumpió Anne–. Por eso ha venido, ¿no, Jem? Para descubrir esos detalles jugosos. Es peor que una vieja cotilla. ¿Quién te lo ha propuesto? ¿Ethel Siddon, de Correos?

Pero incluso mientras lo decía pensaba que por una vez en la vida los chismes no eran lo más importante que tenía su esposo en la cabeza.

–¡No! –Volvía a estar indignado. En un tono calmado, casi suplicante, añadió–: He venido para llevarte conmigo a la Abadía y poder vigilarte. No puedes quedarte aquí con un loco suelto.

–Me tomas el pelo o qué. ¿Tú, vigilarme? ¿Quién te ha metido esa tontería en la cabeza? No se te ha ocurrido a ti.

–Al menos esta noche –insistió él–. Tenemos que hablar de ello.

–No. –Porque entonces pensó que el asesinato no era más que una excusa para llevarla a casa. Si él quería hablar, sería de sus propios problemas, de algún lío en el que se había metido. Jeremy necesitaría un gran incentivo para hacer el papel de macho protector. Para mortificarlo, siguió hablando con toda la mala fe de la que fue capaz–. ¿Por qué no dices la verdad, Jem? Te da miedo estar solo en la Abadía.

Vio en su casa un reflejo de pánico. El del colegial convocado al despacho del director. ¿De qué tienes miedo?, pensó. Estuvo a punto de picar y marcharse con él, pero la irritación volvió. Había aceptado ser su esposa, por el amor de Dios, no su niñera. Ese no había sido nunca el trato.

–¿No volverás conmigo?

–No –contestó alegremente–, por supuesto que no. Todavía tengo trabajo que hacer. Pero tú puedes irte a Londres si tienes miedo. A mí me da igual.

–No puedo. Estaría todo el tiempo preocupado por ti. No lo pasaría bien.

Pero se animó solo de pensarlo. Anne le había proporcionado una vía de escape.

–¿Conocía a Grace Fulwell? –preguntó Joe Ashworth.

–No.

–¿No coincidieron nunca?

–No. –Parecía impaciente, deseoso de marcharse.

–¿Ayer estuvo en casa?

–Todo el día. Suelo trabajar desde casa.

¿Pero qué haces?, pensó Anne. Todos esos proyectos y planes, ¿en qué acaba todo?

–La señorita Fulwell estaba supervisando el arroyo al fondo de su jardín. Una mujer joven y delgada con impermeable y botas de montaña. ¿La vio?

–Claro que no. No soy como mi mujer, sargento. No disfruto con el ejercicio vigoroso porque sí. No salgo a caminar.

–¿Puede ver el arroyo desde la casa?

–En esta época del año en que los árboles tienen hojas, no.

–¿Desde el jardín?

–Es posible. Pero el jardín es el dominio de Anne. Yo no salgo nunca. Excepto quizá en las noches calurosas de verano, a beber una copa de Chardonnay antes de cenar.

31

Edie no fue tan fácil de frenar como Jeremy. Rachael corrió bajo la lluvia hasta Black Law para telefonear, impulsada por el comentario de Jeremy sobre aquellos chismes dudosos. No quería que Edie oyera en las noticias que una naturalista había sido estrangulada en los páramos de Black Law.

Cuando Rachael le contó lo ocurrido, Edie no propuso que su hija volviera a casa. Su estilo era mucho más sutil.

–Tú eres la que decides, claro –dijo.

–Claro. –El sarcasmo se había convertido en un hábito.

–Pero de todos modos pensaba proponerte que vinieras a pasar unos días en casa.

–¿Ah? ¿Y eso?

–He localizado a Alicia Davison. La directora de Corbin cuando Bella trabajaba allí. Si te quedaras unos días aquí podríamos ir a verla. –Calló. Rachael no respondió y Edie siguió–: Si quieres que vaya contigo, claro. Puede que prefieras verla tú sola.

–No puedo ir a casa. Todavía. Anne está decidida a quedarse y no puedo dejarla sola. Además está el estudio. No está terminado.

–Podrías terminarlo aquí.

–No. Tengo que quedarme.

La Policía debía de haber hablado con Neville Furness porque ocuparon la planta baja de la casa de la granja. Rachael estaba llamando desde el teléfono del dormitorio de Bella. De repente se oyó abajo un ruido de vajilla rota, después una risa explosiva y ovaciones simpáticas. Vera Stanhope gritó pidiendo silencio. Rachael no había oído nunca tanto ruido en casa de Bella, pero pensó que a ella le habría gustado. Habría preparado bocadillos para todos y les habría secado la ropa.

–¿Edie?

–Sí.

–¿Por qué no vienes tú? Anne y yo hemos decidido salir en pareja a hacer el trabajo de campo. Estaría bien tener a alguien que se asegure de que hemos vuelto. Un refuerzo extra. Y un día podemos ir a ver a la señorita Davison.

–Puedo cocinar –propuso Edie–. Limpiar. Esas cosas.

–No hace falta que exageres. –Que Rachael recordara, en Riverside Terrace siempre habían tenido mujer de la limpieza a pesar de los principios socialistas de Edie. Costaba imaginársela con guantes de goma.

–Esta noche Tesco está abierto hasta tarde. Pararé a comprar de camino.

–Te esperaré en la carretera. No lo encontrarías nunca sola de noche.

–Mmm... –Apenas escuchó las instrucciones, estaba demasiado absorta en su lista de la compra. Absorta también, pensaba Rachael, en planificar una estrategia terapéutica para ayudar a su hija a superar el trauma de otra pérdida.

Al volver a Baikie's, Rachael vio que había llegado Peter Kemp. Incluso en la penumbra reconoció el Range Rover reluciente aparcado junto al cobertizo del tractor.

Él también, pensó. Otro que viene a convencernos para que hagamos las maletas y huyamos. Supongo que no haría ningún bien a su reputación perder a otra empleada.

Se había puesto cómodo. Estaba sentado en el brazo del sillón donde estaba sentada Anne, con las largas piernas estiradas hacia el fuego. Como si fuera el dueño de la casa. Una botella de whisky, que debía de haber traído él, estaba sobre la repisa de la chimenea, y tenía un vaso en la mano. Cuando vio a Rachael, se puso de pie y fue a abrazarla, pero ella se apartó torpemente.

–¿Qué haces aquí? –preguntó.

–Me han hecho venir.

–¿Qué quieres decir?

–Ha llamado una inspectora… –Calló, esperando que reconociera la referencia. Cuando Rachael frunció el ceño impaciente, siguió–: La inspectora Stanhope. Una mujer extraña.

¿Crees que está en sus cabales?
–¿Te ha pedido que vinieras a estas horas de la noche?
–No exactamente. Podías haberme comunicado lo que le había pasado a Grace… –Eso fue lo más parecido a una expresión de simpatía que obtendrían de él–. La inspectora quiere ver su expediente de empleo. Le he explicado que éramos una organización informal, pequeña, y que Grace trabajaba por contrato, pero ha insistido. He traído todo lo que he encontrado.
Sacó una carpeta de la cartera y blandió tres o cuatro fotocopias. Rachael reconoció el formulario para el puesto de trabajador de campo temporal, una referencia del Departamento de Protección de las Nutrias de Escocia, simples detalles sobre el sueldo, un número de cuenta corriente y una dirección.
–¿No podías dejarlo en la comisaría de Kimmerston?
–Supongo que sí. –Le sonrió como un adulto siguiendo la corriente a un niño agresivo y le sirvió un whisky–. Pero me ha dicho que estaba aquí y que era urgente. Además, quería ver cómo estabais.
–No nos han permitido salir al campo para seguir trabajando, de modo que no tenemos datos nuevos.
–No me refería a eso. –Entonces vio que ella bromeaba–. Claro que no. ¿Cómo estáis?
–Alucinadas –contestó ella–. ¿Qué esperabas?
–¿Qué planes tenéis?
–Terminar el estudio.
–¿Crees que es prudente...?
Anne lo interrumpió si no acaba la pregunta.
–No nos van a asustar para que nos marchemos, si es lo que piensas. No vamos a huir para dejar vía libre al promotor.
–¿Eso es lo que cree que está pasando?
Era Vera Stanhope, de pie en el umbral, en penumbra. Debía de haber entrado por la cocina. Para ser tan gorda se movía con sigilo. Rachael se imaginó que tenía práctica de cuando acechaba animales con su padre. Por lo visto, la habían adiestrado para que se estuviera quieta y escuchara.
–Bueno –insistió Vera–. ¿Cree que el asesinato de Grace Fulwell ha sido un acto corporativo de intimidación para ahuyentarlas antes de que encuentren algo significativo? ¿Algo que pudiera convencer al inspector del Departamento de Medio Ambiente para detener el proyecto?
–No –repuso Rachael–. De haber habido algo especial ya lo habríamos descubierto. –Miró a Anne esperando confirmación–. ¿No crees?
–Puede ser.
–Pero existe la posibilidad de que algo se les haya pasado por alto.
Vera se adentró en la habitación y se detuvo, con las piernas separadas, mirándolos uno por uno. Por un momento, Peter la miró fijamente. Rachael vio un segundo de horror y, pensó: Solo está acostumbrado a las mujeres que se preocupan por su aspecto. Incluso yo lo hice por él. Pero el encanto profesional se impuso y Peter le dio la mano y se presentó, y después le ofreció un whisky, que ella aceptó con una gran sonrisa de gato de Cheshire. Cuando ella repitió la pregunta, la dirigió a él, como si lo reconociera como el experto.
–A ver, señor Kemp, ¿cree que a las chicas se les ha pasado algo por alto?
–Supongo que siempre existe la posibilidad, pero lo dudo. No encontrará mejores trabajadoras en este ámbito que Anne y Rachael.
–¿Y Grace? ¿También era buena?
–Vino muy bien recomendada, como podrá ver en las referencias de su expediente.
–El expediente, sí. Ha sido muy amable trayéndolo. –Miró por encima de su vaso–. ¿Estuvo por aquí en algún momento a lo largo del día de ayer, señor Kemp? ¿Para supervisar su estudio, quizá? ¿Vigilando que sus empleadas no holgazanearan?
Aquella pregunta repentina lo sorprendió.
–No, estuve todo el día en la oficina. En reuniones, como le confirmará mi secretaria.
–Entonces no lo entretendremos más, señor Kemp. Gracias por venir.
Peter vaciló, sin saber muy bien cómo tomarse aquella despedida tan taxativa.
–Pero puede dejar el whisky –siguió Vera–. A las chicas les vendrá bien, sin duda.
Lo acompañó a la puerta y él murmuró algo que Rachael no entendió. Oyeron el rugido del motor diésel alejándose por la pista.
Vera llenó los vasos y se puso cómoda. Rachael esperaba algún comentario sobre Peter,

pero no hizo ninguno.

–Por supuesto, ustedes deciden qué hacer a partir de ahora – comentó Vera, repitiendo casi exactamente las palabras y el significado de Edie, y la misma intención–, pero preferiría que hicieran lo que yo deseo.

–No nos vamos a ir –aseguró Rachael.

Se preguntó cuántas veces más tendría que repetirlo.

–No estaba insinuando que tuvieran que irse. –Vera enseñó los dientes en una sonrisa–. No estoy en condiciones de limitar su acceso a la colina, excepto cuando mi gente esté trabajando, ni de restringir sus movimientos.

–Pero…

–Pero a mis superiores les preocupa su seguridad. ¿Qué sabrán los jefes? Están todo el día metidos en sus despachos con calefacción, son el tipo de hombre que no se aventuraría en un parque sin una brújula y una barrita energética. No entienden qué hacen ustedes aquí. Lo único que ven son dos chicas solas en medio de la naturaleza con un loco suelto. Entenderán mi problema. –Sonrió y continuó–: Me han ordenado que consiga que se vayan. Están en medio, son una distracción innecesaria. Y si algo… –calló–, si algo malo le sucediera a alguna de las dos, la prensa se frotaría las manos.

Vació su vaso y fijó la vista en el fuego un instante, después continuó:

–O sea que tómenlo como una advertencia, ¿entendido? Yo les he dicho que se vayan y ustedes se han negado, de modo que ahora si tienen problemas es responsabilidad suya. No pueden demandar al jefe de Policía.

–¿Por qué le interesa tanto que nos quedemos? –preguntó Rachael.

Sabía interpretar a las mujeres de mediana edad con carácter y sabía que aquello era justo lo que quería Vera.

–No creo que corran ningún peligro –aseguró Vera, expeditiva–. Habrá hombres deambulando por la colina durante semanas. Estarán más seguras aquí que en el centro de la ciudad. ¿Para qué echar a perder semanas de investigación si no es necesario?

–No –replicó Rachael–. Tiene que haber otro motivo.

Vera la miró.

–Olvida que vengo a estas colinas desde que era niña. Quiero tan poco una cantera aquí como ustedes.

Por un momento Rachael se lo creyó, pero enseguida pensó que Vera Stanhope era ambiciosa, tanto como Peter Kemp. Estaba ansiosa por llevar a cabo la investigación con éxito.

–Hay algo más.

–Digamos que no creo que fuera beneficioso para mi investigación que se abandonara su proyecto.

Primero Rachael pensó que Vera estaba dando a entender que ella y Anne eran sospechosas, que le preocupaba que pudieran huir si abandonaban la colina. Pero vio que había otra explicación.

–Cree que el asesino podría volver cuando vea que no hemos abandonado el proyecto. Quiere usarnos como cebo.

Como el cuervo en la trampa, pensó.

Vera aparentó estar profundamente ofendida y dolida por aquella insinuación.

–No podría hacer algo así –afirmó–. El jefe de Policía no lo consentiría.

Pero enseñó los grandes dientes parduzcos en otra sonrisa.

32

Al día siguiente apenas vieron a Vera Stanhope, y las nubes seguían tan bajas que no merecía la pena salir al campo a hacer recuentos. Por la noche Rachael pensaba que otro día encerrada en Baikie's la volvería loca, y aceptó la propuesta de Edie de visitar al día siguiente a Alicia Davison, la directora de la escuela donde hacía tiempo, según los papeles encontrados en Black Law, Bella había ejercido de maestra. Edie fue a Black Law a hacer unas llamadas.

–No me gusta dejarte sola, Anne, aunque la Policía siga por aquí.

–No te preocupes. De todos modos quería ir a Kimmerston a ver a alguien.

A un hombre, se imaginó Rachael, aunque a la mañana siguiente, cuando se marcharon casi al mismo tiempo, no lo pareciese. Ni maquillaje ni perfume. Ni ropa de vestir guardada en una bolsa para cambiarse más tarde.

Por la noche había cambiado el tiempo. Todavía había neblina sobre el páramo, pero no hacía frío y había calma. Edie había hablado con Alicia por teléfono y estaba encantada consigo misma.

–Le dije que investigábamos la historia local. Alicia dio por supuesto que se trataba de la escuela Corbin. La cerraron a mediados de los setenta, por lo visto. Le asignaron la dirección de una escuela más grande y se hizo un nombre.

Estaba conduciendo y calló para concentrarse y adelantar a un tractor.

– Formó parte de una comisión asesora sobre educación primaria y se la consideraba una experta en escuelas rurales. Escribió un libro sobre el tema. Aunque nunca abandonó las aulas. Me imagino que será una de esas viejas solteronas deprimentes que solo saben relacionarse con niños pequeños.

Rachael estuvo a punto de preguntar adónde había ido a parar la solidaridad femenina. Edie también era soltera y había dado clases toda la vida. Pero se calló. Era un alivio alejarse de Baikie's y no le apetecía empezar una pelea.

Cuando la señorita Davison las invitó a entrar en su casa quedó claro que de solterona deprimente no tenía nada. Era menuda, muy ágil y animada. En ella nada daba la impresión de vejez. Llevaba un chándal gris de felpa y unas zapatillas de deporte blancas y nuevas, y dijo que acababa de volver de la clase semanal de yoga en el centro municipal. Su nueva pasión era el taichi, pero no quería abandonar el yoga. Era importante mantener la flexibilidad.

Vivía en una pequeña urbanización de bungalós nuevos y elegantes a las afueras de un pueblecito cercano a la A1.

Las guio por la casa casi disculpándose.

–Cuando me jubilé soñaba con una casa de piedra y un gran jardín, pero vi que no sería práctico. Tengo demasiados intereses. Aquí estoy bien. En Swinhoe Close todos tenemos una edad. La mayoría son parejas, eso sí, pero no les importa incluirme en sus planes. Y hay un viudo muy caballeroso. –Hablaba con rapidez, con frases tajantes y secas que brotaban con el ritmo repetitivo del canto de un pájaro–. Siéntense, por favor. Tomaremos un café, si les parece. No están aquí para hablar de mí. Quieren saber cosas de la escuela. Será un proyecto interesante. Supongo que viven en Corbin. No me lo han dicho.

Rachael iba a explicarse, pero la señorita Davison no parecía esperar una respuesta.

–Llegué a Corbin a principios de los sesenta; el edificio no ha cambiado, la verdad, desde principios de siglo. Mi primer destino como directora. No sabía qué esperar. Había una sala grande dividida en dos por una cortina. Los pequeños se sentaban a un lado y los mayores al otro. Había quince en cada grupo cuando llegué y nunca he dado clases a un puñado de monstruos peores que esos. Hacía tiempo que no tenían maestro y se habían vuelto unos salvajes. El aula estaba caldeada, si es que se puede decir así, gracias a una estufa de petróleo que soltaba humo y gases de azufre. Recuerdo que en mi primera mañana una familia de murciélagos cayó del techo sobre mi mesa. Los niños los echaron sobre las niñas, que empezaron a chillar. Pensaba que había ido a parar a un manicomio.

Sonrió y Rachael pensó que se lo había pasado en grande.

–¿Entonces la señorita Noble ya daba clases con usted? –preguntó Edie.
–No –respondió la señorita Davison, seca–. Eso fue más tarde. ¿Por qué lo pregunta?
–Nos interesa mucho la señorita Noble.
De repente la cordialidad de la mujer se transformó en hostilidad.
–¿A eso han venido? No están aquí por la escuela. ¿Quiénes son? ¿Periodistas? ¿Por qué no pueden dejarla en paz, después de tanto tiempo? Fuera. Mi amigo vive en la casa de al lado. Si no se marchan enseguida, le diré que las eche.
Rachael se horrorizó ante la perspectiva de que un viudo anciano la sacara de una casa. No comprendía el cambio de actitud y se preguntó si la mujer no estaría loca.
–Bella está muerta, señorita Davison –informó–. Era amiga mía. Sigo siendo amiga de su marido. Encontré su nombre entre unos papeles. Creímos que le gustaría saberlo.
Desde que habían llegado, no habían parado de hablar. De repente, la casa parecía muy silenciosa. Era una habitación insólita para una mujer mayor, sin trastos, decorada con colores cálidos e intensos. Sin televisor pero con un reproductor de CD caro y un ordenador en una mesa. Unas puertas vidriera daban a un pequeño jardín rodeado de una pared de piedra color miel. Una de las puertas estaba entreabierta y por ella entraba el murmullo del tráfico y gritos de niños.
–La hora del recreo –aclaró la señorita Davison–. Aquí, al menos, hemos salvado la escuela del pueblo. No sabía que Bella había muerto. Pero no tenía modo de saberlo. Hace años que perdimos el contacto.
–Puse una esquela en el *Gazette* para el funeral.
–No creo que fuera mucha gente –dijo la señorita Davison–. Habría ido de haberlo sabido. Pero no leo el *Gazette*. Está lleno de tonterías. Y si lo leo me pongo a buscar noticias de los niños a los que di clase, lo que es más bien patético. Como si no me hubiera desenganchado. –Miró a Rachael–. ¿Bella estuvo mucho tiempo enferma? Ojalá la hubiera visitado. Debería haberme preocupado más por saber qué había sido de ella.
–Bella no estaba enferma –informó Edie–. Se suicidó.
–¡No! –Vieron cómo debía de ser cuando era maestra. Firme, decidida, incapaz de aguantar bobadas a pesar de su cordialidad y de aquella voz cantarina–. No me lo creo. ¡Ahora! Estaba todo olvidado. Entonces me lo habría creído, lo habría entendido. Pero ahora no tenía motivos.
–Le aseguro que fue un suicidio –insistió Edie, triunfal. Era su as en la manga–. Mi hija encontró el cadáver.
Rachael se estremeció.
–Por eso hemos venido –explicó–. Necesitamos saber por qué. Era amiga de Bella pero nunca me hablaba de su pasado. Esperaba que usted me ayudara a entenderlo y a aceptarlo.
Dios mío, pensó, ya hablo como mi madre.
Alicia seguía desconfiando.
–¿No sabían nada del caso judicial?
–Nada.
–Salió en todos los periódicos. Viven en Kimmerston, ¿no?
–Como usted –puntualizó Edie–, nunca hemos seguido la prensa local.
Alicia siguió mirándolas con desconfianza.
–Bella fue condenada por asesinato. Mató a su padre. –Sin dejar de mirar a Rachael a la cara, siguió en un tono más amable–: Veo que realmente no lo sabía.
–No tenía ni idea.
Bella, ¿por qué no me lo dijiste?, gritaba Rachael por dentro. Qué idiota me siento.
–Bella llegó recién salida de la universidad, llena de entusiasmo, energía, ideas. La maestra de los pequeños que había antes que ella era mayor y estaba a punto de jubilarse. Era poco más que una cuidadora. Leía cuentos, dejaba jugar a los niños, cantaba canciones, pero lo que se dice enseñar… –Se encogió de hombros–. Intenté introducir nuevos métodos de trabajo, pero ella no escuchaba.
»Entonces llegó Bella y todo cambió. El trabajo volvió a gustarme. Nos lanzábamos ideas la una a la otra. Logramos más en los dos años que estuvo ella de lo que conseguí yo en ninguna otra escuela. Creo que Bella también lo disfrutó.
–Utilizó su apellido –dijo Rachael–. Antes de casarse se llamaba así, Bella Davison. Una especie de homenaje, ¿no cree?
–Creo que le fallé. Entonces y después.
–¿Qué pasó?

–Su padre era un empresario local, carnicero. Tenía un par de carnicerías y un matadero. Se le podía considerar rico. Estaba acostumbrado a salirse con la suya.

–Y era concejal –agregó Rachael.

–Ah, sí, concejal. Alfred Noble. Tenía intereses en muchos asuntos. –Calló–. Discúlpenme. Soy soltera pero no por eso deben pensar que no me gustan los hombres. Alfred Noble me era muy antipático, a pesar de que no llegué a conocerlo.

»Bella se fue de casa para ir a la universidad y dijo que era lo mejor que había hecho en la vida. Había un hijo más joven que se vio forzado a dedicarse al negocio, y tenían los mismos planes para ella. Se suponía que trabajaría en la oficina, que se pondría un delantal y ayudaría en la carnicería cuando hiciera falta. Pero Bella se negó. Siempre había querido ser maestra.

»Entonces su madre murió y de repente se esperaba de ella que lo dejara todo, su profesión y sus nuevos amigos, que volviera a casa y se ocupara de su padre. La intimidó para que lo hiciera.

–¿Estaba enfermo?

–Estaba gordo y llevaba una vida sedentaria –replicó la señorita Davison–. Se podría decir que eso es una enfermedad.

–¿Por qué lo hizo? –preguntó Rachael–. Era independiente. Ya se había ido de casa. No necesitaba su bendición.

–Las cosas eran diferentes entonces.

–No –comentó Edie–. No tan diferentes.

–Era un manipulador. Creo que al principio le dijo que se estaba muriendo. Después la convenció de que no servía para nada más que para atenderlo. La vi seis semanas antes de que lo matara y apenas la reconocí. Le dije que le había encontrado un trabajo, que podía pagar a alguien para que cuidara a su padre, pero ella había perdido toda la energía y la seguridad en sí misma. Dijo que no tendría valor para decírselo. No era capaz de afrontar la confrontación. Siempre le había tenido miedo. Ahora quizá pensaríamos que había abusado de ella. En aquella época era algo insólito. –Habló con amargura–. Existía un respeto natural por los mayores. Algo admirable. Eran los años sesenta, pero no se veía mucha rebeldía entre la juventud de Kimmerston.

»La acusaron de asesinato. Reconoció que lo había matado. Lo golpeó en la cabeza con una figura de bronce, que, por lo visto, era un recuerdo de uno de sus toros premiados. Dijo que era lo que tenía más a mano, pero resultó muy apropiado. Con el tiempo se acabó pareciendo a una de sus bestias. Después llamó a la Policía y esperó a que llegaran. La declararon culpable de homicidio con el atenuante de responsabilidad disminuida. Locura transitoria, alegó su abogado, causada por el estrés de cuidar a su padre enfermo. Aunque era la mujer más cuerda que he conocido. La mandaron a un hospital de seguridad en el sur, y más tarde volvió a Saint Nicholas, el gran hospital psiquiátrico de la costa, para prepararse para la puesta en libertad.

–¿Fue a visitarla?

–No fui capaz. ¿No es terrible? No era que no fuera capaz de ver a Bella, sino a todos los demás infelices. Supongo que tenía miedo. Me escribió cuando la trasladaron a Saint Nicholas. No me pidió que la visitara, pero estoy segura de que era lo que quería. ¿Para qué iba a escribir si no? Le fallé de nuevo. No sé muy bien qué esperaba yo. Una imagen de pesadilla de manicomio, quizá. Locos gritando y cadenas y camisas de fuerza. Racionalmente sabía que no era así, pero no fui capaz de ir. Le escribí pero no estuve muy simpática. No le di pie a mantener el contacto. No me sorprende que no me escribiera cuando la pusieron en libertad.

Calló de golpe. Sonó una campana a lo lejos. En la escuela el recreo había terminado.

–¿Ha dicho que estaba casada? ¿Era feliz?

–Mucho –respondió Rachael–. Debió de conocer a Dougie poco después de salir del hospital. La contrató para cuidar a su madre enferma.

–¿De eso trabajaba? ¿De cuidadora? ¿Con lo mal que le sentó tener que cuidar a su padre?

–No creo que tuviera muchas alternativas –profirió Edie, seca–. No habría muchas escuelas que quisieran contratarla como maestra. No tenía amigos ni familia a quienes acudir. ¿Qué más podía hacer?

–El caso es que no le fue mal. –Rachael pensaba que Edie estaba siendo demasiado dura con la señorita Davison. Entendía su reticencia a implicarse–. Dougie era granjero. A ella le encantaban las colinas, le encantaban. Hace unos años él sufrió una embolia, pero ella siguió queriéndolo como siempre.

–¿Y qué sucedió? –preguntó la señorita Davison.

–¿A qué se refiere?

–Algo debió de suceder. ¿Por qué se habría suicidado, si no?

–No lo sé –repuso Rachael–. Era por eso que queríamos verla. Necesitaba una razón. Éramos buenas amigas.

–Pero nunca le habló de la condena.

–No.

–¿Se lo habrá contado a su marido?

–Lo más seguro es que no.

Rachael creía que si Bella no había podido confiar en ella, no se lo habría contado a nadie.

–Entonces quizá el pasado volvió a amargarle la vida. O alguien de su pasado.

Al principio, Rachael no entendió a qué se refería, pero Edie sí.

–¿Quiere decir que corría el peligro de que su pasado saliera a la luz? –Lo pensó un momento–. Se había creado una identidad nueva. Quizá incluso ella misma se la creía. Entonces encontró a alguien que la reconoció. Alguien que la amenazó con decírselo a Dougie, o peor, a las autoridades. Había matado a un hombre mayor y enfermo. ¿Podían correr el riesgo de dejar que cuidara a otro? No se sintió capaz de soportar los juicios, los rumores. –Edie miró a Rachael–. Es una explicación plausible.

Rachael estaba de acuerdo. Pero Bella era una luchadora. Seguía pensando que había algo más en su suicidio. Y si Bella tenía aquel secreto en su vida, quizá tuviera otros.

33

Mientras se dirigía a Kimmerston, Anne se decía que lo que estaba haciendo era una tontería. Precisamente en ese momento debería mantenerse alejada de Godfrey Waugh. La relación ya era bastante complicada, y ahora, si Godfrey fuera sospechoso en la investigación de asesinato…

Nunca había estado en la oficina de Godfrey. Su secretaria no la reconocería y Anne pensó que podía ir y preguntar si podía recibirla. Sin embargo, aquel día no tendría valor para hacerlo.

Aquellos pensamientos, y otros, la habían mantenido despierta buena parte de la noche y cuando aparcó delante de la oficina todavía no estaba segura de lo que iba a hacer.

Era media mañana. La niebla se había disipado y ya hacía mucho calor. Godfrey tenía la oficina en un edificio de cemento funcional construido en los años setenta, cerca del río, a las afueras de la ciudad, en un intento del municipio por atraer empresas. Anne esperó y observó los cormoranes posados en los muelles.

A las doce, una multitud de mujeres salió del edificio para comerse sus bocadillos junto al río. La Borders Building Society tenía su sede allí y las mujeres llevaban faldas azul marino idénticas y blusas de poliéster estampadas. Se sentaron en el césped y se levantaron las faldas todo lo que permitía el decoro para exponer las piernas al sol.

Anne siguió esperando. Había aparcado de modo que podía ver la entrada principal, y aunque el coche era como una sauna no salió para sentarse en el césped como las demás. Allí se sentía oculta. No se había comprometido a nada. Todavía podía echarse atrás y no enfrentarse a él para decirle: «Dime, Godfrey, ¿qué pasó en la colina entre tú y Grace Fulwell?».

Entonces lo vio, de pie en el escalón frente a las grandes puertas giratorias como si la luz del sol fuera una sorpresa. Caminó por la calle hacia el centro de la ciudad con la cabeza baja, las manos a la espalda. Anne bajó del coche y lo siguió, sin preocuparse por cerrar con llave. Seguro que iba a Kimmerston a almorzar. Tendría un café o un bar adonde iba habitualmente. Entraría detrás de él, como si fuera una casualidad, y diría: «No sabía que también vinieras aquí».

Pero Godfrey se detuvo antes de llegar a la zona comercial. En el cruce de las dos calles principales se alzaba la iglesia parroquial de Saint Bartholomew. El cementerio estaba separado de la calle por unos muros bajos de piedra y en la esquina había una verja de madera con tejado; protegido por el techo de madera, un confeti rosa se desparramaba por el suelo. Godfrey cruzó la verja arrastrando el confeti con los pies.

Incluso entonces, Anne seguía pensando que Godfrey iba a almorzar porque era la idea que se le había metido en la cabeza. La iglesia de Langholme de vez en cuando hacía una jornada de puertas abiertas, y ofrecía sopa, pan y queso y destinaba los beneficios a una obra de beneficencia. Creyó que era uno de aquellos días, aunque no había carteles invitando a los transeúntes a almorzar y no se veía a nadie. El sol y la persecución por la ruidosa calle la habían confundido.

Pero lo siguió adentro, esperando encontrar mujeres pechugonas con delantales de flores y mesas al fondo de la iglesia en las que se disponían teteras y tazas gruesas de porcelana entre un murmullo de cotilleos parroquiales. En lugar de eso solo había silencio.

Dudó un momento en la penumbra del porche. Hacía frío allí. En los rincones se había acumulado más confeti. El fin de semana anterior se había celebrado una gran boda. Empujó la puerta con tachuelas. Por los vitrales sobre el altar se filtraba la luz del sol, que bajaba por el pasillo, y la deslumbró. La iglesia todavía estaba decorada con las flores de la boda –blancas y amarillas, enormes, en jarrones de cristal en todas las ventanas–, y el cristal reflejaba también la luz de colores.

De entrada se quedó quieta, avergonzada, pensando que había interrumpido un servicio y que la gente la miraba, como habían mirado a Vera Stanhope cuando entró en la capilla del crematorio en pleno funeral de Bella. Después, sus ojos se adaptaron a la luz. Vio que ella y

Godfrey eran las únicas personas en la iglesia y que él ni siquiera la había visto entrar.

Estaba sentado en la parte delantera, en un banco cercano al pasillo central, pero no parecía rezar. Nunca habían hablado de religión. Se preguntó si quizá aquella era la explicación de su nerviosismo, de sus cambios de humor; que tuviera dilemas morales con el adulterio. Pero, en realidad, parecía más que estuviera esperando el autobús que sufriendo una crisis espiritual. Miró su reloj inquieto. Quizá había quedado con alguien, pero, de ser así, volvería la cabeza de vez en cuando para mirar hacia la puerta; él todavía no la había visto. Incluso cuando ella caminó por el pasillo hacia él y sus zapatos hicieron ruido sobre el suelo de piedra, Godfrey mantuvo los ojos fijos en el frente de la iglesia.

Anne se sentó en el banco de detrás.

–Nunca creí que fueras religioso, Godfrey –declaró en tono informal.

–Anne.

Habló antes de volver el rostro hacia ella y, cuando lo hizo, Anne no supo si estaba contento o no de verla.

–¿O es que tienes que confesarte por algo?

–¿A qué te refieres?

–Cuatro días –expuso con jovialidad–. Y no me has llamado. No me lo digas, déjame adivinarlo: has estado ocupado.

Él no contestó.

–¿Por qué te marchaste de aquella manera después de estar en la colina? –No pudo mantener más tiempo el tono jovial–. ¿Por qué no pasaste por Baikie's para despedirte?

–Estaba molesto –respondió por fin.

–¿Por qué? ¿Porque te habían pillado con los pantalones bajados? ¿O pasó algo más que te molestara?

–¿A qué te refieres?

–Necesito saber qué ocurrió en la colina aquella tarde.

Movió la esfera del reloj para poder verla. Llevaba la correa suelta. Era un gesto nervioso que Anne no le había visto nunca. Eso y su persistente silencio le atacaron los nervios.

–¡Por Dios, te pregunto si mataste a Grace Fulwell! –gritó.

Sintió cómo su voz llenaba la iglesia y el eco la sofocaba en los rincones, en el techo alto en forma de quilla de barco.

–No –contestó–. Por supuesto que no la maté.

Su voz tenía un punto de irritación que la convenció más que sus palabras.

–¿Ha ido a verte ya la Policía? –preguntó.

–¿Por qué tendrían que venir?

–Por la cantera. Creen que a Grace podrían haberla matado porque descubrió algo que podía impedir que el proyecto siguiera adelante.

–Dios, ¿de quién es esa teoría?

–De la inspectora al mando, una tal Stanhope.

–¿Le has dicho que era una estupidez?

–No le he dicho nada. –Anne habló despacio, para que las palabras tuvieran más énfasis.

Él dejó de mirar el reloj.

–¿Así que ella no sabe que aquel día estuve allí?

–No.

–No sabía qué hacer. Por la televisión han pedido que cualquiera que estuviera en las cercanías de Black Law aquella tarde se presentara en comisaría. Pensaba ir. Podía haber dicho que estaba inspeccionando el lugar. Después pensé que si tú no les habías mencionado que había estado por allí parecería raro. Supongo que podría decir que no entré en la casa. Podría decir que fui directamente a la colina. ¿Qué piensas?

–Por el amor de Dios, Godfrey, que no soy tu madre.

–No, no, perdona.

–¿Viste a Grace?

–De lejos. Caminaba demasiado rápido y no pude alcanzarla.

–¿Viste a alguien más?

–No. –Le pareció percibir una ligera vacilación, pero concluyó que eran imaginaciones suyas. El pánico de Godfrey la estaba poniendo nerviosa a ella también.

–Entonces no vale la pena.

–Pero mi coche estuvo aparcado en tu patio. Conduje por la pista. Podrían haberme visto. ¿Qué pensará la Policía si alguien informa de mi presencia antes que yo?

–¿Y yo qué coño sé?

Se quedó tan estupefacto como si le hubiera abofeteado. Nunca le habían gustado las palabrotas. Los recuerdos de otros momentos parecidos la calmaron un poco.

–Perdona –repuso–. Pero la decisión es tuya y lo sabes. ¡Es como debe ser!

–He estado preocupado por eso.

–Yo también.

–Por la impresión que puede dar.

Tranquila, pensó.

–¿Quieres decir si Barbara se entera de que te escapas para hacer picnics ilícitos en las colinas?

–No –respondió él con impaciencia–. No es eso. La prensa todavía no se ha enterado de la relación con la cantera, pero es cuestión de tiempo. Imagínate los titulares. Naturalista asesinada en la futura sede de un proyecto de extracción de piedra. El proceso de planificación ya es bastante lento. Necesito que este proyecto siga adelante. –Calló–. Si estuviera seguro de que la Policía no lo va a descubrir…

–Bueno, yo no se lo he dicho a nadie. Grace no puede decirlo. Supongo que hay una remota posibilidad de que el asesino te viera, pero es poco probable que acuda a la Policía para decir que estaba en la colina. Así que, si tu no se lo dices a nadie, ¿cómo va a saberlo la inspectora Stanhope?

Hubo un momento de silencio.

–¿No habrás hablado con alguien, no, Godfrey? –añadió.

–No –respondió–. Por supuesto que no.

Anne lo observó con atención, pero no insistió.

–¿Y qué? –preguntó–. ¿Qué haces aquí?

–Se está tranquilo. Vengo a veces cuando necesito salir de la oficina.

–¿No es nada religioso entonces? ¿No son remordimientos sobre el adulterio? Tenía mis dudas.

–No tengo remordimientos por estar contigo.

Se levantó, se arregló la corbata, volvió a mirar el reloj.

–Debería volver.

–¿Tengo que salir por la puerta de la sacristía para que no nos vean juntos?

–No creo que sea necesario –repuso él, sonriendo.

Pero una vez fuera de la iglesia, en la penumbra del atrio, dudó.

–Supongo que has aparcado en la ciudad.

–No. Frente a tu oficina. Te estaba esperando. ¿Cómo iba a saber que estabas aquí?

–Quizá sea mejor que no nos vean juntos –dijo, incómodo.

–¿Se puede saber por qué?

–Hoy ha venido Neville Furness.

–¿Y?

–Te dije que nos había visto saliendo juntos del restaurante. En este momento no me puedo permitir habladurías.

De repente Anne tuvo una iluminación.

–¿No le dirías que venías a Baikie's la tarde que Grace murió?

–No –respondió–. Claro que no.

Pero Anne no lo creyó. Godfrey había sentido la necesidad de confiar en alguien y Neville era su mano derecha, su gurú, por lo que decía Barbara.

–Pasa delante –siguió él–. Te seguiré en tres minutos.

–Creía que tenías prisa por volver a la oficina. –Se sentía como una adolescente desdeñada, ridícula, desesperada. Le puso las manos en los hombros–. ¿Cuándo volveremos a vernos?

Se deshizo de ella con amabilidad.

–No creo que sea prudente.

La cabeza de Anne daba vueltas de pura incredulidad.

–¿Qué quieres decir? ¿Qué mierda es esta? Hace cuatro días me hablabas de matrimonio.

–No ha cambiado nada –repuso él con seriedad–. Nada de lo que siento por ti.

–¿Pero?

–Hasta que hayan atrapado al asesino, hasta que la situación se calme, creo que no deberíamos vernos. –Las palabras le salieron atropelladas, y cuando vio la cara de ella, añadió–: Es por tu bien, Anne. No quiero involucrarte.

Ella se volvió y comenzó a caminar. No podía permitirse venirse abajo y suplicar. Pero al

poco se paró.

–Dime una cosa, Godfrey: ¿eres tú el que habla o es Neville Furness?

No le contestó y ella siguió caminando, esperando que la siguiera, que la alcanzara, o al menos que la llamara. Cuando vio que no reaccionaba, odiándose a sí misma por ser tan débil, volvió a detenerse. Ni siquiera la miraba. Godfrey había vuelto a entrar por la verja y por el hueco lo vio en el camposanto mirando una de las tumbas donde alguien había dejado un ramillete de azucenas.

34

Vera Stanhope mantuvo a las mujeres de Baikie's informadas de los progresos de la investigación de una forma que Rachael no creía que fuera habitual en un caso de asesinato. Al principio estaba agradecida por la continua información. La rotunda presencia de Vera, sentada en el sillón viejo de Constance, con las piernas separadas y las manos alrededor de una taza de café, hablando, le hacía sentir segura. Si la inspectora no confiara en ellas, no les daría tantos detalles, ¿no?

Se enteraron, por ejemplo, de que Grace había muerto en las dos horas siguientes a su marcha de Baikie's al mediodía. No era solo por la falta de anotaciones de la tarde en el cuaderno. El forense había llegado a la misma conclusión.

Y en una breve sesión Vera les contó más de Grace de lo que habían averiguado en las semanas durante las que compartieron casa con ella. La melodramática historia del abandono, la retahíla de padres de acogida y el alcoholismo de Edmund parecían no encajar con la mujer pálida y silenciosa que recordaban.

–Pobrecilla –remarcó Edie, que también era bienvenida en las conversaciones. Ella y Vera Stanhope se llevaban sorprendentemente bien. Lo dijo con pesar, como si la muerte de Grace la hubiera privado de la oportunidad de trabajar con un sujeto ideal para ser asesorado. Al menos era así como lo veía Rachael.

Vera parecía sorprendida de que Anne no supiera más secretos de la familia Fulwell. Era de noche, no hacía frío todavía. La puerta del jardín estaba abierta y, mientras los murciélagos volaban y chasqueaban fuera, sondeó el tema.

–¿No sabías que había un hijo más joven en Holme Park? Hasta yo lo sabía. Tienes que haberlo oído. Tiene que haber habido comentarios en el pueblo. Un alcohólico empedernido cuya mujer se suicidó. Vaya, terreno abonado para los chismes.

–Si ella se suicidó cuando Grace era pequeña, debió de suceder hace al menos veinticinco años. –Anne parecía desinteresada, distante–. Entonces ni siquiera conocía a Jeremy.

–¿Él vivía aquí?

–Oh, Jem ha vivido en Langholme toda la vida.

–Pero yo sé cómo son estos pueblos –insistió Vera–. La gente sigue hablando de la guerra como si hubiera terminado la semana pasada. Aunque Edmund no volviera nunca a Langholme, seguirían recordando que existe y especulando sobre qué habría sido de él.

–Yo no he oído nada –afirmó Anne–. Tampoco es que los Fulwell se relacionaran mucho con los demás. Robert no venía al Ridley Arms a tomar una cerveza los viernes por la noche. Livvy nunca participaba en el equipo femenino de dardos. Procuraba que sus hijos fueran a jugar al pueblo, pero seguro que nunca se ofreció a hacer un turno para fregar los cacharros o limpiar la arena de juegos. Siempre lo hacía una niñera. Los Fulwell viven en su espléndido aislamiento en Hall. No ha cambiado realmente nada durante generaciones. La gente del pueblo se relaciona con ellos como empleados –arrendatarios, trabajadores de la finca–, pero la vida privada de la familia se mantiene al margen. Es todo muy feudal todavía. Lo sabes de sobra. Cada uno tiene su sitio.

–¿Así que no sabías que Robert tenía un hermano?

–Creo que oí decir que había un hermano que trabajaba en el extranjero.

–¿Quién te lo dijo?

–Caramba, no me acuerdo. Quizá Jeremy. ¿Es importante? Si era una oveja negra lo más probable es que la familia se lo inventara.

–Pero ¿no oíste nada del suicidio de la esposa ni de una hija abandonada?

–No, y no será algo de lo que se sientan orgullosos, no creo que lo vayan pregonando por ahí.

–¿Y ahora cómo gestionan esa parte de la historia? –preguntó Vera.

–¿Qué quieres decir?

–Como bien has dicho, no muestra precisamente lo mejor de la familia. Lo de dejar que la hija de Edmund estuviera con familias de acogida y no ocuparse de ella. ¿Qué sesgo le están

dando para mantener una buena imagen? –Parecía orgullosa de su jerga política.

–No lo sé. He estado aquí, excepto un par de días que he ido a Kimmerston. No he tenido muchas ocasiones de escuchar chismes. Además, tampoco formo parte del equipo femenino de dardos.

Todas aquellas preguntas convencieron a Rachael de que la aparente indiscreción de Vera de darles información sobre los antecedentes de Grace, información que probablemente aparecería pronto en los periódicos sensacionalistas, era una táctica. Era su manera de dar impulso a la investigación. Así que empezó a desconfiar de las visitas de Vera. Cada sesión era una especie de prueba y Vera intentaba pillarlas desprevenidas.

Al día siguiente Vera entró mientras almorzaban. Anne y Rachael habían estado en la colina supervisando una de las parcelas de Rachael. Había sido un buen día. Cuando estaba en el campo, Anne abandonaba su pose cínica e ingeniosa y Rachael había estado a gusto en su compañía. Habían estado juntas en el páramo y observado un azor que salió volando del bosque para lanzarse sobre un lagópodo escocés joven. De regreso a Baikie's pasaron junto a la trampa para cuervos. Dentro había otro pájaro saltando y aleteando y picoteando el maíz, pero ninguna de las dos lo mencionó.

No era un gran almuerzo. Tal como sospechaba Rachael, Edie no había abrazado la vida doméstica. Empezó con entusiasmo, pero se aburrió enseguida. Se había llevado un montón de novelas y parecía decidida a terminarlas todas.

–Es mi oportunidad de ponerme al día con la lectura –le informó a Rachael.

Cocinar le robaba tiempo. Y además se interesó mucho por los agentes de Policía jóvenes que en aquel momento realizaban una búsqueda minuciosa en las tierras pantanosas cercanas al arroyo. Los conocía a todos por el nombre y, de vez en cuando, Rachael la oía dar consejos sobre problemas con las novias o la veía reír y mostrarse comprensiva cuando le hablaban de la tensión del trabajo.

Aquella vez Vera fue a decirles que Edmund Fulwell había desaparecido. Edie le ofreció un bol de sopa de verduras de sobre, que ella aceptó, y se unió a la mesa, comiendo ruidosamente y con avidez al mismo tiempo que respondía a sus preguntas.

–¿Sabe que Grace ha muerto? –preguntó Rachael.

–Oh, sí. Lo localizamos enseguida gracias a la información que trajo vuestro jefe la primera noche. Vive y trabaja en la costa. Consiguió un trabajo de cocinero en un buen restaurante y vive en el piso de arriba. O al menos vivía ahí. Quién sabe dónde estará ahora.

–¿Qué sucedió?

–Por supuesto le comunicamos que Grace había muerto en cuanto descubrimos dónde estaba. Mandé a Ashworth. Sabe ser compasivo. De haber tenido más información sobre él en aquel momento quizá habríamos sido más discretos. Al menos podríamos haber enviado a alguien para que le hiciera un seguimiento.

–¿Qué le pareció el padre de Grace a Joe Ashworth? –preguntó Edie.

–Bueno, no se le ocurrió que pudiera largarse. Edmund se quedó estupefacto, se enfadó, se sintió culpable, pero todo eso era de esperar.

–Los síntomas clásicos de la aflicción –reconoció Edie.

–¡Por favor, madre! –murmuró Rachael–. Cállate.

–Por lo visto, siguió trabajando –continuó Vera–. Su jefe, un tal Rod Owen, es amigo suyo. Creo que fueron juntos a la escuela. Uno de esos lugares del sur donde te matriculan nada más nacer. El señor Owen le dijo que podía tomarse todos los días de vacaciones que necesitara, pero él repuso que prefería trabajar. Le mantenía la mente ocupada y estaba acompañado. Y dijo que mientras creaba platos en la cocina no podía beber. Tiene su gracia teniendo en cuenta lo que debió de pasar después.

–Creía que no sabía dónde estaba –señaló Rachael.

–Nos lo podemos imaginar –aclaró Vera refunfuñando–, conociendo su pasado. He visto su historial médico.

–Episodios de alcoholismo, dijiste –insinuó Edie con delicadeza.

–¡Madre! –gritó Rachael–. No esperarás que la inspectora Stanhope nos cuente lo que hay en el historial médico. Son confidenciales.

–Los detalles no, por supuesto –siguió Edie, tan tranquila.

–Creo que con los años la bebida se ha vuelto un síntoma de su enfermedad, no la causa –explicó Vera. Después, mirando a Rachael, añadió–: Esta es mi interpretación. No es algo que pueda divulgar.

–No –convino Edie–. Por supuesto que no.

–Ayer fui a ver al señor Owen. Hablamos un buen rato. Tuvo el detalle de invitarme a almorzar. Dijo que no llegaba al nivel gastronómico de Edmund, pero me pareció aceptable…

Anne estaba rebañando el resto de sopa con pan, como si no estuviera atenta a la conversación. De repente preguntó:

–¿Cómo se llama el restaurante en el que trabaja el padre de Grace?

A Vera le molestó que la cortara cuando estaba hablando.

–The Harbour Lights. ¿Por qué?

–Por nada. He comido allí algunas veces. El dueño me presentó al cocinero. El padre de Grace. Ahora ni siquiera recuerdo cómo era. Qué casualidad.

Todas la miraron, pero ella las ignoró y se sumió en un silencio taciturno.

–¿Qué te dijo el señor Owen? –le preguntó Edie a la inspectora.

–Bueno… –Vera se preparó para una revelación jugosa. Rachael estaba incómoda con la conversación. Vera y su madre parecían dos viejas chismorreando en el fondo de un autobús. Le habría gustado tener el valor de marcharse y dejarlas solas, pero también sentía curiosidad–. Según parece, ha sufrido episodios de depresión a lo largo de los años, incluso antes de que su esposa se suicidara. Por eso a Owen no le sorprendió demasiado que Edmund desapareciera. Es su reacción habitual al estrés: largarse y beber para olvidar. Lo estamos buscando, eso sí, para que no cometa alguna estupidez. Otras veces ya ha amenazado con suicidarse. Estuvo un par de meses en Saint Nick’s cuando Grace iba a la escuela…

–Oh –dijo Edie–. A ver si… –Pero se lo pensó mejor y calló.

–¿Qué? –preguntó Vera.

–Nada –contestó Edie–. Es solo que… –Se interrumpió y cambió por completo de táctica–. El otro día, cuando estuvimos fuera, Rachael y yo fuimos a visitar a Alicia Davison.

Rachael la miró furiosa. No habían hablado de contarle a Vera su excursión.

–¿Se puede saber quién es? –preguntó Vera.

–Era la directora de la escuela donde Bella enseñaba.

–Ah. –Hubo otra pausa–. Entonces sabéis lo del juicio. –Miró a Rachael–. No te lo podía decir, ¿lo entiendes? Si Bella no lo había hecho, no era cosa mía.

–¿Qué papel tuviste en él?

–Era agente, recién llegada, y me llevaron como la agente femenina obligatoria por si Bella Noble se deshacía en lágrimas y los hombres no sabían qué hacer.

–¿Lo hizo?

–No.

–¿Por qué fuiste a su funeral? Debió de ser un caso entre mil.

–Siempre me cayó bien. Teníamos la misma edad, y circunstancias similares. Yo vivía con mi padre. No estaba enfermo y lo más seguro es que no fuera tan autoritario como Alfred Noble, pero hubo más de una vez que deseé golpearle en la cabeza con una figura de bronce.

–¿Mantuviste el contacto con ella?

–No, pero vi la esquela en el periódico y pensé que podía ir a presentar mis respetos.

–Pero debías de saber que estaba casada –señaló Edie–. Si no, no habrías reconocido su apellido en el *Gazette*.

–Me envió una invitación de boda, sin más ni más, a la comisaría. No sé por qué. Quizá no sabía a quién invitar. –Se encogió de hombros–. Y en momentos muy dramáticos intimas mucho con las personas. Puede que fuera por eso.

–¿Fuiste?

–Sí. Pasé un cuarto de hora en el registro, firmé y le deseé suerte.

–¿Quién era el otro testigo?

–Un tipo moreno. El hijo del marido de un matrimonio anterior.

–Neville Furness –señaló Edie.

La inspectora sonrió.

–¿Nunca has pensado hacerte policía, señora Lambert? Habrías sido una gran interrogadora.

–Señorita –repuso Edie–. Soy la señorita Lambert.

Vera volvió a sonreír.

–Vaya.

–¿Sabías que Bella pasó una temporada en el hospital de Saint Nicholas preparándose para su puesta en libertad?

–No –respondió Vera–. No lo sabía.

–Sería interesante averiguar si coincidió con Edmund Fulwell.

–Diría que es poco probable.

–Pero si coincidieron…

–Si coincidieron, ¿qué? –Vera fue brutal–. Bella se suicidó. A Grace Fulwell la estrangularon. Otra casualidad.

35

Las casualidades eran demasiado para Anne. Escarbó en ellas, las removió como el suelo de su parcela. Godfrey era un habitual del restaurante Harbour Lights, donde cocinaba Edmund Fulwell. Eran más que meros conocidos, y lo sabía.

En uno de sus encuentros ilícitos, Godfrey había reconocido que tenía resaca. Algo insólito en él.

–¿Y cómo llegaste a ese punto? –había preguntado ella, divertida.

Él le contó que había quedado con un contacto profesional en el restaurante. El cliente no llegó y él, Rod y Edmund habían acabado celebrando una especie de reunión. En aquella reunión, ¿Edmund no había mencionado a su hija? Godfrey no había comentado nada. Pero salió disparado de Baikie's para seguir a Grace a la colina. Y ella había muerto.

Anne estaba sentada en el jardín de Baikie's mientras pensaba en todo esto, la casa la protegía de un viento fresco del este. Los árboles estaban llenos de hojas y la vista del Skirl quedaba oculta. El estudio estaba casi terminado y tenían tiempo para descansar. A Rachael le faltaban las últimas visitas a dos de sus parcelas y Anne tenía que revisar con detalle uno de sus cuadrantes, el dedicado al terreno más cercano a las obras de la mina. Se lo había reservado como un premio. En cuanto terminaran sus propios trabajos, Rachael quería que completaran el informe de Grace sobre las nutrias. Creía que no tardarían mucho, pero Anne pensaba que sería más complicado. Nunca se había fiado de los resultados de Grace.

Con los ojos entornados para protegerse del sol, Anne veía la colina por encima de los árboles. El equipo que había estado registrando la zona se había marchado, pero Vera y Joe seguían instalados en Black Law con un reducido equipo de detectives. Se habían acomodado a su aire. Joe Ashworth tenía empapelada la pared de la cocina con fotografías de su hijo.

Aquella tarde Rachael y Edie también estaban en la granja, hablando con Vera Stanhope, llenándole la cabeza con alguna idea. Sobre Bella, lo más seguro. Rachael estaba obsesionada con Bella, parecía pensar que las dos muertes tenían relación. Y Edie la incitaba. Anne pensaba que Edie era divertida. No entendía por qué Rachael se quejaba de ella. Ojalá su madre hubiera sido tan comprensiva.

Anne descansaba en una hamaca de tela a rayas. La había asegurado en la última muesca de la barra, de modo que estaba casi tumbada y, como consecuencia, adormeciéndose, cuando oyó pasos en el camino que llevaba al patio donde aparcaban los coches, al otro lado de la casa, en el jardín delantero. Se incorporó haciendo un esfuerzo, sintiéndose nerviosa de repente, vulnerable. Alrededor de ella el paisaje vacío se extendía hacia el horizonte. No había oído ningún coche, pero quizá se había dormido más de lo que creía. No había nadie que pudiera oírla gritar a pesar de las precauciones que Vera aseguraba que había dispuesto. Edie y Rachael no volverían todavía de Black Law. En el breve instante que tardó en ponerse de pie, se preguntó si sería Godfrey. Quizá, al final, había decidido hablar con la Policía, decir que había estado allí el día que Grace había muerto. Quizá había ido a verla.

Pero no era Godfrey. En cuanto estuvo de pie lo dedujo por las pisadas, que eran ligeras y apresuradas. Era Livvy Fulwell, esforzándose por algún motivo en ser cordial.

–Esta casita es una monada. –Retrocedió hacia el césped, para mirar la casa de arriba abajo–. La había visto de lejos durante las cacerías, pero no había estado nunca. Robert sí, claro. Connie celebraba fiestas y de vez en cuando lo invitaba a cenar. Quizá quería convertirlo. Odiaba las cacerías. Robert era muy joven, apenas un muchacho, pero creo que estaba enamorado de Connie. Era todo un carácter.

–¿A Edmund también lo invitaban?

–No lo sé. –Soltó una risita nerviosa–. Eso era antes de mi incorporación a la familia. Tendrías que preguntar a Robert. Probablemente no. Edmund era varios años más joven. –Hizo una pausa–. Te estarás preguntando qué hago aquí.

Estaban las dos de pie, incómodas. Anne le hizo un gesto dirigido a la hamaca.

–¿Por qué no te sientas?

Cuando Livvy estuvo tumbada y en desventaja, Anne se sentó en el suelo, a su lado.

–¿Te apetece un té?

Pero Livvy tenía su discurso preparado. Cambió su centro de gravedad para estar inclinada hacia Anne, con el trasero hundido en la tela.

–Solo quería decirte que estamos desolados, por el asesinato. Y que si podemos hacer algo, lo que sea…

–Es un poco tarde para Grace –repuso Anne.

Recordó que hacía poco estaba deseando perderla de vista.

–¡Ah! –exclamó Livvy–. Esa es otra. Quería explicar lo de Grace.

Ya estamos, pensó Anne, recordando las palabras de Vera. Ahora es cuando nos dan la visión sesgada.

–Sabes que todo ocurrió mucho tiempo antes de que me casara con Robert –declaró Livvy con seriedad–. Que yo no tuve nada que ver.

–Por supuesto.

–Y a Robert tampoco le dejaron opinar mucho. Su madre todavía estaba viva. No la conociste.

No era una pregunta. Livvy había hecho los deberes. La madre de Robert había muerto antes de que Anne se mudara a Langholme. Aun así esperaba una respuesta.

–No.

–Era una mujer formidable, una auténtica tirana. Robert le tenía miedo. ¿Te imaginas tenerle tanto miedo a tu propia madre? –Calló un momento y bajó la voz para hablar en tono confidencial–. No creo que fuera mentalmente muy estable. No se lo diría a Robert, claro, él es muy leal, pero a veces me pregunto si Edmund no heredaría los problemas de su madre. Eso dicen, ¿no?, que las enfermedades mentales son hereditarias.

–Entonces ¿fue Lady Fulwell quien expulsó a Edmund de la casa de la familia?

–Yo no lo diría así.

–¿Cómo lo dirías?

–Edmund nunca fue una persona fácil. Ni siquiera de niño. Robert me lo ha contado todo de él. Hoy diríamos que tenía algún tipo de trastorno o síndrome. En aquella época no sabían qué hacer. Lo expulsaron de la escuela, de varias. La única persona que sabía manejarlo era una mujer que la madre de Robert tenía empleada en la cocina. Era poco recomendable como niñera, pero es lo que acabó siendo porque no había nadie más que pudiera aguantarlo. Era medio gitana, por lo que se ve, y no muy limpia. Para la familia fue muy difícil. Está claro que quieres a todos tus hijos por igual, pero debió de ser difícil sentir afecto por Edmund. En aquella época no parecía que nada se le diese bien, aparte de emborracharse en el Ridley y perseguir a las hijas de los granjeros.

Fraternizar con la plebe, pensó Anne. Eso no les debió de sentar bien.

–Además, no lo echaron de Hall. Se mudó a una de las casas de la finca porque quería ser más independiente. Tener más intimidad. De hecho, creo que Robert fue generoso con él. Vivía en aquella casa sin pagar alquiler, y eso que era un espacio que podía haber ocupado uno de los trabajadores. Edmund nunca colaboró con la gestión del negocio.

–¿La madre de Grace era la hija de un granjero?

–No –respondió Livvy, y añadió–: ¿Grace no te comentó nada?

–Nada. No sabía que fuerais familia. Le hice una broma con el apellido.

–¿Y tampoco te lo dijo?

–No.

–¿Por qué era tan reservada?

–Quizá la avergonzaba ser familia vuestra y no quería que nadie la relacionara con los Fulwell –dejó caer Anne–. No sois lo que se dice muy populares entre los naturalistas. Estáis dispuestos a vender un hábitat valioso para un proyecto a todas luces perjudicial. –Calló y, al ver que Livvy se preparaba para lanzar la vieja defensa sobre proteger la herencia de la familia, añadió–: ¿Quién era la esposa de Edmund?

–Se llamaba Helen. –Livvy soltó una risita nerviosa–. De hecho era la hija del rector. Muy Lawrence. Aunque Robert cree que solo la sedujo para hacer enfadar a su madre. Por supuesto estaba embarazada cuando se casaron. De pocos meses. No se notaba. Y muy enamorada. Según dice Robert, Edmund era guapísimo y su estilo desaliñado ayudaba. Ella creía que podía cuidarlo, hacer que dejara de beber. Creía que conseguiría que sentara la cabeza.

–¿Y lo hizo?

–Durante una temporada, sorprendentemente, pero sí… Se volvió casi respetable. Se compraron una casita cerca del mar. Helen creía que él debía alejarse de Langholme y

empezar de nuevo. Se convirtieron en una pareja típica de las afueras. Incluso consiguió un empleo. Él y un amigo abrieron un restaurante.

–El Harbour Lights.

–Así que Grace te contó lo del restaurante.

–No, es que he estado ahí. Lo conocí. Sin saber quién era, claro.

–Ah –repuso Livvy–. Oí decir que había vuelto con Rod cuando se cansó de viajar.

–Deduzco que el sueño de ser una familia típica no duró.

–Bueno, duró un tiempo. Un par de años. La familia pensaba que el problema estaba resuelto. Les gustaba Helen. Era una mujercita dócil. Después del nacimiento de la niña los alojaron en Hall. Vivieron allí una temporada. No sé si Grace se acordaba. Quizá no. Debía de ser muy pequeña.

–¿Qué pasó entonces?

–Edmund tuvo una aventura. No sé quién era la mujer. No estoy segura de que Robert lo sepa. Helen se lo tomó muy mal. Supongo que habiendo vivido en una rectoría tenía ideas anticuadas.

–Muy de las afueras –señaló Anne.

Livvy no detectó el sarcasmo.

–Bastante. Normalmente es posible encontrar una solución a esas cosas.

Significa eso que tú tienes aventuras, se preguntó Anne. O que Robert las tiene. Quizá le gusta Arabella, la niñera. Podría enamorarse de una mujer más joven. Se casó con Livvy cuando ella era muy joven; pero quién soy yo para juzgar.

–Pero Helen se suicidó –apostilló Anne, y pensó: como Bella, pero no como yo. No encontrarías a un hombre que me impulsara a hacer eso.

–Por desgracia, sí.

–Y Edmund huyó.

–Creo que estaba muy angustiado por lo que había pasado. A su manera, amaba a Helen. Y a la niña.

–Pero no lo suficiente como para cuidarla.

–Los hombres no suelen hacerlo, ¿no? Ni siquiera ahora.

Ni las mujeres de tu clase, pensó Anne. Pagáis a otros para que lo hagan. ¿Qué esfuerzo hicieron mis padres para ocuparse de mí?

–¿La madre de Robert no se sintió responsable de Grace?

–Estaba muy enferma entonces –respondió Livvy, evasiva–. No se veía capaz.

–¿Tan pesado habría sido tener a la niña en casa? –preguntó Anne–. Es una casa enorme. Ni siquiera habría tenido que verla.

Livvy volvió la cabeza y miró hacia el horizonte.

–No fue solo por Grace –dijo.

Anne tardó un momento en entender adonde quería ir a parar.

–Quieres decir que si Grace se instalaba en la casa, la familia tendría que aceptar que Edmund también volviera.

Livvy asintió, contenta de no haber tenido que verbalizarlo.

–Era muy problemático.

–¿Y lo ha sido últimamente?

–¿A qué te refieres?

–La Policía dice que ha desaparecido. Pensaba que podía haberse presentado en Holme Park Hall.

–Por Dios, no, somos los últimos a los que recurriría. Nunca se llevó bien con Robert y a mí no me conoce. –Calló–. Grace se las arregló, ¿no?, a pesar de todo. Me han dicho que tenía dos carreras. Edmund estaría orgulloso.

–No era muy feliz –remarcó Anne.

–¿No? Vaya por Dios. –Pero su expresión de pesar no fue convincente. La cabeza de Livvy estaba en otra parte. Con una agilidad que Anne envidió, se levantó de la hamaca–. Oye, tengo que irme. Los niños han venido a pasar el fin de semana y tenemos muy poco tiempo para estar juntos.

–Gracias por venir. –Al fin y al cabo, había sido interesante.

Livvy volvía a ser la misma mujer segura de sí misma de siempre.

–De nada. Llámame si hay novedades. En serio, a cualquier hora.

Anna la acompañó hasta el patio y observó alejarse el Range Rover por la pista. Cuando volvió al jardín, Vera Stanhope se había materializado en la hamaca. Estaba sentada, con las

piernas elevadas, estiradas hacia delante, y los ojos medio cerrados, como si hiciera horas que estuviera allí. Percibió la llegada de Anne y se volvió para mirarla. El peso, al girar el cuerpo, hizo crujir la tela como el velamen en una tormenta. Anne se la imaginó rasgada y a Vera cayendo sobre la hierba.

–¿Qué te ha parecido? –preguntó Vera.

–¿Cuánto has oído?

–Todo –confesó la inspectora con satisfacción. Volvió a moverse y señaló con la cabeza los ventanales abiertos–. Desde allí. He visto pasar el coche desde Black Law. He pensado que sería interesante.

–¿Lo ha sido?

–Mucho. Creo que recuerdo a Robert en aquellas fiestas que daba Constance. Mi padre me obligaba a asistir. Teníamos más o menos la misma edad. Pero ¿a Edmund? –Se sumió en sus pensamientos.

–Es mucho más joven que Robert –repuso Anne.

–No soy tan vieja –aclaró con una sonrisa–. Todavía no. Me enteraré de lo que está pasando.

–Estoy segura.

–¿Sabes si Livvy Fulwell se encontró con Grace mientras ella vivía aquí?

–Ninguna de las dos mencionó que se vieran, pero Grace no contaba nada de absolutamente nada. –Anne vaciló–. Un día la vi en la finca, mirando las casas de los trabajadores en la calle Avenida. Supongo que tenía curiosidad por ver dónde había vivido su padre.

Vera siguió recostada, varada en la hamaca.

–Y yo me muero de curiosidad –señaló con una intensidad sorprendente– por saber dónde se ha metido Edmund.

36

Mientras Vera tomaba el sol, Rachael estaba en la casa de Black Law intentando convencer a Joe Ashworth de que el suicidio de Bella y el asesinato de Grace estaban relacionados. El sargento fue educado, pero se mantuvo escéptico.

–La inspectora no cree que valga la pena seguir esa línea de investigación –informó. Preparó té y le ofreció galletas de chocolate, pero se mantuvo firme–. Ahora que la conoce, ya se habrá dado cuenta de que no es fácil hacerla cambiar de opinión.

–De acuerdo –intervino Rachael–. Pongamos que no tiene nada que ver con el asesinato, pero que a Bella la amenazaron antes de morir. Chantaje. Se encontró con alguien que la reconoció o alguien de la cantera descubrió su condena por homicidio y la presionó. Sería un caso criminal, ¿no?

–Podría serlo, pero no tenemos ninguna prueba. No hay denuncia. No es asunto nuestro.

–Pero podría serlo, ¿no? –preguntó Edie–. Quiero decir que, si sentimos curiosidad por lo que le ocurrió, podríamos hacer preguntas. La inspectora Stanhope no se opondría.

–No le gustaría.

–No nos entrometeríamos en su investigación. Y de todos modos, ella ha abandonado esa opción.

–¡Dios mío! –exclamó él–, protégeme de las mujeres decididas.

Ese era todo el estímulo que necesitaban para localizar al hermano pequeño de Bella, el chico que había pasado directamente de la escuela a la cadena de carnicerías de su padre. Por lo visto, el imperio de la carne de Alfred Noble se había hundido porque no quedaba ninguna carnicería con ese nombre en Kimmerston. Solo quedaba un carnicero: una tienda elegante con una gran sección de charcutería que servía a los visitantes de las casas de veraneo del Parque Nacional. El propietario recordaba a los Noble.

–Habían tenido tres tiendas. Debían de valer una fortuna.

–¿El negocio se hundió?

–No, lo vendió a tiempo. Antes de que construyeran el supermercado y la gente empezara a tener ideas caprichosas sobre frutos secos y brotes de soja. Debió de ser después de que muriera el padre.

–¿Quién vendió?

–El hijo, Charlie. –El carnicero se volvió para servir un cuarto de hueso de jamón y un trozo de paté de Bruselas a una mujer bien vestida, con acento del sur. La estaba convenciendo de la calidad de sus salchichas caseras y Edie tuvo que gritar para llamar su atención.

–¿Sabe dónde podemos encontrar al hijo?

Rachael se estremeció, pero él completó la transacción y contestó.

–Él y su mujer llevan los establos que hay a la salida de la ciudad, en la carretera de Langholme. Los compró hace años con los beneficios de la venta. –Miró su establecimiento, vacío otra vez de clientes–. Fue lo más sensato que podía hacer. ¿Saben de dónde les hablo?

Lo sabían de sobra. Estaba un poco apartado de la carretera, en un valle del río rodeado de bosques antiguos. Pasaban por delante cada vez que volvían a Baikie's.

Llegaron a los establos a última hora de la tarde. El lugar estaba repleto de chicas preadolescentes que acababan de salir de la escuela. Parecían estar por todas partes: cargando balas de paja, empujando carretillas de estiércol, encaramándose a las puertas de las cuadras para acariciar las cabezas de los caballos.

–Siempre quise montar –dijo Rachael–. No me dejabas.

–Nunca pensé que fuera para ti. –Edie se mostró despectiva–. Niñas bonitas con sus pantalones de montar y sus competiciones de salto y sus madres prepotentes. –Echó un vistazo a los Range Rover del aparcamiento–. No parece que haya cambiado mucho.

Me habría encantado, pensó Rachael. No me habría importado el esnobismo ni llevar una ropa peor que la suya.

Las niñas rodearon a la monitora, exigiendo sus caballos preferidos. Era una mujer joven y grandota que llevaba una camiseta holgada. Gritó algunos nombres y las niñas se dispersaron. Rachael cruzó el patio para verlas ensillar mientras Edie se aproximaba a la monitora.

–Buscamos al señor Noble.

–¿Puedo ayudarles? Si quieren reservar clases…

–No. –Edie se rio para que quedara claro que era una idea absurda–. No, es un asunto personal.

–Oh. –Sin duda habían instruido a la mujer para que mantuviera alejados a los clientes del jefe y seguía mostrándose reticente–. Seguro que está en casa. Sé que su hija está ahí.

La casa era de piedra, larga y baja, cercana al río, separada de la carretera por un gran picadero cubierto y una hilera de establos en bovedilla. Delante había un patio de adoquines con un BMW aparcado. Una chica de unos dieciocho años abrió la puerta. Llevaba gafas y un ejemplar de *Los cuentos de Canterbury*, de Chaucer, en una mano. Habló con la brusquedad de muchos adolescentes.

–¿Sí?

–¿Podríamos hablar con tu padre, por favor?

–Si es por algo de montar tienen que hablar con Andrea; está en el patio.

–No –repuso Edie–. No se trata de montar. –Habló con amabilidad. Se había pasado la vida con adolescentes maleducados y no pensaba permitir que aquella la sacara de quicio–. Si está ocupado, podemos hablar con tu madre.

–Uf, no querrá verlas. Tiene invitados a cenar esta noche y está encerrada en la cocina.

–Entonces con tu padre.

–Creo que está en el estudio. Iré a ver.

La vieron desaparecer en la penumbra, golpear una puerta y gritar.

–Papá, hay dos mujeres que quieren verte. Creo que venden algo o son testigos de Jehová.

Era moreno y de rasgos angulosos. Rachael percibió su parecido con Bella, pero él era más larguirucho y tenía la cara más delgada. Se esperaba a un hombre atlético y tostado por el sol, pero más bien parecía un profesor despistado.

–¿Sí? –Estaba enfadado por la interrupción, aunque fue algo menos grosero que su hija.

–No vendemos nada, señor Noble. Y no intentaremos convertirlo. Me llamo Edie Lambert. Esta es mi hija, Rachael. Era amiga de su hermana.

–Tiene que ser un error. No tengo ninguna hermana. –Empezó a cerrar la puerta.

–Ya no, señor Noble –expuso Edie con amabilidad–. Pero la tenía hasta hace poco.

–¿Qué está diciendo?

–No somos periodistas, señor Noble. Como he dicho, Rachael era amiga de Bella.

Pareció que tomaba una decisión.

–No quiero hablar aquí –dijo en voz baja–. Esperen fuera. – Volvió a entrar en la casa y lo oyeron gritar–: ¡Lucy, dile a tu madre que han llegado los de la Junta de Turismo! Los llevo a ver las casas.

Al otro lado del patio de adoquines había un establo más viejo, de piedra gris y de una sola planta. Había señales de reformas recientes. Un montón de latas de pintura fuera. Un pequeño contenedor de basura. Las guio hacia la construcción charlando como si fueran quienes había dicho que eran.

–Hacía tiempo que queríamos ampliar. En verano vienen muchos turistas, principiantes que quieren dar un paseo por las colinas, incluso excursiones de un día. Pensamos que estaría bien ofrecer también un servicio de alojamiento completo. Hemos conseguido el capital para reformar este edificio. –Se paró delante de la puerta, aún dividida en dos como las de los establos–. Aquí es donde empezamos. Entonces no teníamos ni oficina ni picadero cubierto. Nos ha llevado años hacer crecer la empresa hasta este punto.

Las llevó a una cocina con el suelo de baldosas de cerámica, separado del espacio de salón por una barra de desayuno de roble.

–Tiene buen gusto –observó Edie.

–Hay cuatro viviendas completas. –Cualquiera diría que se creía su propia ficción.

–¿Cuándo vio a Bella por última vez? –preguntó Edie.

–El día antes de que matara a mi padre.

–¿No el mismo día?

–No, no la vi antes de ir a trabajar. No soportaba desayunar con mi padre. Todavía tengo

pesadillas con aquellas comidas familiares. –Calló un momento–. No culpo a Bella. No me malinterpreten. De haber pasado todo el día con él, yo también lo habría matado.
–Pero ¿no asistió al juicio?
–Tenía que asistir. Era un testigo.
–¿De la fiscalía?
–¡No me presenté voluntario! Supongo que podría haberme negado, pero solo tenía diecinueve años. Hice lo que me dijeron, pero al final no me necesitaron. Cambiaron la acusación de asesinato por homicidio y Bella se declaró culpable. –Hizo una pausa–. Fui a visitarla al hospital de seguridad donde la recluyeron, pero no quiso recibirme. Quizá pensó que la había traicionado aceptando testificar para la fiscalía. Tuve que marcharme sin verla. –Cruzó el salón y se sentó, haciendo un gesto a las mujeres para que lo imitaran–. ¿Bella está muerta? ¿Es lo que quería decir antes?
–Sí –afirmó Edie–. ¿No lo sabía?
–Ya se lo he dicho. No he sabido nada más de ella. No contestaba a mis cartas y al final dejé de escribir. Que yo sepa seguía en el hospital, pero si hubiera muerto allí supongo que me habrían informado. Constaba en todos los documentos como el familiar más cercano.
–Salió del hospital hace más de diez años. Se casó con un granjero: Dougie Furness de Black Law.
–¿Vivía en la granja de Black Law? –Soltó una risita triste–. Guío excursiones por los alrededores todos los veranos. Puede que incluso la haya visto desde lejos. Tenía que odiarme mucho para no ponerse en contacto conmigo. Sabía dónde vivía. Le escribí para decírselo cuando compré los establos.
–Creo que solo quería comenzar de nuevo. Una nueva vida, una nueva identidad.
–Supongo que puedo entenderlo. A veces me dan ganas de salir huyendo. –Sonrió–. Todo este dinero y estas inversiones me asustan. Mi mujer es la empresaria, aunque si la conocieran no se lo creerían.
–Pero usted empezó con los establos poco después de la muerte de su padre. Entonces su mujer no tenía nada que ver.
–Entonces no me parecía que fuera una empresa. Me gustaban los caballos y compré los establos. Nada más.
–¿Por qué vendió las carnicerías?
–Odiaba ser carnicero. –Charles Noble miraba por la pequeña ventana hacia el río–. Mi padre sabía que lo detestaba. Quería seguir estudiando. Soñaba con ser veterinario. Envidiaba a Bella por haberse marchado.
–Pero entonces volvió.
–Sí. Pobre Bella.
–Según parece, usted también odiaba a su padre.
–Oh, claro que sí –confesó Charles–. Lo odié toda mi vida.
Se oyó ruido de cascos en los adoquines y pasó Andrea guiando a un grupo de niñas a caballo.
–Una semana después del juicio vino a verme un carnicero de la comarca y me hizo una oferta por las carnicerías y el matadero. No estaba interesado en mantener en funcionamiento el negocio. Tenía un proyecto para la propiedad y la tierra. Seguro que podría haber sacado más, pero firmé enseguida. –Charles hizo una pausa–. Derribó el matadero y construyó el edificio de oficinas junto al río. Quizá amasó una fortuna con los años, pero me pagó lo suficiente para comprar esto, y era lo único que quería.
–¿La empresa era suya y por eso podía venderla?
–Mi padre me la dejó, si se refiere a eso. Había un testamento. Y yo era socio minoritario. Al viejo no le habría gustado, pero era legal.
–¿Y Bella, qué?
–No tenía nada que ver con la empresa, pero puse los beneficios de la venta de la casa de mi padre en una cuenta separada a su nombre. Ella lo sabía. Le escribí para contárselo.
–¿Utilizó el dinero?
–No, sigue allí.
–¿Nunca tuvo la tentación de utilizarlo?
El hombre pestañeó, ofendido.
–Por supuesto que no. Esperaba que algún día se pusiera en contacto conmigo.
–Su marido está inválido. Necesita atención constante.
–Pues quizá pueda ayudar en eso. –Se lo pensó y pareció complacido–. Debí haberme

esforzado más para convencer a Bella de vernos, pero era muy joven. Todo el asunto de mi padre fue espantoso. No solo su muerte, eso ya he dicho que podía entenderlo, sino lo que vino después. Me sentía acosado. Fuera donde fuera había alguien hablando de ello. Creo que me convertí en un solitario. Los caballos eran menos complicados.

»Entonces me casé y Louise, mi esposa, pensó que sería una locura intentar retomar el contacto con Bella. Le hablé del caso, pero no creo que entendiera por qué había acabado así. Ella pensó que para qué involucrarse en ese momento cuando la gente ya se había olvidado. Bella podía encontrarme si quería.

–¿Y no intentó comunicarse con usted recientemente?

–No, ojalá lo hubiera hecho.

–Si hubiera intentado comunicarse con usted a través de su esposa, ¿Louise le habría transmitido el mensaje?

–Claro. –Pero a pesar de la respuesta no parecía seguro–. ¿A qué vienen estas preguntas?

–Bella se suicidó, señor Noble. Creemos que algo la perturbó. En la granja de Black Law nadie sabía nada de la condena por homicidio. Vivía con un nombre nuevo cuando conoció a Dougie Furness. Se nos ocurrió que alguien podría haber descubierto su secreto y haberla amenazado con hacerlo público.

–¿Y por eso se suicidó?

–Creemos que es una posibilidad.

–Yo no le haría una cosa así.

–Sé que no lo haría. Pero ¿se le ocurre alguien de aquella época que haya vuelto a aparecer de repente por la comarca? Un amigo de Bella. Alguien que pudiera reconocerla.

Sacudió la cabeza.

–¿No le ha hablado de Bella a nadie?

–La verdad es que ya no pienso tan a menudo en ella. –Las miró por encima de los gruesos cristales de sus gafas, implorando comprensión–. Qué mal suena.

–¿Y su esposa? ¿Podría haberlo comentado con alguna de sus amigas?

–No creo que sea la clase de asunto del que se habla en las reuniones matinales de las Damas Conservadoras.

–¿Si recuerda algo que pudiera ayudarnos sería tan amable de llamarme? –propuso Edie–. Este es el teléfono de mi casa. No estoy mucho, pero hay un contestador. –Bajó la voz en un susurro–. Lo que ocurre es que Rachael encontró el cadáver. Fue un *shock* terrible. Creo que si descubriera qué la llevó a suicidarse, eso le ayudaría a aceptarlo.

Dios santo, Edie, pensó Rachael. Con lo bien que ibas.

37

Aquella noche Edie se quedó en Kimmerston. Quería asistir a una reunión de un grupo de presión educativa del que formaba parte y para el que, por supuesto, se consideraba a sí misma indispensable. Rachael pensaba que el aislamiento de Baikie's la había deprimido. Edie disfrutaba con las llamadas constantes, las amigas que se presentaban para llorar en su hombro o para llevarla a Newcastle a disfrutar de un poco de cultura. Anne se había prestado de vez en cuando a hablar de una obra de teatro o de una película, pero su contribución a menudo se limitaba a un comentario sobre la anatomía del protagonista masculino.

En la cocina de Riverside Terrace, Edie preparó algo de comer e intentó convencerla de que se quedara con ella. Rachael rechazó la oferta. Había ido con su coche precisamente para poder volver, y no quería dejar sola a Anne.

–Pero irás con cuidado, ¿verdad cariño?

Rachael no contestó. La cabeza de Edie ya estaba en otra parte, preparando su discurso, y nunca se había preocupado demasiado por la seguridad física de Rachael. Mientras otros padres insistían en la necesidad de regresar de forma segura de las fiestas, Edie estaba en sus propias fiestas, dando por hecho que Rachael sabría cómo volver sola a casa. Edie se preocupaba por cosas más complicadas: relaciones, angustias, cómo se sentía su hija.

Sin embargo, aquel día, al despedir a Rachael desde lo alto de los escalones, Edie repitió su recomendación.

–Lo digo en serio. No te pares por nada y ten las puertas del coche cerradas. Y cuando llegues a la casa, asegúrate también de que está todo bien cerrado.

Así que, de repente, Rachael fue del todo consciente de un peligro que no se había planteado. El hecho de que hasta Edie estuviera preocupada significaba que debía tener especial cuidado. Debido al nerviosismo, se detuvo a echar gasolina en la calle principal, a pesar de que todavía tenía un cuarto de depósito lleno, suficiente para ir y volver de Baikie's varias veces. Cuando intentó poner el coche en marcha de nuevo, no arrancaba. El motor de arranque llevaba meses fallando, pero no había tenido ni tiempo ni dinero para arreglarlo. Normalmente solo hacía falta hacer presión sobre el capó para inclinar el coche y desbloquearlo, pero aquella vez, a pesar de que ella y la mujer de la gasolinera lo sacudieron y balancearon, no hubo manera. Y, como era de esperar, la asistencia en carretera tardó horas en llegar, a pesar de que insistió en que era una mujer y estaba sola.

Mientras esperaba, llamó a Black Law y avisó a Joe Ashworth de que llegaría tarde. Que no se preocuparan. Y si llamaba Edie, que le explicaran lo que había pasado.

–Iba a irme ya a casa –dijo él–. Un agente se queda para vigilar a la señora Preece. Y la inspectora también está por aquí. Pero, si lo prefiere, me espero a que llegue para acompañarla por el camino.

Estuvo a punto de aceptar. Pero pensó en su esposa, que lo estaría esperando. Le habría preparado la comida. Quizá incluso había mantenido despierto al niño para que Joe lo bañara. Y recordó la noche de la muerte de Bella, cuando lo conoció. Estaba asombrado del trabajo que hacía, atónito porque una mujer pudiera sobrevivir sola en las colinas. No podía ir pidiendo escoltas después de haberle dejado claro ese punto.

–Nooo –aseguró–. Por supuesto que no. Además, no sé cuánto tardaré.

Era pleno verano en Northumberland y todavía había luz a las diez de la noche; se sentó fuera de la gasolinera y se abrió una lata de coca-cola mientras esperaba. Cuando tuvo el coche arreglado y una vez había cruzado la nueva verja de acero de entrada, era medianoche y estaba oscuro. Al bajar del coche para abrir la verja, dejó el motor en marcha, e incluso así se aturulló con el pestillo con las prisas de abrirla, pues temía que el coche se calara.

La batería debía de estar baja porque los faros no parecían iluminar bien. Al principio intentó conducir lo más rápido que pudo, pero tuvo que reducir la velocidad porque daba contra los márgenes del camino y el tubo de escape golpeaba con las raíces más grandes.

Una oveja apareció en el camino frente a ella y tuvo que frenar de golpe. Se quedó un momento petrificada, mirando la cara bondadosa y pasmada del animal, antes de tomar

conciencia de lo que estaba viendo.

Esto es una locura, se dijo. Tranquila. Calma. Piensa en otra cosa.

Así que intentó concentrarse en lo que Edie y ella habían hecho ese día. No era demasiado tarde para tomar clases de equitación. No iba a dejar de hacerlo solo porque fuera la clase de actividad que una madre convencional animara a hacer a su hija. Y pensó en Charles Noble, que también amaba a los animales cuando era niño, tanto que había querido ser veterinario. En cambio, lo habían obligado a ver cómo se llevaban a terneros y ovejas en camiones para convertirlos en carne. La muerte de su padre lo había salvado de todo aquello. Le había dado la oportunidad de comprar los establos. Charles Noble tenía más motivos para matar a su padre que Bella.

La excitó tanto esta nueva idea, estaba tan ilusionada imaginando cómo deslumbraría a Edie con ella, que cuando vio unos faros surgiendo de un campo despejado y dirigiéndose hacia la puerta del copiloto de su coche, no se asustó. Solo pensó: ¿Quién más estará dando vueltas por aquí a estas horas de la noche?

Un segundo más tarde puso en marcha su cerebro y empezó a analizar lo que estaba pasando. El vehículo iba hacia ella por la pista forestal, la misma en la que se había metido por error el primer día que llegó a Black Law aquella temporada. Sabía que se estrechaba en un sendero y que, por lo tanto, el coche tenía que haber estado estacionado allí. No podía tratarse de un excursionista que había dejado el coche allí aparcado mientras pasaba el día en las colinas. No a aquellas horas de la noche. ¿Alguien había estado al acecho, sentado en el coche, esperando a que aparecieran sus faros entre los árboles? ¿O esperaban tener el sitio para ellos solos y estaban más sorprendidos de verla acercarse que ella de verlos a ellos?

Llegó al cruce antes que el otro vehículo y miró por el retrovisor para ver qué dirección había tomado. Si lo conducían unos chicos de las granjas en una salida ilícita con el todoterreno de sus padres, o unos amantes que querían besuquearse bajo la luz de la luna, giraría hacia la carretera principal y la ciudad. Pero el coche giró hacia el otro lado y empezó a seguirla.

Bueno, tranquila, se dijo. Todavía no hay por que ponerse nerviosa. Tiene que ser uno de los policías, que ha salido a hacer una ronda. O Joe Ashworth ha mandado a alguien para que me vigile. Intentó reducir la marcha. Estaba casi en Black Law. Se acercaba al vado. Si cruzaba a esa velocidad por el agua inundaría el motor, el coche se calaría y quedaría como una idiota. Pero el coche de detrás aceleró. El conductor había puesto las luces largas y cuando Rachael miró por el retrovisor se deslumbró. No podía ver a la persona que conducía ni ningún detalle del vehículo.

Estaba casi en el vado cuando el coche la golpeó. El cuello se le sacudió hacia atrás y estuvo a punto de perder el control del volante. Instintivamente, apretó a fondo el acelerador para alejarse. El coche aceleró bajando por el margen hacia el río y golpeó el agua con el capó como en una zambullida. El agua salpicó el parabrisas; Rachael no podía ver nada. El motor siseó, echó vapor y se caló. Rachael giró la llave en el contacto, pero no arrancó. Oía el arroyo arremolinándose alrededor de ella y a lo lejos el ronroneo del otro coche en punto muerto.

Estiró el cuello para mirar atrás, esperando todo el rato sentir el impacto de otro golpe. No podía ver nada, salvo las duras luces blancas de los faros. Volvió a girar la llave en el contacto, pero el motor estaba ahogado.

Le vino a la cabeza algo absurdo: la imagen del asistente de vuelo de un avión en el que fue a Estados Unidos. Estaba de pie en la parte delantera del avión, mostrando, con una elaborada pantomima, la posición de impacto. Apoyó con fuerza los pies en el suelo del coche por donde el agua ya había comenzado a colocarse, y se inclinó hacia delante protegiéndose la cabeza con los brazos. De repente, oyó el rugido del motor del otro coche detrás de ella. Era potente como un reactor.

No pasó nada.

El ruido del motor fue a más, pero en lugar de lanzarse hacia adelante para chocar contra el coche de Rachael chirrió para dar marcha atrás. En aquel punto, la pista era ancha. Había un lugar donde los vehículos podían dar la vuelta si el vado estaba demasiado profundo para cruzarlo. El coche retrocedió hasta allí y se alejó a toda velocidad. Rachael oyó cómo desaparecía a lo lejos. Entonces todo quedó en silencio, solo se oía el agua chocando contra las ruedas. Sentada en la misma posición, con los brazos sobre la cabeza, empezó a temblar.

Estuvo veinte minutos así hasta que aceptó que tendría que volver a la casa a pie. Giró y giró la llave del contacto, pero el coche no arrancaba. Tenía los pies mojados y estaba helada. Podía barajar tres opciones: esperar hasta que se hiciera de día y Joe Ashworth o uno de sus

compañeros pasara por allí, esperar que Vera Stanhope estuviera despierta y mandara una orden de búsqueda, o arriesgarse a caminar. Sabía que era peligroso. El coche había retrocedido por el camino, pero podía haber aparcado en otra pista forestal y el conductor podía haber vuelto a pie.

Lo que finalmente la empujó a hacer algo fue la urgencia de hacer pis. No pensaba quedarse allí toda la noche y mearse encima. Abrió la puerta del coche y salió, vadeando contra la corriente. La luna, en forma de hoz, daba un poco de luz. Miró una vez atrás, hacia el camino, pero no vio ninguna sombra ni oyó pasos. No quería que la inspectora la viera en aquel estado, pero fue incapaz de recorrer los últimos metros hasta la casa. No podía afrontar pasar por delante del granero abierto donde había encontrado a Bella. Golpeó la puerta de la cocina de la casa de la granja y, al ver que no se abría, la empujó y cayó casi de bruces dentro.

Vera Stanhope estaba sentada en la mecedora donde Bella solía sentarse a descansar. Había una lata de cerveza en la mesa de al lado. Leía un montón de papeles. Llevaba gafas, que Rachael no le había visto nunca puestas, con una cadena colgada al cuello. Además del bolígrafo que sostenía entre los dedos como si fuera un cigarrillo, tenía un lápiz encajado detrás de la oreja.

¿Por qué no se va ningún día a casa?, pensó Rachael. ¿Es que no le gusta?

Y se echó a llorar. Vera se levantó, alcanzó una chaqueta de lana que estaba doblada sobre el respaldo de la silla de la cocina, y se la puso cuidadosamente a Rachael sobre los hombros.

38

Cuando Rachael se levantó al día siguiente, Vera ya estaba en Baikie's. Se encontraba en la cocina con una tostada en una mano y una taza de café en la otra. Mientras bajaba las escaleras, Vera empezó a comer.

Así que había pasado otra noche en Black Law. Otra noche trabajando. ¿Qué motivación tenía? Ambición, de nuevo. Miedo al fracaso. O tal vez, como a Rachael, no la esperaba gran cosa en casa. Nunca había mencionado a un esposo o a un amante, y costaba imaginarse a la inspectora en un ambiente de vida doméstica. Una velada en el sofá viendo la tele no se ajustaba para nada a su imagen.

–No los hemos atrapado –informó Vera–. Pensé que te gustaría saberlo.

Había dejado abierta la puerta de la cocina y el sol iluminaba la habitación.

–Qué día tan bonito –comentó Rachael–. Debería haberme levantado antes. Habría terminado el estudio.

–Ya tendrás tiempo.

–Todavía falta revisar el estudio de Grace.

–Aun así. No hay prisa.

No quiere que nos marchemos, pensó Rachael. Nos quiere aquí. Los cuervos en la trampa. Ahora incluso más que antes. Anoche el cebo funcionó. Además, si nos marcháramos, no tendría excusa para quedarse. Ella también tendría que irse a casa.

–Creía que los atraparíamos –siguió Vera–. Existía la posibilidad de que siguieran en la zona.

–«Los atraparíamos», no –la corrigió Rachael–. Solo había una persona en el coche.

–¿Estás segura?

–Sí, pero no sé por qué. Puede que solo sea una presunción. No, cuando se alejó vi el contorno de una silueta. Solo un ocupante.

–¿Hombre o mujer?

–No sabría decirlo.

–¿Ni siquiera por el tamaño?

–No. Fue todo muy rápido. Lo único que vi fue una forma borrosa. Nada más.

–Había un coche patrulla en la A1 –informó Vera–. Registró los caminos alrededor de Langholme, pero no vieron a nadie conduciendo de manera temeraria. Solo pasaron un motorista y una mujer del pueblo que volvía de visitar a su madre. Eso significa que el agresor no se dejó llevar por el pánico. Tuvo la presencia de ánimo de quedarse quieto en alguna parte hasta la mañana.

Rachael se sirvió café de la jarra de Pyrex. Todavía estaba caliente.

–¿Dónde está Anne?

–Arriba, arreglándose para salir al campo.

–Entonces tengo que darme prisa.

–Insisto en que no hay prisa, ¿no te parece?

–No quiero estar aquí más tiempo del necesario.

–Claro –observó Vera–. Lo de anoche asustaría a cualquiera.

Lo dijo sin entonación, pero sus palabras pusieron a Rachael a la defensiva.

–Mira, siento mucho haber sido tan tonta. Si hubiera bajado del coche en cuanto el otro vehículo se alejó, podrías haberlo atrapado al otro extremo de la pista.

–Lo dudo. Si corría tanto como dices, no lo creo.

–Ya, supongo que no.

–¿Te has acordado de algo más?

–No. Era un Sedán de los buenos. Es lo único que sé.

–¿Color?

–Blanco. O claro. No, metalizado. –Calló y después añadió con amargura–: ¡Qué desastre! Seguramente era la persona que mató a Grace. Si me hubiera esforzado más, si hubiera visto el número de la matrícula, podrías localizarlo.

–No se puede hacer nada –aseguró Vera, en un intento por tranquilizarla–. Puede que lo encontremos de todos modos.
–¿Cómo?
–Voy a hacer más tostadas. ¿Te apetece una? –Cortó dos rebanadas gruesas de pan, las puso sobre la parrilla y encendió el gas. Las cerillas estaban húmedas y tardó en conseguir llama. Rachael la miraba y pensaba que todo formaba parte de una comedia. Vera quería mantener a su público pegado al asiento.
–Sigue –pidió Rachael.
–Bueno, siempre ha sido un misterio la forma en la que nuestro agresor llegó a la colina. Primero pensamos que había venido caminando desde Langholme, pero son muchos kilómetros y hemos hablado con todos los que viven allí. Nadie recuerda un coche desconocido que estuviese aparcado durante todo el día. No pudo venir en coche por la pista porque la señora Preece estaba aquí y no vio a nadie. Pero si hubiera aparcado en aquel camino forestal, nadie podría haber visto el coche desde aquí, desde la casa de la granja o desde el camino principal. En cuanto bajara a aquella depresión lo ocultarían los árboles. Allí todo son pinos y están plantados muy juntos. –Vera se estaba animando–. Uno de nuestros equipos registró la colina, claro, pero no se adentraron tanto en el bosque. Error. Mi error. He vuelto a mirar el mapa y el sendero sigue entre los árboles y sale cerca de las obras de la mina.
–Cerca de la trampa para cuervos –intervino Rachael–. Lo conozco.
–He mandado a Joe Ashworth a echar un vistazo. –La inspectora enseñó sus dientes amarillentos en una sonrisa maliciosa–. No está muy contento. Le he hecho venir al alba.
–No ha sido muy amable por tu parte.
–No me vengas con esas. Ha pasado toda la noche en casa. Podía haberlo hecho venir anoche, pero esperé. Soy la compasión personificada. Y le he dejado volver a la granja para desayunar. Pero ya está de vuelta en el bosque esperando al equipo forense.
–¿Ha encontrado algo?
–Suficiente para animar a una inspectora abatida. Anoche, sin duda, no fue la primera vez que el coche estaba allí. El camino es arenoso. Hay huellas visibles de neumáticos y lo que parecen restos de pintura donde el coche dio la vuelta.
–¿De qué color es la pintura?
–Blanca. ¿Por qué?
–Me metí en aquel camino por error la noche que encontré el cadáver de Bella. No intenté dar la vuelta, sino que retrocedí marcha atrás como puede. Podría haber pintura de mi coche por todas partes. Mi coche es blanco.
Vera parecía decidida a mantener el buen humor.
–Ha llovido, nevado y soplado el viento desde entonces. Creo que cualquier rastro que dejaras habría desaparecido hace semanas. Pero lo comprobaremos. Esto es lo bueno de los científicos. Que tienen pruebas para todo. Respuestas no muchas, pero pruebas las que quieras. –Sacó una tostada de la parrilla y la inspeccionó. Era del color de un té con muy poca leche. Le dio la vuelta y volvió a dejarla en la parrilla.
–Deberías comprar una tostadora. Tengo una vieja guardada en casa, no sé dónde. Os la regalaré. Será mi contribución a la historia natural. –Miró a Rachael como si esperara gratitud por su generosidad–. Hemos remolcado tu coche. Está retenido en Kimmerston. Más pruebas. Podría haber pintura en el guardabarros de atrás, si el arroyo no se lo ha llevado todo. ¿Te las arreglarás sin coche hasta que te lo devuelvan?
–Edie volverá pronto. Podemos compartir el suyo.
–Llegará a la hora de almorzar. Ha llamado.
–¿No le habrás contado lo que ocurrió?
–No con detalle. Soy demasiado cobarde. Pensé que era mejor dejártelo a ti. Me echará la culpa, sin duda.
No, pensó Rachael. Se culpará a sí misma para variar, lo que es peor.
Vera Stanhope se acabó su tostada y se lamió los dedos.
–¿Me han dicho que fuiste a ver a Charlie Noble?
–¿Lo sabías? –Rachael se sintió como una colegiala traviesa.
–Ah, no puedes ocultarle muchas cosas a la tía Vera.
–Le preguntamos al sargento Ashworth si le parecía bien.
–Tranquila. Este es un país libre.
–¿Conoces al señor Noble?

–Lo conocí. Vivía en la casa cuando mataron al viejo. ¿Para qué fuisteis a verlo?

–Pensamos que alguien podía haber amenazado a Bella con sacar su pasado a la luz, que eso podía explicar su suicidio.

–Pues os equivocasteis –espetó Vera con brusquedad–. Al menos, si considerabais a Charlie como posible chantajista. Él no lo habría hecho. Sería demasiado horrible. Esa fue la razón de que dejara el matadero.

–¿Cuándo lo viste por última vez?

–No lo he visto desde la investigación. Fue hace muchos años. Era muy joven, y puede haber cambiado. Tú lo has conocido. ¿Qué opinas?

–Que no –respondió Rachael–. No ha cambiado mucho.

–Lo recuerdo muy bien. Sorprendentemente bien después de tantos años. Quizá porque fue el primer caso importante del que formé parte. Recuerdo que hablamos con él en su habitación. Su escondite. El viejo solía intimidarlo y allí era donde se refugiaba. Todo estaba muy ordenado. Tenía gustos peculiares para un adolescente. Coleccionaba libros, primeras ediciones, todos sobre animales. Todos forrados. Parecía un monitor de escuela a pesar de que entonces ya llevaba tiempo trabajando en el negocio familiar. No paraba de decir que tenía que ser un error, aunque ni siquiera él era capaz de fingir que lamentaba la muerte de su padre. Me dio la impresión de que, en cuanto se acabara el juicio, no tardaría mucho en recuperarse. Estaba claro que sabía lo que quería y no le costaría demasiado creer que una cosa tan desagradable como un asesinato no había sucedido.

–Dijo que había intentado visitar a Bella en el hospital. Que ella se negó a recibirlo.

–Mmm... –Vera parecía imitar a uno de los caballos de Charlie Noble–. Apostaría a que no se esforzó mucho.

–Entonces, ¿por qué Bella no lo invitó a su boda? Era su único pariente.

–Era normal que no lo hiciera si quería mantener en secreto su condena.

–Pero a ti te invitó –repuso Rachael.

–Sabía que podía ser discreta. –Vera le mostró su sonrisa maliciosa.

–Anoche, mientras volvía, se me ocurrió algo… –declaró Rachael no muy segura–. Te parecerá una estupidez, pero…

–¿Te preguntas si Charlie pudo ser el que le rompió la cabeza a su padre? –Vera acabó la frase.

–Pues sí. –Creía que era una idea genial y se sintió decepcionada.

–Mis colegas no son tan listos como yo, lo reconozco, pero no son tontos.

–Por supuesto que no. Pensé que…

–Bella confesó –señaló Vera.

–Lo sé, pero Charlie solo tenía diecisiete años cuando su padre murió. Puede que Bella lo estuviera protegiendo.

–Las huellas de la hermana estaban en la figura. Nos estaba esperando en la misma habitación cuando llegamos.

–Pero…

–De todos modos él no podría haberlo hecho –aseguró Vera. Chasqueó la lengua como un humorista de tres al cuarto en un escenario a punto de soltar la frase graciosa de un chiste malo–. Estaba en la oficina de su padre en el fondo del matadero. Era un lugar diminuto, un barracón prefabricado. Estaba lleno, porque además de Charlie estaban un director, una secretaria y un inspector de sanidad del Ministerio de Agricultura. Todos juraron que Charlie solo había salido una vez en toda la mañana para ir al baño. Solo estuvo fuera cinco minutos. Aunque le hubiera gustado matar a su padre no pudo haberlo hecho.

–Oh.

–Bien pensado –manifestó Vera, magnánima–. ¿Cuál es la siguiente teoría?

–No tengo más teorías. Es la misma. Sobre el suicidio de Bella. Sigo pensando que alguien la amenazó con hacerlo público, le dijo que no le permitirían seguir cuidando a Dougie.

–¿Y quién crees que haría una cosa así? –Vera hablaba con el tono de una maestra de guardería que sigue la corriente a un niño pequeño.

–Hay alguien. Neville, el hijo de Dougie, se ha beneficiado de su muerte. Va a quedarse con la granja. –Al ver que Vera no respondía, siguió–: Lo conociste en la boda de Bella.

–¿Sabría lo de la condena?

–Es posible. Ella guardaba un recorte de periódico, algunos detalles de su pasado en la casa. Pudo haberlos encontrado y seguido las pistas de la misma forma que hicimos nosotras. –Calló un momento–. Es el ayudante de Godfrey Waugh. Trabaja para Slateburn Quarries.

–Lo recuerdo de la boda –afirmó Vera–. Un joven apuesto. No me importaría volver a verlo. –Miró a Rachael con los ojos entornados–. Tú no te metas. Se acabó lo de jugar a los detectives. Déjame al señor Furness a mí.

39

Tras el dramático incidente de Rachael, los métodos de Vera Stanhope se volvieron menos ortodoxos si cabe. Se pasaba la vida en Baikie's. Rachael se preguntaba, a medida que se acercaba el final de su trabajo, si aquella era una estratagema deliberada para retenerlas. Como una anfitriona solitaria que retrasa la marcha de sus invitados, no quería que las mujeres se fueran.

Anne también se había percatado de la táctica, y le hacía gracia su presencia continúa, aunque le resultara un poco inquietante.

–¿No tienes casa propia? –le preguntó una noche.

Era tarde. Ella y Rachael habían estado fuera todo el día desde el amanecer, intentando sin éxito atisbar algún rastro de nutria, y al volverse habían encontrado a la inspectora enclaustrada en la casa con Edie.

–No es gran cosa, la verdad –contestó Vera.

Y las miró con furia, desafiándolas a seguir preguntando.

–¿Todos los casos te los tomas tan a pecho?

La inspectora no contestó, pero empezó a pasear arriba y abajo por el salón. Como siempre, llevaba sandalias que le golpeaban las plantas de los pies.

–Mirad –aseguró–, tengo que encontrar al maldito Edmund Fulwell. No puede haber desaparecido sin más ni más. Alguien tiene que saber dónde está. A estas alturas ya debería haber aparecido en un calabozo o en Urgencias.

Rachael se sorprendió. Nunca había visto a Vera tan vehemente. Quizá conozca a Edmund, pensó. Deban de tener la misma edad. Quizá también estuviese invitado a las fiestas de Constance. Puede que se enamorara de él siendo adolescente.

Vera siguió hablando y murmurando.

–Rod Owen dice que no sabe dónde está Edmund y le creo. Parece muy harto. No debe de ser divertido cocinar todo el día. Me imagino que Edmund se ha encerrado en un albergue o en una pensión a beber como un imbécil. O podría haberse marchado al extranjero de nuevo. Ya ha huido otras veces cuando las cosas se ponían demasiado difíciles para él.

Edie estaba sentada en un rincón, al parecer, leyendo. Dejó el libro.

–¿Se lo puede permitir económicamente?

–Con el sueldo de cocinero, no. Pero puede que su familia le ayude. Ya te puedes imaginar que les encantaría tenerlo lejos. No les gustaría que la prensa persiguiera a Edmund y él hablara de su hija. Muy vulgar. Muy perjudicial para la imagen familiar. Aunque no lo reconozcan jamás, claro.

Los paseos y los murmullos de Vera tenían algo de teatral. Quería que supieran que estaba preocupada y cómo funcionaba su mente, pero Rachael pensó que ya sabía lo que iba a hacer. De repente, se detuvo.

–He localizado a la asistente social de Grace. Por fin. Lo lógico era que se presentara ella de manera voluntaria, y no que tuviéramos que buscarla. Dice que ha estado en Francia tres semanas de vacaciones. Qué suerte tienen algunas.

–¿Cómo se llama? –preguntó Edie.

–¿Por qué?

–Podría conocerla. Tengo muchas amigas que trabajan en los servicios sociales.

–Pobres. –Vera hizo una pausa–. Pobre de ti. Se llama Antonia Thorne. Hace años que está casada, pero no se ha cambiado el apellido.

–No la conozco –contestó Edie, encogiéndose de hombros.

–Podrías preguntar por ahí. A ver si alguien la conoce. Su oficina está en algún lugar de la costa. No me cayó muy bien. Parecía poca cosa. Tiene una de esas voces que rechinan. Pero no la he conocido todavía, de modo que no debería juzgarla, supongo.

–Dios nos libre.

–Sí dijo una cosa interesante.

Rachael presintió que estaban llegando al cénit de aquella actuación de aficionada.

–Ah, ¿sí? –se interesó para animarla.

–Me dijo: «No sé si le habrán dicho a Nan que Grace ha muerto. Querría saberlo».

–¿Quién es Nan?

–Es lo que le pregunté. Una mujer llamada Nancy Deakin. Trabajaba en la cocina de Hall cuando Edmund era niño, y acabó cuidándolo porque nadie más podía controlarlo. –Miró a Anne Preece–. Olivia Fulwell habló de ella cuando vino el otro día.

–Me acuerdo. –Anne sonrió e imitó la afectación de Livvy–: «Medio gitana y no muy limpia».

–Esa. –Vera calló–. La asistente social llevó a Grace a visitarla varias veces. No sé exactamente por qué. No logré averiguarlo. Antonia balbuceó algo sobre que un niño necesita mantener raíces con su pasado. Pero no era el pasado de Grace, ¿no? En aquel entonces Nan vivía en una caravana vieja en la finca, para gran vergüenza de la familia. No podían echarla después de que hubiera cuidado a Edmund ella sola. Al final, la obligaron a mudarse a las casas de beneficencia de Kimmerston. Robert es uno de los administradores.

–Qué conveniente –dejó caer Anne.

–Seguro que Livvy Fulwell no ha ido a visitarla para comunicarle la muerte de Grace –siguió Vera, como si Anne no la hubiera interrumpido–. No creo que mantengan ninguna relación. Alguien debería ir. Es lo correcto. –Fijó los ojos saltones en Anne, que no desvió la mirada.

–¿Yo? ¿Por qué?

–Bueno, casi eres amiga de la familia.

–Ni de lejos.

–Y conocías a Grace.

–No mucho.

–Mira –Vera Stanhope se cansó de sutilezas–, las cosas están así. He puesto a todo el mundo que he podido a buscar a Edmund Fulwell. Si está bebiendo, es una borrachera larga de narices. Empieza a parecer que tiene algo que ocultar.

–¿Crees que mató a su hija?

–No lo sé. No sabré qué pensar hasta que lo encuentre. Nancy Deakin lo cuidó en el pasado. Se me ha ocurrido que podía haber vuelto con ella si creía que estaba en peligro.

–Pues manda a uno de tus agentes a preguntar.

–Ah, sí. ¡Como que iba a decírmelo! No sabemos mucho de Nancy, pero sí sabemos que no tolera ninguna figura autoritaria. Dudo que ni siquiera yo, con todo mi encanto, le sacara alguna información. En cambio, tú podrías ir en calidad de amiga de Grace. Podrías decirle que Grace te habló de ella, que creíste que se merecía que alguien le dijera lo que había ocurrido. Puede que hable contigo. –Al ver que no había respuesta, añadió–: Vamos. Échame una mano. ¿Qué tengo que hacer? ¿Arrodillarme?

–No –respondió Anne–. Iremos, ¿de acuerdo, Rachael?

Rachael se sobresaltó con la pregunta. No esperaba que la incluyera. Se sintió como una niña a la que nunca invitan a jugar y de repente la elige un equipo. Asintió.

Edie había vuelto a su lectura y parecía absorta. De repente habló sin levantar la cabeza.

–No sé cómo te sales con la tuya con esos trucos, inspectora.

La respuesta de Vera fue seca y fulminante.

–Porque me funcionan. Y al fin y al cabo es lo que cuenta. Es lo que quieren los jefes.

Aquella noche, más tarde, cuando Rachael estaba en la cama leyendo, llamaron a la puerta. Creyendo que sería Edie, no contestó. Que pensara que ya estaba dormida. Pero se repitió el golpe y entró Anne. Llevaba un pijama de rayas con cordón y bragueta. Sería de algún hombre que lo había olvidado tras una noche de pasión.

–Perdona –se disculpó Rachael–. Creí que eras mi madre.

–¿Qué te pasa con Edie? A mí me cae bien.

En otra ocasión, Rachael se habría encogido de hombros y habría dado una respuesta insulsa. Además, Anne sería la última persona que elegiría como confidente. Pero aquella noche, no.

–Porque es una hipócrita.

–¿En qué sentido?

–Cuando era pequeña no paraba de machacarme con sus ideas liberales. Sinceridad. Confianza. La necesidad de hablar las cosas. Pero cuando le preguntaba por algo que era importante para mí no servían las mismas reglas.

–¿Qué querías saber?

–Cosas de mi padre.
–¿Qué exactamente?
–Un nombre habría estado bien para empezar.
–¿No sabes nada de él?
–Nada de nada. Y no hay forma de descubrirlo. Lo he intentado.
–Puede que tuviera una buena razón.
–¿Como cuál? ¿Que era un asesino? ¿Un loco? No tengo claro siquiera que quiera verlo, pero me gustaría tener la posibilidad de escoger. Soy mayor. No necesito que nadie me proteja.
–Puede que no sea para tanto. Cuando era pequeña habría repudiado a mi padre con mucho gusto, de puro aburrimiento.
–Pero no lo hiciste.
–No del todo. Me marché de casa en cuanto pude, pero volví cuando murió. ¿Por qué no vuelves a hablar con ella? Para que sepa cómo te sientes.
–Sabe cómo me siento.
–¿No crees que aquí, en tu propio territorio, podría ser diferente?
Hubo un silencio.
–Tal vez –respondió Rachael.
–Pues vale la pena intentarlo.
–Antes de marcharnos. Sí.
–Y mañana nos toca hacerle el trabajo sucio a Vera.
–Eso parece.
–Es imposible que crea que Edmund matara a su hija. –Vaciló–. Estaba pensando que puede que se haya inventado todo ese rollo de Nancy para despistarnos. Parece que para ella todo esto es un juego muy elaborado, pero va en serio. ¿Crees que sabe quién es el asesino pero que no tiene las pruebas para arrestarlo?
–¿Quieres decir que sospecha de una de nosotras?
–No…, no lo sé… Ella y Edie se han hecho muy amigas. ¿No le ha confiado nada?
–Si lo ha hecho, Edie no me lo ha confiado a mí –repuso Rachael con amargura.
–Pues no te preocupes. Será que soy desconfiada por naturaleza.
Anne se marchó, cerró la puerta y dejó a Rachael preguntándose a qué había venido aquella conversación. Apagó la lamparita y se echó bajo la claridad lechosa de aquella noche de verano. A través de la ventana abierta llegaba el ruido del agua deslizándose sobre los guijarros.

40

Las casas de beneficencia estaban en el casco antiguo de Kimmerston y se llegaba a ellas a través de un callejón estrecho que salía de la calle principal. Estaban fotografiadas en postales de la ciudad y de vez en cuando algún turista se aventuraba hasta el patio para mirar. Eran edificios protegidos y, aunque no fuera práctico para las sillas de ruedas o los andadores, el suelo del patio estaba adoquinado.

Rachael y Anne llegaron a última hora de la tarde. Hacía mucho calor. A lo lejos se oía el zumbido del tráfico, pero en el patio no había nadie. No salía ningún ruido de las casas de piedra gris.

Entonces se abrió una puerta y apareció una mujer menuda de mediana edad. Llevaba una blusa y una chaqueta de rayas y sostenía un bolso negro brillante bajo la barbilla mientras intentaba, con ambas manos, tirar de la pesada puerta combada y cerrarla. Se apresuró sobre los adoquines, repiqueteando con los tacones de aguja.

–¡Disculpe! –gritó Anne.

La mujer se detuvo, se volvió y miró su reloj con cara de irritación.

–¿Sí?

–Buscamos a la encargada.

–La han encontrado, pero ahora no puedo entretenerme. Tengo reunión con los administradores y ya llego tarde.

–Queríamos hablar con Nancy Deakin.

–¿Qué desean de ella?

–Hablar, solo eso. No tiene muchas visitas, ¿no?

–No es culpa mía. –La encargada se puso a la defensiva–. Lo hemos intentado, pero no es nada sociable.

–¿Ha venido alguien a verla últimamente?

–No he visto a nadie y no me ha comentado nada. Pero tampoco me lo comentaría. Prueben, si quieren. Número cuatro. No se tomen el té. –Se volvió y siguió taconeando.

Había mucha luz en el patio y, al principio, cuando la puerta de la casita se abrió un poco, no distinguieron la figura en penumbra del interior.

–¿Señorita Deakin? –preguntó Anne–. ¿Nancy?

La puerta se cerró otra vez. Anne la golpeó con el puño.

–No sé si deberíamos irnos. –Rachael estaba incómoda. Se imaginaba a la gente mirándolas desde detrás de las cortinas de red que cubrían las ventanas. Anne siguió a lo suyo y golpeó otra vez la puerta.

–¡Somos amigas de Grace! –gritó–. Nancy, ¿me oye?

La puerta se abrió. Nancy Deakin era muy vieja y allí, dentro de aquella casa, con las ventanas de celosía y el tejado a dos aguas, parecía una bruja de cuento. Llevaba una falda larga de lana y una chaqueta negra con agujeros en los codos. Las miró con indignación, y después habló farfullando y tosiendo, de modo que ninguna de las dos mujeres pudo entenderla.

–¿Podemos pasar?

Anne Preece asumió la voz cantante. Rachael pensó que lo ocurrido en Baikie's la había ablandado. Tiempo atrás se habría negado a hacer el trabajo sucio de Vera Stanhope, y en cambio estaba allí, con un pie interceptando la puerta para que la anciana no pudiera cerrarla otra vez.

Nancy metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una dentadura postiza enorme cubierta de pelusa negra. Se la metió en la boca y enseñó los dientes como un animal enjaulado.

–Acabo de decir que sí, ¿no?

Se volvió y las guio por un pasillo hasta una habitación pequeña y abarrotada, amueblada sin ningún concierto y llena de cachivaches. Parecía que durmiera y viviera en aquella habitación, aunque no había nada que indicara que la casa la compartiese con ningún otro

ocupante. Un diván estrecho estaba tapado con una manta de cuadrados tejidos en diferentes colores. En una silla de mimbre desvencijada se acumulaba una pila de ropa y sobre ella un sombrero negro de fieltro. En la ventana, tapando casi por completo la luz, había una jaula sobre una peana. La puerta de la jaula estaba abierta y una cotorra azul voló sobre sus cabezas y fue a posarse en la repisa de la chimenea.

–Grace ha muerto –dijo la anciana, con más claridad.

Era como si hablar fuera algo a lo que tenía que acostumbrarse.

–Entonces lo sabía. –Anne se sentó en el diván–. Queríamos asegurarnos.

Nancy apartó la pila de ropa de la silla y se sentó. Se echó hacia atrás con los ojos entornados. Rachael se quedó un momento bajo el umbral la puerta, pero después, sintiéndose fuera de lugar, se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared.

–¿Qué quieren? –preguntó Nancy.

–Saber si estaba enterada. Pensamos que querría saberlo. Grace nos habló de usted.

–¿Cuándo?

–Trabajamos juntas. En los páramos de Black Law.

–Cerca de Hall, entonces.

–Eso es.

–No creo que la invitaran a la casa. No creo que su maldita alteza y su majestad Olivia le prepararan un té.

–No –contestó Anne–. Ni siquiera creo que supieran que estaba allí.

–El hurón siempre consigue a la rata si tiene el estómago vacío –manifestó Nancy, enigmática.

Anne y Rachael se miraron. La luz del sol entraba en ángulo a través de la ventana de celosía y se colaba entre los barrotes de la jaula, iluminando las motas de polvo flotantes, una telaraña en la chimenea vacía, los colores descoloridos de una manta hecha con retales.

–¿Cómo se enteró de que Grace había muerto? –preguntó Anne.

Hubo otro silencio. Nancy las miró, evaluándolas.

–Vino Ed a verme –contestó por fin–. Es el único de la familia que viene. El único al que dejaría entrar.

–La encargada ha dicho que no había recibido visitas últimamente.

–Uf. ¡Qué sabrá esa! De dinero y reuniones sí que sabe. En eso consiste su trabajo. Y en perseguir a su novio.

–¿Y Grace? ¿Venía ella a visitarla?

–Ha estado fuera mucho tiempo. Universidad, excursiones. A veces Ed la traía.

–¿Últimamente?

La mujer sacudió la cabeza con enfado.

–Ni lo esperaba. Era joven. Tenía su propia vida. Pero siempre me escribía. Estuviera donde estuviera, me mandaba cartas. Y Edmund las leía cuando venía a visitarme. Tengo mal la vista, ya no puedo leer.

Las miró con furia, desafiándolas a que contradijeran su explicación.

–¿Guarda las cartas?

–¿Por qué?

–Grace era amiga nuestra. No tenemos casi ningún recuerdo. Si nos dejara las cartas unos días… Sería como hablar con ella. Como hacerla regresar.

–No tiro casi nada –concedió la mujer.

–¿Y nos dejaría verlas?

–No lo sé. Me lo pensaré.

Apretó los dientes de una forma rara y las miró, consciente de que ellas estaban frustradas por su indecisión, y desafió a Anne para que insistiera. Sin embargo, Anne preguntó:

–¿Cuándo vino el señor Fulwell a decirle que Grace había muerto?

–El día después de que ocurriera. Me dijo que no quería que me enterara por las noticias, aunque tampoco me habría enterado porque siempre apago la radio cuando empiezan. Solo me gustan las canciones antiguas. Pero fue un detalle. Siempre ha sido así. No tiene coche, o sea, que lo trajo su amigo.

–¿Qué amigo? ¿El señor Owen?

–No lo sé, no lo vi. No lo invité a entrar. Solo a Ed.

–¿Vio el coche?

–Desde aquí no se ve.

Era cierto, porque por la ventana solo veían el patio y a un anciano descalzo que había

sacado una silla de cocina para sentarse al sol.

–¿Edmund le dio detalles sobre lo ocurrido?

Nancy respiró fuerte por la nariz, arrugando los labios por encima de las encías.

–Por supuesto que no. Estaba triste y no le pregunté.

–¿Tiene alguna idea?

–¿Qué quiere decir?

–¿Sobre quién podría haberla matado?

–No… –Vaciló, pero decidió no continuar.

–¿Cómo estaba Edmund cuando estuvo aquí?

–¿Usted qué cree? –Hizo otra pausa–. Estaba enfadado.

–¿Creía saber quién la había estrangulado?

–Tendrá que preguntárselo a él. Aunque no sea asunto suyo.

Levantó un dedo largo para que la cotorra se posara en él. Anne se inclinó para tocarla.

–¿Podemos ver las cartas? –preguntó.

–No. –La voz de Nancy fue firme.

–Nos gustaría saber más cosas de ella.

–¿Por qué?

–Ya se lo he dicho, éramos amigas. La echamos de menos, y son un relato valioso de su vida.

–Están en una caja arriba. Últimamente me cuesta subir las escaleras.

–Iré a por ellas. –Anne se levantó del diván.

–No. –Con una agilidad sorprendente Nancy se levantó y se movió hacia la puerta para cortarle el paso–. No quiero que husmee entre mis cosas. Espere aquí. Iré a buscarlas.

La oyeron hacer ruido en la habitación de arriba. Parecía que hablara sola en murmullos. Entonces una puerta se cerró y oyeron que bajaba la escalera con dificultad. Fueron al pasillo a esperarla. En la mano no llevaba un fajo de cartas, solo un sobre blanco.

–Es la única que he encontrado. –Sonrió para que supieran que mentía.

–Es muy amable. –Anne alcanzó la carta y añadió–: ¿Sabe dónde está Edmund Fulwell?

–En casa, supongo.

–No. Hace días que no lo ve nadie.

–Siempre ha sido un poco salvaje.

–Si sabe algo de él –comentó Anne–, debería comunicárselo a la Policía. Están preocupados.

–No es necesario preocuparse. Sabe cuidarse solo.

Abrió la puerta de la calle para que salieran. Arriba se oyó algo que se movía, un ruido. Se quedaron quietas, sobresaltadas, y miraron hacia la escalera en penumbra. Desde la oscuridad la cotorra voló sobre la barandilla hacia ellas. Voló en círculos como si quisiera escapar por la puerta abierta, pero acabó posándose en el hombro de Nancy. Ella le acarició el pico y el pájaro arrulló.

41

La carta de Grace estaba fechada hacía dos años. La dirección era de un pueblecito en el suroeste de Escocia. En el sobre, junto a la carta, había una postal que mostraba una escena de un río y prados con la torre de una iglesia al fondo. No había nada escrito en el reverso de la postal, pero la imagen estaba marcada con una cruz y Grace había escrito encima con bolígrafo: «Aquí es donde acampamos anoche».

A Rachael le conmovió la imagen y la nota escrita a mano. Grace se había comportado de una forma tan rara que la veía como un espectro que se movía entre ellas provocando perturbaciones y malestar. Aquello la hacía humana, real. Era el tipo de carta que ella podía haber mandado a Edie para que estuviera tranquila.

Vera estaba allí. Debía de estar esperando su regreso porque acababan de encender el gas para hacer té cuando oyeron que llamaba a la puerta de la cocina. Entró sin esperar a que la invitaran.

–¿Por qué ha elegido la vieja daros esta postal? –preguntó.

Rachael esperaba que la inspectora estuviera agradecida de que hubiesen vuelto con un trofeo, pero estaba de peor humor de lo que había estado nunca desde el principio de la investigación. Según Edie, había pasado toda la tarde en Kimmerston.

–Lo más seguro es que haya elegido una carta al azar para deshacerse de nosotras –respondió Anne–. No quería reconocerlo, pero juraría que no sabe leer.

Vera, de un humor truculento, le llevó la contraria incluso en esto.

–No lo creo. Lo más probable es que las guarde por orden cronológico y que os haya dado la que estaba encima. Tiene que haber habido otra después de esta. Grace podría haberle escrito. ¿Escribía cartas?

–Nunca la vi hacerlo, pero quién sabe.

–No es gran cosa. –Vera sostenía la única hoja entre el pulgar y el índice–. ¿Por qué creéis que le escribía?

–Puede que considerara a Nancy como de la familia –intervino Edie–. Quizá lo veía como un deber, como escribir cartas de agradecimiento a los abuelos.

–Adelante. –Vera dejó la carta sobre la mesa frente a Anne–. Léela.

Anne miró alrededor para asegurarse de que la escuchaban y empezó a leer, como una madre que lee un cuento a sus hijos a la hora de dormir:

> Querida Nan,
>
> Hoy he salido en busca de rastros de nutrias y me he acordado de los paseos a los que me llevabas cuando era pequeña. Estoy empleada aquí por el Departamento de Protección de la Fauna y Flora. Se ofrecieron a encontrarme alojamiento, pero prefiero ir a mi aire, así que me he traído una tienda y he acampado en la zona señalada en la postal. Es un sitio precioso. El Departamento tenía a un estudiante que hacía el mismo trabajo antes que yo, pero se fue de repente y sus resultados no me han parecido nada del otro mundo. Demasiadas elucubraciones y no suficientes recuentos a mi entender. Así que no tengo más remedio que recorrer los tramos de río que él había estudiado para confirmar sus resultados. Sería mucho más fácil si todos siguieran las normas. Si te has formado como es debido, no es difícil. Espero que sigas con buena salud y que todavía estés a gusto en Kimmerston. Si puedo, cuando vuelva a estar por la zona, iré a verte con papá.

–Está firmado simplemente «Grace». Ni besos, ni mis mejores deseos, ni nada.

–Nada fascinante –opinó Vera–. ¿Y qué sentido tenía que escribiera si la pobre mujer no sabía leer?

–Edmund se las leía.

–¿Cuándo lo vio por última vez?

–Fue a decirle que Grace había muerto. No quería que se enterara por otros.
–Suena como si entonces todavía se comportara de manera racional. –Vera miró a Anne–. ¿Le preguntaste dónde estaba Edmund?
–Claro. Dijo que no lo sabía.
–¿La creíste?
Anne se encogió de hombros.
–Disfruta enredando. No creo que le cueste mucho mentir.
Vera apartó la carta con disgusto.
–Bueno, no nos sirve de mucho.
–No estoy tan segura –dejó caer Rachael de mala gana.
–¿Qué? –gruñó Vera–. Suéltalo.
–Anne y yo estamos sorprendidas con los resultados del recuento de nutrias que tomó Grace en los ríos de la zona de estudio. Nunca se había estudiado sistemáticamente, pero los recuentos en porciones similares del condado nunca han dado cifras parecidas. Desde que murió hemos repetido algunos de sus trayectos. Parece que los recuentos están exageradísimos. Existe la posibilidad de que cometiera un error, pero esta carta sugiere que era consciente del peligro de excederse en los cálculos, o sea, que no me parece muy probable.
–¿Adónde quieres ir a parar?
–O bien estaba más loca de lo que creíamos –contestó Anne Preece– y alucinaba viendo legiones de nutrias desfilando por el valle de Langholme, o bien se lo inventaba.
–¿Por qué haría eso? Era una científica.
–Ha habido científicos que falsificaban datos por motivos propios.
–¿Qué motivos?
–Gloria personal. O porque los han engañado.
–¿Quieres decir que la empresa de la cantera la había sobornado para exagerar sus datos?
–No –replicó Anne–. De ninguna manera. Desde el punto de vista de la cantera, eso sería del todo contraproducente. Es lo contrario de lo que querrían. El objetivo de la evaluación de impacto medioambiental es ver qué efecto tendría el proyecto sobre el paisaje. A la empresa le interesa que no encontremos nada con valor de conservación en el lugar. Así pueden afirmar en la investigación pública que la cantera no causaría ningún daño medioambiental significativo. Si el informe hallara la mayor concentración de nutrias del país, les costaría mucho defender los supuestos beneficios de la cantera para que se aprobara. Las nutrias son graciosas y peludas. Todos los grupos de presión del país se concentrarían aquí con pancartas.
–¿Así que crees que la oposición la había sobornado?
–Yo no digo nada. –Anne empezaba a exasperarse–. No sé qué le pasaba por la cabeza. Pero en vista de la carta, no es probable que se equivocara.
Edie había escuchado la conversación.
–¿Quiénes son la oposición? –preguntó.
Vera apreciaba las intervenciones de Edie en las conversaciones, pero en aquel momento, como estaba enojada y frustrada la miró desafiante.
–¿A qué viene eso?
Edie arqueó las cejas como si desaprobara el comportamiento de un niño mimado y respondió con calma:
–Me refiero a si hay un grupo de oposición organizado, una sede de campaña, personas al frente. Y si hay alguna prueba de que Grace estuviera involucrada con ellos, o con cualquier otro grupo de presión conservacionista. Quizá falsificó sus datos por la errónea convicción de que estaba sirviendo a una causa en la que creía.
Vera aceptó la lección.
–No lo sé. Se puede averiguar.
–En Langholme hay un grupo de personas que está en contra del proyecto –informó Anne–, pero no creo que sean muy eficaces. Y por ahora, que yo sepa, no han conseguido que ninguno de los grandes grupos de presión los apoye. Se trata más bien de un grupo de vecinos que se preocupa por la bajada de los precios de la vivienda si hay una cantera enorme al lado y camiones rugiendo por el pueblo de día y de noche. La típica reacción de «no delante de mi casa».
–Además –interrumpió Rachael–, Grace no era tonta. Sí, ya sé que piensas que mientras estuvo aquí parecía una chiflada, pero tenía que saber que a la larga este tipo de fraudes no se sostienen. El único motivo por el que aceptan los estudios medioambientales en las

investigaciones públicas es la seguridad de que son objetivos. Si los inspectores perdieran la fe en ellos, los conservacionistas perderían toda la influencia que tienen en el proceso de planificación. Grace tenía que saberlo por fuerza. Creo que lo hacía de mala gana –siguió Rachael–. Alguien debió de forzarla a mentir. Habéis oído la carta. Estaba obsesionada con hacer bien las cosas. Puede que fuera por eso por lo que parecía tan estresada mientras estuvo aquí. No soportaba el fingimiento. Lo comprendo. A mí también me habría vuelto loca. Debería haberme dado cuenta. Está claro que necesitaba hablar con alguien.

–Sí –afirmó Vera–. Bueno, parece que ella también se dio cuenta.

–¿Cómo lo sabes?

–Hoy me he reunido con su asistente social, la señora Antonia Thorne. Menudo oficio el de la asistencia social. Yo no podría hacerlo. Siempre pensé que para ser policía tenías que ser insensible, pero ellos lo tienen peor. Aquella mujer conocía a Grace Fulwell desde que era niña, la colocó con una pareja de padres de acogida tras otra hasta que encontró una que funcionó. Cualquiera diría que le tenía aprecio a la chica, afecto incluso, pero en cuanto Grace fue a la universidad se lavó las manos. Ni siquiera le mandó una felicitación de Navidad. Una podría pensar que al menos sentiría curiosidad, pero, por lo visto, no. Me ha dicho que se había olvidado de ella por completo hasta que se enteró de que había muerto.

–Creo que los instruyen para que no se involucren –señaló Edie.

–¿Con un niño? –Vera sacudió la cabeza–. No me parece normal.

–El caso es… –instó Edie.

–El caso es que cuando la señora Thorne volvió de sus vacaciones en la playa tenía un montón de correo esperándola. No lo había abierto cuando hablé con ella hace unos días. Una de las cartas era de Grace. Supongo que no tenía a nadie más a quien acudir. Es triste. –Calló, perdida en sus pensamientos, y aquella vez Rachael no pensó que buscara un efecto teatral–. Grace decía que había algo que la angustiaba. Que necesitaba hablar de algo. Aunque ya no estuviera oficialmente a cargo de los servicios sociales, ¿la recibiría la señora Thorne?

–Oh. –Rachael estaba a punto de llorar–. Si hubiera estado en la oficina, quizá Grace no habría muerto.

–¿No podía encargarse otro empleado? –preguntó Anne, furiosa.

–Era una carta personal. Nadie la abrió.

–¿Estás diciendo que por eso mataron a Grace? –preguntó Edie.

–¿Para impedir que le contara a alguien que estaba falsificando los datos sobre las nutrias? Tengo que decir que no parece tan importante.

–Los motivos para asesinar no suelen serlo –rebatió Vera.

–En tal caso, tienes que averiguar quién la presionó de entrada para mentir.

–Oh, eso creo que ya lo sabemos –informó Vera–. ¿Quién estaba resentido con la camarilla de Holme Park? ¿Quién no querría sacar tajada de la venta de la tierra a una empresa constructora? Nuestro querido Edmund Fulwell. Y parece haber desaparecido como un espejismo. Como las malditas nutrias de Grace.

42

Aquella noche, ya tarde, Peter Kemp apareció con su Range Rover blanco nuevo por la pista. Rachael lo había llamado desde Black Law en un momento de pánico. Un par de días antes de la muerte de Grace había enviado los recuentos preliminares de nutrias. Ahora quería que supiera que probablemente no eran exactos, antes de que quedara como un idiota haciéndolos públicos.

Amelia, la bella mujer de los dientes grandes, atendió el teléfono. De fondo se oían voces, risas.

–Unos amigos que han venido a cenar –comentó Amelia, a modo de explicación.

Y Rachael pensó que ella y Peter nunca parecían estar solos. Le dijo a Peter que no era urgente, que no era necesario que fuera a Baikie's, pero él se alegró de tener una excusa para marcharse.

A pesar de que eran las diez cuando llegó, Rachael propuso salir a dar una vuelta. No había olvidado el almuerzo dominical en la casa de Kimmerston y no podía soportar la idea de tener que aguantar el sarcasmo de Edie. Además, no había salido en todo el día y se sentía inquieta y enjaulada. Todavía había luz, aunque el sol estaba bajo y el color del brezo y los helechos se había apagado. Caminaron en silencio y, sin ponerse previamente de acuerdo sobre su destino, siguieron la pista a través de la plantación de pino hacia el lago de montaña, en lo alto del páramo. El estanque, rodeado de juncos, estaba a punto de desbordarse, a pesar de la reciente sequía, y su superficie reflejaba la última luz. El cielo estaba despejado, tenía un color lavanda y gris con rayas doradas.

Me he equivocado, pensó Rachael. Estaba mejor dentro de Baikie's, con Anne flirteando y Edie haciendo comentarios maliciosos, que fuera removiendo viejos recuerdos. Porque allí podía perdonarle el trabajo robado y su matrimonio. Habría sido fácil alargar la mano y tomar la suya.

–¿Te apetece un baño? –propuso él, y esto empeoró más las cosas.

Era una especie de broma, una referencia a los viejos tiempos, cuando vivían solos en Baikie's y subían allí después de un día de trabajo de campo, riéndose con el impacto del agua fría, el barro turbio deslizándose entre los dedos de sus pies mientras vadeaban buscando un lugar profundo para nadar.

Estuvo a punto de decir: «¿Por qué no?». Sabía lo que él quería. Un poco de seducción. La confirmación de que el antiguo encanto todavía funcionaba. Alguien con quien quejarse de Amelia y de la pesadez de la vida conyugal. Ella, en cambio, quería olvidar el caso durante una hora, sentir la excitación de lanzarse al lago y el tacto del jersey de él cuando la abrazaba. El contacto humano que Grace no había tenido.

–No –contestó, con voz tranquila–. No hemos venido a divertirnos.

Fingir que podía volver a intimar con Peter era como la pretensión de Grace de que había más nutrias en aquel valle que en el resto del condado. Era seductor pero falso, y al final la volvería loca.

Se quedaron mirando más allá del lago. No había brisa, ni ruidos lejanos, ni aviones. De vez en cuando un pez plateado saltaba y aterrizaba levantando salpicaduras y una anilla de pequeñas olas, y el agua golpeaba suavemente contra las cañas, desbordándose casi hasta sus pies.

–Grace mintió –dijo.

–¿Estás segura? Era muy buena. Todo el mundo lo decía. Puede que viera cosas que a vosotras os han pasado desapercibidas. Porque si fuera cierto, sería dinamita.

–Tendrías que escribir un artículo –propuso Rachael.

–¡Claro! –exclamó, pasando por alto el sarcasmo de sus palabras.

–Estoy segura. Muy segura. Y si publicas esos resultados tal como están ahora, los cuestionaré públicamente.

–Entendido. No hace falta que te pongas así. Somos un equipo. No haría nada sin consultártelo primero.

Rachael no dijo nada. Se había convencido a sí misma y no merecía la pena discutir.

–¿Por qué lo hizo? –siguió él.

–Anne cree que estaba loca y la inspectora cree que su padre la convenció para que lo hiciera.

–¿Y qué piensa Edie, el gran oráculo?

–No estoy segura.

–No es propio de Edie tener la boca cerrada.

Peter se sentó en la hierba y se abrazó las rodillas como un colegial. La miró desde abajo.

–¿Y cuál es tu teoría? Eres la persona más observadora que conozco. Alguna idea tendrás.

Rachael se encogió de hombros.

–¿Hasta qué punto la conocías, Peter?

–No la conocía de nada.

–Debiste de conocerla antes de que empezara. Al menos la entrevistarías. No empleas a nadie sin una entrevista. Política de empresa. Si lo sabré yo. Pero ella no fue a la oficina. Me acordaría. Se suponía que era mi equipo, que yo lo elegía. Pero descubrí que habían nombrado a una especialista en mamíferos y tuve que aguantarme.

–Pero era buena, Rache. La mejor. Tenía que aprovechar la oportunidad cuando se presentó.

–¿Dónde la encontraste?

–En Escocia. Trabajaba para un amigo mío. La vi en acción y me impresionó. No hubo necesidad de hacerle una entrevista formal. Oye, no pretendía que te sintieras atacada.

–Pero la evaluaste, con sola una reunión.

–Sí, era la bomba.

Rachael calló un momento.

–Háblame de su trabajo en Escocia.

–Trabajaba para el Departamento de Protección, en su segundo año de los dos del contrato. En principio tenía que ser la coordinadora de voluntarios para el recuento, pero no era buena delegando y acabó haciendo casi todo el trabajo sola. Había alojamiento previsto para el personal contratado, pero ella no lo utilizó. Era la única mujer. Tal vez fue por eso. Empezó acampando y después encontró una habitación en una granja.

–¿Fuiste a quedarte con ella para el proyecto de Black Law?

–No, por Dios. Fui porque mi amigo cumplía treinta años y celebraba una fiesta. Ella asistió, pero solo estuvo un momento. No era la alegría de la huerta, precisamente. Al día siguiente él le dijo que me llevara a dar una vuelta. Ella estaba a punto de acabar el contrato. Necesitábamos a alguien para los mamíferos en Black Law. Era lógico. –Hizo una pausa–. Bueno, sé que debería haberte consultado pero, como he dicho, era buena. Ideal. Le apetecía estar más cerca de casa, no tenía ataduras.

–Como yo, vaya. Solitaria y a punto para el viejo encanto de Kemp.

–No sé a qué te refieres –dijo Peter, que se lo tomó como si fuera un cumplido.

–¿Se encaprichó de ti? Vamos, seguro que te diste cuenta.

Esta vez fue él quien se encogió de hombros.

–Creo que Grace se encaprichó de ti –insistió Rachael–. Como casi todas. Al menos durante un tiempo. ¿Por eso aceptó trabajar con nosotras?

–¿No estarás celosa, Rachael? –Su tono era bromista, a la vez que ofensivo.

Ella se volvió como si la hubiera golpeado y él siguió en un tono más amable.

–Mira, no intenté nada si te refieres a eso. Acabo de casarme, por el amor de Dios.

–Oh –repuso Rachael furiosa–. No te estoy acusando de eso. ¿Qué importancia tiene?

–Entonces ¿qué?

–He intentado entender quién ganaría con el recuento de nutrias inflado de Grace. Y a ti no te haría ningún daño. Sería un gran prestigio descubrir la mejor reserva de nutrias del país. No un artículo, se escribiría un libro, se haría una película para la tele.

–¿Estás loca? Me paga Godfrey Waugh. Es lo último que querría.

–Así también tendrías fama de honesto. El señor Waugh parece un hombre honorable. Quizá le gustaría. Peter el incorruptible.

–No tan incorruptible si se descubría el fraude.

–Entonces sería un error de Grace. No tuyo. –Hizo una pausa–. No digo que le pidieras a Grace que mintiera. Pero quizá lo hizo para complacerte.

–Estás chiflada –afirmó Peter–. No tengo tanto poder. Has pasado demasiado tiempo en las colinas.

–Sí, puede que sí.

Se sentó en la hierba junto a él, en un gesto de disculpa. Nunca había sido propensa a teorías conspirativas, y aun así no podía dejarlo.

–Entonces, ¿no es cierto?

–No, no lo es.

Lo creyó.

–Perdona.

Estuvieron un rato en silencio. El sol se apagaba muy deprisa. Ya no se veía el horizonte. Las colinas eran borrones negros. Había una luna brumosa.

–Tranquila –le dijo Peter–. Has tenido unos días horribles. Pero rumores como ese podrían hacerme mucho daño.

–Lo sé –siguió Rachael cautelosa–, pero la tarde que Bella murió estuviste aquí, ¿no?

Él no contestó.

–¿Peter?

Creía que le iba a mentir pero recuperó la cordura, quizá porque vio que sería más creíble si decía la verdad.

–Sí, aquel día estuve por aquí.

–¿Por qué no me lo dijiste cuando te lo pregunté?

–Porque no era asunto tuyo.

–Por supuesto que lo era.

–No –aseguró él–. Esta vez no.

–¿Por qué ibas caminando?

–Había estado toda la semana en la oficina, sentado, en comidas con clientes. Necesitaba hacer ejercicio.

–¿Tanto ejercicio? ¿Caminar desde Langholme?

–No caminé desde Langholme. Aparqué el coche en la pista del bosque, caminé y pasé por Black Law. Volví por el lado de la colina.

–La inspectora cree que el asesino de Grace aparcó allí su coche.

–Bueno, yo no maté a Grace. No podría haberlo hecho. Por el amor de Dios, si estaba reunido contigo en aquel momento.

Rachael no contestó.

–¿Estás satisfecha? –preguntó con aspereza.

–Quiero saber de qué hablaste con Bella.

–Negocios, Rache. Eso es lo que hago ahora. No hago conservacionismo. Negocios. –Se volvió hasta casi darle la espalda–. Para poder tener una esposa guapa y una casa bonita.

–¡Cómo te atreves a culpar a Amelia! –gritó Rachael.

Una focha asustada salió volando de las cañas y aleteó sobre el agua.

–No –repuso él en voz baja–. No, no sería justo.

Rachael se sintió de nuevo seducida por su tristeza. Tuvo que esforzarse para no sucumbir a la necesidad de consolarlo y decirle que todo se arreglaría. ¿Qué nos pasa?, pensó. ¿Por qué lo hacemos? ¿Así era como se sentía Bella con su hermano? Los hombres se ponen patéticos y nosotras vamos a arreglarlo todo.

–Tengo que saber qué le dijiste a Bella. –Mantuvo un tono firme–. Tengo que saber si algo de lo que le dijiste hizo que se suicidara.

–Por supuesto que no. ¿Por quién me has tomado?

–¿Qué era, Peter?

–Te lo he dicho. Negocios.

–¿Te mandó alguien?

–¿Qué? –La idea lo dejó estupefacto.

–¿Negocios de quién? ¿Tuyos? ¿De Godfrey Waugh? ¿O fuiste en nombre de Neville Furness? Para hacerle el trabajo sucio.

Peter no contestó. Se levantó y ayudó a Rachael a levantarse. Le puso las manos en los hombros y la miró a la cara.

–Tienes que olvidarte de esto –sugirió–. Acabarás enferma.

–No.

–Eres mi colega, pero a veces te pones muy seria.

La tomó de la mano y la llevó colina abajo. Ella lo siguió, riendo a pesar suyo, y corrieron, agarrados de la mano. Hansel y Gretel hacia las luces de la casita.

43

La mañana siguiente, tras un recuento a primera hora, Rachael fue a la casa de Black Law. Quería decirle a Vera Stanhope que terminarían el estudio en una semana. Era tranquilizador tener una fecha. Una fecha límite para todos.

Llamó a la puerta de la cocina y entró. El hervidor burbujeaba. Al alcanzar el punto de ebullición, se apagó solo. En otra parte de la casa se cerró una puerta. No oyó pasos, pero de repente Neville Furness apareció en el umbral. La forma en la que caminaba, casi de puntillas, le hacía parecer un gran felino. Rachael tuvo que recuperarse primero de la sorpresa.

–Cuánto lo siento –se disculpó ella–. Buscaba a la inspectora Stanhope. No sabía que…

–No está. –No dejaba transmitir lo que pensaba de la invasión de desconocidos de la que había sido su casa–. El sargento tampoco. Se han marchado temprano esta mañana para ir a Kimmerston. Regresarán en cualquier momento.

–Lo siento –repitió ella–. Volveré más tarde. –Ya estaba retrocediendo hacia la puerta.

–¡No! Por favor –dijo con vehemencia–. Estaba preparando café. La Policía tendrá café en alguna parte.

–En el armario junto al fregadero.

Se quedó por curiosidad. Mientras él se movía por la cocina con energía controlada, buscando tazas, agachándose para sacar la leche de la nevera, intentó adivinar qué edad tenía. Treinta y tantos, y estaba muy en forma. No tenía canas. Llevaba vaqueros y una camisa con el cuello abierto. Se volvió de golpe para ofrecerle una galleta y vio que lo estaba mirando. Sonrió y Rachael se sonrojó como si la hubiera pillado en medio de una fantasía libidinosa. Tenía vello oscuro en el dorso de la mano y de los puños de la camisa le asomaban pelos negros y rizados. Sus dientes parecían muy blancos.

Un felino no, pensó Rachael. Un lobo. Y yo soy Caperucita Roja.

–Pase a la otra habitación. Se está más cómodo.

Qué dientes tan grandes tienes, abuelita.

–Vamos –dijo–. No muerdo.

La acompañó a la habitación con las puertas vidriera que daban al jardín descuidado y tenían vistas a la colina. Neville parecía demasiado inquieto como para estar sentado y enseguida se levantó; se quedó de pie frente al gran cuadro de los trabajos de la vieja mina.

–Lo pintó mi madre –manifestó.

–Lo sé, me lo dijo Bella.

–¿Ah, sí? –Parecía sorprendido, complacido.

–Éramos buenas amigas. –Rachael quería crear una alianza.

–Me alegro. Seguro que necesitaba amigas. No debió de ser fácil cuidar a mi padre. Tanto esfuerzo y ninguna reacción.

–Sí había reacción –replicó Rachael con vehemencia–. Todavía la hay… Entiende más de lo que la gente cree.

–¡Oh! –Se mostró educado pero incrédulo.

–¿Se acuerda de su madre? –preguntó, quizá para vengarse.

Pero Neville Furness estuvo encantado de tener la oportunidad de hablar de ella.

–No mucho. Canciones infantiles que me cantaba antes de ir a la cama. Juegos. Le gustaba disfrazarse. Y me montaron un columpio en el granero. Me acuerdo de eso. Me columpiaba hacia la luz y otra vez hacia la oscuridad. La abuela protestaba porque creía que me iba a caer y mi madre se reía. También me llevaron a una fiesta en Baikie's. Debió de ser cerca de Navidad, porque el campo estaba helado y hacía mucho frío. Se suponía que era como un premio, pero Connie era una mujer tan enorme que me daba pavor. Una de las damas elegantes llevaba un abrigo de piel y yo me acurruqué en él, para esconderme. Se rieron todos. –Fue hacia las puertas vidriera y miró a la colina–. No es mucho.

No. Pero es más de lo que yo recuerdo de mi padre, pensó Rachael con amargura. Y tomó la decisión de acorralar a Edie cuando hablara con ella. Tenía derecho a conocer a su padre fuera como fuera. No toleraría más evasivas. Se enfrentaría a Edie antes de que se fueran de

Baikie's. Como había dicho Anne, aquel era un buen sitio para resolverlo. Terreno neutral. Sería otra fecha límite.

–Lo siento. –Se dio cuenta de que él había dicho algo–. Estaba en la luna.

–Decía que mi padre quedó destrozado cuando mi madre murió. No se interesaba por nada. Seguía cumpliendo con el trabajo de la granja, pero supongo que solo era una forma de evasión. Se cansaba para poder dormir. Pero no era capaz de interesarse por mí. Le costaba demasiado esfuerzo. Emocional, quiero decir. Todo lo que tenía se lo había dado a mi madre. Era pequeño pero me daba cuenta. Los niños ven esas cosas. Así que intentaba dejarlo en paz.

Rachael se imaginó a un niño, de puntillas por la casa, encogiéndose en la penumbra, sin hacer ruido, y le costó reconciliar aquella imagen con la de ese hombre próspero y enérgico.

–¿Y vino su abuela para cuidarlo?

–Ivy, sí. –Se volvió para mirar a Rachael–. ¿Bella también se lo contó?

–Que usted, Dougie e Ivy vivían juntos, sí.

–Hubo buenos momentos. No éramos una familia convencional, pero funcionaba bien. Para mi padre fue más fácil cuando crecí y pude ayudarle en la granja. Entonces teníamos temas de que hablar.

–Un terreno neutral –sugirió ella, repitiendo lo que pensaba sobre sí misma y Edie.

–Algo así.

–¿Por qué se fue?

–Primero me fui a estudiar. Está demasiado lejos para ir y venir todos los días de Kimmerston, sobre todo en invierno, así que el municipio tiene un albergue donde pueden vivir los alumnos del instituto durante la semana. Al principio me sentía solo, pero supongo que me ayudó a ser una persona independiente. Después me fui a la universidad. Como usted, supongo. Es lo que hacen los jóvenes.

–¿No pensó nunca en volver?

–Entonces no. Tenía otras ambiciones. Puede que quisiera demostrar algo. Más adelante, cuando mi padre enfermó y lo natural habría sido que me encargara de la granja, Bella estaba ya aquí, y lo hacía por lo menos tan bien como lo habría hecho yo.

–¿Le molestó que se encargara ella? –Era una pregunta propia de Edie, pero no pareció importarle.

–Un poco, supongo. Es normal, ¿no? Pero yo no habría tenido la paciencia de cuidarlo con tanto esmero como ella. Como he dicho, no nos llevábamos bien. A causa de la muerte de mi madre, no pudo ser nunca un padre afectuoso, a pesar de que su carácter sí lo era al principio. No me podía imaginar haciendo todas esas cosas íntimas de las que Bella se encargaba: darle de comer, bañarlo, todo eso. Y tampoco me podía imaginar que mi padre quisiera que lo hiciera. Supongo que podía haberme encargado de la granja, pero no creo que hubiera funcionado, viviendo los tres juntos. En cambio ahora… –Había hablado casi para sí mismo y, al darse cuenta de que tenía público, se detuvo bruscamente.

–¿Piensa explotar Black Law usted mismo?

Estaba atónita. Todo el encuentro había sido una sorpresa. Creía que Neville Furness era un empresario. Despiadado, ambicioso. Por trabajar primero para la finca de Holme Park y después para Slateburn Quarries, a su modo de ver, era uno de los malos, de los que destruían la naturaleza. Un villano de dibujos animados. Había sido fácil culparlo del suicidio de Bella, incluso sospechar de él en relación con el asesinato de Grace. En cambio, hablaba con mucha modestia de su padre, con gran afecto de la granja.

Cuidado, chica, que te están engatusando, pensó. Mira qué dientes más grandes tiene. Un lobo con piel de cordero.

–Se me ha pasado por la cabeza mudarme otra vez aquí –reconoció–. O eso o venderla, cosa que no creo que sea capaz de hacer. Pero tengo que echar cuentas. Puede que no esté siendo realista.

–¿Y la cantera?

–Oh, la cantera seguirá sin mí. O no, dependiendo del resultado de la investigación.

–Supongo que venderá el acceso al lugar a través de las tierras de Black Law –dejó caer Rachael–. Tendría más beneficios que con las ovejas.

–En este momento cualquier cosa da más beneficios que las ovejas.

–¿Llegará a un acuerdo con Godfrey Waugh? –insistió ella.

–No lo sé. Me gusta mucho este sitio. No sería lo mismo con una carretera pasando frente a la puerta de la cocina y camiones articulados circulando las veinticuatro horas del día.

No seas ingenua, se dijo. No te dejas engatusar. Todos te dicen lo que quieres oír.

Acuérdate de Peter Kemp.

–¿Tiene alguna idea de por qué se suicidó Bella? –preguntó de repente.

–En cierto modo me siento responsable.

–¿Usted? –Era lo último que se esperaba oír.

–Debería haber visto que era demasiado para ella. Cuidar a mi padre, la granja. Algo debió de estallar. Al menos…

–¿Al menos qué? –preguntó ella.

Neville sacudió la cabeza. Una mueca de repugnancia en su cara la empujó a terminar la frase por él.

–Iba a decir que por lo menos dirigió la violencia contra sí misma y no contra su padre.

–Sí –apostilló–. Eso.

–¿Sabía lo de su condena?

–Por supuesto.

–¿Cuándo se enteró?

Así que fuiste tú, pensó Rachael. Tú la llevaste al suicidio. Lo descubriste y no podías soportar la idea de que cuidara a tu padre. Pero su respuesta la sorprendió de nuevo.

–Fue hace muchos años, antes de que se casaran. Me invitaron a tomar el té. Esta habitación estaba igual que ahora. Nos sentamos aquí, tomamos el té y tarta de nueces y dijo: «Creo que deberías saberlo. He cumplido condena por homicidio». Con mucha calma, como si fuera una noticia que había oído en el supermercado.

»Y me acordé del caso. Era pequeño entonces, pero había salido en todos los periódicos y habían hablado de ello en la escuela. Charlie Noble había sido alumno allí un par de años antes. Se lo dijo a mi padre la noche antes, y se ofreció a marcharse en ese mismo momento si era lo que quería. Por supuesto, él le dijo que se quedara, pero Bella insistió en que debía decírmelo a mí también.

»Dije que era cosa suya, que era su vida. Era lo que esperaban y lo que yo habría esperado de ellos de haber sido la situación al revés. Pero no fue fácil. Pensaba que iba detrás del dinero de mi padre.

–No era así. –Rachael se preguntó cómo se sentiría si Edie se juntara con un exconvicto.

–No. Me di cuenta más adelante. De todos modos, entonces me costaba que me cayera bien. No era mi madre. Y mi padre parecía feliz con ella. Mucho más feliz de lo que había podido hacerlo yo. Quizá me sirvió de excusa para ponerme en su contra. –Sonrió–. Me reconcilié con la idea cuando mi padre se puso enfermo. Habría sido una grosería mantener la misma formalidad gélida. Empecé a visitarlos y a pasar alguna noche aquí de vez en cuando.

Así que la habitación de Neville era realmente la habitación de Neville, pensó Rachael.

–Lo que le dije en el funeral era verdad. Al final nos llevábamos muy bien.

–Me alegro. –Pero no se alegraba. Estaba celosa. ¿Cómo podía haber confiado Bella en Neville Furness y no en ella? Y tampoco estaba segura de creerlo.

Se oyeron voces a lo lejos. Vera Stanhope y Joe Ashworth habían vuelto. Desde allí Rachael percibía su rabia y su frustración. Hubo portazos. Vera maldijo. Por lo visto, la reunión en Kimmerston no había sido lo que se dice un éxito.

–Quiero que se quede con algo –se apresuró a decir Neville. Miró hacia la puerta como si esperara que Vera fuera a entrar en tromba–. Algo de Bella. A ella le gustaría.

–Oh, no sé.

–¿Le permiten salir de aquí?

–Por supuesto.

–Venga a cenar conmigo. Esta noche no, tengo una reunión. Mañana.

–No puedo –alegó Rachael–. Mi coche está en el taller.

–Pasaré a recogerla. Faltaría más. –Fue hacia la puerta–. A ver qué quieren de mí.

Entonces Rachael comprendió que Vera lo había convocado en Black Law para interrogarlo. No había dicho que estuviera allí por gusto; solo había querido dar esa impresión. Se sintió engañada. Quería preguntar a Vera si había novedades del coche que la había seguido, pero se marchó enseguida y volvió a Baikie’s a trabajar.

44

En el jardín de la Abadía, Anne estaba arrancando las malas hierbas. Llevaba pantalones cortos y estaba arrodillada sobre una toalla vieja doblada y solo se levantaba para estirarse y trasladarse al siguiente tramo de terreno. El sol le quemaba en la espalda y los hombros. Las malas hierbas salían con facilidad y podía sacudir la tierra arenosa antes de lanzar el zuzón a la carretilla.

Había contratado a un hombre del pueblo para que pasara por el jardín cada semana a regar y cortar el césped, pero se limitaba rigurosamente a hacer eso y las plantas habían prosperado en aquel abandono. El lugar tenía un aire tropical caótico. Había grandes flores y bajo la red que recogía la fruta habían madurado las bayas caídas de matorrales y cañas, así que, agachada en el parterre Anne olía a la vez a podrido y a perfume embriagador.

Y todo el tiempo tenía la sensación de que arrancar malas hierbas era un gesto inútil porque no se imaginaba viviendo en la Abadía dentro de doce meses. Jeremy, una vez solo, o bien dejaría que se convirtiera en una jungla, o bien invitaría a uno de sus amigos artistas de Londres para que diseñara un nuevo jardín. Se imaginaba que arrancarían todas las plantas y planificarían algo minimalista y oriental, con grava y estatuas raras.

Fue idea de Edie que se tomara un día libre. Anne tenía claro que si se entendía tan bien con Edie, aunque no le gustara reconocerlo, era porque eran de la misma generación. Estaban menos obsesionadas que los jóvenes, con todos sus principios.

Anna había confesado a Edie que la mera idea de dejar Baikie's para volver a la vida de la Abadía con Jeremy le daba pánico. Por supuesto no le había hablado de Godfrey, pero ella ya se había imaginado algo sobre una aventura que había acabado mal.

–El problema es que en realidad no lo he pensado a conciencia –había dicho Anne–. Mientras estoy aquí olvido que fuera pasan cosas. Ya sé que tenemos que aguantar las rarezas de Vera, pero casi ha hecho que parezca que forma parte del trabajo. Todo el mundo trata de remover alrededor para encontrar las respuestas, ¿no? Pero ahora que tenemos fecha para marcharnos, no puedo retrasar mucho tiempo más las decisiones.

–¿Por qué no te tomas un día libre –le había dicho Edie entonces– y te vas a casa? Puede que te ayude a ver las cosas en perspectiva.

Anne había seguido el consejo, y mientras estaba agachada al sol arrancando el miscanto y la aguileña, intentaba desenredar el embrollo, más peliagudo, de cómo iba a pasar el resto de su vida.

–Tienes que decidir qué es lo que quieres realmente –le había dicho Edie.

Lo cual estaba muy bien si no fuera porque ella sabía que lo que quería era a Godfrey Waugh y todavía no tenía claro si este era o no un asesino.

A la hora de almorzar llegó Jeremy. Tenía intereses indefinidos en una tienda de antigüedades en Morpeth, y había ido, según él, a asegurarse de que el encargado valoraba de forma correcta el material nuevo. Este encargado era joven y guapo.

–¡Roland no tiene ni idea! –informó Jeremy. Se quedó en el camino de losas, con su camisa Ralph Lauren y su americana Saint Laurent, sudando un poco. Tenía que gritar porque no quería aventurarse en la hierba para no ensuciarse de barro los zapatos. Anne se negó a dejar de arrancar malas hierbas para ir a su lado. Había algo tranquilizador en el ritmo de agacharse y tirar y ver la tierra despejada frente a ella.

–Es un vendedor de primera, eso sí. Lo reconozco. Pero no sabe nada del período.

Anne se preguntó un momento de qué período estaría hablando, pero no se arriesgó a preguntar. A Jeremy le gustaba soltar discursos.

–No te lo vas a creer –siguió Jeremy, aleteando con los brazos, como si se autoparodiara–. Nos han invitado a una fiesta en Hall.

Esto la hizo parar. Se levantó, sintió un tirón en los músculos de los hombros y un cosquilleo donde el sol le calentaba las pantorrillas.

–¿Qué clase de fiesta?

–Oh, nada muy formal. Nada demasiado elegante, quiero decir. Creo que irá todo el mundo

y su perro. Es una celebración de cumpleaños para el hijo pequeño. Pero Livvy Fulwell vino personalmente a invitarnos.

–Menudo esnob estás hecho, Jeremy –dijo.

–Querida –aseguró él–, no puedo evitarlo. ¿Vas a parar y entrar a casa a comer?

–Si quieres…

–Me muero de ganas de que dejes ese trabajo horroroso en las colinas. ¿No será maravilloso cuando todo vuelva a la normalidad? –Anne percibió la ansiedad en su voz y pensó que quizá Jeremy también sintiera pánico. No era estúpido y detestaba los cambios y contratiempos. Era un hombre bueno y divertido y supo que lo iba a echar de menos. Pero no podía quedarse.

–¿Qué vamos a comer? –Tampoco podía afrontar una pelea en aquel momento por lo que comerían. Era su día libre.

–¡Oh, santo cielo! –Estaba disgustado–. Se me ha olvidado. Quería haber comprado algo al volver.

–Vayamos al pub –propuso Anne, y sonrió cuando Jeremy hizo una mueca. El pudin de puerros casero o la salchicha gigante con patatas no eran lo suyo. No se sentía a gusto con los bebedores de mediodía.

–Oh, cielo santo –repitió–. De acuerdo. Si no hay más remedio. Pero que conste que lo hago por ti.

En casa la siguió hasta arriba, esperó en su habitación, gritando a través de la puerta mientras ella se duchaba. Esto es lo que debe de ser, pensó, tener un niño enmadrado que te sigue a todas partes. Lo oyó a intervalos, a través del ruido del agua. Al principio le pareció que hablaba de la fiesta de los Fulwell otra vez. La idea de estar invitado en Hall le encantaba.

–Supongo que tendremos que llevar un regalo –le pareció entender.

Pero cuando salió, envuelta en una toalla, se dio cuenta de que hablaba de otra cosa.

–¿La llamarás? No me apetece darle más largas.

–¿Llamar a quién?

–A la mujer que intenta hablar contigo. Te lo acabo de decir.

Estaba sentada ante el tocador frotándose el pelo con la toalla. El sol lo había vuelto quebradizo y tenía que teñirse la raíz.

–No te he oído.

–Vaya, Jeremy, hablando solo –dijo él. Estaba sentado en la cama detrás de ella. Anne vio su reflejo en el espejo del tocador, abatido pero intentando disimularlo.

–Perdona. ¿Me lo puedes repetir?

–Ha llamado una mujer varias veces preguntando por ti. Estaba convencida de que podía pasarte un mensaje. No me apetecía decirle que últimamente apenas te veo.

–Perdona –repitió ella para mantener la paz. Pensaba: ¿Qué derecho tiene a hacerme sentir culpable? Si siempre está en Londres. Viendo que seguía poniendo morros, preguntó–: ¿Cómo se llamaba?

–Barbara no sé qué. Dijo que tenías su número.

–¿Waugh? –preguntó ella–. ¿Barbara Waugh?

–Eso.

–¿Qué quería?

–Ah, no me lo dijo. Pensé que serían cosas de mujeres. ¿La llamarás antes de irte a dar paladas a las colinas?

–La llamaré, pero primero quiero comer.

Él hizo una mueca.

–Pues venga. Acabemos de una vez.

Anne estuvo a punto de llevarlo a la barra donde Lance, el joven mecánico de la estación de servicio, estaría comiendo jamón cocido y bocadillos de pudin de guisantes con las manos grasientas. Una máquina de discos con música rock intentaba competir con Sky TV. Pero lo llevó al comedor. Había solo dos clientes más en la sala, sentados a una mesa en un rincón. Al principio estaban tan enfrascados en la conversación que no vieron entrar a Anne y a Jeremy. En cambio, Anne los vio enseguida. Eran Godfrey Waugh y Neville Furness. Godfrey le daba la espalda, pero ella lo reconoció por la americana de *sport* de cheviot gris que llevaba cuando intentaba vestir informal, y por el pelo que le clareaba. Tenía un vaso de zumo de naranja intacto junto al codo. Neville tomaba cerveza y, cuando alzó la cabeza para levantar el vaso, la vio.

Debió de decirle algo a Godfrey porque, aunque no se volvió, se terminó el zumo de un trago y se levantó. Anne se preguntó qué estarían haciendo allí. ¿Tal vez otra reunión con el grupo de oposición, otra concesión, otro soborno? Neville la saludó con la cabeza al pasar, pero Godfrey, mirando al frente, evitó sus ojos.

Jeremy estaba manoseando la carta y no dio muestras de haberse fijado en esos hombres.

–Pídeme una hamburguesa –dijo Anne–. Voy al servicio.

Alcanzó a Godfrey en el aparcamiento. Estaba con las llaves en la mano junto a su BMW blanco. Quizá quería que lo alcanzara, había sido deliberadamente lento, porque Neville ya se alejaba con su coche. Pero ella pensó, al ver que miraba por el espejo lateral antes de salir a la carretera, que la había visto.

–No puedo soportarlo –manifestó–. ¿Qué tengo que hacer?

–Nada.

–¿Me estás diciendo que hemos terminado?

–No –aseguró él–. No. Confía en mí. No falta mucho.

–¿Cuándo te veré?

–Pronto. –Le tocó la cara, la acarició la frente y bajó por la mejilla hasta la barbilla. Ella sintió la piel áspera de su pulgar y las puntas de los dedos–. ¿Esperarás?

–No tengo muchas alternativas, caray. –Para mantener un poco de orgullo se volvió antes que él y entró en el pub.

Los gin-tonics estaban en la barra, y el hielo ya empezaba a fundirse en el vaso.

–¿Va todo bien? –preguntó Jeremy.

Debía de estar pálida. Se sentía débil y temblorosa.

–Creo que me ha dado demasiado el sol.

Cuando volvió a la Abadía, varios gin-tonics después, Jeremy insistió en que llamara a Barbara Waugh y Anne no tenía energía para resistirse. Por lo menos, pensó, sé que Godfrey no está en casa. Una niña contestó al teléfono. Anne se quedó desconcertada un instante. Nunca sabía muy bien cómo hablar a los niños.

–¿Puedo hablar con tu madre? –Se dio cuenta de que había sido brusca y grosera.

–¿De parte de quién? –Fue como si la niña hubiera aprendido a articular las palabras en una clase de elocución.

Cuando Barbara se puso estaba sin aliento. A lo mejor temía que Anne colgara antes de que consiguiera hablar con ella.

–Estaba en el jardín. Hace un día tan hermoso. Siento mucho haber molestado a tu marido con mis llamadas. Debe de pensar que estoy loca.

–Nada de eso.

–Me gustaría que nos viéramos. –Se le quebró la voz y se disculpó de nuevo–. Lo siento pero no sé a quien más acudir.

–¿Por qué no? –La ginebra había vuelto imprudente a Anne.

–¿Te va bien el jueves? ¿Podrías venir hasta aquí? Si no te va bien, puedo acercarme yo.

Viniendo de Barbara, que no salía nunca, tenía que estar desesperada, pensó Anne.

–No. El jueves me va bien. Y nunca encontrarías Baikie's. Iré yo a tu casa. Por la tarde.

–Qué bien. –Su alivio fue evidente–. Así conocerás a Felicity. Ven a tomar el té.

Al menos, pensó Anne, habrá tarta casera.

45

Cuando Anne regresó a Baikie's por la noche, el efecto de la ginebra se estaba desvaneciendo. Se arrepentía de haber aceptado quedar con Barbara. No debería haber permitido que Jeremy la convenciera de que la llamara. El encuentro con Godfrey había sido insatisfactorio, pero parecía que tenía algún plan. ¿Y si tomar el té con Barbara lo hacía fracasar? ¿Qué diría Godfrey si se enteraba? Y encima no había llegado a ninguna conclusión sobre lo que debía hacer cuando terminara el proyecto.

Los pensamientos, torpes e inmaduros, bailaban en su mente como si tuviera fiebre. Había pasado demasiado tiempo al sol y estaba desasosegada y con ganas de discutir. Rachael estaba en el salón, trabajando. Tenía los papeles ordenados en pilas simétricas.

–¿Qué? –preguntó Anne–. ¿Le has dicho a la inspectora Stanhope que hemos tomado una decisión? Nos quedamos hasta el fin de semana y ni un día más.

Rachael levantó la cabeza, parecía preocupada.

–No pude.

–Me prometiste que no me fallarías. Dijiste que era un ultimátum. Me prometiste que no dejarías que la inspectora te intimidara.

Anne lanzó el bolso sobre el sofá levantando una pequeña nube de polvo.

–No pude. No pude ni hablar con ella. Neville Furness estaba allí.

–¿Qué quería?

–No creo que quisiera nada. Me parece que Vera le había pedido que fuera para contestar a unas preguntas.

–¿Sobre qué?

–¿Y cómo quieres que lo sepa?

–Tiene que ser sospechoso.

–Puede. Pero esta tarde Vera ha vuelto a desaparecer y Joe Ashworth no ha querido decirme nada.

–Neville estaba con Godfrey Waugh en el pub de Langholme a la hora de almorzar. Informando de todo a su amo y señor, supongo.

–¿Ah, sí? –Anne pareció sonrojarse y se puso nerviosa. Rachael no sabía qué deducir de la información. Pocas horas antes se habría emocionado con aquella prueba de la perfidia de Neville. Sin embargo, solo estaba confundida. No le gustaba la idea de que Neville obedeciera las órdenes de Waugh. De repente, se lo imaginó en la colina, reuniendo al rebaño con un perro, y aquella imagen le pareció más agradable–. Es posible que no trabaje mucho tiempo más para Slateburn Quarries.

–¿Por qué lo dices?

–Ha comentado que podría ser que volviera a Black Law a trabajar en la granja.

–¿Se ha despedido de verdad?

–No lo creo.

–Apuesto a que no. ¿No te lo habrás creído? –Anne se paseaba arriba y abajo, hablando prácticamente a gritos–. Sabes que es un truco. Le dice a cada uno lo que quiere escuchar y así confían en él.

–¿Cómo lo sabes?

Anne se quedó quieta un momento.

–He conocido a otras personas que han caído bajo el hechizo de Neville Furness. ¿Crees que Vera le haría venir aquí si no estuviera involucrado en el asesinato?

Se miraron. Rachael estaba avergonzada por su impulso de salir en defensa de Neville Furness. En el jardín hubo un estallido de cantos de pájaros. Arriba se oyó una cisterna y los pasos de Edie en el baño, agua que corría, tarareos sofocados.

–Me ha invitado a cenar –informó Rachael. Sintió que se ruborizaba.

–¡Le habrás dicho que no!

Rachael no contestó.

–Pero ¡no lo culpabas por el suicidio de Bella! –gritó Anne.

–Lo sé.
–Pues entonces, ¿estás loca?
–Quizá me equivoqué pensando que Neville había presionado a Bella. Ella les contó lo de su condena hace años a Dougie y a él, antes de que se casaran.
–¿Y no será que te engañas a ti misma?
–No. ¿Para qué iba a sacar a relucir Neville la información después de tanto tiempo?
–No lo sé. Por la cantera. Porque quiere quedarse con la granja. Además, solo tienes su palabra de que Bella se lo dijo. Dougie no está en condiciones de contradecirlo. ¿Cómo puedes saber que te dice la verdad?
Anne se había acercado a la mesa y se apoyaba en ella, con la cara muy cerca de la de Rachael, que apartó la suya.
–Lo creí. No quería, pero lo creí.
A Anne le temblaba la voz por el esfuerzo de mantener la calma.
–Oye, te estás planteando salir a cenar con un sospechoso de asesinato.
–No es eso. No se trata de salir. Solo vamos a hablar, a terminar una conversación que hemos empezado esta mañana.
–¿Se lo has dicho a Edie? Seguro que tendrá algo que decir. Y Vera también, ¡vamos!
–¿Qué pasa con Vera?
La voz, resonante como la de una sirena, las hizo girar. La inspectora debía de haberse movido con más cautela, si cabe, que de costumbre, o quizá ellas estaban muy enfrascadas en la conversación, porque apareció de repente en las puertas vidriera como un personaje de una farsa del Whitehall Theatre. Su forma voluminosa tapó la última luz. Rachael se preguntó cuánto tiempo llevaría escuchando y cuántas conversaciones de la casa habría oído a escondidas.
–¿Qué? –preguntó Vera con desenfado. Parecía cansada, pero más alegre–. ¿Alguien estaba tomando mi nombre en vano? – Abrió la puerta de par en par y se quedó fuera, apoyada en el marco. Llevaba uno de sus vestidos estampados sin forma, con una chaqueta de lana verde botella encima. La chaqueta estaba bien abrochada y el vestido le subía por encima de las rodillas. Anne la miró implorante.
–Neville Furness ha invitado a Rachael a cenar mañana por la noche. Ella ha aceptado. Me ha parecido que tendrías algo que decir al respecto.
–No es asunto mío –contestó Vera, encogiéndose de hombros.
–Pero lo más probable es que esté relacionado con el asesinato.
–Ay, ay, ay… No puedes ir por ahí diciendo cosas como esa. Son especulaciones. Ha colaborado en la investigación y basta. No está pendiente de arresto. Puede salir con quien quiera. –Vera señaló a Rachael con la cabeza–. Lo mismo que ella. Es mayor de edad.
–La estás colocando a conciencia en una situación peligrosa.
–No seas tonta. Se coloque donde se coloque, se colocará ella sola. Y no correrá mucho peligro cuando todos sabemos con quién está y adónde va. Porque a ti no te caiga bien ese hombre…
Rachael escuchaba el conflicto que se producía en su cabeza. De nuevo sintió que formaba parte de una obra interpretada en beneficio de otras personas. Vera estaba encantada con el nuevo giro.
Rachael pensó: es justo lo que quería. Neville es el cuervo y yo soy el cebo. Y Anne parece demasiado apasionada para ser del todo objetiva. A lo mejor Neville es una de sus conquistas. No quiso entretenerse con ese pensamiento y entró en la conversación.
–Ya le he dicho que iría.
–¿Por qué no? –preguntó Vera con entusiasmo–. Se puede permitir invitarte a una buena cena.
–Hemos quedado en su casa.
–¿Ah, sí? –Vera le hizo un guiño. Se apartó del marco de la puerta, entró en la habitación y cerró. Luego se dirigió a Rachael–: Tú y yo tenemos que hablar.
–¿Sobre qué?
–Tu conversación de después de cenar. Hoy he hablado con el señor Furness, pero no ha dicho mucho. Ha sido muy amable, pero reservado. Averigua si sabe algo de Edmund. Quizá siga en contacto con los Fulwell y podrían haberle dicho algo.
–¿Por qué debería hacerte el trabajo sucio?
–No lo harás –espetó Vera–. Harás el tuyo. Fuiste tú la que quiso jugar a los detectives.
–Nos vamos. –Rachael se sentía como una niña rebelde–. El próximo fin de semana, como

muy tarde. Para entonces habremos terminado nuestro trabajo.

–¿De veras? Yo también, espero. –Se marchó, casi sin hacer ruido, por donde había venido.

Rachael estaba de pie en el jardín. Anne se había ido a la cama, pero a Rachael se le había contagiado su estado de ánimo febril y no creía que fuera capaz de dormir.

La hierba estaba húmeda. Había un lago de neblina sobre la tierra llana junto al arroyo, pero el cielo estaba despejado. Oyó un ruido detrás de ella y se volvió, sobresaltada.

–Por Dios, Edie, no te acerques así.

–No deberías estar sola afuera.

–Es un poco tarde para que te pongas protectora conmigo.

–Tal vez. –Edie llevaba una túnica de lana color crema, una prenda que había utilizado toda la vida como bata, por lo que Rachael recordaba. Con la neblina de fondo parecía un personaje de una película de terror de bajo presupuesto, una sacerdotisa en un sacrificio ritual o algo parecido. Se puso al lado de su hija.

–He oído que le dabas un ultimátum a Vera.

Caramba, pensó Rachael, ¿en esta casa todo el mundo escucha a los demás?

–Creía que ella debería saber lo que pasa. A finales de semana habremos concluido nuestro trabajo. No tendremos ningún motivo para quedarnos.

–No sé si habrá terminado todo para entonces. Me refiero a la investigación.

–Ella parece creerlo.

–Es lo que le gustaría que pensáramos.

–Pero ¿tú no lo crees? –preguntó Rachael–. No soportaría que no lo atraparan nunca.

–¿Por qué? ¿Tan importante es la venganza? –La voz de Edie era despegada. Como si estuviera realizando una investigación académica.

–No. No es venganza. Pero no saberlo… ¿No sientes lo mismo?

–No conocía a Grace. Es muy diferente. –Estuvieron un momento en silencio hasta que Edie dijo–: En cierto modo me dará pena marcharme.

–Antes de que nos vayamos… –Rachael se detuvo de pronto.

–¿Sí?

–Necesito saber quién es mi padre.

–Otro ultimátum.

–Tómalo como quieras. Pero no, es una petición y nada más. Háblame de él.

Esperaba la negativa de siempre, la consigna: ¿Qué importancia tienen los genes? ¿De verdad necesitas una figura paterna para sentirte realizada? ¿Por qué te dejas arrastrar por la conspiración patriarcal?

–¿De verdad es importante? –preguntó Edie en tono afectuoso. Otra pregunta para su estudio de las actitudes morales.

–No saberlo es importante. A eso me refería con Grace. Y se interpone entre tú y yo.

–No me había dado cuenta –admitió Edie–. He sido una estúpida. Está claro.

–Hiciste lo que creíste que era lo mejor.

–No. Hice lo que me pareció más fácil. –Calló–. Será decepcionante, sabes. No es nada espectacular. Es justo lo que me ha impedido decírtelo.

–Da igual.

–Me he estado preparando para esto. Después de encontrar a Bella, supongo. Me preguntaba si te imaginabas que tu padre era un asesino.

–¿Lo es?

–Que yo sepa, no. –Sonrió, pasó un brazo por el hombro de su hija.

Rachael no se apartó como solía hacer. Habría sido una grosería después de que Edie dijera que estaba dispuesta a hacer concesiones.

–Si vamos a hablar, ¿no sería mejor que entráramos? –preguntó Edie–. Empieza a hacer frío.

Quizá fuera la palabra «hablar» investida de todo el significado especial de Edie. Quizá fue el brazo por encima del hombro. Pero de repente a Rachael le entró miedo.

–No hace falta que me lo digas ahora. Como he dicho, antes de que nos vayamos…

Edie se apartó de su hija y la miró.

–Estaba pensando que quizá sería más fácil si lo escribo –dijo–. Así ordenaría las ideas y tendrías algo para conservar.

–Sí. –Rachael se sintió agradecida. No se sentía capaz de afrontar una escena emocional aquella noche–. Sí, me gustaría.

Entraron en la casa juntas. Edie cerró las puertas vidriera y corrió el pestillo. A mitad de las escaleras, se detuvo.

–Mañana tienes que contarme todo lo que sepas de Neville Furness –declaró–. Quiero saber cómo es.

46

Neville Furness recogió a Rachael en la casa de Riverside Terrace en Kimmerston, donde Edie esperaba para despedirla. Rachael lo había aceptado, pero en realidad lo decidieron Vera y Edie, que habían pasado casi toda la mañana juntas en la casa de la granja.

Neville llegó puntual. Edie le abrió la puerta. Rachael se había aturullado con los preparativos y estaba más confundida si cabe que el día anterior. ¿Quería atraer o repeler a ese hombre? Por fin se decidió por unos pantalones finos de algodón y una blusa holgada de seda. Se cepilló el pelo y tomó prestados rímel y perfilador de ojos de la habitación de su madre. Edie invitó a Neville a pasar y los dos se quedaron en el recibidor conversando educadamente hasta que Rachael bajó las escaleras. Había algo muy anticuado en la escena que vio abajo. Edie llevaba una de sus faldas largas con canesú; Neville, vestido con vaqueros negros y una camisa blanca con el cuello desabrochado, con la barba poblada, podía haber sido un personaje de Thomas Hardy. Solo le faltaba un sombrero bajo el brazo. Y saludó a Rachael con la formalidad debida, dándole la mano desde cierta distancia. Después se dirigió a Edie.

–La traeré a casa sana y salva, señora Lambert. No debe preocuparse por nada.

–Señorita Lambert –lo corrigió, y acto seguido le sonrió como una afectuosa madre victoriana, y los despidió desde lo alto de la escalera.

Rachael no tenía claro si aquella cordialidad era una comedia o no. Edie no le había confiado de qué había hablado con Vera, y Rachael se había negado a participar en la conversación. Alertada por la amenaza de Edie de que quería saberlo todo de Neville, Rachael había evitado entrar en una conversación seria, incluso cuando volvían juntas en el coche a Kimmerston. La conversación acerca de su padre tampoco se había vuelto a mencionar.

La casa de Neville, que era modesta, le sorprendió: un adosado cerca de las viviendas de beneficencia donde vivía Nancy Deakin. Todos tenían un jardín delantero y daban a un camino estrecho asfaltado que los separaba de otra hilera de casas parecidas. Había niños jugando y mujeres sentadas en los portales vigilándolos y hablando a gritos entre ellas.

Había cochecitos de muñeca y patines abandonados. En la parte trasera de la hilera de casas había un pasaje con cubos de basura, que fue donde aparcó. Una verja en un muro de ladrillo alto daba a un patio y allí una puerta lo comunicaba con la cocina. Las paredes del patio estaban encaladas. Había tiestos con flores y una mesa y unas sillas de hierro forjado.

La casa estaba muy pulcra, y Rachael presintió que estaba siempre así. No se había preparado para su visita. Estaba amueblada con la sencillez de un camarote de barco, con cajas de almacenamiento de madera y cajones.

–¿Una copa? –preguntó. También parecía nervioso.

–Vino blanco.

En el salón había una mesa puesta para dos, con velas y servilletas rojas de hilo.

–No sé si habrías preferido que fuéramos a un restaurante –comentó él.

–No, está bien.

–Me pareció que sería más fácil hablar aquí.

Le recordó a Edie, reprimió los deseos de reír, y se sintió torpe y cohibida.

Neville salió un momento de la habitación y volvió con un joyero de cartón envuelto con una tela de algodón.

–Estuve buscando algo que perteneciera a Bella. Pensé que podría gustarte esto. –Sacó un medallón de plata con una cadena. El medallón era singular, en forma de una antigua moneda de tres peniques, con flores y hojas diminutas grabadas–. No es muy valioso. Seguro que es victoriano. Me dijo que había pertenecido a su abuela.

Lo abrió para enseñarle una fotografía sepia de una mujer con cara equina y cabellos oscuros peinados hacia atrás.

–Alguien debió de amarla, supongo –comentó.

–Recuerdo habérselo visto a Bella.

–¿Te lo quedarás?

Neville se lo puso al cuello y mientras le abrochaba el cierre ella sintió el vello de su mano en la nuca.

–¿Qué quería Vera de ti? –le preguntó de repente.

–¿Vera?

–La inspectora Stanhope.

–Hacerme preguntas. Insinuó que el asesinato estaba relacionado de algún modo con el proyecto de la cantera.

–¿Es cierto?

–Ni hablar, no. –Al principio la idea pareció hacerle gracia, pero al ver que ella no consideraba aquella una respuesta adecuada, se puso más serio. Como Rachael, parecía incómodo, temeroso de meter la pata–. Al contrario, le complica la vida a la empresa. Necesitamos una opinión pública favorable. Cualquier rumor que nos vincule con la muerte de una joven científica pondría a la gente en contra.

–Entonces ¿sigue siendo «necesitamos»?

–Sigo empleado por la empresa.

–Yo también, indirectamente. Al menos durante unos meses más. El trabajo de campo está casi terminado. Tardaré un tiempo en acabar el informe, pero para eso no necesito estar en Black Law.

–¿Cómo es trabajar para Peter Kemp?

–Interesante. –Era su respuesta automática a esa pregunta.

–¿En el futuro te gustaría seguir trabajando con él?

–¿Me estás ofreciendo un empleo? –Rachael sonrió. Era un comentario espontáneo, pero se preguntó si no habría algo de verdad en él. A lo mejor Godfrey Waugh había encargado a Neville que la sobornara con un puesto inventado dentro de Slateburn Quarries, de supervisora medioambiental por ejemplo, con un sueldo de treinta y cinco mil y un coche. Pero aunque lo aceptara, ¿qué conseguiría? De todos modos el informe declararía que la cantera causaría daños insignificantes.

Neville sacudió la cabeza.

–Si mis planes funcionan, no estaré en condiciones de ofrecer trabajo a nadie. Tendré suerte si me saco un sueldo para vivir.

–Llevo un tiempo pensando que me gustaría cambiar –confesó Rachael–. No sé si pasarme al voluntariado, a una de las asociaciones ecologistas. No me pagarían tan bien…

–… pero al menos no tendrías que tratar con empresarios sórdidos.

–Algo así.

Dejaron de hablar un momento. Él encendió las velas, la invitó a sentarse a la mesa. De repente, se acordó horrorizada de que no le había avisado de que era vegetariana. Sería mejor tragarse una comida de animal muerto que hacer un numerito a esas alturas. ¿O acaso iba a vomitar? Eso sería peor aún.

–Lo siento.

Él venía con una *cocotte* que sostenía entre las manos cubiertas con gruesos guantes de horno.

–Es una estupidez por mi parte. Debería habértelo dicho. No como carne.

–Yo tampoco como mucha. Risotto con champiñones. ¿Qué tal?

Mierda, pensó ella. Me podía haber callado.

Le sirvió otra copa de vino.

–¿Y cómo es trabajar para Godfrey Waugh? –preguntó ella, no sin cierta desesperación.

–Interesante.

Rachael sonrió educadamente.

–No, me gustaría saberlo. El poder siempre intriga, ¿no?

Hubo un momento de silencio. Se paró con el tenedor a medio camino entre el plato y la boca.

–No sé si sería mejor que se lo preguntaras a tu colega.

–¿A qué colega?

–La señora Preece.

Lo miró estupefacta. Él se secó la boca con la servilleta y siguió comiendo. Rachael no entendía si aquella indiscreción había sido un error, un desliz, o si era deliberada, una especie de advertencia. Más tarde se preguntó si no sería aquel el motivo real para la invitación a cenar. No supo qué decir.

–¿Hace tiempo que vives aquí? –preguntó Rachael por fin, en tono lastimero.

Quizá detectó una crítica a la casa o al barrio, porque se puso a la defensiva.

–Desde que me marché de la finca. Sucedió todo muy deprisa. Tuve que encontrar algo rápidamente. Me gusta, aunque no esté mucho en casa.

–¿Dónde vivías cuando trabajabas para los Fulwell?

–Me dieron una casa, una de esas adosadas, al final de Avenida. Por eso tuve que mudarme tan rápido cuando dimití.

–¿Por qué lo dejaste?

Neville se lo pensó, intentando encontrar las palabras justas.

–Nunca fue un entorno de trabajo cómodo. No creo que tenga el carácter necesario para la vida feudal.

–¿A qué te refieres?

Él sacudió la cabeza por respuesta.

–¿Llegaste a conocer a Edmund, el padre de Grace?

–Cuando trabajaba para la finca, no. Para entonces la familia había cortado todo contacto con él. Creo que querían fingir que no existía. Pero antes, cuando era pequeño y vivía en Black Law, lo había visto por allí. Para los niños era como el hombre del saco. Los mayores decían: «Si no te portas bien acabarás como Edmund Fulwell», sin decirnos qué tenía de malo.

–¿Así que no tienes ni idea de dónde puede estar ahora? –Calló un momento–. Oye, lo siento. Vera Stanhope me pidió que te lo preguntara. –El vino ya le debía de haber subido a la cabeza porque se le escapó la risita nerviosa que llevaba toda la noche reprimiendo–. Menuda detective estoy hecha.

–¿Cree que Edmund mató a su hija?

–No sé qué piensa.

Él se llevó los platos a la cocina. Se levantaron de la mesa. Rachael se sentó en un sofá de Ikea. Neville abrió otra botella de vino. Ambos empezaron a hablar a la vez. Ella le hizo un gesto para que continuara.

–Siento que no lo estés pasando bien –comentó–. No estoy acostumbrado a estas cosas. Demasiado ocupado. He perdido la práctica.

–No –contestó Rachael–. Lo he pasado bien. –Y se dio cuenta de que estaba siendo sincera.

La acompañó a casa caminando. Había bebido demasiado para conducir. No era tarde. Cuando le abrió la puerta que daba al pequeño jardín, dos niños corrían por el camino entre las casas, pateando un balón y aprovechando los últimos rayos de sol. A través de ventanas sin cortinas Rachael vio televisores encendidos, niños en el suelo haciendo los deberes. Neville parecía demasiado solitario para aquel estilo de vida comunitaria.

–¿Cuándo decidirás si vuelves a Black Law o no?

–Pronto –respondió–. Antes tengo que resolver un par de cosas.

–¿Godfrey Waugh conoce tus planes?

–No. Solo te lo he dicho a ti.

Al llegar a Riverside Terrace caminaron más despacio. Rachael se preguntaba si Edie estaría esperando su llegada en una de las ventanas de arriba. Si era así, sería una experiencia nueva para ella. A Edie, que había propuesto una visita a la clínica de planificación familiar en cuanto Rachael cumplió los dieciséis, que habría acogido a sus novios a desayunar, le parecería una señal de madurez. Sin duda, no había habido necesidad de besos robados en el umbral.

–¿Quieres pasar a tomar un café? –preguntó.

–Creo que no.

Y, sin más ni más, la besó. Rachael sintió su barba en los labios. Un beso de verdad, pero tan rápido y ligero que podría haber sido un gesto amistoso de despedida.

Quería tirar de él para hacerlo durar, pero ya se alejaba por la calle.

–¿Cuándo volveré a verte? –gritó sin preocuparse por si su madre estaba observando.

Él se paró, se volvió y sonrió.

–Pronto –respondió–. Te llamaré.

Mientras miraba cómo Neville se alejaba a paso rápido por la calle hubo un movimiento en la penumbra. Parecía ser un corredor con chándal y zapatillas de deporte. Se quedó corriendo en un punto fijo, sin avanzar, hasta que Neville dobló la esquina y entonces echó a correr por la calle detrás de él.

47

Cuando se dio la vuelta y se acercó a la casa, Rachael vio a Edie en la cocina del sótano perfilada a la luz de la pantalla de papel, hablando por teléfono. Pero cuando abrió la puerta de la calle, ya había terminado la conversación. Apareció en la escalera de la cocina, muy animada.

Ya estamos, pensó Rachael. La Inquisición. Otros padres sentían curiosidad por los novios de las hijas, y sus preguntas solían limitarse a su posición económica, la decoración de la futura casa, el estado civil. Las preguntas de Edie solían ser más detalladas y más difíciles. Quería saber cómo eran realmente los amigos de Rachael. Indagaba en la relación que tenían con sus padres y, en alguna ocasión, sin siquiera conocer al chico en cuestión, había dudado de su estabilidad, de su capacidad de empatizar e incluso había apuntado la posibilidad de que fuera un homosexual en potencia.

Aquel día, sin embargo, no hubo preguntas. Edie apenas se interesó por la cita de Rachael en casa de Neville. Otro asunto había captado su atención.

–¿Estás lista para salir? –preguntó–. No creo que necesitemos abrigos. No hace frío, ¿verdad?

–Pensaba que me prepararías un café.

–No, no. –Edie fue firme–. No hay tiempo para eso. Ya es tardísimo para ir de visita.

–Por Dios, Edie. ¿Adónde vas? No te hago falta.

Tenía que ser una de sus amigas con la que hablaba por teléfono, seguramente borracha, sin duda llorosa, pidiendo ayuda o alguien con quien beber, y aquellas conversaciones siempre se alargaban hasta la madrugada.

–No hace falta que vengas, pero creo que te interesará.

–¿Por qué? ¿Quién es? –Rachael estaba distraída, pensaba en Neville Furness. Se decía a sí misma que era ridículo imaginarse instalada en la cocina de la granja de Black Law tras un beso fugaz y una velada con una conversación torpe y dificultosa. Después de Peter Kemp debería estar escarmentada. Su criterio era lamentable.

–Charles Noble –respondió Edie, triunfal.

–¿Quién? –Así de golpe el nombre no le dijo nada. Intentó rescatar recuerdos de hombres con los que Edie había enseñado en el instituto, visitantes que durante un tiempo habían sido padres en potencia para Rachael.

–Charles Noble. El hermano de Bella. Acaba de llamar. Al parecer, me ha llamado varias veces, pero no había nadie en casa y dice que no le gusta dejar mensajes en el contestador. –Rachael no reaccionó con suficiente interés y Edie gritó malhumorada–: Bueno, ¿vienes o no?

Charles Noble las esperaba en la carretera. Ya había abierto la verja de seguridad que impedía la entrada al patio del establo. Las cuadras estaban iluminadas con luces de seguridad y la sombra de la alambrada se proyectaba sobre él como los barrotes de una jaula. Iba vestido con un chándal gris y a Rachael le recordó al corredor que había visto esperando en la calle frente a la casa de su madre.

Cruzaron los establos en coche hasta la casa, bajaron y esperaron una vez más a que Noble cerrara la verja de seguridad y se reuniera con ellas. Rachael tuvo la enervante sensación de que la encerraban en un recinto penitenciario y experimentó un momento de pánico. Esperaba que Edie hubiera tenido el buen juicio de decir a Vera Stanhope o a Joe Ashworth dónde pensaban ir. Si no, nadie sabría dónde estaban. De las cuadras venía el ruido de la respiración de los caballos y el roce de la paja aplastada, el olor dulzón a estiércol y piel.

–No sé por qué esto no podía esperar a mañana –manifestó Noble, antes incluso de llegar a su lado. Rachael vio que ya se arrepentía de haber llamado a Edie–. Louise y yo nos acostamos pronto. Estamos muy ocupados.

–Nosotras también, señor Noble.

Edie fue directa, enérgica. Vaya por Dios, pensó Rachael, podría interpretar a una detective en una serie de policías. Siempre había sido una de sus debilidades.

–Pues pasen. –Él, al menos, parecía impresionado por el aire de autoridad de Edie y abrió

la puerta de la casa, que daba a un gran recibidor y después a un salón amueblado con un gusto anodino, estilo Marks & Spencer, en colores tierra y crema. Las largas cortinas estaban corridas y las lámparas seguían encendidas, pero en la habitación no había nadie.

–Louise debe de haberse acostado –comentó con pesar–. Mañana tiene un día intenso. Organiza un almuerzo de beneficencia. Es muy activa en la Cruz Roja.

–Tenemos que hablar con ella –declaró Edie–. Fue ella la que habló con Bella. –Después, añadió maliciosamente–: Tendríamos que volver mañana y no queremos interrumpir nada si tiene invitados. Podría ser molesto.

–Eso sí que no.

–Pues sí. La inspectora Stanhope está muy interesada en el suicidio de Bella. ¿Se acuerda de la inspectora Stanhope? Estaba en el equipo de investigación de la muerte de su padre.

–Esperen aquí. Iré a buscarla.

Louise Noble llevaba un pijama de seda y una bata, pero aún no se había desmaquillado. Era una mujer atractiva, con los pómulos altos, y llevaba recogido el pelo de color cobre largo y rizado. Rachael se esperaba a alguien rancio y soso como Charles, pero Louise tenía cuarenta y pocos años y parecía llena de vitalidad. Al entrar en el salón, encendió un cigarrillo.

–Estaba a punto de acostarme –señaló, sin hostilidad, como explicación a la bata.

Durante la conversación Rachael tuvo la impresión de que era una niña que jugaba a papás y a mamás. Almuerzos, cenas, cosas que había que soportar porque era lo que tocaba cuando te hacías mayor. Costaba imaginarla con una hija propia, o como la mente que tomaba las decisiones tras los planes de expansión de Charles.

–Perdone esta intromisión. –Edie se sentó sin esperar a que la invitaran–. Procuraremos no alargarnos.

–La verdad es que no sé en qué puedo ayudarles… –Louise dio una calada al cigarrillo y lo dejó en un cenicero de cristal–. Se lo he explicado a Charlie…

–Y yo lo he entendido. –Charles acarició la mano de su esposa.

–No es que quisiera esconderle nada. Su hermana tampoco dijo nada importante. Es solo que los tres estamos tan bien, somos una familia. Y pensé, bueno, con lo que le había hecho a su padre, era mejor olvidarlo todo. Si volvía a entrar en su vida, solo le haría daño.

Se secó los ojos con un pañuelo de papel. El rímel no se corrió. Charles le dio la mano. Se veía que estaba colado por ella.

Louise lo miró.

–Lo siento –dijo–. No sabía si podría aguantarlo si la traías a casa. ¿Qué le diría? Y luego cuando me dijiste que se había suicidado, no sabía cómo decirte que había llamado… –Miró a Edie, con los ojos muy abiertos, buscando comprensión desesperada–. No sé qué habría cambiado. Aunque Charles la hubiera telefoneado. Aunque hubiera ido a verla. Porque ya había decidido suicidarse, ¿no? Charles dijo que no era la clase de persona que hace las cosas por impulso. Así que lo habría hecho de todos modos. No fue culpa mía.

Charles, acariciándole la mano, murmuró de nuevo que por supuesto que no era culpa suya.

–¿Cuándo llamó exactamente? –Edie fue firme pero no antipática. Era el tono que utilizaba con los alumnos mimados que necesitaban aceptar la realidad del sistema de exámenes.

–He intentado recordar, Charlie lo sabe. Tú estabas trabajando. Yo estaba sola aquí.

–¿Dónde estaba su hija?

–Aquí no. Seguro que no. Porque cuando está siempre le dejo contestar el teléfono. A esa edad sus amigos llaman a todas horas y no paran de hablar, aunque se hayan visto apenas una hora antes. Y entonces, después de hablar con Bella pensé: Suerte que Lucy no estaba porque entonces seguro que habría contestado ella y tendríamos que habérselo explicado. No sabe nada, de Bella ni del padre de Charlie.

–¿Recuerda dónde estaba Lucy? Eso nos ayudaría a acotar la fecha.

Louise pensó un momento, con el ceño fruncido, y al final su cara se iluminó en una pantomima de revelación.

–Estaba en la excursión de la escuela a Newcastle para ver *Macbeth* en el Theatre Royal. Yo acababa de llegar. Había descargado el coche y el padre de otra niña tenía que traerla a casa. La escuela había contratado un autobús, pero resultó que ya estaba apalabrado y en el último momento tuvimos que acompañarlos los padres. Me acuerdo porque me agobié mucho.

Les sonrió a todos, encantada de tener tan buena memoria. Casi parecía que esperara aplausos, pensó Rachael con amargura. ¿De verdad era tan infantil?

–Bien. –Edie asintió en un gesto de aprobación–. ¿Qué día fue?
–Oh, ni idea. Fue hace meses.
–¿Podría haberlo anotado? La obra de teatro de Lucy, quiero decir.
–¿Vas a buscar el calendario a la cocina, querido? –Louise todavía parecía inflamada por su éxito–. ¡Tiene que estar allí!
Charles volvió con un gran calendario. Todas las páginas estaban decoradas con una fotografía de un caballo y en cada día había un espacio para notas. Pasó las páginas.
–El 11 de marzo –afirmó–. Lucy lo apuntó.
–¡Ahí lo tienen! –gritó Louise–. Si tanto quería hablar con Charles tuvo una semana para volver a llamar. Fue el 19, ¿no?, cuando se suicidó. Pero no llamó.
–No –repuso Charles–. No llamó.
–Bien –interrumpió Edie con calma–. Bien, necesitamos que recuerde todo lo que le dijo Bella, las palabras exactas.
Louise frunció el ceño otra vez. Parecía incapaz de pensar sin arrugar la cara.
–Dijo: «Me gustaría hablar con Charlie Noble». Así sin más. Bastante brusca. Me sorprendió porque no hay muchas personas que lo llamen Charlie. Pensé que sería alguien que quería reservar una excursión. Aunque la oficina del establo tenga una línea independiente, siempre hay personas que llaman a casa. Pero dijo que no tenía nada que ver con los caballos. Que era personal.
Louise calló un momento.
–Esas fueron las palabras que usó: «Es personal». Así que le dije que Charlie no estaba y le pregunté si quería dejar un recado. Y entonces Bella preguntó: «¿Quién es usted?». No fue exactamente grosera, más bien parecía que no estuviera acostumbrada a las fórmulas de cortesía, como si no le importara lo que los demás pensaran de ella.
–Y usted se lo dijo –instó Edie.
–Sí, bueno, no podía no decírselo sin ser grosera yo misma.
El horror de que la consideraran grosera la apabulló de nuevo porque los miró a todos angustiada.
–¿Charlie no les ha ofrecido nada de beber? –preguntó–. Por el amor de Dios, cariño…
–¿Y entonces qué dijo? –interrumpió Edie.
–Me preguntó si podía darle un mensaje a Charles. «Dígale que ha llamado Bella y pídale que se ponga en contacto conmigo.» O algo así.
–¿Dijo cómo podía Charles ponerse en contacto con ella? ¿Dejó una dirección o un teléfono?
–No lo creo. –Louise no parecía segura–. Si lo dejó, debí de apuntarlo. Es lo que se hace. La verdad es que me quedé de piedra. Charles me había hablado de Bella, pero nunca la había conocido. Por Dios, hablar con una asesina. Es normal que te ponga los pelos de punta, ¿no? Así que es posible que se me haya olvidado algo.
–¿Y qué más dijo?
–Me dijo que le dijera a Charles que no se preocupara. «Está a salvo.» Me acuerdo de esto porque me pareció muy raro. Sabía que estaba a salvo, con Lucy y conmigo. Yo lo cuido. Pero lo repitió dos veces, como si yo fuera idiota. Francamente, su actitud me irritó. Supongo que por eso no le dije a Charles que había llamado. ¿Qué necesidad tengo de aguantar estas cosas?
Los miró a todos.
Por un momento, Charles se quedó estupefacto. Se la quedó mirando con la boca ligeramente abierta. Después le acarició otra vez la mano.
–No –murmuró–. No, claro que no, cielo.

48

Era como si fuera el final de curso. Empezaron a hacer las maletas. La casita de Baikie's estaba invadida de cajas de cartón medio llenas de libros y papeles. Bolsas de basura negras llenas de mantas que Rachael se iba a llevar a Kimmerston para lavar. Al principio, Edie dijo que ayudaría a limpiar y se paseó inútilmente con un plumero. Después, con una mirada de complicidad, anunció que tenía que escribir algo y se fue arriba. Al menos, pensó Rachael, mi padre habrá servido para algo, aunque solo sea para proporcionarle una excusa.

Vera Stanhope parecía molesta con los preparativos de la marcha. Había pasado la noche en su casa y se presentó a media mañana. Deambuló por Baikie's, murmurando y fisgando en las bolsas y las cajas; después se llevó a Rachael a Black Law para preguntarle sobre Neville. Incluso estuvo dispuesta a proporcionar cierta información a Rachael para convencerla de que hablara.

–He seguido la idea de Edie de que Edmund Fulwell y Bella podían haber coincidido en el hospital.

–¿Y bien?

–Lo hicieron, pero por poco tiempo. Coincidieron a principios de los ochenta, justo antes de que soltaran a Bella. Estaban en la misma unidad. Estoy intentando localizar a algún miembro del personal que los recuerde a los dos. Quizá solo sea una casualidad. Fue hace muchos años.

–Después podrían haber mantenido el contacto.

–Supongo que es posible. –Vera estaba de un humor de perros. Había preparado café para Rachael, pero de mala gana, como si la castigara por negarse a permanecer en Baikie's indefinidamente. Le dejó claro que no merecía la pena tener en consideración sus sugerencias.

–Bueno, creemos que Edmund presionó a Grace para que se opusiera a la propuesta de la cantera. Por eso exageró el recuento de nutrias. Quizá todavía tenía influencia sobre Bella y la utilizó para convencerla de que se negara a permitir el acceso por las tierras de Black Law. –Rachael calló para pensar–. Aunque esto lo habría hecho de todos modos.

–¿Ah, sí? –preguntó Vera–. ¿Cómo lo sabes?

–Bueno, seguro que no quería que le pasara una carretera por delante de la ventana de la cocina.

–Puede que no tuviera más remedio.

–No sé a qué te refieres.

–He pedido que se revisen los libros de cuentas –informó Vera–. Y he hablado con el contable de Bella. Black Law está con el agua al cuello.

–Como todas las granjas de las colinas en el norte de Inglaterra.

–No. Problemas gordos. Le quedaban apenas unos meses para que el banco la embargara y los declararan insolventes, a ella y a Dougie. Había vendido todo lo que había podido. El último dibujo de Constance Baker se vendió el año pasado. Su única esperanza para continuar aquí era cerrar un trato con la empresa de la cantera. Y pronto. No se podía permitir esperar a que el proceso de planificación terminara. ¿No te lo mencionó Neville anoche en vuestra velada íntima?

–Es imposible que lo supiera.

–Por supuesto que lo sabía. Se ha encargado de todo desde que Bella murió, ¿o no? No pensarás que no ha echado un vistazo a las cuentas. Es un hombre de negocios.

Como Peter Kemp, pensó Rachael. Era lo que había dicho él la última vez que se habían visto: «Esto es lo que hago. Negocios. No conservacionismo». ¿Era por eso por lo que Peter había ido a Black Law la tarde en que Bella se suicidó? ¿Para hacerle el trabajo sucio a Godfrey Waugh? ¿Para ofrecerle el trato final que permitiría que ella y Dougie se quedaran en la granja? No pudo afrontar la vergüenza de haber cedido y se suicidó.

–Pero tenía dinero a su alcance –repuso Rachael de repente–. Cuando Charles Noble vendió la casa de su padre, después del asesinato, lo puso en una cuenta a plazo fijo para Bella. Ella lo sabía. Después de tantos años debe de haber acumulado una fortuna.

–¿Estás segura de que lo sabía?

–Del todo. Él le escribió cuando la mandaron al hospital de seguridad. Intentó convencerla para que le permitiera visitarla.

–Esto te lo dijo Charlie, ¿no?

–Sí.

–¿Y tú te lo creíste?

–No tenía ningún motivo para no creérmelo.

–Encantador. –Vera se levantó, enjuagó la taza bajo el grifo, la dejó violentamente sobre el fregadero y volvió a la mesa. Se inclinó hacia Rachael.

–¿Cómo fue la noche con tu admirador?

–Muy bien. Gracias.

–¿Le preguntaste por Edmund Fulwell?

–No le ha vuelto a ver desde que era niño. Los Fulwell nunca lo mencionaron delante de él.

–Mierda –dijo Vera pensativa–. ¿De qué más hablasteis después del postre?

–De sus planes para el futuro. –Rachael hizo una pausa–. Habló de la posibilidad de dimitir de Slateburn Quarries y venir aquí a encargarse de la granja. ¿Por qué lo haría si supiera que el banco está a punto de embargarla?

–¿Quizá porque ha hecho su propio trato con Godfrey Waugh? –contestó Vera. Se rio de una forma desagradable–. O quizá porque está haciendo su propia campaña. –Rachael la miró sin entender nada y ella añadió–: Es evidente, intenta impresionarte.

Después del almuerzo, para evitar a Vera y a su madre, Rachael fue con Anne a recoger los bastidores de las parcelas de estudio. No fue una gran evasión.

–¿Cómo te fue anoche?

Debería haber imaginado que Anne no lo dejaría correr.

–Bien. Fuimos a ver a Charles Noble. Bella intentó ponerse en contacto con él la semana antes de morir. La estúpida de su mujer no le dio el mensaje.

–Eso no. Eso ya lo sabía. ¿Cómo te fue con Neville?

El sol todavía brillaba. Tras una primavera en las colinas, Rachael estaba en forma. Se movía con agilidad, sentía que podía caminar kilómetros al mismo ritmo sin cansarse. Adoraba la cadencia del movimiento y no quería interrumpirla. Llegaron a un bosquecillo de aulaga en flor con un aroma dulce a coco asado. Tras la insinuación de Neville de la noche anterior, Rachael tenía dudas persistentes sobre la relación de Anne con Godfrey Waugh, pero no pensaba sacar el tema. Podía ser que pensara en Neville, pero no quería que Anne le preguntara por él. No quería palabras de ninguna clase. Lo único que quería era caminar contra la brisa con el olor a aulaga, a turba mojada y a brezo aplastado, el canto de la alondra, el zarapito y las ovejas a lo lejos.

–¿Qué? –preguntó Anne.

–Bien –respondió ella.

–¿No te da escalofríos? –siguió Anne–. De entrada no tiene ningún amigo. Que yo sepa, claro. Tú misma dijiste que no había compañeros suyos en el funeral de Bella.

–¿Y qué? Tampoco yo tengo muchos «compañeros». –Alargó la zancada, intentando separarse, pero Anne se mantuvo a su lado.

–Creo que disfruta del poder, manipulando situaciones entre bastidores. El problema que tienes, Rachael, es que no te gusta afrontar las cosas. No me sorprendería que siguiera trabajando para Livvy Fulwell. Los Fulwell son los que salen más beneficiados con la cantera. Y está claro que Neville tira de los hilos de Godfrey.

–¿Y tú cómo lo sabes?

Era imposible ignorar la conversación. Rachael se detuvo de repente. Llevaba pantalones cortos y se agachó para masajearse los músculos de las pantorrillas.

–¿Qué quieres decir? –Anne también se detuvo.

–¿Cómo sabes lo que pasa entre Neville y Godfrey Waugh? Cualquiera diría que tienes algún tipo de información privilegiada.

Esto la hizo callar por fin. Siguió caminando sin contestar, pero para Rachael el paseo ya estaba estropeado.

El último bastidor que faltaba por recoger estaba en los restos de cal cercanos a la construcción de la mina. Desde la colina contemplaron el lugar. Con el bloque grisáceo de la mina, el musgo oscuro de coníferas, la línea pálida y serpenteante del arroyo, era como mirar un mapa desde arriba. Podían ver el codo del arroyo donde habían encontrado el cadáver de Grace. Todos los materiales utilizados por la Policía –cinta azul y blanca, plásticos– se habían

retirado, pero habían estado allí el tiempo suficiente como para que Rachael detectara el lugar con precisión. Ninguna de las dos lo mencionó, ni siquiera cuando se vieron obligadas a caminar una al lado de la otra.

No podían ver el bastidor desde la colina porque estaba a la sombra de la casa de motores, al lado de la chimenea del molino.

–Alguien lo ha movido –advirtió Anne al acercarse. Parecía que hubieran pateado el bastidor o que hubieran tropezado con él–. Suerte que hemos acabado el estudio. Esto podría habernos complicado la vida.

–Puede que fuera la Policía.

–No. Hace días que no vienen por aquí. Además, subí con Vera el día que comenzó la investigación y le enseñé lo que habíamos hecho. Los instruyó para que fueran con cuidado.

–Un excursionista, entonces.

–Puede que sí. Algún morboso con ganas de ver dónde había ocurrido el asesinato. O uno de los opositores de Langholme que quería ver la mina más de cerca antes de que se convirtiera en el centro de operaciones de Godfrey Waugh.

–O un fantasma.

–Creía que eras científica. Nunca habría dicho que creyeras en lo sobrenatural.

–No creo.

–¿A qué vienen los fantasmas, entonces?

–A nada. Una broma.

–Tiene que haber algo más.

–A veces, cuando caminaba siguiendo el arroyo, tenía la sensación de que alguien me observaba. O me seguía. Y una vez vi a una mujer en lo alto de la peña.

–¿Quién era? –preguntó Anne.

Rachael la miró pensando que le tomaba el pelo, pero hablaba en serio.

–No lo sé. No sabría decirlo.

–Debes de tener una imaginación desbordante, chica. Vivir con Grace ya era suficiente para tener escalofríos.

Anne cruzó el canal hacia el recinto cuadrado de piedra que antes contenía el motor que hacía funcionar la mina. Se volvió a mirar a Rachael. Fragmentos de luz reflejada en el agua le rebotaron en la cara.

–¿Podría haber sido Grace? –preguntó–. Nunca supimos exactamente donde estaba.

–Es posible. –Aunque Rachael sabía que no era a Grace a quien había visto aquel día en la peña.

El recinto estaba casi intacto. El techo era de uralita. En la boca del rectángulo mal recortado donde antes encajaba la puerta, habían dejado unas flores de invernadero: margaritas blancas y crisantemos blancos enormes. Estaban en perfecto estado. A pesar del calor, no habían empezado a marchitarse.

–Pues tuvo que ser un excursionista –afirmó Anne– que quería rendir tributo al lugar de la muerte de Grace. O un lugar cercano. Es conmovedor. Quizá deberíamos haberlo pensado.

–Ya había visto flores aquí. El día que vi a la mujer en la peña.

–¿Otra vez tu fantasma?

–No. –Rachael estaba irritada–. Por supuesto que no.

–Pues esta vez no fue un fantasma. –Anne había entrado en el edificio. El suelo era de tierra cubierta con losas de piedra sueltas–. A menos que los fantasmas coman galletas de chocolate.

Anne salió por la puerta sosteniendo un envoltorio de galletas.

–A lo mejor era por esto que Grace nunca tenía hambre. Se hinchaba a chocolate.

–Grace no lo habría tirado. La Policía lo registró y se llevó todo lo que encontró. Tiene que ser más reciente.

Anne se había adentrado más en el recinto. Estaba hurgando en un rincón con uno de sus bastones de marcar.

–Creo que alguien ha acampado aquí. Esto parecen cenizas. Restos de una hoguera.

–¿No habríamos visto la luz?

–Desde Baikie's no. Si estaba dentro, no.

–Así que alguien nos ha estado vigilando. –Rachael retrocedió, apartándose del edificio, y se quedó bajo el sol desde donde tenía una buena visión del entorno. El cuervo, pensó. El conductor del coche blanco. Ha estado aquí todo el tiempo observando cada uno de nuestros movimientos. Sabe cuándo está la Policía en Black Law. Puede ver los coches bajando por la

pista. Nos puede ver sentadas en el jardín o saliendo hacia la colina.

–Vamos –sugirió a Anne–. Tenemos que irnos.

Pero Anne no era consciente del peligro. Se quedó en la entrada, mirando al interior.

–A menos que sea aquí donde se ha escondido Edmund Fulwell. Me lo puedo imaginar aquí todo el tiempo, mientras Vera Stanhope lo busca por todo el país. Pero tú viste a una mujer, ¿no? A lo mejor uno de sus vicios también es travestirse.

–Lo de la mujer fue hace semanas. –Rachael quería volver corriendo a Baikie's y no comprendía la calma de Anne.

–Pero Edmund es un borracho y no hay ni latas ni botellas. Y si era él, ¿dónde está ahora?

49

Encontraron a Vera en Black Law con su equipo. Cuando le comunicaron el hallazgo en la mina estalló en una furia violenta y teatral dirigida a los colegas que la rodeaban de pie.

–¿Se puede saber qué os pasa? Sois profesionales o no. Pensábamos que estas mujeres podían ser objetivos, pero nadie se molestó en echar un vistazo al único lugar a cubierto en kilómetros a la redonda. ¿Os da miedo mojaros los pies? ¿Os gusta que dos mujeres tengan que haceros el trabajo sucio?

A continuación se llevó a Joe Ashworth, cruzó el paso al fondo del jardín de Baikie's y emprendió el camino de la mina a grandes zancadas. Desde la casita Anne los observó –la silueta de Laurel y Hardy– desapareciendo hacia el brillante sol.

El incidente divirtió a Anne pero la dejó inquieta. No esperaba que Vera Stanhope se tomara un envoltorio de galletas y un montón de ceniza tan en serio. ¿Y por qué tenía Rachael los nervios a flor de piel? Por primera vez, Anne se sintió insegura. Le habría gustado esperar a que Vera volviera para enterarse del resultado de su investigación, pero era el día que había quedado para tomar el té con Barbara Waugh y no quería llegar tarde.

Tal vez debido a la reacción de Vera le comunicó a Rachael a donde iba.

–Por si acaso –indicó, aunque no creía que Barbara y su hija la tomaran como rehén en la melancólica e impoluta casa de Slateburn.

Rachael la miró de una forma rara y, de nuevo, Anne se preguntó si Neville le habría dicho algo de ella y Godfrey.

Bajo la luz del sol la casa parecía tan austera como la vez anterior. Habían cortado el césped, recortado los parterres, rastrillado la grava. Le abrió la puerta una niña. A pesar del calor llevaba una falda tableada gris y una blusa de uniforme. Estaba tan pulcra que parecía que estuviera a punto de ir a la escuela. Los calcetines blancos hasta la rodilla no estaban ni arrugados ni manchados. Las sandalias, de piel y color negro, se veían relucientes.

–Pasa –dijo–. Mamá te espera.

Se apartó para dejar pasar a Anne, pero la miró con desagrado. Por un momento a Anne se le ocurrió que incluso Felicity podía haber adivinado su aventura, pero la niña se volvió para empujar un cochecito de muñeca enorme por el pasillo, y la idea le pareció absurda.

Por Dios, pensó Anne. Qué paranoia.

Barbara sacaba bizcochos de una fuente de horno y los ponía en una bandeja para que se enfriaran. Parecía sofocada. En la cocina hacía mucho calor.

–Perdona –se excusó–. Se me ha hecho un poco tarde.

Felicity debía de estar jugando allí porque además del cochecito había un maletín lleno de ropa de muñeca, una taza, un bol y una cuchara de bebé de verdad de plástico azul sobre la mesa. Anne pensó que Felicity era mayor para jugar con muñecas. Era pálida, fofa. Daba la sensación de que le sentaría bien un poco de aire fresco. ¿Qué hacían las dos juntas en aquella cocina agobiante? Supongo, pensó, que si Godfrey y yo vivimos juntos tendremos que tener a la mocosa los fines de semana. Al cabo de una hora ya me habrá sacado de quicio. Estoy segura.

–Felicity me ha ayudado a hacer pasteles –comentó Barbara.

–¡Qué bien! –Anne sonrió a la niña, que le respondió con una sonrisa afectada.

Ni una hora, pensó, cinco minutos.

–¿Por qué no subes a cambiarte? –le propuso Barbara a la niña.

Lo dijo en un tono suplicante, como si pensara que su hija se lo discutiría. Felicity obedeció, pero en la puerta se paró e hizo una mueca a espaldas de su madre.

–Perdona que te llamara a casa –manifestó Barbara–. Pensarás que estoy loca. –Las palabras eran muy convencionales, pero su voz era de desesperación–. A veces no tengo claro que esté cuerda. No sabía con quién más podía hablar…

El sol penetraba a través de la ventana y el horno todavía estaba caliente. Anne se estaba

mareando, era como si oyera a Barbara en sueños. Intentó componer una respuesta adecuada, pero la mujer siguió hablando.

–He intentado hablar de ello con Godfrey, pero lleva un tiempo muy raro. Supongo que eso también me ha preocupado.

–¿Raro en qué sentido?

–Tenso, nervioso. No duerme como es debido. A menudo se levanta y se pasea en plena noche. A veces coge el coche y se va. Me preocupa que esté tan estresado que acabe teniendo un accidente. Incluso ha empezado a enfadarse con Felicity, y eso no había pasado nunca.

Parecía a punto de echarse a llorar. Llenó un hervidor en el fregadero y lo enchufó.

–Le he pedido que vaya al médico –siguió Barbara–. ¿Cómo puede funcionar así? Sin dormir. Sin comer. Pero no me hace caso. Dice que no es un problema médico. Cosas del trabajo que pronto resolverá.

–¿Y tú? –preguntó Anne–. ¿Cómo duermes?

–No muy bien. Tengo la sensación de que se está desmoronando todo a mi alrededor y que a pesar de mis esfuerzos no conseguiré impedirlo. –Esbozó una sonrisa–. Godfrey dice que es la menopausia. Puede que tenga razón. Pero los hombres lo achacan todo a las hormonas, ¿no?

–¿Has pensado en consultar a un médico?

–No, Dios mío. Los detesto.

Barbara levantó la bandeja de bizcochos para dejarla sobre un banco y se puso a fregar la mesa con un movimiento violento. Anne deseó no haber ido. No quería aquella responsabilidad. La mujer se estaba viviendo abajo y no quería pensar que podía ser culpa suya.

–¿No hay nadie con quien puedas hablar? ¿Familia? ¿Amigos?

–Por supuesto que no. ¿Por qué crees que te he llamado? –Se calló de repente–. Lo siento. Ha sido una grosería. No tengo familia y todos mis amigos también conocen a Godfrey.

Preparó té en una tetera blanca. De la nevera sacó un plato con bocadillos cubiertos con papel film y una fiambrera con pastelitos que colocó en un plato con un tapete. Aquellos gestos parecieron calmarla.

–Dejaré que Felicity se lo tome en una bandeja viendo la tele –comentó–. Una ocasión especial.

–Nosotras podríamos tomarlo fuera –propuso Anne–. Con el calor que hace…

–¿Fuera? –La idea la horrorizó–. No, no creo. Está lleno de insectos.

Siguió poniendo la mesa de la cocina con platos, cuchillos y servilletas. Anne movió su silla para que el sol no le diera directamente en los ojos.

–¿Qué te preocupa exactamente? –preguntó con amabilidad.

Barbara se concentró en llenar un bol de mermelada con la cuchara e hizo como que no la oía.

–Mira –dijo–, después de todo lo que ha pasado, la chica que ha muerto y la Policía que ha ido a su oficina a hacer preguntas, Godfrey sigue decidido a seguir adelante con la cantera.

–No creo que haya ninguna razón para que no lo haga. Lo que es seguro es que en nuestro informe no habrá nada que se lo impida.

Barbara se quedó muy quieta, con la cuchara de la mermelada levantada sobre el bol. Miró a Anne con una expresión cercana a la desesperación.

–Entonces Neville Furness se habrá salido con la suya.

–Lo siento –repuso Anne–, pero no llego a entender qué gana Neville con todo esto. No sé por qué te afecta tanto. –Calló un momento–. Le tienes miedo, ¿no?

Barbara asintió, pero no dijo nada. Anne tenía ganas de sacudirla.

–¿Por qué?, por el amor de Dios.

–Por lo que le está haciendo a Godfrey.

–Eso dijiste la última vez que estuve aquí, pero no tiene sentido. Godfrey es el jefe. Tiene que haber algo que no me has contado.

Barbara la miró aturdida.

–Como quieras –replicó Anne mosqueada–. Al fin y al cabo no tiene nada que ver conmigo.

–No –declaró Barbara–. Tengo que decírselo a alguien.

Hubo un movimiento en el pasillo que Barbara debió de ver a través de la puerta de cristal esmerilado porque de pronto calló. Se abrió la puerta y entró Felicity. Se había quitado el uniforme de la escuela y llevaba unos pantalones cortos de color rosa y una camiseta también rosa. Era grandota para su edad y el conjunto no le favorecía.

–He venido a merendar –aclaró.
–Claro, cariño. Te lo pondré en una bandeja. Puedes merendar viendo la tele.
–Quiero merendar aquí contigo.
Las manos de Barbara, que sostenían la bandeja, empezaron a temblar.
–Hoy no, hija. Quiero hablar con mi amiga.
–¿Por qué no puedo hablar yo también?
–Claro que puedes –afirmó Barbara. Anne pensó que estaba demostrando un notable dominio de sí misma–. Pero hoy no. Mira, yo misma te la llevaré al salón.
Se miraron un momento. Felicity se planteó si merecía la pena discutir, pero decidió que no. Frunció el ceño y salió detrás de su madre.
Cuando Barbara volvió a la cocina el impulso de confiar en Anne se le había pasado. Anne se preguntó irracionalmente si la niña ejercía una influencia maligna sobre ella. Sirvió el té, instó a Anne a que comiera, como si el estallido de antes no hubiera existido.
–Estabas hablando de Neville –dejó caer Anne–. No entiendo por qué está tan comprometido con el proyecto. ¿Qué espera sacar de todo esto?
–Dinero, por supuesto. Eso es evidente. Por eso dejó a los Fulwell, porque Godfrey le ofreció un incentivo económico. Se le compra con facilidad.
La respuesta le salió espontánea, pero Anne pensaba que tenía que haber algo más.
–¿Tanto necesita el dinero?
Barbara se mostró confundida por la pregunta.
–¿Sabías que está pensando dimitir de su cargo en Slateburn? –informó Anne.
Creía que a Barbara le complacería la información. ¿No quería arrancar a Godfrey de las garras de Neville? Pero, por lo visto, todavía la angustió más.
–¡No! ¿Adónde irá?
–Piensa volver a encargarse de la granja de Black Law.
–Godfrey no me lo ha dicho.
–Puede que Godfrey no lo sepa.
–¿Cómo te has enterado?
–Tenemos un amigo común –respondió Anne, después de una pausa.
Barbara se dejó llevar por el pánico.
–¿No le dirás a Neville que has estado aquí? ¿Que te he invitado?
–Por supuesto que no.
Pero Barbara estaba histérica.
–Te he invitado porque quería preguntarte algo concreto. Ahora no sé si puedo, si eres amiga de Neville.
–No soy amiga de Neville.
Dios mío, pensó Anne. Sácame de aquí.
El sol se había movido y ya no entraba directamente en la cocina, pero ella se sentía como si llevara todo el día encerrada en aquella habitación.
–Puedo confiar en ti, ¿no?
–Claro que puedes.
Aparte de que me he acostado con tu marido y me acostaría con él mañana mismo si me diera la oportunidad.
–Vosotras tres…, trabajando juntas en el informe, viviendo juntas en la casita. Debíais de ser íntimas.
–No lo sé –respondió Anne despreocupada. No tenía ni idea de adónde se dirigía la conversación–. Cuando se vive y se trabaja tan encima unas de otras es importante conservar un poco de intimidad.
–Pero la chica que murió, ¿sabíais adónde iba y a quién veía?
–No necesariamente.
–¿Se vio alguna vez con Neville Furness?
–Que yo sepa, no. ¿Por qué?
Barbara no contestó.
–¿Qué estás diciendo? ¿Qué Grace y Neville tenían una relación?
A pesar de que había un lavavajillas bajo el mármol, Barbara se levantó y llenó el fregadero con agua caliente y jabonosa. Anne esperaba una respuesta, pero Barbara solo prestaba atención a las tazas y los platos.
Anne se puso detrás de ella.
–¿Sospechas que Neville Furness mató a Grace?

Barbara frotó el estropajo con fuerza por el interior de una taza. Aunque no podía estar más limpia, no la dejó en el escurridor. Se quedó quieta con espuma hasta los codos.

–Si tienes alguna prueba de que eso fue lo que pasó, debes ir a la Policía. La detective al mando del caso es una mujer, Vera Stanhope. Es muy comprensiva. Si quieres, te acompañaré.

¿Y cómo lo explicaré si Godfrey y yo acabamos juntos?, pensó.

–Barbara, ¿me estás escuchando?

Pero, si Barbara estaba escuchando, no respondía. Entró Felicity con su bandeja. Barbara se sacudió la espuma de las manos, se volvió de espaldas al fregadero y habló con su voz normal y maternal.

–¿Puedes acompañar a la señora Preece a la puerta? Tiene que irse y ya ves que estoy ocupada.

Anne no opuso ninguna resistencia. Esperaba no volver a ver a Barbara Waugh nunca más.

50

La fiesta de cumpleaños del hijo pequeño de Olivia Fulwell fue una mezcla de fiesta parroquial y fiesta de pueblo a la antigua usanza. Tal como sospechaba Jeremy, no faltaba nadie. Anne no estaba segura de la edad del niño, ni siquiera de si era niño o niña. Siempre que lo había visto estaba enfundado en algún mono unisex.

Mientras se preparaban para ir a la fiesta, Jeremy se puso de los nervios. A través de su amigo anticuario en Morpeth creía haber encontrado el regalo perfecto: una caja sorpresa con una cabeza esperpéntica tallada que salía disparada de la caja con un chirrido.

–No era demasiado cara –le comentó a Anne, mirándola desde el suelo, donde estaba agachado entre papel de envolver, el lazo de regalo y celo–. Pero tiene clase, ¿no crees? Mejor que esas porquerías modernas que regalan a los niños. Esto destacará. ¿Qué pongo en la etiqueta? ¿Seguro que no te acuerdas del nombre del crío?

–Segurísimo. –Como si le importara. Lo último que quería hacer era ponerse un vestido y charlar de trivialidades con los endogámicos representantes de la aristocracia local. Además se le había ocurrido que Barbara y Godfrey podían estar invitados. No estaba segura de cómo afrontarlo–. Pon simplemente: «De parte de Jeremy y Anne».

–Supongo que no me queda más remedio –admitió. Después, añadió con un tono melancólico–: ¿Crees que «Con cariño de Jeremy y Anne» es un poco exagerado?

A Jeremy le encantaba vestirse para ocasiones así. Su ropa, perfectamente planchada, estaba sobre la cama desde hacía horas.

El festejo era al aire libre. Incluso los servicios, cuya localización estaba indicada de manera discreta, se encontraban en el edificio de los establos para que la chusma local no tuviera que poner los pies en la casa. Anne pensó que Olivia había tenido suerte con el tiempo. Pronto cambiaría. Unas nubes claras de verano ocultaban de vez en cuando el sol. Hacía mucho calor y humedad. La previsión había hablado de truenos.

Los niños estaban sentados a una larga mesa de caballetes cubierta con un mantel de papel. Llevaban gorros de fiesta. Debían de haber hecho estallar *crackers** porque todos tenían pitos y silbatos que hacían ruido. Todo el grupo de juegos estaba allí, lo que parecía ejemplarmente democrático, aunque por lo que vio Anne solo dos madres estaban invitadas. Una era maestra y la otra la esposa de uno de los arrendatarios. Los niños comieron salchichas, patatas fritas y gelatinas de color naranja intenso en platos de papel encerado. La maestra, una mujer desaliñada con los cabellos ya grises y zapatos planos, rondaba cerca de su hijo y murmuraba de vez en cuando al primero que pasaba algún comentario sobre la encefalopatía espongiforme bovina y los aditivos. El hijo, por lo visto, no habituado a tal cantidad ilimitada de productos químicos y azúcar, comía con ansia, sin hacer caso a su madre ni a los amigos que intentaban hablar con él.

En el centro de la mesa había una tarta con la forma de uno de los personajes del último programa de televisión infantil de moda, cubierta con un glaseado violeta. Tenía escrito el nombre LIZZY con Smarties. Bueno, pensó Anne, esto resuelve el misterio del sexo de la criatura.

Para los adultos había otras mesas de caballetes con bufé y un bar. La comida era de un *catering* de baja calidad y sin duda Jeremy se quejaría de ella más tarde. Alrededor del jardín había atracciones varias para entretener a los niños y facilitar que los adultos pudieran conversar y beber en paz: un castillo hinchable, un tiovivo de caballos al galope impulsado con su propio generador, un hombre que tragaba sables y comía fuego.

A pesar de la comida, Jeremy se lo estaba pasando en grande. Parecía saber por instinto qué invitados tenían dinero o título. Los acaparaba y actuaba para ellos sin ninguna vergüenza. La caja sorpresa había sido un éxito. Es cierto que Lizzy había llorado cuando la tapa se había levantado de golpe, pero ya estaba alterada por toda la celebración. A Olivia le había encantado. Se había llevado a Jeremy dentro para pedirle su opinión sobre un cuadro del que se había enamorado no hacía mucho en una subasta. Él estaba en el séptimo cielo.

Mientras Olivia estaba dentro con Jeremy, Anne, por casualidad, se encontró junto a

Robert Fulwell. Era un hombre corpulento de más de cincuenta años. Las venas rotas en las mejillas le daban un aspecto rubicundo, como si se pasara la vida al aire libre o bebiera demasiado. Parecía salido de una lámina de cacería del siglo XIX. Sin embargo, en aquel momento bebía zumo de naranja y lo observaba todo con un desapego perplejo.

–Es una fiesta preciosa –dejó caer Anne.

La miró de arriba abajo. Fue como si estuviera decidiendo si merecía la pena gastar saliva con ella. Por lo visto, sí, pero no mucha.

–Idea de Livvy.

Era atractivo a su manera, musculoso y fuerte. Quizá percibió la aprobación de Anne y la correspondió, porque añadió, en un tono más cordial:

–Habría preferido que fuera una celebración más familiar. Livvy ha traído otra vez a los chicos a pasar el fin de semana.

–Estará contento.

–Mmm... –No parecía convencido.

–¿Y el resto de la familia?

El hombre dejó el vaso y alcanzó un muslo de pollo del plato de papel que sostenía con dificultad con la otra mano. Cuando lo mordió, Anne vio que tenía unos dientes sorprendentemente pequeños y afilados, como los de un zorro.

–¿Qué familia?

–¿Livvy no tiene tías o tíos?

–Ninguno vive por aquí.

–¿Y Edmund? –Ni siquiera en aquel momento estaba segura del motivo por el que provocaba aquel enfrentamiento. Por aburrimiento, quizá. Por ganas de hacer una travesura. Para fastidiar a Jeremy, que no parecía encontrar denigrante ser el bufón de un hatajo de esnobs.

Él dejó el pollo en el plato, que apoyó con cuidado sobre la mesa. Por un momento, Anne temió que la fuese a echar a patadas.

–¿Quién es usted? –preguntó con calma.

–Anne Preece. Vivo en la Abadía. Nos hemos visto varias veces.

–¿Conoce a Edmund?

–Conocí a su hija.

–Ah, es del grupo de evaluación de impacto medioambiental. Recuerdo que Livvy lo comentó.

–No tiene por qué preocuparse –informó Anne–. No hemos encontrado nada significativo.

–Nunca pensé que lo iban a encontrar. –Miró hacia el otro lado del parque, más allá de los niños que correteaban, hacia las colinas–. A mí, personalmente, no me hace gracia la idea de la cantera, pero la necesidad obliga. –La miró otra vez–. ¿Cómo era? La niña, quiero decir.

–Ya no era una niña.

Él se encogió de hombros con impaciencia.

–El tiempo pasa, uno se olvida.

–Estaba hecha polvo –apuntó Anne–. Necesitaba ayuda.

–Como su padre, pues.

–¿Necesitaba ayuda, él?

–Siempre, pero no de la que nosotros podíamos darle, creo.

–¿Ha acudido a usted para pedir ayuda recientemente?

–Seríamos los últimos a los que recurriría.

Anne percibió el tono de pesar en la voz de Robert y no quedó muy convencida. Livvy no lo habría apoyado, sin duda, pero quizá ella no se había enterado. Tras la violenta muerte de la hija de Edmund, ¿sería Robert capaz de rechazar a su hermano?

–La Policía lo está buscando.

–Lo sé. Han estado aquí. Una mujer con cara de cerda, que se presenta cuando le da la gana. En una ocasión mientras estábamos cenando. Como si un padre fuera a hacer daño a su hija. Edmund tendrá todos los problemas que se quiera, pero nunca haría una cosa así.

Lo distrajo Arabella, la niñera, que pasó a su lado. Llevaba un vestido blanco de seda con adornos de cintas. Una especie de enagua. No parecía haber otro propósito en su movimiento que atraer la atención de Robert.

–Bueno –dijo–. Tengo que irme. A atender a los invitados.

Tontaina, pensó Anne.

Para pasar el rato, como si fuera un juego, empezó a imaginarse dónde podría haber

escondido Robert a Edmund. En la casa, no. Era lo bastante grande como para esconder a un ejército de hermanos menores huidos de la justicia, pero Robert le tenía miedo a Livvy y no querría que lo descubriera. Podía haber pagado para que su hermano se alojara en una pensión o en un hotel, pero no hacía mucho que Vera había hecho público que estaba buscando a Edmund. Su rostro había aparecido en los telediarios y en la primera página de los periódicos de ámbito nacional. ¿Alguno de los clientes no lo habría reconocido? ¿Dónde, entonces?

Pensó en las casas de la finca, descartando de primeras la del molino, en la mina. A pesar de los aspavientos que había hecho Vera, Anne no se podía imaginar a Edmund acampando allí. Por lo que sabía, todos los granjeros mantenían sus arrendamientos aunque fuera con dificultades, así que no era probable que hubiera una granja aislada y vacía donde Edmund pudiera esconderse. ¿Quizá Robert había elegido un lugar más cercano a la casa?

Al final de la calle Avenida había un par de casas adosadas. Cuando había visto a Grace mirando una de aquellas casas había pensado que estaba chiflada. En una de ellas vivían el guarda y su familia. Janet, la mujer del guarda, era una jardinera experimentada y Anne la conocía lo suficiente como para intercambiar cuatro palabras en la oficina de Correos o pedirle prestado un catálogo de semillas de vez en cuando. Tenía dos hijos adolescentes que eran su cruz, pues ponían la música alta y tenían amigos poco recomendables. Pero, pensó Anne, la otra había estado vacía desde que Neville Furness se había ido. El nuevo agente era más pedante y tenía su propia casa. Las casas eran feas, pero estaban bien construidas y no sería raro que Janet y su marido no oyeran al nuevo vecino, sobre todo con el perpetuo ruido de fondo de su propia casa.

Jeremy estaba en el centro de un círculo de mujeres mayores con vestidos barrocos. Escuchaban sus historias fascinadas. De vez en cuando una de ellas se reía. Anne las ignoró.

–Jem, me voy, estoy molida.

Las mujeres se rieron nerviosas, como si ella formara parte de un dúo cómico.

–Pero te vas a perder los fuegos artificiales. ¿Quieres que vaya contigo?

–No, claro que no. Quédate todo el tiempo que quieras.

–¿Te has despedido de Olivia?

–Está ocupada. Pensé que podías hacerlo por mí.

–Claro. –Estaba encantado de tener una excusa para volver a hablar con Livvy–. Claro.

Anne se alejó de la multitud sin ser vista. Los niños habían terminado de comer y corrían de un puesto a otro en un frenesí sin objetivo. Estaban díscolos y sobreexcitados. Se peleaban en el castillo hinchable, enredados en un ovillo de brazos y piernas, y los más pequeños lloraban. Sin embargo, los mayores no les hacían ningún caso, se limitaban a gritar más para hacerse oír entre tanto ruido.

Anne bajó por Avenida entre las hileras de árboles. Las voces y el órgano de feria se fueron apagando. Había mucha quietud. Diminutas moscas se posaron en sus hombros y su pelo.

Por una vez la casa del guarda estaba en silencio. Era de suponer que la familia estaba invitada a la fiesta. Anne miró a ambos lados de la calle. No había coches ni personas. Abrió la verja de la casa vacía y entró en el jardín. Las cortinas estaban corridas y no podía ver el interior. Intentó recordar si estaban así cuando había estado allí con Grace. Llamó a la puerta. No hubo respuesta. La empujó, pero estaba cerrada con llave. Dio la vuelta a la casa hasta la puerta de la cocina.

Había persianas en la ventana. En la parte de fuera de la puerta había un cubo de basura negro de plástico. Levantó la tapa y vio latas vacías de sopa y de judías, envases aplastados de zumo de naranja y de leche, latas de cerveza. Olía mal, pero no como si llevaran meses allí.

En Park Hall habían empezado los fuegos artificiales. Un cohete salió disparado y explotó sobre su cabeza. Anne giró la manija de la puerta y empujó. Se abrió y entró en la casa.

51

Rachael oía los fuegos artificiales desde Baikie's. A pesar de que aún había luz, podía ver las estrellas coloreadas estallando sobre el horizonte. Había salido con una taza de té porque dentro de la casita hacía un calor sofocante, y las cajas y las bolsas amontonadas en la sala le producían desasosiego.

Hacía tiempo, Constance Baikie había presidido las celebraciones desde allí. Aislada del resto del mundo como un barco en medio del océano, observaba reír y bailar a los invitados vestidos con elegancia al ritmo de la música del gramófono. Muchos de los personajes implicados habían asistido a aquellas fiestas: Robert Fulwell, Neville Furness, Vera Stanhope. Ahora la habitación parecía un campamento provisional. Al día siguiente la casita se cerraría, la llave volvería bajo la maceta de piedra y el edificio se quedaría húmedo y vacío hasta que el próximo grupo de estudiantes se presentara en verano.

Edie también estaba inquieta. Habría regresado a Kimmerston aquella misma noche, pero Vera y Joe Ashworth se habían autoinvitado a la casa para tomar una copa de despedida, y ella no quería perdérselo. Además, quería aclarar las cosas con Rachael. Había mantenido su promesa y había escrito la historia del padre de su hija.

–Será decepcionante –advirtió, de nuevo, al darle las hojas de papel, llenas de su letra redonda y uniforme. Esto se había convertido en la justificación para no darle antes la información, que era tan poco interesante que casi no merecía la pena contarla–. Si te imaginas a tu padre como un Edmund Fulwell, un aventurero borracho que viaja por el mundo buscando emociones, te vas a llevar una desilusión. –La última frase, por supuesto, era ensayada.

Rachael se negó a leerla delante de Edie, que se quedaría mirándola, esperando una reacción, así que la dejó sobre la hierba junto a la taza y se echó en la tumbona a contemplar los fuegos artificiales, destellos pálidos en un cielo cada vez más oscuro. En cuanto Edie entró, recogió los papeles del suelo.

Solo tuvo tiempo de leer la primera línea: «Conocí a tu padre en abril, el día de los Inocentes», antes de que la interrumpieran Vera Stanhope y Joe Ashworth. Vera llevaba puesto un vestido de la clase de tela que se utiliza para hacer fundas extensibles para sofás y se anuncia en los periódicos del domingo. Joe parecía sufrir en silencio. Caminaba detrás de ella cargado con una cesta de mimbre de picnic. Habían entrado directamente al jardín rodeando la casa.

Dentro del cesto había una manta de cuadros que Joe extendió sobre la hierba para que Vera se sentara, unos platos tapados con papel de aluminio y una botella de champán.

–¿Celebramos algo? –preguntó Rachael.

Vera estaba de un humor especialmente alegre y Rachael se preguntó si habría arrestado a alguien, si habría cumplido con la fecha límite que se había fijado ella misma. Volvió a dejar los papeles, boca abajo, sobre la hierba. No le molestó la interrupción, más bien se dio cuenta con asombro de que la aliviaba.

–Connie siempre bebía champán –apuntó Vera–. Me ha parecido que debíamos seguir la tradición –y añadió no sin malicia–: Y la esposa de Joe nos ha preparado una tarta. No es lo mismo, pero está bien.

–Sal hace un bizcocho de chocolate buenísimo –explicó Joe, como si no se diera cuenta de que le tomaba el pelo. O como si estuviera demasiado relajado para que le importara.

–Le encantará tenerte más a menudo en casa. –Edie salió por las puertas vidriera con gafas de sol, una botella de vino y bolsas de patatas en una bandeja de aluminio torcida.

–No tendrá tanta suerte –dejó caer Vera–. Que vosotras os vayáis no significa que nosotros no estemos. Seguirá teniendo tiempo de sobra para hacer bizcochos.

–Me gustaría saber qué pensaría de esto la señorita Baikie. – Rachael se levantó para erguir un poco la tumbona.

–¿Del asesinato? Lo habría disfrutado como la que más. Le encantaban las tragedias. –Vera se sumió en sus pensamientos. Rachael esperaba otra reminiscencia de sus visitas con su

padre, pero no–. ¿Dónde está la señora Preece?

–Dan una fiesta en Hall.

–Que poco respeto. –Joe estaba escandalizado–. Hace cuatro días que enterraron a la chica.

–A las clases altas no les preocupa mucho la decencia –observó Vera–. Bueno, no la esperaremos o se nos calentará la botella. Haz los honores. –Guiñó el ojo a las otras dos–. Ya que eres el único hombre.

—Nunca he abierto una botella de champán –manifestó, inseguro–. Al menos una de verdad.

–Dame. No vayas a derramarlo. –Vera tenía la botella entre las piernas y había empezado a girar el tapón con cuidado, cuando le sonó el móvil.

–Mierda –espetó–. Contesta tú, Joe.

Él sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta. Después de las primeras palabras, se levantó y se fue adentro. Vera aparentó no sentir curiosidad. Abrió el champán con un chasquido sofocado y lo sirvió en las copas.

–Para Joe solo dos dedos –indicó–. Tiene que conducir.

Rachael bebió sin dejar de mirar al sargento, que hablaba con vehemencia dentro de la casa. No tenía sensación de mal presagio como antes de la muerte de Grace. Pensó que probablemente estaba hablando con su mujer de la hora a la que esperaba llegar a casa. Le contaba cosas del pequeño. El joven apagó el móvil de golpe y se acercó a las puertas vidriera.

–¿Podemos hablar?

–¿Qué pasa? –Vera estaba sentada en la manta, con las piernas separadas y la falda subida por encima de las rodillas–. Relájate. No me apetece marcharme todavía.

–No se trata de eso.

–Pues ¿de qué entonces? Dilo.

Él dudó, miró a Rachael y a Edie.

–Han llamado al 999 desde Holme Park.

–¿Y? –Vera vio que miraba a las otras dos mujeres–. Por el amor de Dios, sea lo que sea se enterarán tarde o temprano.

–Un cadáver.

–¿Quién?

–No lo han identificado todavía.

Se puso de pie mirando a Rachael.

–Tendrás que esperar –afirmó–. Es lo más difícil del mundo. En cuanto sepa qué sucede mandaré a alguien para que te lo diga. Lo prometo. Dejaré a Joe aquí hasta que venga otro agente a relevarlo. ¿O quieres volver a Kimmerston?

–No –respondió Rachael–. Esperaré.

–Pero dentro. Por si acaso.

Rachael se sentó en el sillón de Constance Baikie, rodeada de bolsas negras de basura y leyó la información sobre su padre. Hacía un tiempo creía que era lo más importante de su vida. En aquel momento era una distracción y tuvo que esforzarse para concentrarse. Empezaron a llover gotas grandes que golpeaban como guijarros contra la ventana. Vio que habían olvidado la manta sobre la hierba, pero Joe no dejó que saliera para recogerla.

Tercera Parte

Vera

52

Vera Stanhope estaba sentada en la manta de cuadros sobre la hierba frente a Baikie's, bebiendo champán, y recordó con mucha claridad la última vez que vio a Constance Baikie viva. Estuvo a punto de contárselo a Rachael y a Edie porque sabía que les gustaban sus anécdotas. Tal vez fuera el sabor en la boca lo que le recordó la escena de una manera tan nítida porque aquel día también tomaron champán. Aunque Constance estuviera tan enferma que tenían que sostenerle la copa. La habían recostado en el sofá y la habían acomodado usando unos cojines, pero ya estaba tan gorda que la carne se desparramaba, fofa, por los bordes y parecía que fuera a desequilibrarse y caer. Vera había ido a la casita con su padre. Ella lo había acompañado con su coche porque en aquella época él tampoco estaba bien. La semana anterior Vera había trabajado de noche y estaba agotada. Un día con su padre siempre le absorbía toda la energía, pero él quería ir, e incluso entonces, ya hacia el final de su vida, era capaz de imponer su voluntad a su hija. Además, Vera no quería que su padre fuera solo a visitar a Connie. No solo temía por su seguridad, temía por los líos en los que podía meterse.

Porque su padre era un adicto. Eso se lo había omitido a las mujeres cuando les contaba episodios de su infancia en las colinas. No había descrito cómo había llegado a entender poco a poco qué buscaba realmente su padre cuando la llevaba de excursión, cuando señalaba los nidos de alondras y collalbas o la hacía observar al halcón peregrino planeando sobre su presa. Su padre era un ladrón inveterado y compulsivo de huevos de aves. No como lo sería un colegial; para él era una obsesión y un negocio. Había pagado así su jubilación. Vera había comprendido, de pequeña, que ella era la tapadera. En lugares peligrosos, protegidos por guardas y verjas eléctricas, había llegado a mandarla a ella a robar los huevos.

No habría convenido a una joven y ambiciosa detective que su padre fuera a juicio por contravenir la Ley de Fauna y Paisaje, así que prefería no dejarlo ir nunca solo a las colinas. Él juraba que ya no los robaba, pero ella nunca se creyó nada de lo que decía. Los adictos siempre mienten. Y aunque fuera cierto lo que decía, Connie Baikie siempre había sabido manejarlo con el dedo meñique. Compartía el mismo vicio. Quizá era demasiado vieja y estaba demasiado enferma para cometer actos ilegales, pero Hector, el padre de Vera, la veneraba y habría hecho lo que fuera por la anciana.

El champán había sido idea de su padre. «Una alegría para Connie», había dicho. Vera había pensado que sabía que Connie se estaba muriendo y quería que estuviera especialmente contenta, porque le tenía echado el ojo a su colección. La suya propia ya era bastante extensa. La guardaba en cajas de caoba cerradas con llave, cada huevo a salvo en un nido de algodón, depositadas en la habitación de invitados, ocultas dentro de un feo armario de caoba. Se suponía que Vera no conocía su secreto, aunque muchas noches su padre se encerraba en la habitación como un viejo verde con una colección de pornografía.

Desde que Vera era pequeña, su padre se moría y babeaba por la colección de Connie. Incluso después de aprobarse la Ley de Fauna, la mantuvo a la vista de todos. De vez en cuando, Connie veía a Vera contemplando las vitrinas.

–Todo es legal –afirmaba, tosiendo y jadeando para pronunciar las palabras, desafiando a Vera a contradecirla–. Recogidos antes de que se aprobara la Ley.

Aun así Vera había visto cómo aparecían nuevas bandejas y habría investigado el origen de la colección de no haber sido por su relación con Hector. Prefería no saberlo.

Así que estaban en Baikie's, bebiendo champán, cavilando en silencio sobre el reparto de la colección de Connie después de su muerte, cuando hubo una interrupción, un pequeño contratiempo que había animado una barbaridad a la anciana. Según Hector, el incidente le había alargado la vida varias semanas.

Una mujer entró corriendo en el jardín y golpeó los cristales de las puertas. Esto no era insólito en sí mismo. Los excursionistas a veces violaban la intimidad de Connie pidiendo agua, indicaciones, incluso que los dejara usar su baño. A veces Connie era amable, pero por lo general los despedía con las manos vacías. Aquella mujer, sin embargo, estaba desesperada.

Golpeó la puerta, dándole con el puño con tanta fuerza que Vera pensó que iba a romper el cristal y a cortarse.

Era primavera. Aquel año había nevado mucho, y hacía poco que la nieve se había fundido, de modo que el arroyo bajaba caudaloso y rápido. Cuando abrió la puerta, Vera oyó el fragor de la corriente entre las palabras histéricas de la mujer.

Desde su posición en el sofá, Connie no podía ver bien el jardín y, temerosa de perderse algo, ordenó a Vera que hiciera entrar a la visitante. Enferma, aburrida, olió a diversión. La mujer tenía treinta y pocos años y parecía mal equipada para una excursión a las colinas. Llevaba maquillaje, mallas, zapatos blancos de tacón. Sus palabras salieron precipitadas en un flujo incomprensible.

–¿Qué sucede, querida? –siseó Connie, rezumando preocupación–. La señorita es agente de Policía. Seguro que podrá ayudarle.

Al oír esto, la mujer cogió a Vera del brazo y la arrastró fuera para que le ayudara a buscar a su hijo. De eso se trataba: de un niño perdido. Habían venido en coche de Kimmerston para ver a los corderitos. La mujer, que se llamaba Bev, pensaba que eran una monada, y Gary, el nuevo hombre en su vida, había propuesto que fueran a verlos un día. Aparcaron en la pista justo antes de la verja de entrada a la era de Black Law e hicieron un picnic. El viento era frío, así que se quedaron dentro del coche, calentado por el sol. Habían dejado salir a Lee a jugar. ¿Qué podía pasarle en el campo? No era como en la ciudad, llena de pervertidos y locos acechando tras cada farola. ¿No?

Debían de haberse quedado dormidos, dijo Bev. Vera, que notó los cabellos alborotados, pensó que utilizaba un eufemismo para algo más energético. Cuando volvieron a mirar, Lee había desaparecido.

Vera acompañó a Bev hasta donde se hallaba el coche, tranquilizándola todo el rato y diciendo que un niño de dos años, por fuerza, tenía que aparecer. Pero en el coche no había rastro de él. Gary parecía un tipo agradable, sinceramente angustiado. Era muy joven. En la calle debía de pasar por el hermano mayor de Lee más que por un posible padrastro.

–He gritado hasta quedarme ronco –informó–. Y he tocado la bocina. No sé qué más hacer.

Vera los dejó allí, volvió a Black Law y pidió a Dougie que llamara para que mandaran una partida de búsqueda. Ella y Dougie subieron a la colina mientras llegaban los refuerzos. Cuando volvió a Baikie's, Connie insistió en que se lo describiera todo. El niño, el novio, las lágrimas de la madre. Ella y Hector parecían haber llegado a un acuerdo en ausencia de Vera, porque unos días después la colección de huevos de aves de rapiña se entregó en la casa de Kimmerston. Se añadieron a las cajas almacenadas en el armario de la habitación de invitados. El día después de la muerte de su padre, Vera las quemó todas, sin abrirlas para mirar en su interior, en una pira enorme en el jardín, junto con sus cuadernos.

No hubo final feliz para la historia del niño perdido. De hecho, no hubo ningún final porque no encontraron al niño ni se halló el cadáver. Hubo una conclusión angustiosa y rara.

Un guarda forestal que, por lo visto, tenía algún agravio pendiente, escribió una carta al periódico local insinuando que a Lee se lo podía haber llevado un azor y dado de comer a sus crías. Los azores eran malvados y peligrosos y debían ser sacrificados, decía. Los conservacionistas mal informados deberían dejar que los guardas hicieran su trabajo.

La carta era tan absurda que Vera sospechó que Connie podía estar detrás de ella. Era el tipo de broma que le hacía gracia y que podía haber llevado a cabo sin la ayuda de Hector. En cambio Beverly se aferró a la explicación y fomentó las especulaciones recordando de repente que una gran y potente ave había estado planeando sobre sus cabezas mientras Lee jugaba. La prensa nacional recogió la noticia y la exprimió. El caso se convirtió en el equivalente inglés de la noticia del dingo australiano. Beverly ganó suficiente dinero con las fotos y las entrevistas como para comprarle a Gary un coche nuevo e irse de vacaciones a Chipre.

Vera pensaba que el pequeño podía haber llegado hasta el arroyo mientras los mayores hacían sus cosas en el coche, y que la corriente de agua lo había arrastrado. Era la única explicación razonable. Entonces, bebiendo champán en una tarde bochornosa de mediados de verano, pensó que era una casualidad curiosa. Dos muertes –porque sin duda el niño había muerto– casi en el mismo lugar con tantos años de diferencia.

Pensó que a Rachael le gustaría oír la historia del azor y el agente forestal, pero no llegó a contársela, porque Joe Ashworth salió de la casa con una expresión seria y les dijo que había habido otro asesinato. La noticia había ganado a su historia, tenía que reconocerlo.

53

En el coche, Vera hablaba por teléfono gritando como una loca, sudando, intentando entender lo que sucedía. No había nadie con quien poder hablar. Nadie que ella conociera. No tenía que haber sucedido así. Esperaba que el asesino volviera. No veía otro modo de avanzar. Pero a Baikie's, a su territorio. No a Langholme.

Se desvió de la carretera de Langholme para entrar en la calle Avenida y vio a Anne Preece sentada en un margen junto al camino, con una manta gris sobre los hombros y una taza entre las manos. Llovía y Anne tenía los cabellos lisos y pegados al cráneo, con la mirada fija hacia delante. Vera pensó que parecía una vagabunda a la que acababan de repartir la comida.

Un policía joven le impidió el paso, hasta que la reconoció y se apartó. Vera se detuvo junto a Anne, bajó la ventanilla y le gritó:

–¿Se puede saber qué coño has estado haciendo?

El alivio hizo que su voz sonara furiosa.

–Es la señora Preece –informó el policía, confundido–. Ella encontró el cadáver.

Vera bajó del coche.

–Nos conocemos.

Ignoró al policía y se sentó sobre la hierba. Todas sus preguntas se dirigieron a Anne.

–¿Y bien? Creía que era una fiesta de cumpleaños infantil. No se me ocurrió que podía pasarte algo aquí.

Anne volvió la cabeza para mirar hacia la casa. El policía había bloqueado el camino. Mandaba dar la vuelta a los coches hasta la entrada de la casa y se había formado un caos total de vehículos que intentaban maniobrar. Algunas personas habían bajado del coche y miraban embobadas lo que ocurría.

–¿Quieres que entremos en el coche? –preguntó Vera con tono amable.

–No. –Anne sacudió la cabeza violentamente–. Si no te importa, necesito aire fresco.

–¿Dónde está tu marido?

–Vete a saber. Quizá todavía esté bebiendo champán y actuando para la galería.

–¿Qué ha pasado?

–Me aburría. No estaba a gusto. Niños repelentes, qué quieres que te diga.

Vera mostró una sonrisa comprensiva y asintió con total solidaridad.

–Estuve hablando con Robert. Sobre su familia. Me preguntó por Grace y después dijo algo sobre que ella era como su padre. Que ambos necesitaban ayuda. Como si hubiera visto a Edmund hacía poco. Así que me puse a pensar…

–¿Si se sentiría lo suficientemente culpable como para proporcionarle la ayuda que necesitaba?

–Algo así. Sabía que esta casa había estado vacía desde que Neville Furness la dejó. No salí con la intención de interferir, pero me pillaba de camino y tenía curiosidad.

–Deberías habérmelo dicho –le reprochó Vera–. Pero puede que yo hubiera hecho lo mismo.

–La puerta de la cocina no estaba cerrada con llave.

–¿Dónde estaba?

–En la sala, sentado en el sofá. Al principio he pensado que estaba borracho. Había una botella de whisky sobre la mesita. Pero las personas borrachas hacen mucho ruido cuando duermen, ¿verdad? Él no roncaba. Y parecía apacible. No había sangre ni nada. ¿Crees que se ha suicidado? –Antes de que Vera pudiera contestar, añadió–: Supongo que era Edmund. Tenía su edad; aunque me lo presentó su amigo Rod, no recuerdo su cara.

Vera miró al policía, que asintió.

–El hermano lo ha identificado.

–¿Había alguien más en la casa? –preguntó Vera.

–¡No! Al menos yo no he visto ni oído a nadie. No he llegado arriba.

–¿Qué has hecho?

–Salir lo más rápido posible. Sé que ha sido una estupidez, pero no soportaba verlo.

–¿Había teléfono en la casa?

–No me he fijado. Lo he pensado cuando ya estaba fuera, pero no he podido volver a entrar. No sabía qué hacer. Supongo que por la impresión. De repente mi cerebro parecía funcionar más despacio. He llamado a la puerta del vecino, pero no había nadie. No quería volver a Park Hall para llamarte, con toda esa gente riendo y bebiendo. Así que he corrido a la cabina del pueblo y he marcado el 999. Después he vuelto para esperarte.

–¿Qué quieres hacer ahora? Podemos buscar a tu marido. Acompañarte a casa.

–Oh, no. No tengo fuerzas para ver a Jeremy. ¿No podría volver a Baikie's? ¿Para pasar allí la última noche tal como habíamos planeado?

–No veo por qué no. Si te sientes con ánimos de aguantar las atenciones de Edie. Ella y Rachael siguen allí, con Joe Ashworth. Buscaré a alguien para que te acompañe. –Vera empezó a alejarse, pero entonces se volvió–. ¿Cuando fuiste a llamar por teléfono a Langholme, viste a alguien?

–¿Por qué? ¿No me crees?

–No, mujer. ¿Viste a algún desconocido? ¿Algo raro?

Anne negó con la cabeza.

–¿Y mientras nos esperabas aquí?

–Han pasado algunos coches. Gente que se marchaba de la fiesta. La mayoría con niños. No mucha. Los fuegos artificiales acababan de comenzar.

Vera estaba a punto de subir al coche. Pero miró hacia Avenida y, al verla bloqueada, decidió que llegaría antes andando.

El joven policía seguía frente a la sencilla casa de ladrillo.

–¿Quiere entrar?

–No –respondió ella–. No quiero pisar nada hasta que terminen los expertos. Sacaré más información de los vivos.

Interrumpió a Robert y a Livvy Fulwell en una pelea. La fiesta había terminado. Unos pocos bebedores empedernidos seguían bajo un baldaquín formado por el techo del castillo hinchable medio desinflado. Bebían una botella de vino. La lluvia ya estaba formando charcos sobre el suelo de tierra batida y los empleados que recogían caballetes y doblaban sillas no trabajaban muy contentos.

Nadie detuvo a Vera cuando se acercó a la casa, y había estado suficientes veces allí como para saber por dónde ir. Robert y Livvy estaban en la cocina. Ella los oyó antes que ellos a ella.

–¿Cómo has podido ser tan estúpido? –gritó Livvy–. No daba más que problemas. Siempre ha dado problemas. Tu madre lo sabía.

–No creo que sea el momento de hablar así. De hecho, creo que esto está fuera de lugar. –Robert no cedía, pero estaba a la defensiva–. Mi hermano está muerto, por el amor de Dios. Cualquiera pensaría que eso merece un poco de comprensión.

–¡Oh, venga ya!

Vera había llegado a la puerta abierta y vio a Livvy recostada contra el respaldo de la silla, en un gesto de incredulidad, mientras hablaba.

–Era mi hermano. No podía dejarlo en la estacada.

Livvy acercó su cara a la de su marido.

–¿Es que no ves lo que has hecho? Hasta ahora habíamos conseguido mantenernos al margen de ese asunto de la colina. Pero ahora tu estúpido hermano se ha suicidado en una de nuestras viviendas. La prensa no nos va a dejar en paz. ¿Te puedes imaginar el efecto que tendrá eso en nuestra vida? ¿En los niños?

Vera entró en la habitación.

–No está claro que se haya suicidado. Todavía no lo está. A menos que sepan algo que nosotros no sabemos.

Livvy se volvió. Durante un instante glorioso, Vera pensó que iba a insultarla a ella también, pero se dominó.

–Inspectora Stanhope. ¿Qué está diciendo?

–Nada. Solo que no sé lo que ha ocurrido. No podemos precipitarnos sacando conclusiones. Podría tratarse de causas naturales.

–¿Lo cree probable? –Livvy se aferraba a un clavo ardiendo. Vera la dejó hacer. Se encogió

de hombros.

–Bebía mucho –afirmó.

–Sí. –Livvy parecía más calmada–. Eso tengo entendido. –Se levantó, arrastrando la silla sobre el suelo de baldosas–. Estábamos a punto de tomar un té, inspectora. ¿Le apetece uno?

Me apetecería más una copa de vino, pensó Vera, si os quedara. Pero fingió agradecimiento.

–Sí –respondió, marcando el acento escocés–, un té me vendrá de maravilla.

Livvy fue a poner el hervidor al fuego. Siseó.

–No me diga que lo va a preparar usted misma –siguió Vera fingiendo asombro–. Creía que una casa como esta estaría llena de criados.

Livvy la miró, sin saber si lo decía en serio, y optó por lo que le pareció más seguro: una respuesta que no comprometiera a nada.

–Bueno, aquí todos ponemos nuestro grano de arena. Están todos fuera, limpiando. Echamos una mano.

–Qué bien. –Vera estiró las piernas. Tenía manchas del barro que le había salpicado cuando cruzaba el césped–. Esto tiene que ser muy angustioso para usted, señor Fulwell. Primero su sobrina, ahora su hermano, y todo a cuatro pasos de donde vive.

–Lo es. –Lanzó una mirada de recriminación a Livvy, pero ella no se enteró.

–¿Cuándo vio por última vez a su hermano con vida?

–Esta mañana.

–¿Así que sabía que estaba escondido allí?

–Sí. Debería habérselo dicho. Quizá si lo hubiera hecho... Pero no podía darle la espalda. Después de lo que le había sucedido a su hija…

–¿A qué hora lo ha vio?

–He ido dos veces a la casa. A las diez le he llevado comida. Y he vuelto sobre las once y media.

–¿Por qué? ¿No era arriesgado? Si quería mantener en secreto su escondite tendría que haberle hecho el menor número de visitas posible.

–Durante el día no era tan arriesgado. A esas horas, la familia que vive al lado no suele estar. Pero sí, intentaba ir lo menos posible. No solo porque me preocupara que me vieran. Tampoco sabía qué decirle.

–Entonces ¿por qué dos veces hoy?

–Me ha llamado. Aquí. Era una locura. Me ha dicho que necesitaba beber con desesperación. Me ha dicho que iría al pueblo, al pub. Yo pensaba que cometía un gran error escondiéndose de usted y siempre intentaba convencerlo para que se entregara. Pero lo último que quería era que se presentara en casa hoy y montara una escena.

Me lo creo, se dijo Vera. La esposa trofeo se habría subido por las paredes.

–Así que le ha llevado una botella de whisky.

–Sí. No sé por qué estaba tan agitado de repente. Hasta ahora parecía tranquilo. Estaba a punto de convencerlo.

–Ha dicho que había llamado. ¿Tenía línea telefónica?

–Sí.

–¿Podría haber hablado con alguien? ¿Explicaría eso su cambio de humor?

–Él no habría llamado a nadie. Estaba muy paranoico. No le habría dicho a nadie dónde estaba.

Livvy dejó la tetera con brusquedad sobre la mesa.

–Mire –intervino–. Estaba loco. Sufría un trastorno mental. Tenía subidas y bajadas, como un yoyó. Por eso la madre de Robert no sabía qué hacer con él. Por eso acabaron encerrándolo en Saint Nick’s.

Vera no le hizo ningún caso.

–¿No le dio ninguna pista de por qué estaba tan agitado? –le preguntó a Robert.

–No era del todo coherente y, si he de ser sincero, tampoco quería saberlo. Creía que había hecho bastante proporcionándole un lugar donde alojarse. Hablaba mucho de traiciones. Estaba casi paranoico, como he dicho.

–Que estés paranoico no significa que no vayan detrás de ti. –Vera enseñó los dientes. No sonrió nadie más. Observó a Livvy, que servía el té en unas tazas azules–. Puede dejar reposar el mío un poco más, querida. Me gusta que lo que bebo tenga sabor. ¿Se había alojado aquí desde que dejó el restaurante?

–No, por Dios. –Robert estaba horrorizado–. Yo no habría podido soportar la tensión.

–¿Desde cuándo entonces?

–Primero fue a casa de Nancy Deakin. Una vez usted me preguntó por ella. No sé qué hizo que se marchara de allí. Algo lo puso nervioso. Al principio, cuando encontraron el cadáver de su hija, se quedó en el restaurante sin problemas.

–¿Estaban en contacto entonces?

–Claro. –Robert estaba avergonzado y a la defensiva–. Para darle el pésame. Esas cosas. Me pareció que lo encajaba muy bien.

–¿Habían estado en contacto regularmente?

–No, pero en momentos así, hay que hacer un esfuerzo.

–¿Por qué se fue de casa de Nancy?

–Las dos mujeres que habían trabajado con Grace fueron a verla. Le hicieron preguntas. Él creía que las había enviado usted, así que me llamó.

–Ay, ay, ay –afirmó Vera–. Sí que estaba paranoico. ¿Cómo lo trajo aquí?

–Fui a buscarlo una noche con el coche. No nos vio nadie.

–¿Y usted creía que era una solución a corto plazo hasta que lo convenciera para que hablara con nosotros?

–Eso es, sí.

–¿Quién sabía que le estaba ayudando?

–Nancy Deakin. No se lo dije a nadie más. Ni siquiera a Livvy. No quería involucrarla.

No te lo crees ni tú, pensó Vera. Le tienes miedo.

–¿Podría haber descubierto alguien, por casualidad, que estaba allí?

–No sé cómo. En la finca todo el mundo sabía que la casa estaba vacía. No habría abierto la puerta a un vendedor o a un visitante. –Robert hizo una pausa–. Mire, quiero decir algo: no le habría ayudado de haber creído que había matado a su hija. Si eso es lo que piensa, se equivoca de medio a medio. Estaba destrozado. Decía que era culpa suya, pero eso no significa que la hubiera estrangulado. Decía que debía haberla protegido. Nunca había sido un gran padre, y estaba aterrorizado. Por eso estaba tan nervioso esta mañana.

–Pero la puerta de la cocina estaba abierta. Si resulta que lo han matado, es porque ha dejado pasar a su asesino.

–Me da igual. –Frente a aquellas dos mujeres imponentes, Robert se había vuelto terco–. Puede que no lo haya visto mucho últimamente, pero éramos hermanos. Crecimos juntos y le aseguro que estaba asustado.

54

Era tarde cuando Vera volvió a Baikie's, pero las mujeres la esperaban levantadas. Querían saber qué había ocurrido. Tampoco habría tenido mucho que explicar de haber estado dispuesta a darles la información. El forense era un viejo amigo, más dispuesto que la mayoría a comprometerse tras una inspección preliminar y, con todo, había sido circunspecto.

Se había encontrado con él cuando salía de la casa y se dirigía a su coche, y hablaron allí mismo, de pie, protegidos por un gran paraguas negro.

–No hay nada evidente –afirmó él–. Ni lo han apuñalado ni lo han estrangulado.

–Nada que ver con su hija, entonces.

–No.

–Pero te habrás hecho alguna idea.

–¿Lo más probable en este momento? Que estaba inconsciente de tanto beber.

–¿Y eso lo ha matado?

–Le ha puesto las cosas más fáciles al asesino.

–¿Crees que ha sido un asesinato?

–Es la hipótesis con la que trabajo. –Hizo una pausa–. Mi intuición, si crees en esas cosas.

–Creo en la tuya.

–No me sorprendería descubrir que lo han asfixiado sin demasiado esfuerzo. ¿Eres consciente de que ahora mismo solo pienso en voz alta?

–¿Cómo?

–No soy clarividente. –Pero, a pesar de sus palabras, no parecía irritado. Permaneció bajo la lluvia, que caía sobre el paraguas.

Vera pensó: Tampoco tiene nada esperando en casa.

–¿Has entrado?

–Todavía no.

–La casa estaba amueblada a medias. Al parecer se deja así para los empleados. Hay un tresillo con algunos cojines. Podrían haberlo hecho con uno de los cojines. Pero no hay señales de forcejeo. No debió de enterarse de nada.

–Gracias –dijo Vera–. ¿Y la hora de la muerte?

–Nunca me gusta comprometerme con eso.

–Lo sé.

–Después de mediodía, antes de las cinco. No puedo ser más concreto. Solo es una conjetura.

–Entendido.

Era un hombre delgado de sesenta y pico años, siempre vestido con trajes oscuros y de modales agradables, tranquilizadores, como un empleado de funeraria. Una vez le había dicho a Vera que era supervisor en una pequeña iglesia presbiteriana. Que ella supiera, era lo más parecido a una familia que tenía. ¿Sería suficiente para él cuando se jubilara?

La acompañó al coche, sosteniendo el paraguas para que no se mojara, aunque Vera ya se había mojado en su caminata desde la casa y a él le entraban las gotas por el cogote.

–Te llamaré en cuanto sepa algo definitivo.

–Lo sé –afirmó ella. Su mano rozó la de él al ir a buscar las llaves en el bolso.

Tal como esperaba aún había luz en Baikie's. Nadie se había preocupado de correr las cortinas y Vera tuvo un acceso de rabia contra Joe Ashworth o quien fuera que lo había sustituido. Esas mujeres eran blancos fáciles para cualquiera que acechara en el jardín o desde la colina. Pero después pensó que eso era lo que había querido ella. Era a lo que apuntaba su estrategia, en definitiva.

Estaba convencida de que tenía razón. Sabía que el asesino tenía algo que ver con el proyecto de la cantera. Lo sentía dentro. Había crecido en aquella comarca, con personas apasionadas por el territorio, y creía entenderlo. Se había hecho una idea del asesino como un pirado con una extraña obsesión por el paisaje o por aquellas mujeres, o por ambos. Pensaba que, si ellas se quedaban, tarde o temprano volvería. No sería capaz de resistirse. Pero era

evidente que se equivocaba. Tendría que volver a empezar con una mente abierta. Eso implicaba trabajo. Más del que estaba segura de poder asumir.

Aparcó el coche en el patio y entró por la cocina. Sus sandalias estaban empapadas, así que se descalzó en la puerta y entró, dejando pisadas húmedas sobre el linóleo. El ruido de la lluvia en el tejado y las ventanas debió de amortiguar el de su coche, porque las sorprendió. Estaban sentadas a la mesa jugando a las cartas. Joe Ashworth había sido sustituido por un agente de uniforme y él también tenía una mano de cartas. Se volvieron, quietos por un momento en la suave luz de la lámpara de pie.

Vera cruzó la habitación y corrió las cortinas de las puertas vidriera.

–Así es más acogedor –comentó. Y después–: ¿Queda algo de beber? Mataría por un whisky.

Edie le sirvió un poco en un vaso.

–La señora Preece os habrá contado lo sucedido.

–Que Edmund está muerto –repuso Rachael–. ¿Se acabó entonces? ¿Mató a Grace porque ella no quería mentir por él para impedir la construcción de la cantera, y ahora se ha suicidado?

–Es demasiado pronto para asegurarlo.

Lo que le había dicho el forense había sido en confianza. Podía ser una vieja charlatana que rompía más reglas de las que respetaba, pero aquella información no saldría de ella.

–Pero ¿no pueden haberlo asesinado?

Han estado celebrándolo, pensó Vera. Sin demasiados aspavientos, porque eso no estaría bien después de dos muertes. Pero realmente creen que ha terminado todo. Caso cerrado. Basta de mirar hacia atrás en la colina o por los retrovisores en la carretera.

–Mirad –señaló–. Es imposible decir nada hasta que el forense tenga el resultado de las pruebas. Debo presumir que es una muerte sospechosa hasta que esté segura de lo contrario. Si no lo hiciera, perdería horas, incluso días de investigación. Así que habrá preguntas. Y estoy segura de que vosotras también tenéis alguna.

–¿Qué hacía Edmund allí? –preguntó Edie.

–Esconderse, aunque no sabemos seguro por qué. No lo consideramos sospechoso hasta que desapareció.

–Culpa, quizá –dejó caer Edie–. En el caso de que matara a su hija.

–Puede. –Vera miró a Anne y a Rachael. Quería animarlas. Se sentía responsable de haber aguado su celebración–. Estaba en casa de Nancy Deakin cuando fuisteis a hablar con ella.

–¡No! –Así que estaba allí. Les había hecho gracia la falsedad de la anciana–. Debía de estar en el dormitorio. No es de extrañar que no quisiera que subiéramos.

–Oí un ruido, pero pensé que era la cotorra.

–¿Por eso se trasladó a la finca? –preguntó Rachael–. ¿Porque fuimos a casa de Nancy?

–Quizá.

–Pues podemos haber provocado su muerte. Al menos allí tenía a alguien que lo vigilaba.

–No es culpa vuestra –aseguró Vera–. Os pedí que fuerais. –Se inclinó sobre la mesa. Se habían olvidado de las cartas, que estaban sobre la mesa boca abajo y abiertas en abanico–. Veamos, debo trabajar como si a Edmund lo hubieran asesinado. No significa que sea así, pero es la presunción que debo hacer. ¿Lo entendéis?

Asintieron.

–Cuando Rachael sugirió que Bella y Edmund podían haberse conocido, que podían haber coincidido en el hospital, no me lo tomé en serio porque pensé que no era relevante. Grace era la víctima. Edmund había tenido poco contacto con ella. Pero ahora podría ser más importante. Puede que Rachael tuviera razón. ¿Recuerdas algo que dijera Bella que los vinculara?

–No. ¿Cómo quieres que lo recuerde? Ni siquiera sabía que Bella había estado en un hospital hasta después de que se suicidara.

–Me refiero a últimamente. Algo que sugiera que Bella y Edmund continuaban en contacto.

–No, nunca me mencionó a ningún amigo. Aparte de personas de Langholme que hacía años que conocían a Dougie, y no era muy íntima de ninguna.

–Pero alguna vez debía de salir de la granja.

–Los miércoles iba a Kimmerston. Día de mercado. Era el día que hacía la compra. Y siempre almorzaba allí. Era su pequeño capricho. Los servicios sociales mandaban a alguien que se ocupaba de Dougie mientras ella estaba fuera.

–¿Adónde iba a comer cuando estaba en la ciudad?

–No lo sé. Supongo que al White Hart, como todos los demás granjeros.

Vera se imaginó a Bella y a Edmund sentados en ese comedor sombrío. Seguro que no quedaban allí si Bella valoraba su intimidad, donde podía verlos cualquier amigo de Dougie.

–No. –Rachael interrumpió sus pensamientos–. Hay una cafetería en el centro comercial que le gustaba. Recuerdo un día, cuando yo estaba en Baikie's, que vino a tomar un té, pero no quiso ninguna galleta. Dijo que había tomado el merengue más grande del mundo. Esa cafetería hacía los mejores que había probado. –Rachael calló–. Qué trivial parece.

–Así es casi todo mi trabajo. Trivial. Rumores y chismes. Por eso soy tan buena. –Lo dijo con mucha seguridad en sí misma, pero le sonó superficial–. Vuelve a contarme qué pasó la última vez que fuisteis a ver a Charles Noble.

–Ya te lo contamos.

–De acuerdo. No escuché como es debido. No me pareció importante. ¿Edie?

–Bella había llamado una semana antes de morir y habló con la esposa de Charlie, Louise. Ella le prometió darle el recado a Charles, pero no lo hizo hasta mucho después, hasta pasada nuestra primera visita. Bella dijo que volvería a llamar.

–Pero nunca más supieron de ella.

–Eso es lo que dijeron.

–¿Creéis que estaban mintiendo?

–No lo sé. Me dio la sensación de que Louise no quería que Charlie me contara lo de la llamada. Puede que ambos lo lamentaran. Ninguno de los dos estaba muy receptivo. Y es raro que Bella no volviera a llamar.

Anne había escuchado en silencio. Se levantó y parecía muy delgada y demacrada bajo la luz de la lámpara. Las sombras caían sobre su cara, alargándole la frente.

–Lo siento –dijo–. Estoy muy cansada. Me voy a la cama.

–¡Por supuesto!

–No sé si nos veremos mañana. Me marcharé temprano.

–Te llamaré –informó Vera.

–¿Para hacer más preguntas?

–Bueno, siempre hay más preguntas. Y vosotras dos también os vais mañana –comentó Vera después de que Anne saliera de la habitación y de oír sus pasos en las escaleras–. Esta casa quedará vacía. No quedará nada más que el fantasma de Connie. –Hizo una pausa, incómoda, e intentó formular la pregunta a Rachael con delicadeza, pero decidió mantenerse fiel a su estilo, franco y directo, y fue al grano–: ¿Piensas volver a ver al señor Furness?

–¿Por qué?

–Porque debes saber que también le haré más preguntas a él.

–¿Qué tiene él que ver con la muerte de Edmund?

–Nada, lo más seguro. Excepto que antes vivía en aquella casa. Y, según Robert Fulwell, nadie recuerda que devolviera las llaves.

Hubo un silencio.

–¿A quién queremos engañar? –repuso Rachael–. A Edmund lo han asesinado.

Vera no contestó.

55

Vera se despertó temprano, justo antes de que el primer tren a Edimburgo se oyera a lo lejos. Esperó a que pasara haciendo temblar las ventanas de guillotina de su habitación para levantarse. El tren no la había despertado. Había crecido con los trenes, recordaba el vapor, los carritos de la leche arremolinándose en el andén, los cestos de mimbre con palomas de concurso entregados por hombres mayores con gorras de *tweed*.

Vera no sabía por qué Hector había comprado aquella casa junto a las vías del tren poco después de que ella naciera. Nunca se lo había preguntado. El ramal, cerrado hacía tiempo, servía de comunicación y abastecimiento a una aldea a un kilómetro de distancia y a las granjas circundantes. Su casa, de piedra gris, con ventanas pequeñas, estaba al final de la vía. Se imaginaba que era apropiada para él. Estaba lo suficientemente cerca de las colinas como para emprender sus excursiones en busca de huevos de ave y, además, mientras los trenes todavía paraban allí, Kimmerston quedaba solo a veinte minutos de distancia de la escuela secundaria en la que daba clases. Era un hombre solitario. Vera no se lo imaginaba en una urbanización conversando sobre los intereses de la hipoteca o el último modelo de Vauxhall.

De mayor se le ocurrió que quizá acabó allí por los Gregory. El señor Gregory era el jefe de estación y su esposa cuidó a Vera hasta que tuvo edad para estar sola en casa después de la escuela y tener el té a punto para su padre cuando bajaba del tren. Era posible que hubiera llegado a un acuerdo con los señores Gregory antes de mudarse. Nadie había dicho nada, pero Vera fantaseaba con que el señor Gregory podía haber pertenecido a la hermandad de los coleccionistas de huevos. Tenía ese aire pedante y meticuloso. Y sin duda a Hector le daba igual vivir junto a la vía del tren. Vera lo había visto apuntando números de trenes en uno de sus cuadernos de observación de aves.

A Vera le gustaba la señora Gregory. Era amable y maternal y sus hijos ya estaban crecidos y casados. Incluso después de que Hector dejara de pagar a la señora Gregory para cuidarla, la casa de la estación siguió siendo el segundo hogar de Vera. Cuando cerraron el ramal y los Gregory se mudaron, lloró, aunque no dejó que Hector la viera.

Se levantó de la cama y abrió las cortinas. Su habitación no daba a la vía, sino a un prado bajo que se extendía hacia las colinas. La hierba estaba alta y se mezclaba con ranúnculos y tréboles. La lluvia había cesado, pero todo estaba húmedo y brillante. Miró el reloj. Las seis. Demasiado temprano para llamar a Ashworth. Por poco.

Desde que los Gregory se habían mudado, la casa de la estación había cambiado de manos varias veces. Ahora la ocupaba una pareja de cuarenta y pico años con tendencias *new age*. Habían comprado el terreno del otro lado del camino y cultivaban verduras y criaban animales. Desde la ventana, Vera podía ver una cabra atada y un gallinero de tela metálica. El gallo cantó. Tal vez era eso lo que la había despertado.

Se metió en la bañera y planificó el día. Ya estaba acostumbrada a su cuarto de baño y por eso no le parecía deprimente: la bañera tenía el esmalte desconchado y escamoso; las paredes eran de baldosa blanca con cemento grisáceo; había moscas muertas atrapadas en el globo translúcido de cristal que protegía la bombilla. Aparte de quemar el contenido del armario de la habitación de invitados, no había hecho ningún cambio después de la muerte de su padre. Planes sí, pero cambios, no.

Cuando terminó de vestirse eran las siete menos diez y pensó: a hacer puñetas, si no está despierto, debería estarlo.

Joe Ashworth respondió enseguida, pero con la voz sobresaltada del que ha sido sorprendido en pleno sueño.

–¿No te habré despertado? –preguntó Vera.

–Sí. –Fue brusco. No era propio de él ser malhumorado.

–Creía que los bebés se despertaban temprano.

–Los dientes lo han tenido despierto toda la noche. Acabábamos de dormirlo.

–Lo siento –se excusó. Y lo sentía aunque no se notara.

–¿Qué puedo hacer por usted?

–Hay un par de cosas que quiero que se hagan esta mañana. ¿Puedes ir a Holme Park? Empieza a hacer una lista de las personas que estuvieron allí ayer por la tarde. Livvy Fulwell debería de tener una. A ver si reconoces algunos nombres.

–¿Cómo cuáles?

–Cualquiera que esté relacionado con la cantera. Godfrey Waugh, Peter Kemp, Neville Furness. Habían tenido tratos con los Fulwell. Es posible que los invitaran.

–¿La señora Preece no los habría mencionado?

–No se lo pregunté. Estaba muy angustiada. Y había mucha gente en la fiesta, puede que no los viera.

–¿Puedo preguntar qué va a hacer usted?

–¿Yo? Voy a salir a tomar un café.

La noche anterior había mandado a un agente a informar a Rod Owen. Había ayudado a Edmund más que su familia y merecía que le comunicaran la muerte personalmente. En una muestra de gran consideración esperó a terminar sus cereales antes de llamarlo. Imaginaba que los restauradores se acostaban tarde.

Sin embargo, cuando contestó, parecía despierto y circunspecto.

–Harbour Lights.

Iba a decirle quién era pero él reconoció su voz y la interrumpió.

–¿Hay novedades?

–Todavía no. Pero tengo una pregunta: ¿Edmund tenía un día libre fijo?

–Sí. Desde el principio. Desde que empezó a trabajar aquí de nuevo tras salir del hospital. No tenía muchas rutinas en su vida pero eso era algo a lo que se aferraba. Una especie de superstición, creo.

–¿Qué día era?

–El miércoles.

–¿Sabe qué hacía?

–No concretamente, pero siempre salía. Aunque hubiera bebido se las arreglaba para acicalarse y afeitarse. Se marchaba sobre las diez y media.

–Pero ¿trabajó para usted todos estos años y nunca le dijo adónde iba?

–No le pregunté. No era asunto mío. Podría haber sido alguna clase de tratamiento. Algo personal.

–Tenía que estar cerca porque Edmund no conducía. Si era un tratamiento, habría sido en Saint Nick's.

–Al hospital estoy seguro de que no iba. Me dijo que todavía le daban escalofríos al pasar por delante y que no quería volver a pisarlo. De hecho, creo que no se quedaba en la ciudad. Lo vi una vez en la cola de la parada del autobús cerca del puerto.

–¿Sabe adónde se dirigía el autobús?

–¡Qué dice! Fue hace años. Aunque me hubiera fijado no me acordaría.

Camino de Kimmerston, Vera pasó junto a la mujer de la casa de la estación. Estaba saltando la malla metálica del gallinero con un cesto de poco fondo con huevos. La saludó con la mano y después hizo gestos queriendo decir que tenía de sobra si Vera quería algunos. La pareja había acogido a Vera bajo su protección. Ella se preguntaba si sabían lo que hacía para ganarse la vida y si seguirían siendo tan amables si lo descubrían.

La comisaría de Kimmerston era un edificio de ladrillo visto situado en la acera frente a la estación de autobuses. Había una pintura azul polvorienta y los picaportes de latón de las puertas exteriores estaban oxidados. Vera estuvo a punto de parar y mirar los horarios de los autobuses del puerto a Kimmerston los miércoles por la mañana. Pensó que desde la ventana de su despacho podía haber visto a Edmund apeándose de uno de los autobuses marrón y crema. Si era allí donde se dirigía. Que estaba segura de que lo era.

Pero no paró. Si entraba ahora a su despacho no podría escaparse nunca. Pasó de largo la comisaría y fue hacia el aparcamiento que estaba cerca del centro comercial. Eran casi las nueve y el tráfico era denso. Sintió que le subía la tensión, resistió la tentación de tocar la bocina o sacar un dedo al joven elegante del Mondeo plateado que la adelantó.

En el centro comercial solo había una cafetería. A pesar del retraso, cuando llegó, todavía estaba cerrada. Daba a una plaza cuadrada. Por la claraboya entraba la luz del sol, que formaba dibujos en el cemento al reflejarse en las gotas de lluvia. Había mesas y sillas blancas de plástico en la plaza asfaltada del exterior de la cafetería, pero estaban amontonadas unas encima de otras. La paciencia nunca había sido una de las virtudes de Vera. Sacudió la puerta cerrada de la cafetería y empezó a golpear el cristal.

–¿Qué se cree que está haciendo?
Una mujer de mediana edad con la espalda muy erguida y una expresión feroz apareció detrás de ella.
–¿A usted qué le parece?
–No abrimos hasta las diez. Hay una máquina en la sala de juegos si está tan desesperada.
–No quiero café –espetó Vera–. Quiero que me responda a unas preguntas.
Le mostró el carné de policía. La mujer no se alteró.
–Bueno, pues no puede comportarse así –reconvino–. ¿Qué ejemplo les da a los jóvenes? En esta ciudad la gente solía ser educada.
Vera murmuró algo, pateando el suelo con impaciencia hasta que la mujer abrió la puerta y entró detrás de ella.
–Ya que estoy aquí, tomaré un café –dijo, con beligerancia.
–Tendrá que esperar a que ponga en marcha la cafetera. A menos que se conforme con uno de sobre.
–Está bien.
La mujer enchufó el hervidor y sirvió una cucharada de café en una taza. Sacó un gran delantal de un cajón y se lo puso, después dejó la taza humeante frente a Vera.
–Son sesenta peniques.
Vera tenía ganas de discutir, pero se lo pensó mejor y pagó.
–Se trata de una cliente.
De mala gana dejó de ordenar la vajilla en la cocina, pero estaba intrigada y se sentó a la mesa de Vera.
–¿Qué quiere saber?
–Me interesa una mujer llamada Bella Furness. Solía venir todos los miércoles.
La mujer sacudió la cabeza.
–El miércoles es el día que tenemos más gente y no conozco a muchos clientes por el nombre. Ni siquiera a los habituales.
Vera sacó una foto que había cogido del dormitorio de Black Law.
–¿Le suena?
–Ah, sí, me acuerdo de ella. Cada miércoles como un reloj. Un bocadillo de atún y maíz dulce seguido de un merengue de chocolate. Hasta hace un par de meses. Hace tiempo que no viene. Creí que había hecho algo mal que la había ahuyentado. Era un poco brusca. De las que pueden ofenderse con facilidad.
–Está muerta –comunicó Vera–. ¿Venía sola?
–No. Solía venir con un amigo.
De la gran cartera blanda, Vera sacó una fotografía de Edmund Fulwell, la que habían mandado a los periódicos locales pidiendo información y la que aquel día saldría en la primera página de todos los nacionales. Por lo visto, la mujer no estaba interesada en las noticias. Por lo menos no comentó si había visto antes la fotografía.
–Sí –afirmó–. Es este.
–Cuando dice amigo, ¿le pareció que tenían una relación sentimental?
Mientras esperaba una respuesta, Vera se preguntó qué le parecería eso a Rachael. Santa Bella teniendo una aventura. Podía destruir su fe en el género humano.
La mujer se lo pensó.
–No sé qué decirle. Por lo general, ella ya estaba aquí. Él llegaba agitado, como si hubiera venido corriendo. Siempre le daba un beso. Un beso en la mejilla, pero a su edad cualquier otra cosa habría estado fuera de lugar. Aunque hoy en día… La gente no para de besarse y abrazarse, ¿no le parece? Incluso personas que acaban de conocerse. Así que no lo sé.
Vera reprimió su impaciencia.
–Pero ¿qué le dice su instinto? Párese a pensárselo. Trabaja todo el día con personas. Debe de tener vista para estas cosas.
La halagó, que era lo que pretendía Vera.
–Supongo que sí. Yo diría que eran amigos íntimos. No amantes. –Calló–. Más bien diría que él se sentía más atraído por la otra.
–¿Qué otra?
–La otra mujer. No venía tan a menudo…, unas tres veces en total quizá. Pero cuando venía él estaba todo el rato encima de ella.
–¿Tiene idea de cómo se llamaba?
–Ni idea. –Parecía encantada de no poder ayudar.

–¿Cómo era?

–Era más joven que ellos, pero tampoco mucho más. Sabía vestirse, no sé si me entiende. Incluso iba demasiado arreglada. Demasiado peripuesta para un miércoles en la ciudad.

–¿Algo más que pueda decirme?

Pero la mujer ya había perdido el interés. Miró su reloj.

–No –respondió–. No la recuerdo bien. Solo es la sensación que me quedó en aquel momento.

–Pero si le enseño una foto ¿podrá decirme si se trata o no de la mujer?

–No, ni hablar. Ya se lo he dicho; el miércoles es el día que más trabajo hay.

Gracias, pensó Vera, por nada.

56

Vera cruzó el centro comercial para volver al coche. La ciudad estaba más animada, sobre todo gracias a personas mayores que no podían utilizar los pases de autobús hasta después de las nueve. Había una pareja frente a la tienda de ultramarinos discutiendo si debían comprar col o nabos para la cena.

Vera sintió una punzada al fijarse en la mujer que la hizo detenerse de golpe. Por un momento, la mujer gorda, agresiva, que veía reflejada en el cristal del escaparate, le recordó a sí misma. ¿Qué haré cuando me jubile?, pensó. Ni siquiera tendré a alguien con quien discutir.

Entonces una chica empujó un cochecito contra sus espinillas y Vera se volvió y la miró furiosa; el breve instante de desesperación se esfumó.

Tenía la intención de regresar a la comisaría, pero en el último momento cambió de opinión y siguió por la carretera que salía de Kimmerston hacia Langholme. Ahora que tenía pruebas de que Bella y Edmund Fulwell habían seguido en contacto desde que ella salió del hospital, deseaba haber escuchado con más atención cuando Rachael y Edie comentaban la información sobre los Noble. Pensó que ella sabría cómo sonsacar información a Charlie.

Los establos estaban silenciosos. Una adolescente con un jersey verde con la frase CENTRO ECUESTRE KIMMERSTON bordada en el pecho echaba paja sucia a una carretilla con una horca. Dos mujeres robustas de mediana edad preparaban la montura de sus caballos. Vera pensó que parecía todo muy próspero y bien ordenado. Había un aparcamiento para clientes estupendo, asfaltado y marcado con líneas blancas y rodeado de macetas de madera llenas de plantas. Charlie se había convertido en un negociante con olfato, como su padre.

Se acercó a la chica.

–¿El señor Noble?

La chica la miró dudosa. Vera llevaba su vestido de crepé de poliéster estampado y unas sandalias.

–¿Quiere reservar una excursión?

–Quiero hablar con el señor Noble.

–Creo que está en la casa. Pero no le gusta que lo molesten por las mañanas.

–¿Por qué? ¿Al lado de quién se despierta?

La chica se ruborizó, confundida.

–Era broma, querida –aclaró Vera–. No te preocupes. Lo encontraré.

Se fue dando zancadas, pasó por delante del edificio reformado de los antiguos establos y llegó a la casa recién pintada, pensando que si a algo olía era a dinero.

Le abrió el propio Charlie Noble. Pensó que no lo habría reconocido de haberse cruzado con él en la calle. Era más joven que ella. La última vez que lo había visto no parecía más que un colegial, con granos, torpe, intimidado por el carácter agresivo de su padre. Tenía la misma expresión de entonces, pero era mayor, estaba un poco encorvado y llevaba gafas.

–¿Sí? –preguntó, de mal humor. Llevaba un jersey y pantalones–. Estaba a punto de salir.

–¿No me reconoces, Charlie? –preguntó Vera, afable como una tía jovial.

–Lo siento… –Dudó, mirándola con los ojos entornados por encima de las gafas.

Vaya por Dios. Será que he envejecido tanto como él.

–Vamos, Charlie. He engordado un poco, pero no he cambiado tanto. ¿O es que no me reconoces sin uniforme? Pasamos mucho tiempo juntos, tú y yo, en aquel mausoleo de casa, cuando murió tu padre. Tomando tazas de té mientras esperábamos a que los jefes se organizaran de una vez.

La miró a los ojos. Ella le ofreció la mano y estrechó la de él, inerte.

–Vera Stanhope –declaró, sonriendo–. Ahora inspectora. Entonces solo era agente. –Retrocedió, apartándose de ella como si fuera un perro que había que tratar con precaución–. Me acuerdo.

–¿No vas a invitarme a entrar? ¿Ni a una taza de té por los viejos tiempos?

–Iba a salir –repuso Charles, inseguro.

–Seguro que tienes unos minutos para hablar conmigo. Y me gustaría conocer a tu esposa.

Pasó por su lado y entró en la casa.

–¿Señora Noble? –gritó al aire–. Tiene visita. Ponga el agua a hervir.

Tomaron café de filtro en la habitación donde habían recibido a Edie y a Rachael en su visita anterior. Lo preparó Louise. Llevaba un vestido de hilo sin mangas azul marino, muy elegante, y dijo entrecortadamente que los dejaría solos. Había quedado con unas amigas para almorzar y tenía que arreglarse.

–A mí me parece que ya está muy arreglada –observó Vera–. No la retendré ahora, pero le agradeceré que me conceda unos minutos de su precioso tiempo antes de irse. –Le dedicó una sonrisa afectuosa.

Louise miró a su marido.

–Sí –contestó–. Por supuesto. –Salió de la sala y cerró la puerta.

–¿De qué se trata? –preguntó Charles.

–Bueno, no he venido a charlar, aunque siempre sea agradable ponerse al día con un viejo conocido. Se trata de Bella.

–No sabía nada de su suicidio hasta que aquellas dos mujeres vinieron a contármelo.

–Eso me dijeron. Es raro, ¿no? Tantos años viviendo en el valle y que no os vierais nunca. –Vera calló–. Mató al viejo por ti, ¿verdad Charlie?

Él la miró horrorizado.

–Ya lo pensé entonces, pero solo era una agente y encima una mujer. ¿Quién iba a escucharme? Cuando fui al matadero para comunicarte que tu padre había muerto, me estabas esperando. Pero lo hiciste muy bien. ¿No te has planteado entrar en la asociación de teatro de aficionados de Kimmerston? Siempre les faltan actores buenos para el papel protagonista. Entonces no estabas realmente sorprendido.

Él empezó a balbucear una respuesta, pero Vera no le dejó hablar.

–¿Te pegaba cuando eras pequeño?

Hubo un silencio. Un nervio en la mejilla de Charlie tembló de rabia.

–No solo cuando era pequeño. Hasta que se puso enfermo.

–Así que Bella se sentía culpable por haberte dejado solo con él, de haber ido a la universidad, de ser maestra, de disfrutar de la vida. Y estoy segura de que la hiciste sentir culpable. ¿Por qué no te fuiste tú también?

–No podía. No me lo permitía. No tenía ningún título. ¿Qué habría hecho?

–No tenías agallas –repuso Vera sin darle más importancia–. No fue solo el viejo el que quería que Bella volviera, ¿verdad? Tú también.

–No sabes cómo fue.

–¿Que no? –Habló bajo y despacio–. Mira, Charlie, no tienes ni idea de nada de lo que soy o lo que sé.

–Fue hablar por hablar, fantasear. No le estaba pidiendo de verdad que lo matara.

–¿Ah, no? Pero lo planificaste. Y todos los días la presionabas un poco. Así que ella tenía al viejo encima todo el día y a ti toda la noche. No es de extrañar que estallara. –Se sirvió más café–. ¿Cómo sabías que sería aquel día?

Él se levantó y miró por la ventana dando la espalda a Vera. Fingiendo que no estaba, que no la oía.

–Tenías tanto que ganar –siguió Vera–. Habríamos pensado que el culpable eras tú si no hubieras tenido coartada. Por eso era tan buen día para que aquello pasara. Estabas trabajando con todos aquellos testigos. No solo tus colegas, también el inspector del Ministerio de Agricultura. Y no saliste del despacho. Solo cinco minutos para ir al baño. ¿Aprovechaste para hacerle una llamada? ¿Para decirle que no podías soportar más las intimidaciones del viejo? Y Dios sabe por qué, pero ella te quería. Como he dicho, estalló.

Él siguió mirando a lo lejos, parecía que no la había oído.

–Pero no he venido a hablar de eso –aclaró Vera como si nada–. Es agua pasada. Entonces no me hicieron ningún caso. Es posible que ahora me lo hicieran, pero ¿de qué serviría sacarlo a colación? No es un delito llamar por teléfono.

Charles se volvió a mirarla.

–No –respondió–. No lo es.

–Venga, ¿por qué no traes a tu encantadora esposa y lo dejamos pasar?

Lo observó detenidamente mientras salía de la habitación, para que le quedara clara la amenaza implícita en su último comentario.

Cuando Louise entró en la habitación, Vera se levantó como si no se hubieran conocido

antes, como si la persona que les había traído el café fuera otra persona diferente.

–Vamos, Charlie –sugirió con jovialidad–. Haz las presentaciones. –Al ver que no hablaba, siguió–: Me llamo Stanhope. Inspectora Vera Stanhope. Me gustaría que habláramos de Bella Furness.

–No llegué a conocerla.

–Aun así habló con ella por teléfono. Eso me dijo Edie Lambert.

Vera pensó que los Noble eran tal para cual. Ninguno de los dos era capaz de afrontar el mundo real.

–Solo una vez.

–¿Por qué no me lo cuenta?

–Fue una semana antes de que muriera. No pudo tener nada que ver con su suicidio.

Vera miró a Louise con calma. De nuevo le recordó a una niña. Una niña que, al ser acusada de haber hecho una travesura, la niega con ansias y se inventa una historia; la niega con mentiras. Sin embargo, de momento, no se la había acusado de nada. Tuvo una idea.

–Me extraña que solo llamara una vez. Dijo que volvería a llamar. Lo normal era que quisiera hablar con su hermano, su único pariente, antes de morir. –Miró a Charles–. ¿Estás seguro de que no habló contigo?

–Por supuesto.

Y no te atreverías a mentir, pensó Vera. Con lo que tengo contra ti.

–¿Señora Noble?

La mujer giró la taza de café sobre el plato.

–Puedo entender que no quisiera hablar con las Lambert –siguió Vera–. ¿Por qué habría de hacerlo? Dos mujeres metomentodo que aparecen en plena noche, preguntando sobre lo que no les concierne. Pero esto es diferente. Esta es una cuestión policial. Además, podemos comprobar los registros telefónicos de las fechas en cuestión.

Louise levantó la cabeza.

–Sí que llamó. Más tarde, esa misma semana.

–No me lo dijiste. –Charles estaba estupefacto, dolido.

Pobrecito mío, pensó Vera maliciosamente. Todo esto ha sido demasiado para él.

–¿Qué quería? –preguntó.

–Hablar con Charles. Pero estuvo fuera todo el fin de semana. Algunos de nuestros jinetes más jóvenes participaban en un espectáculo en Richmond y él los había acompañado. Se lo expliqué. Entonces dijo que hablaría conmigo. No podía esperar. –Louise dudó–. Dijo que necesitaba su dinero.

–¿De qué dinero se trataba? –La voz de Vera era neutral.

–Cuando Charlie vendió la casa de su padre, puso su parte en una cuenta para ella.

–A su nombre –matizó Vera–. Es verdad. Edie Lambert también me lo dijo.

–No –repuso Charles–. A su nombre no. Era una cuenta separada, pero la firma la tenía yo. Aunque estuviera destinada a ella.

–Ah.

–No sabíamos nada de ella. Hacía años que había salido de la cárcel, pero no se había molestado en llamar. No sabíamos dónde estaba. El dinero estaba inactivo.

–¿Y os lo gastasteis?

–Lo invertimos en la empresa. Necesitábamos expandirnos. Las casas de vacaciones, un complejo de ocio. Tenemos que pensar en nuestra hija. Lo consideré una inversión para Bella.

Era difícil ver a los Noble como unos magnates despiadados. Eran demasiado patéticos. ¿Qué los había impulsado, entonces? Vera pensó que eran como niños mimados con una bolsa de caramelos. Querían el dinero. No querían compartirlo y se lo habían quedado. No había más.

–¿Qué le dijo a Bella? –preguntó a Louise.

–Que no había dinero. ¿Qué quería que le dijera? No podía hacerlo aparecer por arte de magia. –Louise estaba a la defensiva otra vez, malhumorada–. ¿Para qué lo necesitaba? ¿Quién ha oído hablar de un granjero pobre?

Bella era pobre, se dijo Vera. Tan pobre que estaba desesperada. No fue capaz de decirle a Dougie que tendrían que abandonar la granja. Y al día siguiente se suicidó.

Mantuvo su sonrisa.

–Claro –aseguró–. Todos hemos oído historias de granjeros. Se quejan de los subsidios de la Unión Europea, pero todos conducen coches nuevos. ¿Llegó a conocer a Bella?

–¡No! –Louise se horrorizó solo de pensarlo.

–¿No estaba intrigada? Pensé que podía haberle propuesto que quedaran. No aquí, ni en la granja. En un lugar neutral. Quizá para tomar un café en Kimmerston.

–Cielos, no. –Louise hizo una mueca–. Todo el asunto me parece horripilante. No quería volver a saber de ella.

–Ya no hay peligro –puntualizó Vera.

57

Un grupito de periodistas se había congregado en la acera frente a la comisaría. Vera los vio antes de que ellos la vieran a ella, se planteó si podían servirle para algo y concluyó que no. Se abrió paso entre ellos ignorando sus peticiones de comentarios o de alguna fotografía. El impulso la llevó escaleras arriba, recogió a Joe Ashworth en su despacho y aterrizó en su oficina. Dejó la cartera tirada sobre la mesa. La solapa estaba abierta y el contenido se desparramó por el suelo: papeles, llaves, fotos, cinco bolígrafos y un donut a medio comer envuelto en papel film. Lo tiró a la papelera.

Dejó el resto en el suelo y apretó una tecla del teléfono para escuchar el buzón de voz. Sin esperar a que se lo pidiera, Joe Ashworth se agachó en el rincón y enchufó el hervidor de plástico, que estaba en una bandeja manchada junto con tazas y botes. Fingió que no oía la voz enfadada de su jefe, exigiendo saber dónde demonios se había metido y que informara nada más llegar. Su voz tenía un ligero tono de reproche. El superintendente sabía que no estaba a la altura de Vera. No era muy listo y ella siempre tenía una respuesta.

El despacho era tan alto como ancho, estaba pintado de un verde claro y tenía forma de celda. Había una ventana con cristal esmerilado. A Vera le recordaba a un baño público de mujeres y aun así no le habría gustado tener que trasladarse a otro lugar. Era suyo desde que la habían ascendido a inspectora, y por lo menos había sido un refugio de las quejas y las exigencias de su padre. No había ni fotos ni plantas, nada personal, nada que diera información a los entrometidos que sentían curiosidad por saber dónde o cómo vivía. Ashworth era el único de sus colegas que había visto su casa y solo porque la había acompañado por la noche después del trabajo. A Vera le habría gustado invitarlo a tomar algo, pero no quería ponerlo en un compromiso. Ya lo llamaban el preferido de la maestra o cosas peores.

–Acabo de volver de Holme Park –informó.

–¿Y qué?

–No he podido hablar con sus altezas reales.

–No me lo digas… Están demasiado angustiados para recibir a nadie.

–Qué va. Están en una reunión.

–¿Con quién?

–Slateburn Quarries, en la oficina de Kimmerston. Según parece, la habían concertado hace una semana.

–Para hablar de los hallazgos preliminares de la evaluación de impacto medioambiental –declaró Vera, casi para sí misma–. Probablemente. Pero me apuesto algo a que aprovecharán la oportunidad para hablar del efecto que causó la muerte de Edmund Fulwell en la opinión pública. No sé si será suficiente para que Waugh ponga el freno. Livvy se pondrá hecha una fiera si él empieza a rajarse.

–A usted no le gusta la idea de la cantera, ¿verdad?

–Lo que me gusta a mí no viene a cuento. ¿Ha sido una pérdida de tiempo, entonces?

–No del todo. He dado unas vueltas, he hablado con el personal que he encontrado. Ningún empleado tenía ni idea de que Edmund estaba escondido en la casa que estaba al final de la calle Avenida. Robert debió de ser cauteloso. No ha de ser fácil tener secretos en un lugar como ese.

–¿Has podido hablar con la esposa del guarda, de la casa de al lado?

–Sí. Es una casa de locos. Niños, música, animales. Todos gritándose. Podrías tener a una banda de rock ahí metida ensayando y no la oirían.

–¿No vieron a nadie por allí ayer?

–Estuvieron todo el día en Hall, ayudando a preparar la fiesta. Hasta los adolescentes echaron una mano.

–Por lo tanto, no hemos avanzado mucho.

–La secretaria de Olivia me ha dado una lista con los invitados. No he reconocido a nadie relacionado con la cantera. La mayoría eran amigos de la familia y gente del pueblo. –Hizo

una mueca–. La secretaria ha dicho que Olivia quería que fuera como una celebración comunitaria.

–Cuánto civismo. Aunque no importe nada para la investigación. Cuando comenzara el jolgorio no habría testigos en Avenida, y mientras los invitados iban llegando, nadie se fijaría en un desconocido. Muy conveniente. ¿Será por eso que lo mataron ayer? En ese caso el asesino tenía que estar enterado de la fiesta aunque no lo hubieran invitado. –Miró a Ashworth–. Supongo que lo sabía todo el mundo.

–Oh, sí. Parece ser que en Langholme se mataban por conseguir una invitación.

El hervidor avisó por fin. Ashworth echó agua sobre una bolsa de té en una taza mugrienta, lo agitó con una cucharilla hasta que el líquido se volvió denso y pardo, y echó leche del bote.

–¿Tú no vas a tomar? –preguntó Vera.

Él sacudió la cabeza.

–Le he pedido a Mary Sawyer que fuera a ver a Nancy Deakin. He pensado que…

–¡Bien hecho! –Mary era serena y educada, pero no mandona–. ¿Cómo le ha ido?

–Nancy estaba destrozada. Robert Fulwell no se había tomado la molestia de decirle que Edmund había muerto.

–¿Le ha sacado algo útil?

–Muchos recuerdos de la infancia. Al parecer, Nancy está muy cuerda cuando habla del pasado. Es menos fiable en lo que se refiere al presente.

Como todos, pensó Vera. Sobre todo si es el pasado lo que nos ha asustado.

–Según Nancy, a Edmund nunca lo quisieron. Su madre tuvo muchos problemas para dar a luz a Robert y no quería tener que volver a pasar por ello. Ya tenía un varón. Era suficiente. Cuando nació Edmund apenas le hizo caso. No es de extrañar que creciera un poco asilvestrado.

–¿Sabe de quién tenía miedo Edmund?

–Si lo sabe no quiere decirlo. –Se sentó al otro lado de la mesa, frente a Vera–. Vamos, ¿qué ha estado haciendo?

–¿Yo? He pasado la mañana haciéndole el trabajo sucio a Rachael Lambert. He intentado averiguar por qué se suicidó Bella Furness. –Sonrió–. No te preocupes, hombre, que no me he vuelto loca. Es algo relevante. Cada miércoles, Edmund Fulwell tomaba el autobús desde la costa para encontrarse con Bella en Kimmerston. Debieron de continuar en contacto desde que coincidieron en el hospital. Creo que solo eran amigos. Pero buenos amigos, confidentes. De vez en cuando se les unía otra mujer. Daría un brazo por saber quién era. Por la edad y la descripción podría ser Anne Preece, ella vivía en Langholme y podía conocerlos a los dos. Pero si era ella, ¿por qué no nos lo ha dicho?

Calló, con ojos soñadores, perdida en sus pensamientos, considerando posibilidades absurdas.

–¿Lo ha averiguado? –preguntó Ashworth.

–¿Mmm...?

–¿Por qué se suicidó la señora Furness?

–Creo que sí. Aunque tampoco acaba de encajar. Ella y Dougie estaban arruinados. Estaban a punto de perder la granja. Intenta hablar con su hermano para pedirle el dinero que él le había guardado de la venta de la casa familiar. Dinero de ella. Pero solo habla con la esposa, que va de niñita dulce y desorientada, si bien es una mujer despiadada donde las haya. Le dice a Bella que el dinero se ha gastado.

–Tiene sentido. Confiaba en el dinero que guardó su hermano para salir del apuro. Al ver que podía perder la granja, se ahorcó. Rachael estaba equivocada. No existía ninguna conspiración.

–No. No encaja. No era propio de ella. Bella era dura. Sobrevivió años en el manicomio. Sin quejarse. Llegó hasta el final. Después, llevó la granja sola tras la enfermedad de Dougie. En ello tuvo que ver que había alternativas. ¿Por qué no habló con Neville? Según Rachael, en los últimos tiempos se llevaban mejor. No le era hostil.

–Si es que dijo la verdad.

Vera lo miró enfadada.

–Por supuesto. Me doy cuenta de que puede haber mentido. No soy idiota. Pero ¿por qué no aguantar unos meses más? Si se aprobaba la cantera, podía negociar el acceso a la mina por una fortuna. Puede que no le hiciera gracia tener los camiones de Godfrey Waugh cruzando su era, pero sería mejor que mudarse a la ciudad o saltar de una bala de paja con

una cuerda alrededor del cuello.

Joe Ashworth no dijo nada. Era mejor estar callado. En ese punto, Vera no quería comentarios inteligentes, solo un público atento.

–Así que –siguió ella– tenía que haber otras presiones. Algo que la dejó sin estas alternativas. Algo que la impidió ver con claridad.

Ashworth siguió con la boca cerrada. Un error.

–¿Y bien? –preguntó indignada. Una maestra extrayendo una respuesta de un niño reticente–. ¿Qué crees que pudo ser?

–¿Tener que cuidar a Dougie?

–Tonterías. Lo había hecho durante años. Disfrutaba haciéndolo. Te daré una pista –añadió después de una pausa–. Te he dicho que se veía con Edmund Fulwell. Eran amigos. Amigos íntimos. Habían pasado juntos momentos difíciles.

–Y él detestaría la idea de que vendiera la tierra a Slateburn Quarries o simplemente que cediera el acceso a Godfrey Waugh.

–Eso es.

–Esto explicaría por qué sufría tanto estrés. Quería quedarse en Black Law como fuera, pero Fulwell lo veía como una especie de prueba de lealtad.

–Es posible, ¿no te parece?

Él contestó con otra pregunta:

–Inspectora, ¿puedo preguntarle algo?

–Claro.

–¿Qué relación tiene esto con el asesinato de Grace Fulwell? ¿O con el de su padre?, ya puestos.

–Cierra el pico, Ashworth. No seas tan listillo. Si lo supiera no estaría aquí sentada. Estaría fuera arrestando a alguien.

Pero la pregunta le había hecho gracia. Se rio mientras bebía té.

58

El psiquiatra que trabajaba en el hospital Saint Nicholas cuando Bella Noble y Edmund Fulwell estuvieron allí ingresados ahora era profesor en una universidad del sur. Vera lo llamó por teléfono sin demasiadas expectativas. Le sorprendió su humanidad y su sentido del humor, pues se reía cordialmente con sus preguntas.

–Cielo santo, no puede esperar que recuerde a personas concretas después de tanto tiempo. –Pero no lo dijo con hostilidad y sin tantas prisas como para no permitirle continuar.

–No eran pacientes cualesquiera. Bella Noble llegó procedente del hospital de seguridad de Merseyside para prepararse para su puesta en libertad. Había matado a su padre. Edmund era uno de los Fulwell de Holme Park.

–Me acuerdo de él. Al menos recuerdo haber pensado cómo había ido a parar a la Seguridad Social en lugar de ser tratado en una clínica privada. Tengo algún recuerdo del traslado de la mujer, pero solo porque fue una pesadilla burocrática. Que yo recuerde, no se quedó mucho tiempo. No estaba enferma, e incluso en aquellos tiempos necesitábamos su cama. ¿Qué quiere saber?

–Ambos están muertos.

–Ah. –Permaneció en silencio y luego dijo–: Lo siento, pero no puedo decir que me sorprenda. La atención domiciliaria solo funciona si se hace la supervisión adecuada. En la calle las cosas se complican. La gente se deprime, se enfada. Siempre existe el peligro de suicidio o de ceder a la violencia.

–Bella se casó con un granjero y, por lo visto, fue feliz, y se dedicó a cuidarlo después de que sufriera una embolia. Edmund trabajó en lo mismo desde que dejó el hospital.

–Ah –repitió–. Y yo que siempre digo a los alumnos que no recurran a los estereotipos. Me ha dado un tema para mi próxima clase. Siento no poder ayudarle. Si existen notas, estarán en Saint Nick's.

–Las he visto. Me gustaría saber si hay alguien más que pueda recordar a Bella y a Edmund. Alguien que tuviera un contacto más cotidiano con ellos que usted. Quizá una enfermera o un residente.

–Algunas de las enfermeras puede que sigan allí. Hable con los auxiliares. En la Seguridad Social, cuanto más alto estás en la jerarquía, más tiempo pasas en la oficina. Los residentes iban y venían con tanta frecuencia que a veces no conseguía recordar sus nombres. –Hubo un silencio–. Mejor aún, hable con Christina. Christina Flood. Es psicóloga. Saint Nick's fue su primer destino fijo y su llegada fue como un soplo de aire fresco en aquel lugar. Le interesaba el trabajo de grupo, la terapia artística, el teatro. No todo era útil, pero al menos intentaba conectar con los pacientes en lugar de huir de ellos y dejarlos solos hasta que los fármacos empezaran a hacer efecto. Si alguien puede acordarse de ellos, es Christina.

–¿Sabe dónde trabaja ahora?

Vera contuvo el aliento. La mujer era idealista, entusiasta. Con la suerte que tenía, habría decidido ir a hacer de misionera en África.

–Sigue en Northumberland. En la costa. Pero desde entonces ha prosperado. Está al frente del servicio comunitario en una clínica ambulatoria. Cuando hable con ella dele recuerdos. Y mi admiración por seguir allí. Al final, yo también hui de los pacientes.

Por fin Vera localizó a Christina Flood en su casa. Estaba de baja por maternidad y había dado a luz a una niña el día anterior. Acababa de volver del hospital. Se lo dijo su compañero, con el que Vera habló por teléfono. Estaba tan lleno de buena voluntad, tan feliz con su bebé y el papel que había tenido para traerlo al mundo, que habría invitado a toda la Policía a su casa, pero Ashworth estaba horrorizado.

–Hoy no puede ir a su casa –remarcó–. Querrán estar solos. Ella no se encontrará bien. Ha salido del hospital esta mañana.

–Eso no le habrá suprimido la capacidad de hablar.

–Pero no entiendo por qué es tan importante.

–Porque en aquel hospital pasó algo que unió a esos dos y los mantuvo unidos durante

años. Necesito saber qué fue. –Lo miró–. Te gustan los críos. ¿Quieres venir?

–No –respondió él, sacando pecho por una vez–. Pienso que es abusar demasiado y no quiero participar. –Después, al ver que ella dudaba, añadió–: ¿No tendrá miedo de ir sola? Solo es un bebé. No muerde.

Christina Flood vivía en una casa estrecha de tres pisos, cerca del mar, en Tynemouth. Un hombre delgado con un jersey rojo tejido a mano abrió la puerta a Vera. El hombre llevaba contra su pecho un fardo blanco. Se inclinó ligeramente hacia delante, ladeándose desde la cintura para que Vera pudiera ver la cara del bebé.

–Qué guapa es, ¿eh?

Parecía no poder estarse quieto, saltando sobre un pie y sobre el otro, como un niño excitado, pero el bebé dormía, arrugando la cara de vez en cuando como si soñara.

–Todavía no hemos elegido un nombre. Chrissie quiere uno serio y respetable. –Parecía dar por descontado el interés de Vera–. Creo que va a ser espectacular. Necesita un nombre acorde.

La planta baja de la casa consistía en una gran sala montada como un taller. En un mugriento radiador un gato anaranjado dormía sobre una manta. Había una gran lámpara de mesa con brazo sobre uno de los tableros, pero no estaba encendida y la única luz procedía de una ventana pequeña y polvorienta, por lo que los rincones estaban en penumbra. Había hileras de estanterías de metal mate, estantes de herramientas; algún *hobby*. Vera percibió una pasión secreta. En una habitación así Hector habría recibido a la hermandad para inyectar huevos y hacerlos estallar.

–¿Qué se hace aquí? –preguntó. Agradeció la oportunidad para desviar la conversación de la niña.

–Fabrico flautas. Y las reparo, además de otros instrumentos de viento.

A partir de ese momento, Vera lo vio como a un flautista de Hamelin, vestido de rojo, tocando para su bebé.

–Chrissie está arriba. Le he dicho que se quede en la cama, pero no me hace caso. –Subió bailando un tramo de escaleras sin alfombra y entró en una habitación amplia pero estrecha, con vistas a las aguas del Tyne hasta los muelles de North Shields. Christina Flood estaba sentada en un sofá de lino verde con las piernas levantadas. Llevaba pantalones y una túnica blanca ancha. Tenía unos rasgos marcados, la mandíbula cuadrada y las cejas marrones. Llevaba un flequillo recto. La habitación estaba llena de flores y había una pancarta escrita a mano que decía: BIENVENIDA A CASA colgada sobre la ventana. Christina vio que Vera la miraba.

–Lo sé. ¡Cómo es! Solo he estado fuera veinticuatro horas. –Se volvió hacia el hombre–. Por el amor de Dios, Patrick, déjala en la cuna. Haz algo útil y prepara el té.

Con un movimiento flexible, él se arrodilló y dejó al bebé en el cesto, que estaba en el suelo.

–Aguafiestas –dijo, y salió de la habitación.

–Patrick ha dicho que quería hablar conmigo de Edmund Fulwell, pero no sé si podré ayudarle. No era paciente mío. La verdad es que no. Estuvo un tiempo estable. Si necesitó medicación, puede que se la pidiera a su médico de cabecera.

–He visto su historial reciente. Me interesa más el tiempo que pasó en Saint Nick's. ¿Recuerda haber trabajado con él en aquella época?

–Lo recuerdo muy bien. Fue una época emocionante para mí. Mi primera oportunidad de poner en práctica mis ideas y mi formación.

–¿Recuerda a una paciente llamada Bella Noble?

–Sí. Estuvo con nosotros al mismo tiempo que él. Formaba parte del grupo. A ella no la he vuelto a ver desde que le dieron el alta.

–Pero ¿a Edmund sí?

–Profesionalmente no, pero Patrick y yo vamos a menudo al Harbour Lights. Al menos íbamos. –Sonrió al bebé–. Ahora no creo que podamos hacer estas cosas tan a menudo.

–¿Sabía que habían asesinado a su hija?

–Sí. Me enteré de que una mujer había sido asesinada cerca de Langholme, pero no la había relacionado con Edmund hasta que Rod nos lo dijo. Estábamos en el restaurante la noche después de que la encontraran. Subí a ver a Edmund. Solo para decirle cuánto lo sentía.

Para ofrecerle mi ayuda.
–¿Estaba como usted habría esperado que estuviera?
–Más sereno, diría yo. Más racional. Temí que empezara a beber otra vez, pero estaba sobrio. Le pregunté si podía ayudarle en algo. Me dijo que todavía no. Antes necesitaba entender algunas cosas por su cuenta. Pero puede que todo fuera una fachada. Cuando volvimos una semana después había desaparecido.
–¿Tuvo la sensación de que sabía algo de la muerte de Grace? No que la hubiera matado, no me refiero a eso. Si tenía alguna idea de por qué la habían matado. También busco un motivo para su asesinato. Si había descubierto quién había matado a Grace, puede que lo mataran para que no pudiera decírselo a nadie.
–Supongo que es posible. Yo solo interpreté que necesitaba aceptar que su hija había muerto. No estaban unidos de una forma convencional, pero él la quería mucho. Estaba muy orgulloso de ella.
–Ha dicho que Bella Noble formaba parte del mismo grupo que Edmund. ¿De qué grupo se trataba?
–Una de las primeras cosas que hice cuando llegué a Saint Nick's fue desarrollar la idea de la terapia de grupo. Los pacientes estaban aislados, no estaban acostumbrados a confiar en los demás. Si lo hubiese visto, entendería lo que le digo. Cada uno encerrado en un infierno privado viendo la tele o mirando aquellos malditos peces. Bella y Edmund estaban en el primer grupo. Quería que fuera un éxito, de modo que elegí a los participantes con mucho cuidado. No solo a los que creía que podían beneficiarse más, sino también a los que podían hacerlo funcionar. Bella era de estos últimos. Era sólida como una roca. De todos modos, creo que se benefició del grupo tanto como cualquier otro.
–¿En qué sentido?
–¿Sabe que mató a su padre?
Vera asintió.
–Nunca hablaba de ello. Antes del juicio sus abogados la convencieron para que se declarara culpable de homicidio. Le dijeron que estaría mejor en un hospital que en la cárcel. En el hospital de seguridad estaba aislada y no se comunicaba con nadie. Era uno de los motivos por los que la tenían allí. Al principio, en el grupo siguió tan silenciosa como siempre. Seguía los ejercicios y apoyaba a todos pero ella no hablaba. A los demás les encantaba que fuera así, por supuesto. La mayoría preferimos tener público antes que escuchar los problemas de otro. Fue Edmund quien la convenció para que nos contara lo que había sucedido. Dijo: «No eres estúpida. Aunque la casa fuera un infierno no entiendo por qué no te largaste».
–Y Bella dijo que no solo tenía que preocuparse de sí misma.
Christina miró a Vera con respeto.
–¿Lo sabía?
–Después de la muerte de Bella he tenido una larga conversación con su hermano. No reconoció nada. No podemos acusarlo de nada, al menos, pero sé que estuvo sometida a una presión enorme.
–No sabía que Bella también había muerto.
Vera le dio una versión resumida de los hechos que habían conducido al suicidio de Bella.
–Ella y Edmund siguieron siendo amigos.
–¿Ah, sí? –Christina pareció complacida–. ¿No podía haberla ayudado él económicamente? Su familia estaba forrada.
–No creo que él viera nada de su dinero.
–No, es verdad. Nunca vino nadie de la familia a visitarlo al hospital. Excepto Grace.
–¿La conoció?
–No en profundidad. La veía de vez en cuando, dando vueltas por allí. Esperándolo.
–A veces me da la sensación de que me hace lo mismo a mí. Dar vueltas por allí esperando que descubra lo que le sucedió.
–Me gustaría serle de más ayuda.
Vera pensó un momento.
–¿Podría darme una lista de todos los componentes del grupo? No ahora. Apúntelos, con los nombres y algunos antecedentes de cada uno si es posible.
–No sé.
–Me doy cuenta de que es difícil después de tanto tiempo.
–No es por eso. Al menos no del todo. En una de las cajas del taller están las notas.

Siempre he querido convertirlas en un libro. O al menos en un artículo. Se trata más de una cuestión de confidencialidad.

–Vendré yo aquí, no me llevaré la lista. Usted los conoció. A Grace, a Edmund y a Bella. No quiero los detalles médicos. No me servirían de nada. Se trata más de su impresión personal. Una razón.

–De acuerdo –contestó–. De acuerdo.

Patrick debía de estar escuchando detrás de la puerta porque entró en aquel momento con el té. Habló de flautas y de bandas de folk y de que ahora que tenía una hija tendría que involucrarse más en la lucha por la educación musical en las escuelas. El bebé se agitó y Christina empezó a desabrocharse la túnica para darle el pecho. Vera dijo que tenía que irse y que no era necesario que la acompañaran. Los dejó sentados en el sofá, discutiendo por el nombre de la niña.

59

Cuando Vera llegó a Kimmerston eran las siete. Compró patatas en el puesto que estaba frente a la comisaría. El hombre de mediana edad que la regentaba, esquelético, con un delantal largo, la reconoció en la cola y la sirvió primero, pasándole el paquete grasiento por encima de las cabezas de los clientes, gesticulando y diciendo que ya se lo pagaría la próxima vez.

Seguía comiendo patatas fritas cuando se paró en el umbral de la gran sala donde estaba trabajando Joe Ashworth mirando con ojos vidriosos la pantalla del ordenador.

–¿Dónde están los demás? –preguntó Vera.

–Trabajando en la lista de invitados de Holme Park. Muchos no estaban en casa durante el día.

–¿Algo?

–Ninguno vio entrar a nadie en la casa. Nadie vio ningún coche aparcado fuera. Hubo personas que iban caminando a Park Hall, pero las descripciones son muy exiguas.

–¿Ya has localizado a Neville Furness?

–Estaba fuera visitando unas obras y no contestaba al móvil. –De mala gana apartó la cabeza de la pantalla–. ¿Y usted?

–Más pruebas de que Bella y Edmund eran íntimos. En el hospital se hacían confidencias, tenían confianza. Pero ¿hasta qué punto es relevante? –Se encogió de hombros. Arrugó el papel que envolvía las patatas en una bola y lo lanzó a la papelera.

–Anne Preece ha intentado hablar con usted.

–¿Para qué?

–No me lo ha dicho. Ha insinuado que eran cosas de mujeres. Pero sí ha dicho que esta noche estaría en casa, si quería llamarla.

Vera se animó. Era un indulto. Podía retrasar varias horas la vuelta a la casa de las vías del tren con el fantasma de su padre. Y con el de ella misma cuando era pequeña, solitaria, fea como un pecado. Una vez, en un intento de ser afectuoso, Hector le había dicho que no le importaría que invitara a algún amigo a merendar. Ella no le dijo que no tenía a nadie a quien invitar y estuvo angustiada durante semanas temiendo que volviera a mencionarlo.

Debería venderla, pensó. Salir de allí. Comprarme un piso en Kimmerston. Un piso pequeño y fácil de mantener. O alquilarlo. Gastar los beneficios en unas vacaciones en el extranjero y en un coche nuevo.

Pero no lo haría. Era un sueño imposible, como ganar la lotería. Estaba atada a la casa y a sus recuerdos. Mejor los fantasmas que la sensación de no ser de ningún sitio. Se dio cuenta de que Ashworth la miraba, esperando quizá que descolgara el teléfono para llamar a Anne.

–Iré a verla –comentó Vera–. Puede que haya recordado algo. Estas cosas es mejor hacerlas cara a cara.

–¿Quiere que la acompañe? –Lo dijo poniendo todo el entusiasmo que pudo en la pregunta, pero no la engañó.

–No –contestó ella–. Vete a casa con tu hijo. –Pensó en Patrick y Christina en su casa con vistas al Tyne y se preguntó qué hacía mal ella. Incluso cuando era más joven la idea de tener hijos la ponía enferma–. Los demás ya estarán en casa, con los pies levantados frente a la tele. Tú también deberías.

Él ya estaba guardando papeles en un cajón y metiendo el termo en la cartera.

–Bueno. Si usted lo dice…

Y se fue antes de que Vera pudiera cambiar de opinión.

No hubo respuesta cuando Vera llamó al timbre de la Abadía. Unos aviones comunes volaron hacia su nido bajo los aleros. Nubes de insectos planeaban en el ambiente silencioso. Vera dio la vuelta hacia el jardín de la parte trasera de la casa y encontró a Anne, de pie frente a un parterre de matorrales y plantas con grandes flores rojas. Estaba recortando el borde del césped, hundiendo la media luna de acero en el suelo con una bota pesada, cortando la hierba sobrante. Llevaba vaqueros y una camiseta sin mangas y Vera pensó que se

conservaba bien. No oyó a Vera hasta que la inspectora estuvo a medio camino del césped y entonces se volvió sobresaltada. En aquel gesto de espontaneidad, Vera creyó ver que Anne esperaba a otra persona. O que le habría gustado que fuera otra persona, porque percibió no solo sorpresa, sino una fugaz desilusión.

–No hacía falta que vinieras –expuso Anne–. No es urgente. Solo quería quedar contigo. Podría haber ido yo a Kimmerston.

Parecía incómoda y Vera pensó que no tenía del todo claro qué quería decirle. No lo había ensayado.

–No te preocupes. –Vera miró con admiración el jardín–. Aquí hay un montón de trabajo. Parece salido de un dominical del periódico.

–Me encanta. Lo echaré de menos si tengo que irme.

–¿Y eso?

Anne se incorporó del todo.

–No lo sé. Estos días en Baikie's deberían haberme servido para decidir qué quiero hacer. Pero no estoy más cerca que antes de tomar una decisión.

–¿Qué hay de tu marido?

–¿Jeremy? No he hablado con él. Tiene sus propios problemas. No le van muy bien los negocios. Además, no consigo tomármelo en serio.

–Siempre he pensado que era peligroso –comentó Vera– subestimar tanto a alguien.

–¡No me digas! –Anne soltó una risita avergonzada–. Es una tontería. Jeremy no haría daño a una mosca. No está en casa esta noche. Ha ido a ver a algún contacto en Newcastle. Alguien que le hará ganar una fortuna. Eso dice. Jeremy siempre es optimista.

–Me habría gustado conocerlo –declaró Vera con tono amable–. Pero así podremos hablar con tranquilidad. Tomando una cerveza, quizá. Si tienes cervezas en la nevera. Con el día que he tenido no me iría mal beber algo.

Se sentaron en la cocina con la puerta abierta para oír el canto de los pájaros. Al fondo del jardín se alzaba abruptamente la colina. Su sombra avanzaba hacia ellas.

–¿Y bien? –preguntó Vera–. ¿En qué puedo ayudarte? –Servía la cerveza con cuidado en una jarra alta–. ¿Has recordado algo de cuando encontraste a Edmund?

–No. No es eso. No sé si debería…

–Me podría haber tomado la cerveza en casa. No he venido hasta aquí para admirar el paisaje, así que suéltalo. No eres tú la que decide si algo es importante. Déjamelo a mí.

–Quería saber si habías hablado con Barbara Waugh.

–¿Quién es?, si se puede saber.

–La esposa de Godfrey, el director de la cantera. Y socia de la empresa, creo.

–Hablé brevemente con él tras la muerte de Grace para intentar entender el informe de impacto medioambiental. No he tenido motivos para hablar con su esposa. ¿Es amiga tuya?

–No exactamente. La conocí hace más de un año. Slateburn Quarries había invertido algo en la reserva del Departamento de Protección de la Fauna y Flora de Northumberland y los Waugh asistieron a la inauguración. Se me acercó y se puso a hablar del proyecto de Black Law. Debió de enterarse de que yo estaba en contra. Esperaba que me echara la bronca pero fue muy generosa. Incluso me invitó a almorzar en su casa.

–¿Qué quería? ¿Ganarse a la oposición?

–No. Tampoco estaba muy contenta con la cantera. Creía que estaban manipulando a la empresa para que la construyera. –Anne calló un momento–. Hizo acusaciones, todas poco concretas, relacionadas con Neville Furness. Que si era un negociador despiadado, que si tenía más influencia sobre su marido de lo normal. Llegó a insinuar alguna clase de chantaje. Dijo que por eso Godfrey estaba tan empeñado en sacar adelante el proyecto de Black Law. Si ella hubiera podido decidir, habría sido más favorable a un enfoque flexible.

–¿No dijo qué podía tener Neville para chantajearlo?

Anne miró al jardín.

–No. Fue todo muy vago.

–¿La creíste?

–No estaba segura. Al menos entonces. Pero ¿qué motivo podía tener para mentir?

–¿La has vuelto a ver?

–Justo antes de la fiesta en Holme Park. La semana anterior estuvo llamando aquí y había dejado mensajes a Jeremy. Fui a tomar el té. Su hija también estaba. Puede que por eso no hablara, pero creo que había pasado algo. Que había habido alguna amenaza. Parecía aterrorizada, pero no quiso decirme qué le pasaba.

–¿Crees que su marido le pega?

–¡No!

La respuesta, inmediata y vehemente, sorprendió a Vera.

–Son cosas que pasan –declaró con amabilidad–. Incluso en las mejores familias.

–No creo que fuera eso lo que la asustaba. He pensado que podría tener algo que ver con Neville Furness. Y ahora que él parece interesarse por Rachael…

–Crees que debería averiguar qué pasa. ¿Le has comentado algo de esto a Rachael?

–Intenté advertirla, pero está colada por él.

–¿Lo ha vuelto a ver?

–Creo que sí. Ayer me llamó para preguntarme cómo estaba y me pareció oír la voz de él al fondo.

–No te preocupes. –Vera apuró su vaso y lo dejó con pesar sobre la mesa–. Edie no le permitirá hacer ninguna tontería.

–Edie no podrá detenerla si ha tomado una decisión.

–Hablaré con ella. Me enteraré de qué pasa.

–¿Hablarás con Barbara Waugh?

–¿Quieres que hable con ella?

–Algo la asustaba. No quiso decirme qué. Puede que hable contigo, pero no le digas que te envío yo.

–O sea, que me presento sin más para tomar un té y charlar un poco, como si pasara por ahí.

–Ya te lo he dicho, es socia de la empresa. ¿No es excusa suficiente?

–Tal vez.

Vera presintió que Anne quería deshacerse de ella, pero no le apetecía marcharse. Hay algo que no me estás contando, señorita, pensó. Pero ¿qué? Esperó.

–He pensado que podría volver a la universidad –dejó caer Anne de repente–. Sacarme un título en ciencias medioambientales. Encontrar un trabajo de verdad con el que pueda mantenerme.

Es eso, pensó Vera. No querías reconocer tus aspiraciones universitarias. Pero no estaba convencida.

–¿Por qué no? –preguntó con vehemencia–. A lo mejor encuentras un novio joven y guapo.

Fue un comentario jocoso porque no se le ocurrió nada mejor, pero Anne parecía incómoda.

–¿O ya tienes uno?

–No –contestó Anne–. Claro que no.

–Será mejor que me vaya. Gracias por la cerveza.

Anne la acompañó a la puerta principal. En el pasillo había una fotografía de Jeremy en un acto, con un llamativo corbatín de seda.

En la puerta, Vera dudó.

–¿Vas alguna vez a la cafetería del centro comercial?

Esta vez estaba segura de que Anne se había ruborizado.

–A veces. ¿Por qué?

–Bella Furness solía ir todos los miércoles. A almorzar. ¿La viste alguna vez.

–No. Estoy segura de que no.

¿Y con quién quedabas?, pensó Vera. ¿Con Edmund Fulwell o con alguien que no tiene nada que ver con él?

En casa se tomó un whisky porque no tenía cerveza, llamó a Edie para quedar con ella al día siguiente, vio una película de Orson Welles en la tele y se durmió antes de que pasara el tren nocturno de Aberdeen. Mientras se quedaba dormida pensó en Neville Furness. En sueños, lo confundió con un pirata sobre el que había leído de niña en uno de sus cuentos preferidos. Debió de tener un último momento de lucidez antes de dormirse porque de repente se preguntó por qué había costado tanto localizarlo para concertar una entrevista.

60

El trabajo policial convencional los había llevado a un punto muerto. Incluso el jefe de Vera, que era un ferviente partidario de la persistencia y la rutina, que era el convencionalismo en persona, que no conocía nada más, tuvo que admitirlo. Cuando el equipo se reunió a la mañana siguiente, tenían localizados a todos los invitados de la lista de Holme Park, pero no habían avanzado nada. Parecía que el calor y la bebida había atontado los sentidos de los asistentes. Recordaban retazos de chismes –una divertida conversación con un exdiplomático de Tokio, un vestido deslumbrante, una mujer mayor cansada y excitada que comía fresas–, pero nada que fuera más allá de la charla social. Sin duda, nada tan prosaico como si había un coche aparcado frente a las casas del final de la calle Avenida.

El *modus operandi* de Vera siempre era guardarse la información importante hasta que estaba segura de ella. Cuando era una detective joven, otras personas se habían atribuido sus logros, se habían burlado de ella cuando los resultados no eran los esperados. Por eso construía el caso en privado, discutiéndolo, a lo sumo, con Ashworth. Él la acusaba de paranoia, y a veces la protegía cuando su negativa a cooperar le creaba problemas. En aquel momento Vera entendió que la ocultación no serviría. El equipo estaba desanimado. Las tropas necesitaban algo para seguir adelante. Una historia que pudieran creer.

–Érase una vez... –comenzó, sonriendo al ver sus caras de confusión, porque era lo último que se esperaban–. Érase una vez dos hermanos. Los llamaremos Robert y Edmund. Nombres ingleses, serios, de toda la vida. El hermano mayor era bueno y obediente y hacía lo que decía su madre. Como recompensa, heredó la gran casa y los negocios familiares. Se casó con una chica joven y bonita que le dio hijos. El hermano menor era un holgazán y un borracho. Dejó embarazada a una chica del pueblo y tuvo que casarse con ella. Después huyó y se embarcó. La esposa se suicidó y la hija, que si no era bonita sin duda era lista, quedó al cuidado de los servicios sociales.

»Cuando el hijo menor regresó de sus aventuras no lo trataron como al hijo pródigo de la Biblia. Nadie lo quería. Nadie, salvo su hija y la anciana chiflada que lo había cuidado de pequeño. –Los miró a todos, y se limitó a preguntar–: ¿Me seguís hasta aquí?

Ellos asintieron como párvulos obedientes. Quizá pensaban que la mujer estaba chiflada, pero nadie estaba dispuesto a correr el riesgo de enfrentarse a ella.

–He llegado a la conclusión de que lo que Edmund amaba, más incluso que a su inteligente hija, era el lugar donde había crecido. Lo amaba tanto que cuando sus enemigos pensaron construir una cantera obligó a su hija a contar mentiras. Ellos querían traer máquinas para excavar en la roca y él no podía soportarlo. Se convirtió en una obsesión.

Calló y su público se agitó, avergonzado, porque no era así como se suponía que debían hablar los inspectores. Esperaban que hubiera acabado. Pero tomó un sorbo de coca-cola de la lata que tenía sobre la mesa y siguió.

–Otra persona sentía la misma pasión por ese paisaje que Edmund, la mujer que trabajaba la tierra contigua a la finca. Se llamaba Bella Furness, y su hijastro era uno de los perversos empresarios que querían excavar un agujero en la ladera. Y, ¡sorpresa, sorpresa!, Bella y Edmund se conocían. Se conocieron hace más de diez años cuando ambos eran pacientes en Saint Nick's. Ambos locos. Tal vez. Desde entonces conservaron la amistad. No eran amantes porque Bella se casó con Dougie y vivieron felices para siempre. Al menos hasta que él sufrió una embolia y los bancos y los alguaciles se cernieron como aves de presa sobre el esqueleto de la granja. Pero sí eran amigos íntimos.

»Quizá Edmund se confió a Bella, le contó cuales eran sus planes. Quién le daba miedo. Quizá si se lo preguntáramos a Bella podría responder a todas nuestras preguntas y decirnos quién mató a Edmund. –Vera hizo una pausa. El tono de su voz pasó del de narradora de cuentos al de un interlocutor que no se anda con rodeos–. Pero no puede, porque la pasada primavera tuvo la inapropiada idea de suicidarse.

Alguien levantó la mano tímidamente. Vera frunció el ceño como si le molestara la interrupción.

–¿Sí?
–¿Está segura de que fue un suicidio?
–Si no lo estuviera, Fraser, os lo habría dicho.
–Claro, inspectora.
–Así que necesitamos encontrar a otra persona que pueda responder a nuestras preguntas. En el hospital, un grupo de personas se reunían para hacer terapia y apoyarse. Bella y Edmund formaban parte de este grupo. Como sabemos, después de salir de Saint Nick's siguieron en contacto y almorzaban juntos con regularidad. De vez en cuando se unía a ellos otra mujer. Tenemos que encontrarla. Puede que, sin saberlo, sepa quién mató a Edmund y a Grace. No será fácil. Puede que no desee que la encuentren. Puede que sus amigos y su familia no sepan que pasó una temporada en un hospital psiquiátrico. Pero tenemos que hablar con ella.
–¿El hospital no puede ayudarnos? –Una pregunta osada, desde el fondo de la sala.
–Sus archivos dicen qué pacientes estaban en cada unidad, pero no cuáles asistían al grupo. La psicóloga que lo dirigía está elaborando una lista en este momento, pero no está segura de dónde están sus notas y tiene otras prioridades. Mientras tanto, necesitamos hacer algo para localizar a la mujer. Empecemos siendo sutiles. Sin sacar a la luz nada que pueda asustarla. Nada de carteles que digan: «¿Estaba usted loca en los ochenta?». Volved a hablar con la gente del Harbour Lights, con los demás empleados y con los clientes habituales. Puede que nuestra mujer vaya allí a comer. ¿Y los médicos de cabecera de la zona? Puede que la mujer tenga un problema mental recurrente.
Observó cómo tomaban notas y pensó que se había salido con la suya. Se habían animado. Volvió a golpear la mesa y se siituó frente a la pizarra blanca.
–El otro elemento que quiero investigar es la cantera. De algún modo estas muertes están vinculadas al gran agujero que Slateburn quiere excavar en el páramo. Estos son los principales actores del proyecto.
Empezó a escribir con mayúsculas temblorosas con un rotulador grueso.
–Godfrey Waugh. Es el dueño de la empresa. Quiero saber si el proyecto fue idea suya o si se lo propusieron los Fulwell. Hablad con el personal de ambos y averiguad lo que podáis.
»Neville Furness. Hijastro de Bella. Antes era administrador de los Fulwell. Después Godfrey se lo llevó. Él dirigió las negociaciones preliminares para la cantera, pero ahora se ha vuelto ecologista y sentimental. Habla de volver a la granja de su padre, a pesar de que está inundada en deudas. ¿Se ha convertido realmente? Si no, ¿qué es lo que pretende? Por el momento podéis dejármelo a mí. He quedado con él al salir de aquí. Pero hablad con las personas que lo conocen y trabajan para él. Necesitamos averiguar todo lo que podamos. Había vivido en la casa donde murió Edmund y dicen que todavía tiene la llave.
»Peter Kemp. Asesor medioambiental. También ha cambiado de bando, pero este ha hecho el recorrido contrario. Empezó trabajando para el Departamento de Protección de la Fauna y Flora y ahora vende sus conocimientos a las grandes empresas. ¿Cuánto podía ganar con la cantera? ¿Cuánto perdería si Waugh decidiera no seguir adelante?
Llamaron a la puerta. Vera fulminó con la mirada a la becaria que acababa de entrar. La chica se quedó en el umbral, nerviosa.
–¿Sí?
–Un fax… –Tendió el papel a Vera, se ruborizó y se esfumó.
Vera miró lo que decía. Estaba a punto de echar fuera al equipo para poder ponderar sus implicaciones, pero pensó que unas risas les beneficiarían, aunque solo fuera por una broma sobre alguien muy en los márgenes de la investigación. Blandió el papel.
–Esto habla de Jeremy Preece. El marido de Anne. Vive en Langholme, en la casa más cercana al lugar donde se encontró el cadáver de Grace. Hemos hecho comprobaciones rutinarias. Ya sabéis que al jefe le gusta la rutina. El señor Preece tiene una condena por indecencia. De los magistrados de los juzgados de Scarborough, en 1990. Lo encontraron deambulando por el pantano en la costa de Filey vestido con un top de lentejuelas…
Hubo risas, un alivio general de la tensión. Vera gritó para hacerse oír.
–¿Por qué estáis todavía sentados? ¿No tenéis nada que hacer? Ahora podéis añadir a Jeremy Preece a la lista.
Contentos, recogieron sus cosas y salieron de la sala. Solo se quedó Joe Ashworth. Estaba sentado al fondo y aplaudió lentamente.
–Genial –señaló–. Una interpretación genial de principio a fin. Ahora ¿por qué no me dice qué sucede en realidad?

A Vera la halagó que él creyera que lo sabía.

61

Vera se llevó a Ashworth a su entrevista con Neville Furness, quien había tratado de evitarla. Desde la muerte de Edmund había intentado quedar con él para hacerle unas preguntas. Quería demostrar que iba en serio y, sin duda, que los dos se presentaran en su despacho le transmitiría esa impresión. Además, en estas ocasiones Ashworth era un observador útil. A veces Vera se dejaba llevar demasiado y él captaba señales que ella pasaba por alto.

Slateburn Quarries ocupaba la planta superior del edificio de oficinas del río. Vera intentó recordar cómo era el lugar cuando estaba allí el matadero del viejo Noble, pero no se acordaba. Estaba demasiado acostumbrada a las nuevas carreteras. Ni siquiera mirando el río desde la gran ventana de la recepción pudo vincular sus recuerdos con la geografía.

La recepcionista era una mujer severa de mediana edad. Les dijo que el señor Furness los recibiría en breve, que estaba en una reunión. Les ofreció un café.

–¿Sabe que estamos aquí? –preguntó Vera.

La recepcionista se dominó.

–Me han dicho que no querían interrupciones. La reunión está programada para acabar a las once.

–¿O sea, que ni siquiera se lo ha dicho? –La voz de Vera debía de oírse en la inmobiliaria de la primera planta. Aumentó el volumen–: Quiero verlo ahora mismo.

La secretaria dudó, roja de indignación, pero al final descolgó el auricular del teléfono de su mesa. Casi inmediatamente después Neville Furness apareció en el pasillo a su izquierda. Vera solo lo había visto en una ocasión, en Black Law, vistiendo vaqueros y un Barbour gastado. Con traje y corbata parecía más imponente, no porque la ropa le confiriera más autoridad, sino porque la llevaba con gracia. Vera se había imaginado que debería de estar fuera de lugar en aquellas oficinas. Era el hijo de un granjero. Pero incluso después de ser interrumpido en medio de una reunión estaba sereno.

–Debe de ser un hombre muy ocupado, señor Furness –dejó caer amenazante, todavía sin saber si quería provocar una pelea, pero dispuesta a mantener abiertas sus opciones.

Los guio a un despacho que tenía su nombre en la puerta. Estaba orientado a la ciudad.

–Y sé que usted también lo está, inspectora. Siento haberla hecho esperar.

Había una mesa cerca de la ventana, pero él acercó tres silloncitos a una mesa baja de centro y allí se sentaron. De nuevo la sorprendió lo seguro de sí mismo que parecía. Tenía ganas de sacudirlo.

–Es difícil de localizar. ¿No habrá estado evitándonos?

–Por supuesto que no. Hemos tenido unos días difíciles. La muerte de Edmund ha alterado todo el asunto de la cantera.

–¿Por qué? No tenía nada que ver con él.

–Es una cuestión de publicidad. Sabe que Slateburn colabora con los Fulwell en el proyecto. Livvy tiene mucho interés en seguir adelante, pero nosotros tenemos la sensación de que Robert preferiría olvidarse del tema. Al menos de momento. Lo considera una cuestión de buen gusto.

–¿Qué opina usted?

Él tardó en contestar.

–Soy un empleado de Slateburn Quarries. Implantaré la estrategia que decida la empresa.

–Pero ¿tendrá una opinión personal?

–No, cuando estoy en este despacho, no.

–Me habían dicho que usted era un entusiasta del proyecto. El que impulsaba todo el plan.

–No sé quién se lo habrá dicho. –Calló otra vez, y permaneció con el ceño fruncido. Al ver que Vera no decía nada, siguió–: Mi obligación es ser entusiasta.

Vera estiró las piernas. Los sillones eran bajos. Debían de ser cómodos para echar una siesta, pero no para mantenerse erguido y alerta.

–Pero el señor Waugh, por fuerza, ha de querer que el plan siga adelante. Ya habrá invertido una fortuna.

–Creo que no está cerrado a nada, se le podría convencer de las dos cosas. Si decidimos seguir, los costes legales de la investigación serán elevados. Es cierto que Godfrey se tranquilizó al recibir un informe favorable de la evaluación de impacto medioambiental. El patrocinio de la empresa al Departamento de Protección era un riesgo. Nos habíamos involucrado y de ninguna manera podíamos permitirnos que se perjudicara una zona ambiental importante.

–¿Quién convocó la reunión a principios de semana para hablar del futuro de la cantera?

–Los Fulwell. Nosotros no habríamos hecho algo así el día después de la muerte de Edmund.

–¿Cuál de los Fulwell en concreto?

Como si no lo supiéramos, pensó Vera. Entornó los ojos y lo miró.

–Probablemente Olivia. Con la esperanza de que ejerciéramos cierta influencia sobre Robert. Durante la reunión lo acusó de haberse vuelto débil.

Por primera vez, Neville perdió su aplomo. Vera estaba encantada.

–No le cae bien la señora Fulwell –apuntó, manteniendo un tono neutral.

–No mucho. Cuando trabajaba para Robert, siempre interfería. Fue una de las razones por las que me alegré de dejar Holme Park.

–¿Quién más asistió a la reunión?

–Peter Kemp, nuestro asesor medioambiental.

Vera se estiró otra vez y disimuló un bostezo. Hacía mucho calor en el despacho.

–Me imagino que a él no le importa lo que se decida sobre la cantera. Le pagarán por su informe tanto si el proyecto se realiza como si no.

–Oh, él ya ha cobrado –apuntó Furness, con sequedad–. Pero no es del todo cierto que no tenga nada que ganar con el proyecto. Si se hace, Godfrey ha prometido una nueva reserva natural cerca del emplazamiento. Formaba parte del plan. Kemp Associates diseñará el protocolo de gestión y proporcionará el personal. Sería un contrato lucrativo.

Tampoco te cae bien Peter Kemp, pensó Vera. No sé por qué. Le fastidiaba no ser capaz de forjarse una opinión sólida sobre Neville Furness. No lograba descifrarlo, no sabía qué intereses lo motivaban. Para ella era una cuestión de orgullo que sus primeras impresiones estuvieran fundamentadas. Se jactaba de ello ante Ashworth todo el tiempo. Pero sus impresiones sobre Furness eran confusas y poco fiables.

–¿Qué hizo con la llave de su casa cuando se fue? –preguntó esperando sorprenderlo.

No respondió a la pregunta.

–¿Tenía usted una llave?

–Lo siento –repuso él–. Es evidente que es importante. Intento recordar. Tenía dos llaves. Una de la puerta principal y otra de la puerta trasera. En un llavero.

–¿Se las devolvió a la señora Fulwell? –Fue la primera aportación de Ashworth.

–No. Seguro que no. Le entregué mi carta de dimisión a Robert. Tenía días de vacaciones pendientes, de modo que me marché de Holme Park sin previo aviso. Quise que fuera así. Sin escenas.

–¿La señora Fulwell habría hecho una escena? –preguntó Ashworth.

–Es una consentida. De vez en cuando tiene rabietas.

–¿Su relación con la señora Fulwell se ceñía a lo profesional?

–Por mi parte se lo aseguro.

–¿Y por parte de ella?

–Como he dicho, interfería.

–Le gustaba usted –interrumpió Vera con una risa sofocada–. No me diga que quería un revolcón.

Todo su rostro se ruborizó y por un momento Vera se preguntó si lo había pillado. Era tímido, puritano. Era eso y basta. Pero recuperó la compostura tan rápidamente que pensó que se había equivocado.

–Que yo sepa –respondió con rigidez–, Robert y Livvy tienen un matrimonio feliz.

–Volvamos a las llaves –propuso Vera tan tranquila–. No se las dio a Livvy. ¿Se las dio a Robert?

–No lo creo. Él no se encargaría de un detalle tan trivial.

–Así que ¿se las quedó?

–Supongo que es posible. Es posible que olvidara devolverlas.

–¿Dónde podrían estar? ¿En su casa?

–No, ahora me acuerdo. Las llaves de la casa de Holme Park estaban en el mismo llavero

que las de Black Law. Bella me pidió que me las quedara por si acaso. Por si algo le sucedía a mi padre y ella no estaba. Y siempre las he guardado aquí. Paso más tiempo en la oficina que en casa. Aquí estaban cuando ustedes me pidieron una llave para entrar en la granja después de que mataran a la chica en la colina.

Se levantó y fue a la mesa. Desde donde estaba sentada Vera no podía ver cómo abría el cajón, pero no parecía que estuviera cerrado con llave. Volvió con un llavero del Departamento de Protección de la Fauna y Flora con tres llaves.

–Estas dos son de Black Law. La de muesca es de la puerta principal y la Yale es de la de atrás. Esta es la de la puerta principal de la casa de Holme Park.

–¿Y la de la puerta de la cocina de Holme Park?

–No lo sé. No está aquí. Habría jurado que estaba en el mismo llavero.

–¿Cuándo fue la última vez que la vio?

–Quién sabe. La última vez que las saqué fue para darles a ustedes la llave de Black Law. Supongo que las veo cada vez que abro el cajón de la mesa, pero no me fijo en ellas. Al menos no en los detalles.

–¿Quién más tiene acceso a su mesa?

La miró sorprendido.

–Somos cuidadosos con la seguridad. Nadie entra en estos despachos sin un pase.

–Pero su mesa no está cerrada con llave.

–No. Ni mi despacho. No es necesario. Como le he dicho, no es posible que un desconocido deambule por aquí.

–Pero cualquier persona que trabaje para Slateburn o esté aquí para algún asunto tendría acceso a su mesa y por tanto a la llave.

–Supongo que sí. Si quisiera hacerlo. Si supiera que estaba aquí.

–¿Estaba identificada?

Dudó.

–Sí. Como esta.

Le tendió la llave de la puerta principal de Holme Park. Tenía una etiqueta pequeña colgada, descolorida pero todavía legible: AVENIDA, 1, escrito en mayúsculas apretadas.

–Es la dirección oficial de la casa.

–¿Su secretaria abre ese cajón?

–No lo creo, guardo cosas personales. Pero puede preguntárselo.

–Sí –afirmó Vera–. Se lo preguntaré.

Neville Furness se había quedado de pie. Quizá esperaba que se marcharan, pero ellos permanecieron sentados, en silencio, observándolo.

–No utilicé aquella llave –murmuró en voz baja–. Y me repele la idea de que alguien la usara, que por culpa de mi descuido sea responsable de la muerte de Edmund.

Vera siguió sin decir nada. El silencio parecía pesarle porque Neville siguió hablando:

–Ha sido una semana de locos. Los Fulwell nos han complicado mucho la vida. No sabemos en qué punto estamos. Si al menos se decidieran en un sentido u otro... Estamos todos crispados. –Se interrumpió bruscamente–. Pero no es su problema. Ustedes tienen preocupaciones más importantes. De hecho, he decidido que necesitaba descansar de todo esto unos días. Me escaparé este fin de semana, pasaré un tiempo en Black Law. Le parece bien, ¿no? Dijo que el equipo había terminado.

Vera asintió.

–¿Esta semana ha visto a Rachael Lambert?

–Sí –respondió–. Ella también necesita un descanso. Vendrá a Black Law conmigo. –Permaneció en silencio un momento–. ¿No va a preguntarme dónde estaba el día que asesinaron a Edmund Fulwell?

–Ya habríamos llegado a ello –dijo Vera muy tranquila.

–Estuve aquí casi todo el día revisando el borrador preliminar de la evaluación de impacto medioambiental.

–¿Solo?

–Sí, aunque no habría podido salir del edificio sin pasar por recepción, y siempre hay alguien. Me marché de la oficina sobre las cuatro y fui a casa a cambiarme. Godfrey había estado trabajando en casa todo el día. Había invitado a Peter Kemp para revisar los planos de la nueva reserva natural en Black Law y quería hablarlo con ellos. Me habían invitado a cenar, pero él quería que llegara temprano para que pudiéramos terminar el trabajo antes de comer.

–¿Fue una velada agradable? –Vera se levantó del sillón.

–Sí, gracias. Muy agradable.

Los acompañó a recepción y esperó con ellos hasta que llegó el ascensor.

Una vez fuera, Vera se detuvo un momento imaginándose a Neville y a Rachael solos en Black Law. Si quisiera hacerle daño a Rachael, estaba claro que no le habría hablado del fin de semana. O quizá había tratado de despistarla para montar una trampa muy ingeniosa.

62

Vera fue caminando desde la comisaría a la casa de Edie en Riverside Terrace. No estaba lejos y necesitaba alejarse de la sala de reuniones, del frenesí del equipo esperando su aprobación, que obrara milagros. Tenía la esperanza de que Edie le recordara a Baikie's, donde las cosas parecían más claras, y poder recuperar algo de aquella antigua certeza.

Edie la había invitado a almorzar, y ella pensó que podía contribuir con un detalle, así que paró en una pequeña floristería de High Street para comprar flores. Flores habían dejado en la mina para señalar el lugar donde murió Grace. Flores de duelo. De recuerdo. O de celebración.

Se detuvo al final de la calle para recuperar el aliento. No quería presentarse en la casa jadeando y sudorosa. Pasó un coche que se detuvo frente a la casa de Edie, y Peter Kemp bajó de él. No conducía el Range Rover blanco, sino uno estilizado y deportivo con un motor ruidoso. Iba vestido de manera informal: pantalones grises de algodón y un polo verde con el logo de la empresa bordado en el bolsillo. Muy corporativo. Subió de un salto los escalones y tocó el timbre con la palma de la mano.

Cuando Vera llegó a la puerta, Peter estaba dentro, en la cocina del sótano. Se inclinó por encima de la barandilla, y aunque pudo ver a la pareja no oía lo que decían. Evidentemente no era una conversación cordial. Esperó un momento, pero la curiosidad pudo con ella y pulsó el timbre. Cuando Edie abrió la puerta estaba sonrojada.

–Gracias a Dios –murmuró–. Suerte que has venido porque estaba a punto de matarlo.

En la cocina, junto a la mesa y las sillas de pino, había un pequeño sofá con una colcha de algodón india encima. Peter Kemp se había sentado en él cuando Edie fue a abrir la puerta. Estaba a gusto, con las piernas estiradas hacia un lado, de modo que no dejaba espacio para que se sentara nadie más. Cuando vio a Vera se levantó con lentitud.

–Inspectora –dijo–. Qué sorpresa. Y yo que creía que la señora Lambert era una persona recta. Espero que no haya venido a arrestarla. –Miró con atención las flores, que goteaban–. Ah, no, veo que se trata de una visita social. –Lo dijo en tono de acusación.

Las pecas parecían más intensas en su piel clara.

–Mira –lo interrumpió Edie–. Más vale que te vayas. No hay nada más que decir.

Él estuvo a punto de discutir, pero se lo pensó mejor y puso cara compungida.

–Sabes que aprecio mucho a Rachael –señaló–. Me preocupo por ella. No me gustaría que sufriera una decepción.

Edie le cedió el paso en la escalera, se volvió a mirar a Vera y puso cara de asco a espaldas de Peter. Cuando volvió a entrar en la cocina, las dos mujeres oyeron el motor del coche que se alejaba. Edie se movió agitadamente por la habitación, poniendo platos en la mesa y sacando todo lo que encontró en la nevera. Vera esperó para hablar hasta que aparecieron media barra de pan, una bola de papel de aluminio con queso cremoso dentro, un pedazo de *cheddar* seco y un par de lonchas de jamón. Edie estaba junto al fregadero, vaciando una bolsa de ensalada en una fuente.

–¿A qué venía eso?

–Siempre ha sido un imbécil arrogante –comentó Edie.

–¿Qué quería?

–Debe de haberse enterado de que Rachael está pensando en buscar otro trabajo. Me ha pedido que la convenza para que se quede. Si consigue el contrato de la nueva reserva natural en Black Law, confía en que lo gestione ella. Tiene miedo de no ser capaz de dirigir la empresa sin Rachael. Tiene razón. No será capaz.

–Me parece muy halagador.

–Pero ha sido la forma como lo ha dicho. ¿Sabes qué ha dicho? «Tiene que darse cuenta de que ahora no es el mejor momento. Los posibles interesados pueden sentir recelo de contratar a alguien que ha estado relacionado con una investigación de asesinato.» Insinuando que Rachael tuvo algo que ver con la muerte de Grace.

Vera se dio cuenta de que Edie estaba a punto de llorar. Había visto una botella de vino en

la nevera, casi llena. La sacó, sirvió un vaso para cada una, bebió, hizo una mueca y se preguntó desde cuándo estaba en la nevera.

–Por cierto, ¿por qué querías hablar conmigo? –preguntó Edie, que seguía indignada–. Dijiste que querías preguntarme algo sobre Neville. Si vuelves por la noche estará Rachael. Ella podrá decirte lo que quieres saber.

–Tengo entendido que está enamorada. Eso no favorece mucho el criterio de las personas.

–¿Quién te lo ha dicho?

–Anne Preece. Anoche fui a verla a Langholme.

–Todavía sigue allí, entonces. Me sorprende. Creía que había decidido marcharse.

–No, sigue allí –apuntó Vera–. Parece estar en una especie de limbo. Esperando que suceda algo. ¿No sabrás qué es lo que puede estar esperando?

–A un hombre, quizá. Es muy discreta, pero está bastante claro que el suyo no es un buen matrimonio. Aunque ¿cuántos lo son?

Vera cortó una rebanada de pan de la barra.

–¿Y bien? –preguntó–. ¿Lo está?

Edie, todavía cabizbaja, la miró por encima del vaso.

–¿Está qué?

–¿Está Rachael enamorada?

–Totalmente. No la había visto así desde que empezó a salir con el imbécil de Peter Kemp.

–No sabía que habían estado juntos. –La voz de Vera era neutral, levemente curiosa, pero su mente trabajaba a marchas forzadas. Otra conexión. Otra complicación.

–Antes de que él se casara. Nunca me gustó. Quizá fue por eso que se aferró tanto a él. Para fastidiarme. No debería haber dejado entrever lo que pensaba de él. Nunca he tenido tacto tratándose de Rachael.

–Pero siguió trabajando para él.

–Creo que fue por orgullo. No quería que pensara que huía.

–Según Rachael, tienen más trabajo del que pueden asumir. Y él le acaba de subir el sueldo. Como incentivo para que se quede, supongo.

–Entonces, ¿no tiene problemas económicos?

–Por lo visto, no, aunque he oído decir que su esposa tiene gustos muy caros. –Edie hizo una mueca–. Lo siento, ha sido un poco mezquino. No puedo evitar oír los cotilleos.

–No hay nada de malo en cotillear, querida. En eso consiste mi trabajo. ¿Qué más se dice por ahí?

–Que se casó con ella por el dinero y luego descubrió que no estaba tan forrada como él creía. Papaíto es rico pero no muy generoso. –Edie se acabó su vino–. Hace tiempo que Rachael no está a gusto en Kemp Associates. Me imagino que la muerte de Grace le ha dado el empujón definitivo para ponerse a buscar otra cosa. Hay un puesto de investigadora en la Royal Society for the Protection of Birds que le interesa. Trabajaría en Gales. Sé que le apetece un cambio, pero la echaré de menos. Sobre todo ahora. Últimamente nos llevamos mejor. –Edie hizo una pausa–. Y ella echaría de menos a Neville. Puede que sea por eso por lo que le cuesta tanto decidir si se presenta o no. En el fondo espera que él se la lleve a Black Law y vivir allí con él feliz para siempre.

–¿Es una posibilidad?

–Quién sabe.

–Tal vez este sea el motivo de la escena de Peter.

–¿Qué quieres decir? –Edie volvió a irritarse con la mención de Peter.

–Que él todavía siente algo por Rachael y no quiere perderla. Supongo que incluso es posible que hayan tenido una aventura. Si Peter no es feliz con su esposa.

–¡No! –Edie estaba horrorizada–. Rachael no sería tan tonta. Ni siquiera para llevarme la contraria. Además, los celos son una emoción muy humana. No creo que Peter Kemp sea capaz de sentirlos.

Pero Neville quizá sí, pensó Vera. Aunque ¿adónde nos lleva esto?

–¿Sabías que Neville ha invitado a Rachael a Black Law este fin de semana?

–Me lo ha comentado. Un par de veces. Está como una niña que va de vacaciones por primera vez.

–¿Y a ti te parece bien?

–Lo que a mí me parezca no importa. Ya es mayorcita. Demasiado mayor para una charla sobre sexo seguro. –Edie miró a Vera pensativa por encima de la mesa–. A menos que haya algo que creas que debería saber. Aun así, no creo que pueda autoinvitarme para vigilarla o

hacer de carabina.

–No. –Vera volvió a llenar los vasos–. Supongo que no. ¿Qué te parece Neville Furness?

–Entiendo por qué atrae a Rachael.

–Sí –afirmó Vera–. Yo también.

–Espero que no esté jugando con ella.

–¿Lo crees posible?

–No lo creo. Creo que es muy tímido, muy reservado. No muestra nada de sí mismo. Debería estar acostumbrada a ello con Rachael. Pienso que debo confiar en su buen juicio.

–¿Lo has tratado un poco?

–Es un caballero. Cada vez que llama para salir con ella procura que sepa adónde van y a qué hora volverán. Se han visto todos los días desde que volvimos de Kimmerston.

–Antes lo tenía vigilado. Discretamente. Pero desde la muerte de Edmund no tenemos agentes disponibles.

–¿Sabes dónde estaba la tarde que mataron a Edmund Fulwell?

–Sé donde dice que estaba. Lo comprobaremos, por supuesto. ¿Por qué?

–Antes vivía en esa casa.

–Lo sé.

–¿Debería convencer a Rachael para que no fuera con él este fin de semana? Puede que me escuche. Como he dicho, últimamente nos llevamos mejor.

–No –sugirió Vera con calma–. No lo hagas.

–No quiero que corra ningún peligro.

–No –aseguró Vera–. Yo tampoco.

63

Vera decidió presentarse en casa de los Waugh sin avisar. Neville Furness le había proporcionado una excusa. Necesitaba comprobar su coartada para la tarde y la noche de la muerte de Edmund, y la casa de los Waugh le venía de camino. Más o menos. Aunque no hubiera tenido ninguna excusa, habría ido. Anne Preece había despertado su curiosidad. Quería ver a la familia junta.

Vera había crecido con una imagen idealizada de la familia convencional y culpaba a la ausencia de esta de haberse convertido en una mujerona torpe. En su trabajo, sin embargo, raramente había presenciado mucha felicidad doméstica y los colegas que aseguraban tener vidas familiares felices eran los que sospechaba que se metían en la cama de cualquier cosa que se moviera. Vivían una farsa. Pero no Ashworth. Él era la excepción. Le había devuelto la fe en su sueño infantil.

Programó su visita cuidadosamente en torno a las siete. Para entonces, Godfrey Waugh habría vuelto del trabajo. Sin duda, era un rato que pasarían en familia. Pero cuando se detuvo en la entrada de grava, la casa estaba silenciosa y pensó que estarían fuera. Tras la tormenta de la semana anterior el tiempo había vuelto a cambiar. Hacía un tiempo caluroso y estable y la calima provocaba que las colinas parecieran distantes y borrosas. Sin embargo, no había ninguna ventana abierta. Oyó el ruido de un televisor o de niños gritando, pero por lo demás la casa estaba en silencio.

Después de llamar al timbre se volvió para mirar el jardín sin mucha esperanza en que abrieran y la sorprendió oír que retiraban el pestillo y que la puerta se abría. En el umbral apareció una mujer con un trapo en la mano. Llevaba guantes rosas de goma que le llegaban casi a los codos. Vera se imaginó que debajo llevaba las uñas pintadas. La mujer sonreía amablemente, pero Vera ya le había cogido manía. Hasta para fregar los platos llevaba maquillaje. Se la imaginó sentada ante el tocador, arreglándose cuidadosamente para recibir a su marido al volver del trabajo. ¿Por deseo? ¿Sentido del deber? Por lo que fuera, pero hacía quedar mal a las demás mujeres.

–¿Es la señora Waugh?

La pregunta salió con más brusquedad de la que Vera pretendía. Le costaba reconciliar la imagen de aquella mujer segura de sí misma con la descripción que le había proporcionado Anne de una mujer ansiosa, una víctima, una persona acosada.

–Sí.

–Inspectora Stanhope. Investigo la muerte de Edmund Fulwell. ¿Podría hablar con su marido?

–Por supuesto. –Barbara Waugh se quitó uno de los guantes y le tendió la mano. Vera, al tender la suya, se avergonzó de sus uñas: mordidas, rotas, ligeramente sucias.

–¡Querido, es la inspectora Stanhope! –gritó la mujer hacia el interior de la casa–. Ha venido para hablar contigo.

Era imposible saber qué pensaba de aquella intromisión.

Vera la siguió por el pasillo. A través de una puerta abierta vio una habitación pequeña, pintada de colores vivos, con un estante de juguetes y una mesa de pino. Una niña estaba sentada frente a una pantalla de ordenador. Jugaba a algo muy concentrada, agarrando un mando con ambas manos. El sonido estaba apagado y los marcianos de la pantalla eran eliminados silenciosamente. Una luz verde parpadeante indicó la puntuación final y la concentración de la niña se relajó. Se volvió y Vera entrevió una cara hinchada y pálida antes de saludar a Godfrey, que caminaba por el pasillo hacia ella.

Se había quitado la ropa de la oficina y parecía un político a quien hubieran dicho que debía vestirse de manera informal. Llevaba unos pantalones finos de pana y una camisa de cuadros con el cuello abierto. De haber hecho un poco más de frío, se habría puesto un jersey con cenefas.

–Inspectora. –Fruncía el ceño. Vera pensó que estaba más nervioso que su esposa, aunque lo disimulara bien–. ¿Sucede algo?

–No –contestó ella, mientras pensaba: Excepto que han matado a dos personas. Un padre y una hija. Como usted y la niña que juega con el ordenador–. Es una visita de rutina. Tengo algunas preguntas y como tenía que pasar por aquí de todos modos para volver a casa…

La llevó al salón, que olía a cera de abeja. En un lugar prominente sobre la chimenea había un retrato de su hija. Era demasiado realista para ser halagador, pero Vera murmuró algo educado sobre lo guapa que estaba. Su trato con Ashworth le había enseñado cómo hablar con los padres. Por lo visto, había dicho lo que debía porque Waugh reaccionó con calidez. Su acento era de la zona, pero las palabras, cuidadosamente elegidas, un poco demasiado elaboradas, recordaban a las de un político.

–Casi habíamos aceptado que no tendríamos hijos cuando llegó Felicity. Quizá porque fue tan inesperado fue una alegría inmensa.

Barbara, de pie en el umbral, también sonrió, pero una tensión en sus ojos hizo pensar a Vera que la presión de cuidar a la niña significaba que para ella la alegría estaba un poco diluida. Sintió una repentina simpatía por la mujer y se preguntó si Anne Preece no se equivocaba. Al fin y al cabo, era cosa suya si quería emperifollarse.

–¿Le apetece un té, inspectora? ¿O un café? Imagino que querrá hablar con mi marido a solas.

Lo que me apetecería es una cerveza, pensó Vera. Pero dijo que un té sería estupendo.

–Y me gustaría que se sentara con nosotros, señora Waugh. Me interesa su opinión.

Barbara pareció complacida, pero cuando salió de la habitación Godfrey comentó:

–No sé en que puede ayudarle mi esposa, inspectora. Es ama de casa y cuida a nuestra hija todo el día. Desde que mataron a la chica en la colina no ha querido salir de casa sola.

–Creía que era socia de la empresa.

Ese comentario lo sorprendió. Fue como si se hubiera olvidado.

–Oficialmente, sí, pero no participa activamente.

–¿Qué opina del proyecto de la cantera?

Godfrey se lo pensó y esbozó una pequeña sonrisa.

–Tiene una visión de la empresa un poco sentimental, me temo. Su padre era un artesano y ella no siempre entiende que hemos tenido que expandirnos a otra escala. Ya no somos una industria pequeña. Tenemos que sobrevivir.

–Si tuvieran que votar, ¿lo apoyaría?

Arrugó un momento la frente con irritación, pero enseguida sonrió.

–No habrá que votar. ¿Para qué? Solo somos dos socios. Tomaremos la decisión en conjunto. Aunque, por supuesto, hay otras personas involucradas. Los propietarios actuales de la tierra, los Fulwell. Si ellos no hubieran aceptado arrendar la tierra, la propuesta no tendría sentido.

–¿Y Neville Furness?

–Neville es un empleado. Valoro su opinión, pero no tendrá nada que decir en la decisión final.

–Entonces, ¿todavía no está decidido?

Godfrey dudó.

–No. Todos pensamos que necesitábamos unos días más para reflexionar. Nos reuniremos nuevamente el viernes.

Calló bruscamente al entrar Barbara Waugh. Llevaba una bandeja y la niña la seguía con un plato de galletas caseras. Le ofreció a Vera y a su padre, y después dejó el plato sobre la mesa de centro y dio la vuelta para marcharse sin decir palabra. Vera vio que tenía tres galletas apretadas en una mano y le guiñó el ojo mientras cerraba la puerta. La niña la fulminó con la mirada, impertérrita.

–¿Asistirá a la reunión del viernes, señora Waugh? –preguntó Vera como si nada.

–¿Qué reunión?

–La reunión para decidir si se sigue adelante o no con la cantera.

Godfrey la interrumpió rápidamente.

–Barbara no necesita involucrarse en el día a día de la gestión de la empresa. Eso me lo deja a mí.

–Pero yo creía que ya se había tomado una decisión. –Barbara estaba sentada en el otro extremo de la habitación, con las rodillas muy juntas y las manos unidas sobre el regazo. Colegio de monjas, pensó Vera. Se nota a la legua–. Godfrey, ¿no me dijiste que por ahora se abandonaba el proyecto?

Él se encogió de hombros.

–Livvy debe de haber presionado a Robert. Esta tarde ha llamado justo antes de que me marchara y ha dicho que creía que merecía la pena que volviéramos a reunirnos.

–No me lo habías dicho. –De repente estaba a punto de perder los nervios–. No creo que pueda soportarlo otra vez. El revuelo público, las habladurías...

Godfrey se reclinó en el sofá. En el gesto, Vera detectó asco, incluso un poco de repulsión, pero cuando habló lo hizo afectuosamente.

–Por eso mismo no te lo había dicho. Sabía que te sentías aliviada con el hecho de que el proyecto se hubiera paralizado. Y de momento, es lo más probable. Robert no lo ve con buenos ojos y puede ser muy obstinado.

–Tonterías. En cuanto Livvy Fulwell y Neville Furness se junten, ninguno de los dos podrá llevarles la contraria.

–Eso es absurdo. Neville ni siquiera asistirá a la reunión. Se toma libre el viernes. Y tienes que confiar en que haré lo mejor para los dos. Un día esta empresa será de Felicity.

Hacía un esfuerzo por mantener un tono de voz calmado, pero había empezado a irritarse. Así que esto es lo que lo motiva, se dijo Vera. De ahí sale toda esa ambición. No quiere que su hija pase necesidad. Y pensó en su propio padre, cuya única ambición era coleccionar cáscaras de huevos de todas las especies de aves del condado, que no había pensado en ella ni una sola vez.

De repente Waugh parecía avergonzado.

–Bueno –dijo con calma–. Ya lo hablaremos. A la inspectora no le interesa esto.

Vera cogió una galleta para mojar en el té.

–No se preocupen por mí, es fascinante. Estoy muy bien aquí sentada.

–¿En qué podemos ayudarle?

–Como he dicho antes, detalles que necesitan confirmación. Es aburrido pero necesario. Neville Furness trabajaba para Holme Park. Vivía en la casa donde mataron a Edmund Fulwell. Al parecer, todavía tenía una llave de la casa.

–Neville no mataría a nadie.

–No busco referencias de su carácter, señor Waugh. Dice que estuvo aquí la noche que mataron a Edmund Fulwell.

–Así es. Peter Kemp había esbozado unas interesantes propuestas para la nueva reserva natural de las tierras altas en el emplazamiento de Black Law. Necesitaba revisarlas con él. Pensamos que nos daría publicidad positiva si coincidía con la publicación del informe de Kemp Associates.

–¿A qué hora llegó?

–No estoy seguro. Sobre las cuatro y media.

–No –recalcó Barbara con voz fuerte–. Más tarde. A las cinco y cuarto como muy pronto. Acababa de recoger a Felicity. Estaba merendando en casa de una amiga. Llegamos a la misma hora.

Godfrey la miró con calma.

–¿Tiene razón su mujer, señor Waugh?

–Sí, inspectora. Creo que sí.

Barbara se levantó de repente.

–Le he prometido a Felicity que le echaría una mano con los deberes. Estoy segura de que Godfrey puede ayudarle con cualquier cosa que necesite, inspectora. Él la acompañará a la puerta.

Y salió de la habitación antes de que Vera pudiera decir nada. Después de la hospitalidad brindada, aquella salida abrupta fue rara, casi grosera. Más tarde Vera pensó que podía haber hecho volver a Barbara, intentar hablar con ella a solas. Así podía haberle ofrecido ayuda, darle el teléfono de la oficina, sacarle más información sobre Neville Furness. Pero se limitó a seguir a Godfrey a la puerta y a decir adiós a la niña, que volvía a estar frente al ordenador. A pesar de lo que había dicho de los deberes, a Barbara no se la veía por ninguna parte.

Una vez fuera, se detuvo un momento junto al coche. Unos vencejos planeaban sobre la casa tejiendo una red en el cielo. Esperó, pensando que Barbara podía encontrar una excusa para hablar con ella. Pero al volverse vio a la mujer en una ventana de la parte superior, y no la miraba a ella, sino a las colinas distantes.

64

En su casa junto a la vía del tren, Vera descorchó una botella de vino tinto que bebió casi entera sentada ante la ventana abierta de la cocina, hasta que el color se esfumó de las colinas. A medida que el vino hacía efecto se sintió perturbada, no tanto por las dudas sobre la investigación como por los recuerdos de Constance Baikie. Tenía una imagen de la mujer igual a como la había visto por última vez: grande y fofa, echada en su sofá, mirando a Vera con ojos negros taimados. Desde la muerte de su padre había pensado a menudo en él. Con rabia, culpa, accesos ocasionales de afecto reticente. Le hacía compañía. Era una persona con quien hablar. A Connie casi la había olvidado, hasta que entró en la granja Baikie's, chorreando por la lluvia, para investigar el asesinato de una mujer joven, y entonces todos los recuerdos volvieron.

Cuando estaba acabando su segundo vaso se le ocurrió, por primera vez, que Hector y Connie podían haber sido amantes. Al fin y al cabo nunca le había visto con otra mujer. Casi inmediatamente descartó la idea. Su pasión común habían sido las colecciones ilícitas, la secreta obsesión que los hacía salir a las colinas antes del amanecer para quitar los huevos a los pájaros, y dejar los nidos vacíos y fríos. Habían compartido aquella excitación secreta. Los unía más, si cabe, el riesgo que los exponía al chantaje y ponía en peligro su reputación y su carrera. No tenía nada que ver con el amor, ni siquiera con la amistad.

Entonces, casi al mismo tiempo que recordaba que no había comido nada desde el frugal almuerzo con Edie, tuvo la idea de que el asesino que buscaba podía ser así de obsesivo. La hija y después el padre habían sido asesinados. Como Hector llevándose huevos del mismo nido. No había un motivo aparente, solo pruebas de una planificación meticulosa, en especial, antes de la muerte de Edmund. Detrás del asesinato vio una pasión tan intensa e irracional como la que había impulsado a su padre; le había nublado el juicio, había arruinado las vidas de ambos. Sin embargo, Hector era muy diferente antes de la muerte de su esposa. Vera había visto fotografías de él, hablando con amigos, riendo. Incluso después, había conservado un empleo respetable hasta la jubilación, se le consideraba un poco excéntrico, un poco solitario, pero de ninguna manera un peligro. Tenía que buscar a alguien con una obsesión secreta, y cuando entendiera cuál era, quizá supiera por qué habían muerto Grace y Edmund.

Sonó su móvil. Volvió a la realidad pensando: cuántas tonterías, serénate de una vez. A ver cómo explicas esto a Ashworth y al equipo.

Era Christina Flood, la psicóloga. De fondo se oía una flauta, una melodía celta y tristona.

–He encontrado la información que me pidió. Si quiere puede pasar a buscarla. Sé que quizá no sea hora, pero nos hemos acostumbrado a dormir al mismo tiempo que el bebé y está claro que es un ave nocturna. Estaremos levantados hasta tarde.

Vera estuvo tentada de decir que sí, pero vio la botella vacía en el alfeizar y decidió que no. Había normas que no estaba dispuesta a romper.

–Esta noche no puedo –alegó–. He tomado varias copas de vino. Por encima del límite, sin ninguna duda.

Christina estuvo sorprendentemente insistente.

–¿Quiere que pasemos nosotros? Si no se lo damos hoy, tendrá que esperar hasta el lunes. Nos vamos el fin de semana, a presentar a la niña a los felices abuelos.

–¿Está segura?

–Claro. Estamos muy despiertos. Patrick y la niña tienen ganas de jugar.

Vera casi se había olvidado, ya era medianoche cuando vio los faros bajando por la calle hacia su casa. Salió para recibirlos, pensando que quizá se habían perdido y que necesitarían verla para saber que habían llegado a su destino. Llevaban una furgoneta azul mar con las palabras HOMBRE MUSICAL impresas en letras naranjas en un lateral. Christina se disculpó una y otra vez.

–No arrancaba el coche. La batería estaba descargada. Por eso hemos venido con el de Patrick.

–Me alegro de que hayan podido venir.

–No se preocupe. Hemos disfrutado del paseo. Sobre todo la niña.
–Vamos a dar una vuelta –comentó Patrick–, para que puedan hablar.
–No es necesario.
–Nos apetece –insistió él–. No hemos paseado nunca a la luz de la luna.
Y bajó por la calle con el bebé en una mochila a la espalda, desapareciendo en la sombra que proyectaba la vieja casa de la estación.
–¿Han decidido qué nombre le pondrán? –preguntó Vera.
–Miranda. Lo bastante teatral para Patrick pero sin exagerar.
Se sentaron en la cocina a tomar un té. Los papeles de Christina estaban en una gran caja de carpetas. Había cuadernos con notas taquigráficas que contenían un resumen de cada reunión del grupo, y algunas fotocopias de expedientes de pacientes.
–Los necesitaba porque en los cuadernos a menudo solo apunto nombres de pila o iniciales y después de tanto tiempo no recuerdo los antecedentes de cada paciente. Pero me sigue preocupando la confidencialidad. Prometí a todos los grupos que todo lo que se dijera quedaría allí. –Dudó–. Mire, primero me gustaría que leyera los cuadernos. Así las personas involucradas permanecerán en el anonimato. Si algo le parece significativo, podemos hablar de la identidad de la persona en cuestión.
–¿No sería más sencillo que me diera una lista de los pacientes que asistieron al mismo grupo que Bella y Edmund? Podría ver si reconozco algún nombre.
Christina reflexionó otra vez, y eligió sus palabras con cuidado.
–Puede que sea más sencillo, pero no creo que le resulte útil.
–¿Quiere decir que hay algo relevante en esos cuadernos?
–Creo que debería leerlos.
Así que Vera leyó. Bella y Edmund eran los miembros fundadores del primer grupo. Christina había tomado notas detalladas de cada sesión. Bella estaba registrada con el nombre de pila y Edmund con las iniciales. Al principio quedaba claro que Christina se sentía frustrada por lo mal que funcionaba el grupo. Llegó a plantearse su continuidad. Un paciente varón dominaba todas las conversaciones. Hablaba constantemente sobre su destructiva relación con su madre. Lo sobreprotegía y enfermaba cada vez que él quería dejarla. Los demás pacientes eran demasiado educados o demasiado apáticos para hacerlo callar. A Vera le sorprendió que nadie le diera una paliza.
Hasta la tercera reunión no se hizo cierto progreso, y fue Edmund quien interrumpió. Christina había apuntado sus palabras exactas: «¿Por el amor de Dios, crees que eres el único que ha tenido una infancia asquerosa? ¿No has leído nunca a Larkin?».
Y había seguido hablando furiosamente de su vida en Holme Park, sobre la madre que estaba demasiado ocupada con su vida social y su hijo mayor como para dedicarse a él, de la sucesión de niñeras incompetentes, de las restricciones y el aburrimiento. «Solo hubo una persona que se preocupó por mí y los demás la trataban como una mierda, porque no sabía leer ni escribir muy bien.»
Nancy Deakin, pensó Vera. Y se preocupó por él hasta el final.
Esto estimuló una discusión más general. Habían intervenido otros con sus propias historias vacilantes. Hubo insinuaciones de abuso e intimidación. Una mujer había crecido creyendo que su madre era su hermana. El padre de otro se había lanzado bajo un tren.
Qué alegre, pensó Vera. Esperaba que Christina disfrutara con su trabajo.
No había ninguna mención sobre la participación de Bella hasta la quinta sesión. Entonces, apoyada por Edmund, que siempre había sido amigo suyo, había contado la historia de la muerte de su padre. Era más o menos como Vera imaginaba. Charles siempre la había hecho sentir culpable; ella al menos había escapado una temporada, había hecho amigos, había encontrado un empleo que le gustaba. Y Alfred Noble nunca le había pegado. Toda su frustración se había descargado en el chico. Cuando volvió a la casa familiar, el hermano pequeño de Bella había incrementado la presión implacablemente.
En su cuaderno, Christina describía la escena tal y como Bella había contado la historia.
Era impresionante. Hasta que Edmund la convenció para que hablara, Bella había sido un miembro pasivo del grupo, que a veces apoyaba a otros, pero que nunca exigía atención para sí misma. Aquel día fue como si no pudiera parar de hablar y se trasladó físicamente al centro del círculo. Empezó a interpretar el ataque con el que había matado a su padre, comenzando con la llamada que había recibido de su hermano y terminando con ella levantando el brazo para golpearle el cráneo con el bronce. Estaba llorando, diciendo que deberían haberla acusado de asesinato y no de homicidio. Había planeado matarlo. El grupo la rodeó para

demostrarle su apoyo.

Vera levantó la cabeza un momento.

–Podía haberse marchado. Volver a enseñar. Seguía siendo responsable.

–Sí.

–¿Cree que estuvo bien que se saliera con la suya?

–¿Cree que eso fue lo que ocurrió? –Christina se levantó y se estiró–. Prepararé más té, ¿le parece bien?

Cuando volvió con las tazas, Vera estaba absorta, inclinada sobre la mesa con el ceño fruncido. Por fin levantó la cabeza, furiosamente, y empujó el cuaderno hacia la psicóloga.

–¿Por qué no hizo nada al respecto en su momento?

–Porque no me lo creí.

–¿No reconoció la historia?

–Por supuesto. Pero no era algo insólito. El paciente había experimentado una sucesión de fantasías psicóticas, había imaginado, por ejemplo, que era famoso. Estos episodios los desencadenaban las noticias, las películas, incluso series de la tele. Más tarde controlábamos los episodios, pero en aquel momento no podía tomármelo en serio.

–¿Cómo reaccionó el resto del grupo?

–No se lo creyeron. La comprendían, pero se mostraban escépticos.

–¿Qué piensa ahora? ¿Cree que podría ser verdad?

–Creo que es ir demasiado lejos, pero tiene derecho a saber lo que se dijo. Por eso estoy aquí.

–Lo siento. –Vera se levantó y fue a la ventana. La luna llena iluminaba el prado. Patrick y el bebé estaban recortados contra la luz.

–¿Esta clase de enfermedad puede repetirse tras un período de normalidad?

–Tendría que preguntar a un psiquiatra, pero no, no es lo normal. ¿Cree que es lo que ha ocurrido?

–¿Usted no?

–No estoy segura –respondió Christina–. Como forma de supervivencia, estos asesinatos tienen sentido. No creo que sea locura.

–Bueno, no soy yo quien debe decidirlo. Gracias a Dios. –Vera se dio la vuelta–. Tendrá que dejarme ver las notas de los pacientes. Se da cuenta, ¿no? Tengo que saber quién es ese loco. Si es que está loco.

Christina dudó un momento. Al otro lado de la ventana oyeron los pasos de Patrick acercándose por la calle. Le cantaba al bebé. Una canción de cuna.

–Por el amor de Dios –siseó Vera–. Usted menos que nadie puede dejar pasar esto.

–No. –Christina cogió una hoja de papel de la carpeta y la dejó sobre la mesa. Salió de la casa a buscar a Patrick. Cuando volvieron, el papel estaba en la carpeta y Vera hablaba por teléfono. El bebé dormía profundamente, con la boca ligeramente abierta y la cabeza ladeada hacia atrás. Vera colgó.

–¿Arrestará a alguien? –preguntó Christina.

–Todavía no. Como ha dicho, la historia es demasiado exagerada para aceptarla sin pruebas. Pero tampoco habrá más muertes, espero.

Los acompañó a la furgoneta. La luz de la luna empezaba a ceder ante el amanecer. Había una claridad de un color gris pálido en el horizonte. En la lejanía un mirlo solitario empezó a cantar.

–Era una obsesión, ¿verdad?

–Oh, sí. –Christina levantó a Miranda y la dejó en el asiento de bebé sin despertarla–. Si estamos en lo cierto, es exactamente eso.

65

El instinto le decía a Vera que esperara. Los páramos de Black Law parecían vacíos, pero estaban expuestos. No había forma de que pudiera ir en coche sin correr el riesgo de que la viera un agente forestal, un pastor o un excursionista, y lo último que quería era que en Langholme se propagara el rumor, como un incendio forestal, de que la Policía volvía a investigar. Era un lugar pequeño. Pronto lo sabrían todos.

Desplegó el mapa sobre la mesa. Así habían planificado Hector y Connie sus expediciones, buscando escondites, la mejor ruta para llegar a los nidos de águilas pescadoras y somormujos de cuello negro, esquivando a los voluntarios y los guardas. De nuevo sintió que estaba reviviendo el pasado.

La única forma que veía de llegar a Baikie's y la mina sin riesgo de ser vista desde lejos era aparcando en la pista de la plantación de la Comisión Forestal. Desde allí podía caminar hasta la colina pasando por la trampa para cuervos. Pero eso era imposible. Era el camino que esperaba que utilizara el asesino.

Era viernes por la mañana. Después de que Christina y Patrick se marcharan, había dormido unas tres horas, muy profundamente, y se había despertado con el canto del gallo del vecino y el primer tren. Había llamado a Edie y la había despertado.

–¿Puedo hablar con Rachael?

–No está en casa. Ayer salió con Neville y se quedó con él. – Hubo una pausa–. Oye, está bien. Me llamó para decírmelo y me dio el teléfono de Neville. Si quieres te lo doy.

–No te preocupes. Lo tengo.

–¿Ha pasado algo? –Edie ya estaba lo bastante despierta como para empezar a asustarse.

–No. –Vera habló con calma, casi tranquilizándose a sí misma–. ¿Irá a trabajar?

–No, se ha tomado el día libre. Se van a Black Law.

–Por supuesto. –Como si lo hubiera olvidado–. ¿Sabes a qué hora pensaban salir?

–Creo que después de almorzar. Oye, ¿quieres que los llame? Puedo preguntar qué planes tienen.

Vera sopesó la idea. Era mejor no interferir. Nadie debía saber que su interés estaba puesto en Black Law ese día.

–No. No los llames. Que tengan un par de días de tranquilidad sin pensar en la investigación. No quiero estropearles el fin de semana.

Se sentó en el despacho verde, que era pequeño como una celda, con el mapa desplegado sobre la mesa, planificando su campaña. Consciente de que pasaba el tiempo, de que quería llegar antes que Rachael y Neville, de que debía actuar con rapidez, de que podía ser ya demasiado tarde.

Apretó algunas teclas del teléfono y habló con Ashworth, que, con el coche de su mujer, estaba aparcado junto a la carretera desde que Vera lo había llamado, justo después de leer el expediente que le había facilitado Christina Flood.

–¿Algún movimiento?

–Por ahora no.

–Voy a ir andando por el camino público desde Langholme como cualquier excursionista. Si me visto como ellos nadie se dará cuenta.

–Necesitará refuerzos.

–Ya lo organizarás más tarde, cuando sepamos qué pasa. No quiero tener a todos en espera sin motivo. Parecería imbécil. No tenemos suficientes pruebas.

–¿Prefiere que vaya yo?

–No seas tonto. No conoces el camino. Prácticamente crecí en esas colinas. –Hizo una pausa–. Me voy. Pasaré por casa para cambiarme. Aparcaré cerca de la iglesia de Langholme. Es lo que hacen todos los excursionistas.

–¿No es un poco arriesgado?

–Iré con cuidado. No me dejaré ver.

Las famosas últimas palabras, pensó. Recogió el bolso y salió de la comisaría, ignorando a

los agentes que querían comunicarle alguna información y los requisitos para saber adónde iba.

–Podéis poneros en contacto a través de Ashworth –advirtió imperativa, y cruzó la puerta sin mirar atrás para comprobar si alguien lo había escuchado.

En casa encontró unos pantalones que Hector usaba para caminar. Ella no solía llevar pantalones. Cualquier cosa sobre las piernas le empeoraba el eccema y sabía que al día siguiente sufriría. Pero con ellos parecía otra: una nueva forma y un nuevo perfil. Un anorak impermeable fino, botas y calcetines gruesos completaron la imagen. Salió de casa para asegurarse de que el mapa estaba en el coche y la vecina *hippy* entrada en años, que intentaba hacer cruzar a una cabra al campo del lado, la miró fijamente, sin reconocerla. Vera tenía la intención de llevarse un termo y bocadillos, pero miró el reloj y llegó a la conclusión de que no tenía tiempo. Cogió un paquete de galletas de chocolate del armario de la cocina, llenó una botella de agua y subió al coche. Entonces la mujer se dio cuenta de que tenía que ser Vera y la saludó con la mano, un poco sobresaltada.

Langholme estaba tranquilo. La puerta de la iglesia estaba abierta y se oía el zumbido de una aspiradora, y cuando esta paró, voces de mujeres hablando de flores. Cerró el coche y se guardó las llaves en el bolsillo con cremallera del anorak. Pasó con cautela frente a la Abadía, sin mirar al jardín ni a ninguno de los coches aparcados fuera. La calle terminaba con una verja de cinco listones y un muro con un paso. Lo cruzó y siguió el camino bien trillado hacia Black Law, andando a buen paso, volviendo solo la cabeza de vez en cuando para asegurarse de que nadie la seguía.

El camino cruzaba la colina. En las pendientes más bajas había muros de piedra seca. La hierba estaba recortada por las ovejas. Cuando caminaba por allí en su infancia estaba en forma. La distancia de Langholme hasta el lago de montaña parecía un paseo. Desde entonces había comido mucho curry y mucha comida china para llevar. Había bebido demasiado y pasado demasiadas horas de su vida en el coche. El día volvía a ser despejado y caluroso y enseguida estaba sudando y aturdida por el esfuerzo. Se quitó el anorak y se lo ató a la cintura por las mangas. Las piernas ya le escocían con rabia.

Cruzó por un hueco del último muro desmoronado y el sendero empezó a ascender. El suelo era más irregular. La ciénaga verde brillante y los cañizales, los zarapitos y las alondras. Pero lo único que veía era el siguiente lugar donde poner el pie y lo único que oía era su fatigada respiración. En el lago se permitió un descanso. Bebió un poco y comió una galleta. Al lamerse el chocolate fundido de los dedos sintió que el pulso recuperaba más o menos la normalidad. Una brisa ligera creaba ondulaciones sobre el agua y le secó el sudor de la cara. Desde donde estaba sentada se veía el valle, Baikie's, la casa de Black Law y la vieja mina. Se levantó y siguió caminando, con más facilidad ahora que era cuesta abajo.

Pasó de largo la mina, sin mirar en la casa de motores, sin mostrar ningún interés, siguió el sendero junto al arroyo, y después tomó la desviación por el paso del muro dentro del jardín de Baikie's. Fue como si de repente hubiera entrado en una selva tropical. En los pocos días que llevaban fuera las mujeres, la hierba había crecido y necesitaba que la cortaran. El sol y la lluvia habían hecho florecer más arbustos. Dio la vuelta a la casa, buscó la llave y entró por atrás. Dentro olía a calor y a humedad, como un invernadero. En la cocina se quitó los pantalones y se quedó de pie con la piel enrojecida, las piernas al aire, muriéndose de ganas de rascarse, esperando a que hirviera el agua y deseando que quedara suficiente café soluble en alguno de los tarros.

Se sentó arriba, en el dormitorio principal, porque desde allí tenía una buena visión del valle y el arroyo hasta el extremo de la plantación forestal y la trampa para cuervos en una dirección, y los edificios de la vieja mina en la otra. Connie había dormido allí antes de volverse demasiado frágil y gorda para subir las escaleras, en una gran cama de matrimonio con una colcha de brocado. Vera tenía un recuerdo borroso de una de las fiestas a las que había asistido de niña. La habían mandado arriba para dejar los abrigos de las visitas sobre la cama y había quedado fascinada con los tarros y las botellas que vio sobre el enorme tocador victoriano, el extraño olor a perfume y polvos femeninos. Ahora la habitación parecía el dormitorio de un albergue juvenil, con las mantas dobladas al pie de las camas y los almohadones con fundas de rayas.

A las tres llegaron Neville Furness y Rachael. Desde la ventana del dormitorio, Vera no podía ver el patio de la granja, solo un lado de la casa y la ventana de la cocina, pero oyó el coche y sus voces, los vio entrar en la cocina cargados con cajas de víveres. Comió otra galleta y confió en que Rachael no decidiera hacerle a Neville una visita guiada de Baikie's por los

viejos tiempos. No era solo el fracaso de la investigación lo que le preocupaba. Era que la pillaran allí, sentada, sin nada más de cintura para bajo que unas bragas y unos calcetines de lana. Pero no hubo rastro de Rachael ni de Neville en toda la tarde. Tal como sospechaba parecía que tenían cosas mejores que hacer. Las únicas personas que vio fueron dos excursionistas mayores y atléticos que cruzaron su campo de visión en unos pocos minutos.

Sonó su teléfono. Era Ashworth.

–Nada todavía –informó–. Pero creo que tiene razón. Ha hecho preparativos. El coche está cargado.

–¿Con qué?

–Una pala. Bolsas negras de basura.

–Ah –susurró ella, y le mandó un beso invisible–. ¡Gracias, Dios mío!

–¿Puedo organizar ya los refuerzos?

–No, todavía no. Espera a que sepamos exactamente qué pasa.

A última hora de la tarde, el sol brillaba directamente sobre la ventana de la habitación y Vera sintió que se adormecía y se esforzó por mantenerse despierta. A las seis, Neville y Rachael salieron de la casa. Caminaron colina arriba hacia el lago y regresaron cruzando el jardín de Baikie's. Se detuvieron un momento debajo de la ventana y Vera se asustó. Los oía con claridad, pero estaba tan nerviosa por si entraban que solo entendió fragmentos de la conversación, aunque fuera propio poco de ella ignorar un buen chisme.

–¿Y ahora qué vas hacer? –preguntó Neville–. ¿Intentarás localizar a tu padre?

–Creo que no. Parece ser que es bastante idiota. Dirigía un curso de teatro para profesores un fin de semana y fue la única vez que Edie lo vio. Ya tenía esposa e hijos. Nunca supo de mi existencia. No es que yo haya sentido la necesidad de un padre. Simplemente, no me gustaba que me ocultara cosas. Pero a Edie no se lo he dicho. Quiero mantener abiertas mis opciones. Al menos esto me lo debe.

Caminaron de la mano como dos chiquillos y el momento en que Rachael podía haber sugerido que entraran en Baikie's pasó.

Vera imaginó que habían vuelto a la casa, aunque no podían haber entrado por la cocina, y desde donde estaba ella no parecía que estuviera ocupada. El sol era demasiado fuerte como para que hiciera falta encender luces en las habitaciones y hacía mucho calor para encender las chimeneas.

Sonó su teléfono. La voz de Ashworth tenía un tono insistente y estaba alterada.

–Empezamos.

–¿Cuántos?

–Una persona.

–Entonces no hace falta llamar a la caballería –comentó Vera estirando las piernas y pensando que no tenía más remedio que vestirse–. Esta es la nuestra.

66

No hubo más movimiento hasta el anochecer y cuando lo hubo fue cauteloso, receloso, como el de un animal que sale por la noche a beber. De repente había aparecido un banco de nubes y Vera no podía ver con detalle. Solo vio la sombra, ligeramente más oscura sobre el fondo gris de la colina, y estuvo a punto de descartarla al tomarla por un corzo. Había esperado algo menos sutil, alguien más determinado y seguro de sí mismo.

La silueta siguió la línea del arroyo desde la trampa para cuervos hasta la mina, deteniéndose de vez en cuando. Vera pensó que no era por cansancio, aunque debía de llevar la pala, además de una mochila, sino para observar y escuchar. Estaba ya tan oscuro que Vera tenía que hacer un gran esfuerzo por concentrarse para no perder ningún movimiento. En un momento insólito de duda se preguntó si no tendría que haber pedido refuerzos, enrolar a los especialistas con sus visores nocturnos y sus aparatos de rastreo. Con la tecnología sentiría que tenía más control, habría sabido con seguridad lo que estaba viendo. Entonces pensó que la persona que se movía cautelosamente por la colina se los habría olido, conocía tan bien aquel paisaje que la presencia de forasteros, por muy bien ocultos que estuvieran, no le habría pasado desapercibida.

Tenía la sensación, casi supersticiosa, de que su presa captaría cualquier movimiento que hiciera, de modo que Vera se quedó donde estaba, totalmente inmóvil. Sabía cuál era su destino y qué podía pasar allí. Tenía que esperar porque todavía no tenía pruebas. No iba contra la ley caminar junto al arroyo en una noche oscura. En cierto momento, perdió por completo de vista la figura. Contuvo la respiración, perforó el cristal sucio con la mirada hacia la penumbra. Entonces se encendió una cerilla, hubo un breve destello de luz, y la claridad suave de la vela señaló el hueco rectangular donde antes había estado la puerta del edificio de la mina.

Llamó a Ashworth, hablando en susurros, aunque no hubiera nadie que pudiera oírla.

–¿Dónde estás?

–En la linde del bosque.

–Acércate. Nos veremos allí. Pero en silencio.

Con cuidado, despacio, Vera se puso los pantalones y se ató las botas. Fuera todavía hacía calor, el aire olía a madreselva y a hierba aplastada, las fragancias de las tardes de verano. No había viento que ocultara el sonido de su movimiento. No quería arriesgarse a encender la linterna; sus ojos se adaptaron enseguida a la luz grisácea, a los contornos borrosos.

Al acercarse al arroyo se dio cuenta de cuánto lo estaba disfrutando. Pensó que así debían de sentirse Hector y Connie cuando asaltaban los nidos de las águilas doradas del distrito de los Lagos, acercándose furtivamente al lugar, sabiendo que el guarda dormía cerca en su tienda y la Policía había prometido hacer rondas regularmente. Lo hacían por la emoción.

Dios mío, pensó. Debo de estar exaltada. ¡Creer que entiendo a aquellos dos! Es culpa de tanto ejercicio. Y de no haber comido nada en todo el día, aparte de un paquete de galletas.

Ya oía el agua, el arroyo en el punto donde estaba canalizado para producir la energía del motor que hacía funcionar la mina. Se oían guijarros chocando. Pensó que debía de ser Ashworth, pero cuando se volvió a mirar no vio ningún movimiento y estaba demasiado oscuro para distinguir nada. Aquella noche la luna estaba cubierta por una nube baja y densa que se había desplegado como una niebla. Del armazón de la sala del motor llegó otro sonido, la fricción de metal contra la piedra y la tierra. Vera se acercó más. Respiraba fatigosamente después de la caminata desde la casa, pero el ruido procedente del edificio le daba la tranquilidad de no ser oída. Por fin estuvo lo bastante cerca para poder ver.

La mujer estaba de pie con la espalda en el hueco de la pared. Llevaba una falda larga y unas botas negras. Había aflojado una baldosa del rincón del recinto y la había movido para poder excavar en el suelo de debajo. La tumba debía de ser poco profunda porque Vera ya pudo ver un fragmento de hueso, crema como el marfil, ceroso a la luz de la vela. La mujer se puso en cuclillas y excavó en la tierra con los dedos.

Vera tenía la espalda contra la pared exterior del edificio, mirando al interior por el ángulo

de un agujero. Lo único que tenía que hacer era esperar a Ashworth. Empezó a relajarse.

De repente, detrás de ella, tan cerca que sonó como un grito, oyó la voz de otra mujer. Después pasos ruidosos y Neville Furness gritando:

–¿Quién anda ahí? ¿Qué sucede?

Mierda, pensó Vera. Lo que me faltaba. Creía que estarían dentro toda la noche revolcándose como conejos.

La mujer que estaba en el interior de la casa de motores se incorporó y se volvió en un movimiento, soltando un gemido gutural de asombro. Agarró la pala que había dejado apoyada contra la pared. No podía ver a Vera, que seguía escondida fuera, pero Rachael, recortada en el umbral, debía de ser visible a la luz de la vela. La mujer avanzó. Antes de que Vera pudiera detenerla se abalanzó hacia delante con la pala. Se oyó el ruido de metal chocando contra la carne y el hueso. Después corrió y desapareció inmediatamente en la oscuridad.

Un segundo después todo se iluminó como en un escenario por el foco de la linterna de Ashworth. Neville Furness estaba sentado sobre la hierba abrazando a Rachael. Ella estaba consciente. Tenía sangre, probablemente la nariz rota. Vera la oyó jadear de dolor, pero estimó que estaría mejor atendida por Neville que por una detective de mediana edad. Se volvió hacia Ashworth, parpadeando deslumbrada.

–¿Ha pasado alguien a tu lado?

–No.

–Entonces es que no ha vuelto al coche.

–¿Qué quiere que haga?

–Pide ayuda por radio. Necesitaremos un médico para Rachael. Después quédate aquí. Está lo suficientemente loca como para volver.

–¿Y usted?

–Creo saber adónde se dirige. Territorio amigo.

Mientras se alejaba, oyó cómo Ashworth le gritaba que no fuera estúpida, que no era el momento de jugar a policías y ladrones, que ya la arrestarían por la mañana. Pero las palabras parecían muy lejanas, tanto como los murmullos de consuelo de Neville y los gemidos sofocados de Rachael. Se volvió una vez para decirle algo a Neville.

–Sé lo que hago. También es territorio familiar para mí.

Pero él seguía gritando, abriendo y cerrando la boca a la luz de la linterna y Vera no supo si la había oído.

Subiendo la colina hacia el lago sintió que conocía aquel lugar. Mucho mejor a oscuras que a la luz del día. De niña siempre había ido allí con su padre después del anochecer o antes del amanecer. La escala parecía diferente –entonces el lago le parecía enormepero la geografía era la misma. Iban allí a robar los huevos de somormujo de cuello negro. Su padre vadeaba el agua con botas de goma hasta el muslo. Connie esperaba en la orilla, aplaudiendo de pura emoción.

La nube se deshizo ligeramente para dejar pasar una luz de luna difusa y lechosa. No había líneas definidas ni contornos. Era como ver la escena oscurecida por el filtro de un fotógrafo. En un cierto punto pensó que había visto la sombra de la mujer desapareciendo delante de ella, pero supuso que lo más probable era que fueran imaginaciones suyas, la neblina que le jugaba una mala pasada. O bien la mujer había corrido demasiado deprisa y le llevaba mucha ventaja, o bien Vera se equivocaba sobre el lugar adonde se dirigía. Ya no importaba mucho. Tomó el mismo sendero que había recorrido por la mañana, entonces sin el agotamiento ni la irritación. Tenía la energía de una niña de diez años y podría haber caminado toda la noche. Desde lo alto de la orilla podía ver las luces tenues de Langholme. El pub seguiría abierto. La gente estaría en su casa viendo la televisión, disfrutando de una cena tardía de viernes con tranquilidad, bebiendo cerveza.

Antes de que pudiera darse cuenta, había llegado a la verja de los cinco listones y el paso en el muro. No había farolas en la calle de detrás de la iglesia, pero sí en la calle principal del pueblo, además faros y el ruido del tráfico.

Sobre la puerta del porche de la Abadía había una bombilla – elementos energéticos eficientes– montada dentro de una lámpara de hierro forjado. Aparcado en la entrada estaba el Fiat de Anne Preece, pero no el Volvo de Jeremy. Eso no significaba que no estuviera guardado en el garaje.

Se acercó más, caminando por el césped, no por el paseo, para que no se oyeran sus pasos. Había una luz en la habitación que daba a la calle. No tenía cortinas y la ventana de

guillotina estaba abierta. De dentro salió una voz, la de Anne Preece, ansiosa pero ligeramente irascible, como si le hubiera caído encima un problema que no le apetecía afrontar.

–Tienes un aspecto horrible. ¿Qué te ha pasado?

Hubo un murmullo que Vera no distinguió, pero que Anne sí entendió y que la dejó estupefacta.

–¿Te lo ha hecho él? –preguntó–. Pues tienes que llamar a la Policía.

Vera fue a la puerta principal y giró el picaporte. Se abrió sin hacer ruido. La habitación en la que estaban los dos se encontraba a su derecha y aquella puerta ya estaba abierta. Se plantó en el umbral y echó mano de su voz de tía soltera despreocupada.

–¿Quién dice que nunca se encuentra un policía cuando se lo necesita? Al menos una mujer policía. Espero ser útil.

Anne levantó la cabeza. Estaba aturdida y pálida. Era una habitación agradable que Vera no había visto en su anterior visita. Un sofá cómodo con una funda de rayas de color limón y blanco. Dos sillones con el mismo estampado. Muchas plantas y flores. La otra mujer estaba sentada en uno de los sillones con la cabeza entre las manos. Barbara Waugh, vestida con elegancia con una falda y una chaqueta de color negro, y botas de piel, pero embarrada, llorosa, temblando.

–Ha huido de su marido –anunció Anne–. Debe de haberla aterrorizado. Mira en qué estado está.

–Oh, no –aclaró Vera–. No es su marido quien la ha aterrorizado. –Echó una mirada divertida, bastante ufana a Anne–. Si alguien lo ha hecho, he sido yo.

Y delante de ella, con las piernas separadas y las manos en las caderas para cerrarle el paso, leyó sus derechos a Barbara Waugh, y le dijo con una voz neutra e indiferente que estaba arrestada. Después esperó a que Ashworth le mandara refuerzos.

67

Quedaron en Baikie's por los viejos tiempos, aunque Edie las habría acogido en Riverside Terrace, y Rachael, que pasaba casi todo el tiempo en la granja, y ya se comportaba como si fuera la dueña, también las había invitado.

Edie tenía sus dudas acerca de la conexión con Black Law. Últimamente pensaba que Rachael estaba más encariñada con el sitio que con el hombre. Pero como le había dicho a Vera, su vida sentimental no había sido precisamente un éxito y por lo tanto no quería opinar. Rachael incluso había hablado de volver a traer a Dougie a vivir con ellos, algo que a Edie no le parecía una idea muy sana. No se trataba de vivir la vida de otra persona. Rachael no era la reencarnación de Bella Furness y no lo sería nunca. Gracias a Dios.

Ashworth era el único hombre presente. Rachael quería invitar a Neville, pero Edie se había mostrado firme.

–Nunca formó parte del grupo. No lo fue. Y estoy segura de que le transmitirás todos los detalles.

Se sentaron en la habitación con el zorro disecado y los enormes sillones de Connie Baikie y esperaron a que Vera les contara uno de sus cuentos. Edie había encendido el fuego, no porque hiciera frío, sino porque fuera había humedad y lloviznaba y les parecía más acogedor. Porque llovía cuando asesinaron a Grace. Quizá también bebieron para sentirse mejor. Cuando Vera se puso a hablar ya había dos botellas vacías sobre la mesa. Joe Ashworth, que tenía que llevar a Vera a casa en coche, bebía té. Dijo que sabía que solo estaba allí para hacer de chofer.

Vera empezó con unas palabras de agradecimiento generosas.

–Rachael tenía razón desde el principio. Todo empezó hace años cuando Bella y Edmund se conocieron en el hospital. Había otra mujer en la misma unidad que asistía al mismo grupo de terapia y a la que trataban por depresión. Estaba desesperada por tener un hijo. Tras una sucesión de abortos, finalmente, había dado a luz, pero el bebé murió a las pocas horas. Lo enterraron en el cementerio de Saint Cuthbert. La tumba sigue allí. Tuvo una crisis grave. Intentaron tratarla en casa, pero en varias ocasiones desapareció durante días. Su marido la encontró en la colina, muerta de hambre y agotada. Fue entonces cuando la ingresaron a la fuerza en el hospital.

»Coincidiendo con una de las desapariciones de Barbara, desapareció un niño pequeño. Su madre y el novio de esta lo habían llevado de excursión a las colinas. Era primavera y querían enseñarle los corderitos. Mientras la pareja tenía otras ocupaciones, el niño desapareció. Si os creéis lo que publicaron los periódicos, se lo llevó un gran azor a su nido. Si me hubierais creído a mí entonces, se ahogó en el Skirl, que bajaba muy caudaloso.

»De hecho, nos equivocamos ambos. Barbara Waugh se llevó al pequeño en una de sus enloquecidas huidas por el páramo. No sabemos qué hizo con él mientras lo buscábamos por las colinas, pero más tarde lo llevó a la vieja mina y lo tuvo allí como una mascota, un juguete, un sustituto de su hijo. –La voz de Vera no mostraba emoción. ¿Los cuentos de hadas no eran siempre terroríficos? Pero estaba pensando: Yo estaba allí, podía haberme esforzado más por encontrarlo–. Todavía no sabemos cómo murió. Quizá lo mató ella. Quizá murió de inanición cuando a ella la ingresaron en el hospital. En algún momento, entonces o después, lo enterró bajo una de las baldosas de la casa de motores. Intentó olvidarlo, pero no pudo, a pesar de que tuvo una hija propia y un marido que se quedó a su lado. –De nuevo, Vera mantuvo la voz neutra de cuentacuentos, pero lanzó una mirada de complicidad a Anne, porque las investigaciones siempre sacaban a la luz más de lo que la gente creía–. Un marido que tenía tanto miedo a las enloquecidas huidas de su esposa a las colinas, sin saber nunca dónde estaría, que intentó convencerla para que se quedara en casa el mayor tiempo posible. No le gustaba que saliera.

–¿Sabía lo del niño? –preguntó Anne.

–Ni siquiera se lo imaginaba. –Vera se sirvió más vino–. Así que Barbara intenta olvidar lo del niño muerto. Lo entierra como enterró el cadáver. A veces visitaba la mina, le llevaba

flores, pero creo que se convenció a sí misma de que no era responsable de su muerte. Tal vez lo confundió con su propio hijo. También le llevaba flores a la tumba. Y así habrían seguido las cosas si su marido no hubiera decidido construir allí una cantera. Porque entonces existía el peligro de que se descubriera la tumba. La inconveniente molestia que había ocultado pulcramente bajo el suelo de la casa de motores podía salir a la luz. No podría fingir más que no era culpa suya. ¿Qué podía hacer?

»Al principio fomentó la oposición a la cantera. Extendió rumores de que su marido estaba bajo la influencia maligna de Neville Furness y Olivia Fulwell. Pensó que si la investigación pública dictaminaba en contra de la cantera todo seguiría como siempre. Predispuso a su amigo Edmund Fulwell contra el proyecto. Era un blanco fácil. Jugó con su amor por la finca y jugó con el afecto de Grace por él para que falseara los recuentos de nutrias.

»También presionó a Bella. Los tres seguían en contacto. Bella estaba en una situación difícil. La granja estaba al borde de la ruina. Ella esperaba conseguir dinero de su hermano para salvarla, pero nunca se materializó. Su única esperanza era cerrar un trato con la empresa por el acceso al lugar. No le gustaría la idea, pero era mejor que perder la granja. Quedó con Peter Kemp allí para hablar de posibles soluciones.

–Alguien más estuvo en la granja aquella tarde –intervino Rachael–. Dougie oyó a alguien.

–Barbara. Godfrey le había contado lo que pasaba y ella acudió para dar la última vuelta de tuerca. Chantaje. Sabía lo que había pasado cuando murió el padre de Bella, sabía que estaba todo planeado. Había salido en una de las sesiones de terapia de grupo. La amenazó con hacerlo público. Bella estaba tan angustiada que no vio ninguna salida. Le dijo a Peter que no podía cerrar el trato y se suicidó.

»Durante un tiempo Barbara creyó que estaba salvada. Creía que el informe dictaminaría a su favor. Al fin y al cabo, se había hecho amiga de Anne e indirectamente había influido sobre Grace. Entonces se enteró por Edmund de que Grace se estaba echando atrás. Hablaba de ver a un psiquiatra o a una asistente social. No soportaba seguir mintiendo. Sabía que eso la estaba poniendo enferma. No estoy segura todavía de si Barbara tenía intención de matar a Grace para impedir que dijera la verdad sobre las nutrias. Dice que no. Dice que fue a la casa de motores, como hizo el viernes por la noche, para intentar trasladar los restos del cadáver del pequeño y que Grace la sorprendió.

»Cuando Edmund se enteró de la muerte de su hija estaba demasiado afectado para deducir lo que había ocurrido. Se quedó en su piso, siguió ayudando en el restaurante. Entonces probablemente recordó algo que Barbara había contado en el grupo, una historia que nadie creyó porque entonces ella estaba muy trastornada y su cabeza llena de fantasías. Aquello del niño que había encontrado en la colina. Un niño que se había quedado para ella sola. Su bebé.

»Le entró el pánico. Su estilo siempre había sido huir. Se escondió. Primero en la casa de Nancy Deakin y después en la casa de la finca. ¿Cómo supo Barbara que estaba allí? Se lo imaginó, quizá. Probablemente él le había contado que había vivido en una de aquellas casas antes de casarse.

»El número de teléfono y la llave de la puerta trasera las consiguió de Neville. No directamente… –añadió al ver que Rachael estaba a punto de protestar–. Tenía acceso a las oficinas de Slateburn gracias a su marido y creo que registró varias veces sus mesas buscando algo que le sirviera para frenar el proyecto de la cantera. Telefoneó a Edmund para asegurarse de que estaba allí. Y para asustarlo. Lo conocía bastante como para saber que si estaba asustado, probablemente se pondría a beber. La tarde de la fiesta de cumpleaños, cuando su finca estaba llena de desconocidos, entró en la casa. Edmund había bebido hasta quedar inconsciente. Fue muy fácil.

Rachael estiró las manos hacia el fuego.

–¿Fue Barbara la que golpeó mi coche en la pista aquella noche?

–Oh, sí. Estaba desesperada. Quería asustaros para que os marcharais. –Vera calló e hizo una mueca–. Y uno de nuestros hombres la detuvo. ¿Os lo podéis creer? Le dijo que iba a visitar a su madre enferma y el agente la creyó. La idea de impedir la construcción de la cantera era una obsesión. Tal vez solo quería salvarse, pero creo que había algo más. Lo veía como una profanación de la tumba del pequeño.

Vera suspiró, se echó hacia atrás y tomó un largo sorbo de vino. Ashworth se movió inquieto. Lo había oído todo antes y quería volver con su mujer y meterse en una cama caliente, ahora que por fin el niño había empezado a dormir toda la noche.

–¿Qué pasará ahora con la cantera? –preguntó Anne de repente.

Vera sacudió la cabeza.

–Diría que a Godfrey no le quedarán muchas ganas de construirla. Pero tendréis que preguntarle a él.

Vera dejó a las tres mujeres hablando de ello, tan enfrascadas en la conversación que apenas notaron que se marchaban. Ashworth condujo con cuidado por la pista hasta el vado y se adentró en el bosque.

* Se trata de una costumbre que consiste en colocar en la mesa o en el plato los *crackers* (cilindros con regalos dentro), que están envueltos en coloridos y brillantes papeles, y que cada comensal tire de uno de ellos. *(N. de la T.)*

Título original: *The crow trap*

Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 9788415893677
Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.